



EL ESPÍRITU DEL ALCE

Serie LAKE HOUSE I

YOLANDA REVUELTA



EL ESPÍRITU DEL ALCE

Serie LAKE HOUSE I



YOLANDA REVUELTA



El espíritu del Alce

Copyright © 2020 Yolanda Revuelta

Diseño de portada: Migarumo

Corrección: Violeta Triviño

violetamtcorreccion@gmail.com

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o *transformación* de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

All Rights reserved

Marzo 2020

ISBN:

Independently published

La verdad de las personas
no está en sus palabras, sino en sus actos...

Para Olga y Beni, ejemplo de mujeres
fuertes y luchadoras que miran el mundo
con otros ojos, con una mirada guerrera
y valiente.

NOTA DE LA AUTORA

Os recuerdo que este libro es una obra de ficción.

Los personajes, nombres, lugares e incidentes son producto de mi imaginación y se utilizan de manera ficticia.

Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, escenarios o localizaciones es pura coincidencia.

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

REGRESO A WOLCOTT

Próximas novelas de la serie:

Agradecimientos

Yolanda Revuelta

Otros títulos de la autora

CAPÍTULO 1

*Afganistán
Campamento estadounidense
Octubre 2001*

—Jaque mate.

Will, asombrado, despegó despacio los ojos del tablero de ajedrez.

—¿En serio?

Oliver reprimió una sonrisa al ver la expresión incrédula de su amigo.

—No sabes perder, Will.

—Y una mierda, claro que sé perder —objetó el aludido—. Lo que sucede es que no soporto perder contra ti.

Oliver se levantó de la silla con la única intención de estirar las piernas. Sus músculos protestaron más de la cuenta. Con un movimiento calmado y deliberado, levantó los hombros para dejarlos caer de nuevo. Había sido un día complicado, una de las razones era el calor asfixiante de aquella zona del planeta y la otra, la mierda de maniobras que habían realizado esa misma mañana bajo las órdenes del teniente Broussard, un cabrón resentido.

Regresar a casa, sanos y salvos, era el objetivo propio y el del resto de la tropa. La guerra contra Afganistán había comenzado y a él le daba la impresión de que todo aquello iba para largo. Tres ciudades habían sido atacadas: Kabul, Kandahar y Herat. Los talibanes no se cruzarían de brazos a esperar otro ataque inminente.

—Quiero la revancha.

Oliver miró por encima de su hombro, al hacerlo no pudo evitar esbozar una sonrisa fácil. Will parecía estar devanándose los sesos estudiando su última jugada.

—Ni hablar.

—¿Por qué no? —protestó Will, levantando una vez más la cabeza como un resorte.

—Por una razón muy simple, quiero ver tu cara de perdedor el resto del día.

Will soltó un improperio.

—No eres un buen amigo.

—Soy tu mejor amigo —respondió Oliver volviendo a su silla.

Will no replicó ante tal afirmación.

—¿Crees que Broussard volverá a la carga mañana?

Oliver, con la mirada puesta en la reina, se encogió de hombros.

—No lo sé, pero si sigue así acabará él antes con nuestra existencia que los propios talibanes.

Will soltó una carcajada ante el comentario de su amigo y compañero. La risa, como llegó, se esfumó.

—Tengo ganas de volver a casa.

Oliver despegó los ojos del tablero para centrar toda su atención en Will. En ese momento se encontraban solos en la tienda militar. El motor de un camión rugió a poca distancia. Las conversaciones entrecortadas de algunos de sus compañeros también se dejaron oír a través de la tela.

Habría sido un día normal de no estar en aquel infierno.

—Todos tenemos ganas de regresar.

Will asintió abatido. No esperaba una respuesta diferente de Oliver.

—¿Nunca te paras a pensar cómo llegamos hasta aquí?

Una arruga de la frente de Oliver se intensificó.

—Llegamos aquí por nuestro país.

Will se pasó la mano por la nuca. Estaba empapado de sudor. El calor era otro de los enemigos a batir; era asfixiante y demoledor. Odiaba cada palmo de esa tierra que pisaba. Estaba de acuerdo con Oliver, estaban allí por su país, pero de vez en cuando necesitaba que se lo recordasen.

—¿Crees que saldremos de esta?

Oliver no tuvo que meditar mucho la respuesta.

—Ni Bagdad ni Estados Unidos quieren problemas. —Su voz sonó cortante—. Sobreviviremos a esto.

—Nunca pensé que ayudar a mi país pudiera producirme insomnio.

Oliver sostuvo la mirada de Will.

—Tío, hacemos más que eso —le dijo en un tono que no admitía ningún tipo de réplica—. Si quieres ayudar a otros, trabaja en un comedor social, no te alistes en el ejército.

—Como de costumbre, tienes razón. —Se notaba el pesar en la voz de Will—. Esta maldita situación me está haciendo más mella de lo que supuse en un principio.

Por alguna razón, Oliver recordó a su padre y le invadió una sensación de tristeza. Su progenitor ya no formaba parte de este mundo. Una buena parte de su vida la dedicó a su restaurante, y Oliver siempre le escuchó definirse como un hombre de paz. Se preguntó qué sentiría en ese momento si le pudiese ver vestido de uniforme y sirviendo a su país.

Esperaba que, estuviese donde estuviese, se sintiera orgulloso de él, aunque lo dudaba. La última conversación que mantuvieron fue todo un desastre.

—He escrito una carta a Laurel —dijo de pronto Will.

—¿Una carta? —preguntó extrañado Oliver—. Creía que los SMS habían terminado con el papel y el bolígrafo.

Will estaba tan concentrado en sus propios pensamientos que pareció no escuchar el comentario.

—Necesito decirle algo importante —siguió—, y lo último que quiero es que lea mis palabras en la pantalla de un móvil.

—Parece serio.

La voz de Oliver quedó relegada a segundo plano. El campamento tenía vida propia y en ese momento parecía estar en pleno apogeo. La algarabía de pasos, voces y vehículos eran parte de la rutina militar.

Will llevó la mano al bolsillo de su camisa, de ahí sacó un trozo de papel

perfectamente doblado en cuatro mitades. Por su aspecto esa carta hacía semanas que estaba escrita.

—Quiero que la leas.

Oliver arqueó ambas cejas. Se fijó en que los ojos claros de Will estaban teñidos por el cansancio, sin duda un reflejo de los suyos.

—¿Por qué? —se vio obligado a preguntar—. Una carta es algo muy personal.

—Solo quiero que la leas —fue la tajante respuesta de Will.

Oliver cogió el trozo de papel que le ofrecía su amigo.

—No estoy seguro de que deba leerla.

—Tú hazlo, ¿de acuerdo?

Oliver desdobló la carta. Pensativo, se rascó la barbilla mientras sus ojos se deslizaban por cada una de las palabras. En un momento puntual de uno de los párrafos, levantó la mirada.

—¿Estás seguro de esto?

—Lo he meditado mucho, y sí: estoy seguro del paso que voy a dar.

—¿Has pensado en los chicos? —preguntó Oliver haciendo referencia a los dos hijos de Laurel.

—Lo he hecho, y mucho—dijo con una sonrisa desenfadada—. Son estupendos. He pensado en todo. En este infierno es lo único que puedes hacer, devanarte los sesos. ¿Crees que estoy cometiendo una locura?

—No. Es que me ha pillado desprevenido, eso es todo —comentó Oliver con una mezcla de inquietud y sorpresa.

—¡Soldados!

La interrupción del teniente Broussard hizo que los dos hombres se levantasen de forma precipitada, las patas de las sillas en las que se encontraban sentados arañaron el suelo y estuvieron a punto de perder el equilibrio por la precipitada y brusca oscilación. Con una postura más bien hierática ambos hombres saludaron con su mano derecha y la llevaron a la sien. Miraron en dirección a su superior.

—Sí, señor —saludaron Oliver y Will al unísono.

—Sargento Shearman, acompáñeme.

Oliver acató la orden de inmediato. Ni tan siquiera se despidió de Will. Se limitó a seguir los pasos del teniente muy de cerca. El bullicio del campamento y una fuerte ola de calor lo envolvieron nada más salir de la tienda militar. Aquel infierno podía romper la férrea voluntad de cualquier hombre. El cálido y seco viento que soplaba en las tierras áridas y yermas penetró por sus fosas nasales y habría llegado hasta su garganta si no hubiese sellado los labios.

Alejado ya varios metros de la tienda, se percató de que la carta seguía entre sus manos. Soltó el aliento de golpe y guardó el trozo de papel en el interior del bolsillo de su pantalón. Se la devolvería más tarde a Will y mantendrían una larga charla.

Estaba claro que aquella maldita guerra podía poner a prueba a los hombres más cabales.

Un zumbido sacó a Oliver de sus pensamientos. Un zumbido que su cerebro reconoció de inmediato y que hizo que todas sus alertas se activasen. Miró hacia el cielo. La tarde caía para dar pronto paso al anochecer.

—¡A cubierto! —gritó alguien cerca de él.

Entonces lo vio.

No hizo falta que le repitiesen la orden. Oliver corrió despavorido para salvar la vida, pero no le dio tiempo a llegar muy lejos. El misil estalló a los pocos segundos.

Le cegó una luz.

El estruendo fue atroz, la tierra tembló bajo sus pies y se formó una humareda que le obligó a taponarse con las manos la boca y la nariz para evitar la asfixia. La metralla se convirtió en armas arrojadas en busca de una diana.

Yacía boca abajo cuando sintió la tierra temblar de nuevo: los estaban atacando. Gritos, dolor y desolación se apoderaron de la situación. Tosió y levantó la cabeza lo suficiente para ver como el horror se había apoderado del campamento. Hombres uniformados corrían de un extremo a otro de la explanada, muchos de ellos heridos y cubiertos de sangre.

Se le revolvió el estómago. En su mente aparecieron otros recuerdos que le hicieron estremecer: cadáveres, escenas sangrientas que se despertaron en algún rincón de su cerebro. Apartó la mirada y tragó arena y saliva, luchando por no vomitar lo último que había ingerido.

—¡Nos están atacando! —chilló alguien en la lejanía.

El pitido constante y molesto de los oídos era incómodo y le impedía escuchar con claridad lo que estaba aconteciendo a su alrededor.

Hizo un sobreesfuerzo para apuntalar su codo contra el suelo e incorporarse lo suficiente para observar el campamento, todo parecía suceder a cámara lenta. Había decenas de cuerpos inmóviles sobre la tierra. En algunas zonas la arena se afanaba por absorber la sangre de los heridos y los fallecidos.

Aquella escena podía ser propia del infierno de Dante.

La visión se le nubló y fue entonces cuando se percató de que su rostro estaba cubierto por la sangre que brotaba de un corte sobre su ceja izquierda. Parpadeó varias veces y entrecerró los ojos.

De repente todo se volvió confuso, advirtió que el mareo se intensificaba, sintió que le faltaba el aire, que sus pulmones estaban a punto de explotar, pero antes de perder el conocimiento miró en dirección a la tienda donde había dejado a Will.

Contuvo el aliento hasta que su cerebro procesó toda la información: no quedaba rastro de ella. En su lugar se extendía hacia el cielo una inmensa columna de humo.

Will había muerto.

Un frío estremecedor entumeció cada uno de sus músculos. Se llevó la mano de forma intuitiva a un costado y la piel no tardó en impregnarse de sangre. Un trozo de metal lo atravesaba muy cerca de donde estaba situado el pulmón derecho. Tragó saliva con dificultad; era consciente de que esas heridas casi siempre eran mortales. Cerró los ojos con fuerza y trató de inhalar un poco de aire, pero su intento por respirar fracasó de forma inminente. Se ahogaba y sintió como la vida se le iba de las manos.

Él también iba a morir.

Ese fue su último pensamiento antes de que su cabeza rebotase contra el suelo, antes de que el frío y la oscuridad lo abrazaran.

Lo último que escuchó fue la voz del teniente Broussard.

—¡Esos hijos de puta nos han atacado!

CAPÍTULO 2

Laurel tuvo que recurrir a todo su control para mantener a raya las lágrimas.

—Lo siento, Laurel, pero poco puedo hacer al respecto —dijo el banquero, apesadumbrado, tras su mesa.

Laurel se removió inquieta en la silla. Iba a perder su negocio y no podía hacer nada para evitarlo. La sola idea de perder la casa que había heredado de su abuela la estaba volviendo loca.

—¿Estás seguro de que no se puede hacer nada?

Abraham Morris colocó los antebrazos sobre la mesa antes de negar con la cabeza.

—Es inviable, Laurel. Lo siento de verdad, pero no puedo hacer nada.

Laurel tragó saliva con dificultad. Deseó que la tierra la tragase y desaparecer de una vez para siempre de ese mundanal ruido que le estaba haciendo la vida imposible.

Abraham y ella tenían amigos comunes. En el fondo sabía que era un buen tipo, por lo tanto, no le quedaba otra alternativa que creerle. Cerró los ojos. Tenía unas ganas locas de llorar de forma desconsolada, así que se obligó a relajarse.

Wolcott era un pueblo pequeño situado en el condado de Lamoille, en el estado de Vermont. Apenas rozaba los mil setecientos habitantes, lo que permitía que todos, de una manera u otra, se conociesen o fuesen familia.

—No me puedo rendir —dijo más para sí misma que para Abraham.

Incómodo, el banquero buscó algo que decir.

—Déjame que revise de nuevo las cifras, ¿de acuerdo?

Fue en ese momento cuando Laurel levantó la cabeza y lo miró fijamente.

—¿Estás seguro? —preguntó indecisa.

Abraham la miró. Se apiadó de ella porque el último mes había sido un verdadero infierno para Laurel. Will había muerto en acto de servicio, en Afganistán, y luego estaba lo de Zane. Sin pretenderlo, Abraham negó con la cabeza. Aquello ya era demasiado para cualquier ser humano. A veces la mala suerte se cebaba en una persona, y este era el caso de Laurel Mitchell.

—No te puedo prometer nada, pero en un par de semanas volvemos a hablar, ¿de acuerdo?

Los ojos color chocolate de Laurel se abrieron hasta su máxima expresión.

—Sí.

—¿Podrás venir a Vermont?

—No hay problema.

—Bien —comentó Abraham mientras cerraba una de las carpetas que tenía sobre la mesa—. Me pondré con ello mañana mismo.

—Gracias, Abraham —dijo mientras se levantaba de la silla—. Te agradezco, y mucho, tu tiempo.

El banquero, ya de pie, rodeó la mesa y se acercó a Laurel.

—Voy a serte sincero, Laurel: no creo que pueda hacer mucho al respecto, pero al menos lo intentaré. —Le ofreció la mano a modo de despedida.

Ella la estrechó.

—Sé que lo harás.

Abraham dejó caer la mano a la altura de la cadera.

—Siento mucho lo de Will. Supongo que estarás cansada de oír lo mismo una y otra vez, pero quiero que sepas que mis condolencias son sinceras.

Una triste sonrisa afloró en la boca de Laurel.

—Las palabras sinceras siempre son bien recibidas —respondió ella. Trató de ensanchar su sonrisa, pero no lo consiguió.

—Siento también lo de Zane. —Nada más pronunciar esas palabras, Abraham lo lamentó—. Lo siento, no debería...

Las lágrimas ya le anegaban la garganta. Laurel respiró hondo y no se dejó llevar por el dolor.

—Sé que no ha sido con mala intención —le interrumpió ella—. No deberías disculparte. —Tomó aire antes de continuar hablando—. Supongo que todo pasará más tarde o más temprano. Debo irme, se hace tarde.

Abraham, algo molesto consigo mismo, le cedió el paso.

—Tú primero. Te acompaño a la puerta.

Oliver quería olvidar, pasar página, pero a pesar de lo que muchos creían, no era nada fácil dejar atrás el pasado y centrarse en el presente. Se dirigió a la ventana y observó los maravillosos jardines que formaban parte del lujoso conjunto residencial, en Jacksonville, Florida. El complejo ofrecía una gran variedad de servicios para los jubilados, incluida asistencia médica. Su madre había decidido vivir allí tras la muerte de su padre, de eso hacía ya dos años.

Él nunca se opuso a la decisión. Sus padres habían trabajado muy duro toda su vida y la pequeña fortuna que habían ahorrado a lo largo de los años permitía ahora a su madre un plan de jubilación algo más selecto. Además, él era soldado, se pasaba largos periodos de tiempo lejos del hogar y el hecho de saber que su madre estaba bien atendida y acompañada, le dejaba más tranquilo.

Cerró los ojos durante unos segundos. Nada más hacerlo, lo lamentó, porque cada vez que se dejaba llevar por la oscuridad, el revuelo del campamento el día del ataque le sobrecogía. Él había sido uno de los hombres más afortunados, no había sido el caso de Will y de otros compañeros.

En su mente aparecieron recuerdos confusos, imágenes de heridos, cadáveres y sangre parpadearon ante sus ojos ya abiertos. Apartó la mirada del cristal de la ventana y se pasó la mano por el costado derecho; a través de la tela de su camisa pudo sentir la cicatriz. Un neumotórax casi acaba con su vida. Dos semanas en un hospital militar y un equipo maravilloso de cirujanos le habían salvado. Siempre les estaría agradecido por ello.

Habían sido unas semanas duras y eternas, con intervalos de muchos dolores y la administración de analgésicos tan fuertes que en algún momento creyó levitar por la habitación. Casi un mes más tarde se podía decir que ya estaba casi recuperado, pero su vida seguía en *stand by*.

Como Will, habían sido muchos otros los que perdieron todo: los sueños y las

esperanzas. Un precio muy alto, el que debían pagar por su país.

La sombra de abandonar el ejército sobrevolaba por encima de él como una amenaza.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres?

Oliver dirigió la mirada a su madre. Poco quedaba de esa mujer joven y sonriente que se sentaba con él en el suelo y junto a la que unía cientos de piezas hasta dar forma a uno de sus puzzles. Su piel estaba arrugada y sus ojos, aunque ya no brillaban como antaño, seguían siendo claros, igual que los suyos. Pero aún transmitían calidez y comprensión. Quizá fuese esa la razón por la cual decidió sincerarse con ella.

—No estoy seguro de nada, mamá. Sin embargo, creo que debo hacerlo.

Su madre se encogió de hombros, bajó la mirada hacia la bombona de oxígeno y la acarició, como si se tratase de una fiel compañera. Sus pulmones se estaban debilitando muy rápido y el enfisema pulmonar ya era imparable.

—Tu amigo ya no está en el mundo de los vivos, hijo —comenzó a decir su madre despacio, sin poder evitar el sonido silbante y chillón durante la respiración—. A los muertos hay que dejarlos tranquilos. No se te ha perdido nada en Nueva Inglaterra.

Oliver sabía que su madre tenía razón: nada se le había perdido en Wolcott. Buena parte de sus sueños y esperanzas los había abandonado en Afganistán. Ahora era un mar de confusiones. Decidió ser sincero.

—Will escribió una carta a la mujer que amaba.

Su madre le lanzó una mirada cautelosa.

—¿Una carta?

—Así es.

—Creía que ya nadie escribía cartas.

La imagen de Will y él en la tienda militar poco antes del ataque le sobrevino. Había repetido esa conversación una y otra vez en su mente. Fueron sus últimos minutos juntos y el destino parecía saberlo. Se apoyó en la pared y cruzó los brazos a la altura del pecho.

—Yo tampoco, pero Will la escribió.

—¿Entiendo que quieres entregarle la carta a la muchacha?

—No estoy seguro. —La respuesta le sorprendió hasta a él mismo—. Solo quiero conocerla.

—¿Por qué? —inquirió, precavida, su madre.

—Aún no lo sé, pero quiero saber las razones por las cuales Will se decidió a escribir esas líneas.

Su madre movió la cabeza de un lado para otro. Con sus artríticos y temblorosos dedos se ajustó las gafas de oxígeno a los orificios nasales.

—Está muerto, Oliver —sentenció su madre—. Ya nada importa. Deberías centrarte en tu vida y no en la de los otros.

Oliver dejó caer los brazos e introdujo las manos en los bolsillos de su pantalón, cerró los dedos hasta convertirlas en puños apretados.

—Algo me dice que debo hacerlo.

Su madre abrió la boca para replicar, pero una tos crónica acompañada de la dificultad para respirar, se lo impidió.

Oliver se despegó de la pared y corrió en su auxilio.

—Mamá, tranquila. —Se arrodilló a su lado y golpeó suavemente su espalda—. Tranquila y respira despacio.

La tos atacó de nuevo, esta vez acompañada de esputo. Oliver, con la ayuda de un pañuelo, limpió la boca de su madre.

—Será mejor que dejemos esta conversación para otra ocasión.

Su madre, con la piel cenicienta por el sobreesfuerzo, levantó la cabeza como movida por un resorte. Oliver se preguntó de dónde había sacado las fuerzas.

—No me queda mucho tiempo, hijo. —Inhaló aire y las sibilancias se hicieron más evidentes—. Tu padre y yo trabajamos muy duro en el restaurante durante toda una vida. A él le falló el corazón por el estrés y las preocupaciones. —Respiró y la tos apareció de nuevo. Oliver ahuecó la mano y golpeó con delicadeza su espalda—. A mí, los pulmones, y poco puedo hacer al respecto. Solo gastar nuestros últimos ahorros en esta residencia. Eres nuestro único hijo, Oliver, y no quiero que malgastes tu tiempo en los sueños de otros.

—Mamá...

Su madre levantó a duras penas un brazo.

—He estado a punto de perderte...

El nuevo ataque de tos hizo que las palabras murieran en su garganta.

—Estaré bien.

—¿Dejarás el ejército?

Oliver permaneció inmóvil, observó a su madre. El miedo estaba reflejado en sus ojos. No quería mentirle, así que optó por una verdad a medias.

—Lo pensaré.

Nancy Shearman acarició la mejilla de su hijo.

—El mundo está loco.

Oliver sabía a qué hacía referencia su madre. Semanas atrás, Al Qaeda había llevado a cabo cuatro atentados contra los centros de poder más importantes en Estados Unidos. El resultado había sido catastrófico. Miles de fallecidos y heridos. Familias rotas por la tragedia y un país unido por el dolor, que aún intentaba sacudirse el polvo y hacer frente a las devastadoras consecuencias.

—Ahora todo está bien —mintió—. No debes preocuparte por eso.

Su madre negó con la cabeza, como si no le creyera.

—Siempre creímos que te casarías y nos darías muchos nietos, que heredarías el restaurante, pero aquel fatídico día tu padre y tú os enfadasteis. —La tristeza veló la mirada de Nancy—. Al cabo de unas semanas, quizá movido por el resentimiento, te alistaste en el ejército y ya nada volvió a ser igual.

La voz de su madre se iba apagando poco a poco y Oliver se sintió culpable.

—Eso ya pasó, mamá. —Oliver recordaba aquel día como si fuera ayer y sabía que nunca, por muchos años que viviese, podría olvidarlo. Todos, de una manera u otra, habían sufrido las consecuencias—. Iré a llamar a la enfermera para que te acueste. Necesitas descansar.

—Oliver... —Su madre lo asió del brazo antes de que él se incorporara—. Hagas lo que hagas, prométeme que serás feliz. —Las lágrimas ya se precipitaban por las mejillas de Nancy—. Prométemelo —insistió con un hilo de voz.

Su hijo le dedicó una mirada llena de cariño.

—Te lo prometo, mamá. Ahora descansa.

—Quiero nietos, Oliver.

Él, de haber podido reír, lo habría hecho. Su madre pedía demasiado a estas alturas de su vida. A sus treinta y ocho años había vivido más que muchos otros en una vida entera.

—Los hijos son importantes en la vida de un hombre —continuó su madre con la voz rota.

Oliver se limitó a asentir. Poco más podía hacer al respecto. Dejó a su madre sentada en el sillón y se dirigió a la puerta. Cuando estaba a punto de agarrar el pomo, Nancy habló. Parecía haber sacado fuerzas de la nada.

—Debes estar preparado para afrontar la vida, hijo —comenzó a decir con cautela—. Y no afrontar la vida sin estar preparado —susurró.

No estaba dispuesto ni tenía ganas de escuchar mensajes subliminales. Abrió la puerta y decidió ir en busca de una de las enfermeras.

CAPÍTULO 3

—Zane ha vuelto a llamar.

Laurel ignoró deliberadamente las palabras de Kendra y continuó con su tarea, que consistía en apilar los leños que su vecino Zachary amablemente había cortado para el invierno.

—¿Has escuchado lo que he dicho?

Laurel, quizá por la rabia del momento, dejó caer un madero al suelo y se giró bruscamente.

—No estoy sorda, Kendra —dijo Laurel. Sus palabras fueron acompañadas de una nube de vaho—. Volverá a llamar, no te preocupes.

Kendra volvió a poner cara de preocupación.

—En algún momento os tendréis que sentar y hablar de lo sucedido.

—Supongo que sí —repuso ella, mientras recogía el madero que había tirado de forma intencionada al suelo—. Pero ese momento aún no ha llegado.

Kendra se envolvió con sus brazos.

—Es inocente, Laurel.

Toda la paciencia que había acumulado Laurel durante los últimos días se esfumó como por arte de magia.

—Eso tendré que decidirlo yo, no tú. —Se frotó las manos una contra la otra para eliminar los restos de polvo y madera—. Hablaré con él llegado el momento, pero ahora tengo otros problemas de los que ocuparme.

—¡Nunca me escuchas! Solo piensas en ti —vociferó Kendra mientras hacía aspavientos con los brazos.

Aquello fue lo máximo que pudo aguantar Laurel.

—Eso no es cierto, y lo sabes.

Kendra la retó con la mirada, como solía hacer cuando no se salía con la suya. Laurel hizo acopio de paciencia por enésima vez esa semana. Enfrentarse a una adolescente de diecisiete años era lo último que deseaba en ese momento.

—¡Ojalá mi padre estuviese vivo! —exclamó fuera de sí.

Laurel había escuchado esa frase infinidad de veces en el transcurso de los últimos dos años. Por algún motivo que se le escapaba, en esa ocasión le dolió más que nunca.

—Pero no lo está.

Nada más pronunciar esas palabras, lo lamentó. Kendra era la hija Josh, su primer marido. Cuando se enamoró de Josh no le importó que fuese divorciado, ni padre. Ella se enamoró del hombre y así se lo hizo saber. Fueron unos años maravillosos y fruto de su amor nació Caleb. Todo era endiabladamente perfecto, todo lo era hasta que el cáncer invadió sus vidas y sesgó la de su marido.

De repente se encontró sola, triste, sin grandes ingresos, y con dos hijos; el más pequeño, Caleb, de diez años, y Kendra, de quince. Hasta ahora había sobrevivido a duras penas los últimos dos años, pero en ese momento, y tras la conversación con Abraham, se estaba ahogando en facturas.

Las actividades que ofrecía a los turistas en invierno y la casa eran lo único a lo que podía aferrarse para intentar salir del atolladero en el cual se encontraba inmersa. Vender la casa o traspasar su pequeño negocio eran opciones que debía tener en cuenta, pero Wolcott era un pueblo pequeño y nadie en su sano juicio deseaba un proyecto que no era rentable.

No podía competir con el resort Stowe Mountain, al norte de Vermont, una de las estaciones de esquí más importantes de Nueva Inglaterra. Solo de pensarlo ya la tachaban de loca, pero ese había sido siempre el sueño de Josh, y ella, enamorada y optimista, había creído en su marido, en que sus sueños se podrían convertir en un negocio viable. Y así fue mientras vivió Josh, luego todo se vino abajo como un castillo de naipes. Solían decir que los números nunca mentían. Ella estaba segura de que eso era cierto, por esa razón se encontraba en un serio aprieto.

Zane era otro de sus frentes abiertos y el solo hecho de pensar en él la agotaba.

Cuando vio brillar las lágrimas en los ojos de Kendra se amonestó a sí misma.

—Lo siento. No era mi intención decir eso. —Decidió mantener una distancia prudencial con la joven y, de forma instintiva, se envolvió en su vieja y descolorida chaqueta—. Es que no me pones las cosas fáciles y no sé cómo lo haces, pero siempre sacas lo peor de mí.

Los ojos color café de Kendra se iluminaron.

—¡Me encantaría que mi madre viniese a buscarme y desaparecer para siempre de este maldito pueblo! —exclamó la joven con rabia—. Odio Wolcott y, en especial, a ti.

Laurel la miró con una mezcla de enfado y resignación.

Kendra era una preciosa adolescente de diecisiete años, confundida y enfadada con el mundo. Se parecía mucho a su padre, tanto que a Laurel le dolía. Sus grandes ojos color avellana la solían mirar con furia contenida. Su brillante pelo oscuro y liso le llegaba a la altura de los omoplatos; esa tarde lo llevaba recogido en una cola de caballo, por lo cual sus rasgos parecían más expresivos y enérgicos. Incluso el *piercing*, un pequeño aro que decoraba su nariz, parecía brillar con más intensidad que de costumbre. Era más alta que la media de las chicas de la zona, cosa que no le agradaba en absoluto.

Respecto a la madre biológica de Kendra, Laurel sabía con certeza que jamás vendría en busca de su hija. Josh le había confesado cuando se conocieron que era una *stripper* que no había sabido o podido encauzar su vida. La generosa cantidad de dinero que le ofreció Josh fue más que suficiente para que tirase, de forma literal, a la niña en los brazos de su padre.

Su marido le confesó que fue una relación corta y esporádica y, de no ser por Kendra, Bonnie Davis habría pasado sin pena ni gloria por su vida.

—Siento que no seas feliz aquí, Kendra.

—No, no lo soy —replicó la joven furiosa—. Quiero largarme de este puñetero pueblo e irme a Nueva York o a cualquier otra parte del mundo.

Laurel se estremeció al escuchar aquello.

—Lo entiendo, de verdad. Pero por ahora es imposible.

—Por esa razón te odio aún más.

Laurel sintió una ardiente punzada en el pecho ante el comentario, pero no lo dejó entrever.

—Para ti, todo es imposible —continuó, malhumorada, Kendra—. Todo lo que te

rodea es oscuro y perverso, si no, ¿por qué razón tuvo que morir Will?

Aquello fue más de lo que pudo soportar Laurel. Cerró los ojos para detener las lágrimas.

—No tienes ningún derecho a culparme de la muerte de Will.

La sórdida sonrisa de Kendra la dejó sin aliento.

—Se fue a la guerra sin pedirte matrimonio, aunque todo el mundo piense lo contrario —saltó sin reprimir su enojo—. Digamos que fuiste su último entretenimiento antes de regresar a Afganistán.

Los ojos de Laurel se anegaron de lágrimas.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? Will está muerto, murió por nuestro país —dijo con tono sombrío—. No tienes ningún derecho a hablar así de él. —Kendra la miró con los ojos entornados, pero Laurel no se dejó amedrentar—. Será mejor que vuelvas a casa antes de que tu despecho salpique de nuevo a la gente que se preocupa por ti y que te quiere.

Kendra iba a replicar, pero la mirada de advertencia que le lanzó Laurel la detuvo. Se giró y le dio la espalda con gesto adusto. Sus pasos largos y marcados eran todo un reflejo del estado de ánimo de la joven.

Laurel dejó escapar un suspiro ahogado cuando se quedó sola. Kendra estaba en lo cierto: Will no le prometió nada. La noticia de su muerte había sido como un jarro de agua fría. Un mes después de eso, seguía perdida.

Un suspiro de frustración salió de su boca acompañado de vaho.

—¡Mamá! —La voz de Caleb la sacó de sus pensamientos.

«El karma debe de estar más despistado que nunca», pensó.

—A la gente buena le pasan cosas buenas —susurró a la nada—. Ya te has divertido bastante. Ahora céntrate en mí y los míos.

—¡Mamá!

—Ya voy —respondió Laurel con aparente calma.

—¡Mamá! —El grito hizo que un ave que reposaba en la desnuda rama de un árbol extendiese las alas y la abandonase con precipitación. Laurel soltó un suspiro nostálgico.

Lo mejor sería entrar en casa antes de que Caleb se hiciese daño en la garganta.

CAPÍTULO 4

Oliver frenó su coche próximo a un llamativo cartel que le daba la bienvenida. Había llegado a su destino.

*Bienvenido a
WOLCOTT
Fundado en 1781*

El viaje desde Jacksonville fue largo, pero las horas que había pasado al volante le ayudaron a canalizar emociones encontradas.

El médico había sido muy claro con respecto a la enfermedad de su madre. El enfisema pulmonar avanzaba a marchas forzadas y no le quedaba demasiado tiempo, pero ese tiempo era muy relativo. La decisión de viajar hasta Nueva Inglaterra no había sido fácil; sin embargo, sabía que si no realizaba ese viaje le pesaría en la conciencia toda la vida. Se armó de valor tras cambiar algunas impresiones con la enfermera y el médico de la residencia. Su madre estaba grave, eso era cierto, pero estable. Si la situación se agravaba, se pondría de forma inmediata en contacto con él.

Eso le dio un respiro e hizo que se sintiera menos culpable. Hizo un cambio de maleta y metió ropa de abrigo. Nueva Inglaterra era conocida por su clima húmedo: sus veranos eran cortos y suaves, y los inviernos fríos. Tras zanjar algunos asuntos más, se puso en carretera sin tener muy claro cómo podría terminar toda aquella aventura.

Volvió al presente. Puso de nuevo en marcha el coche y aceleró, despacio, sin perder detalle de lo que le rodeaba. El verano había dado paso a un otoño áspero y nada suave. Había leído en una guía de viajes que había encontrado en la biblioteca que Wolcott era un pueblo situado a setecientos veinte pies de altitud, donde no faltaba el agua y, por ello, según las fotografías que había podido ver, su belleza era más que palpable. El lago Elmore, de doscientos diecinueve acres, el lago Wapanacki, de menor volumen que el anterior, las cascadas de Wolcott Pond, o el río Lamoille eran muestra de ello. Tener una buena memoria a veces resultaba efectivo y le había sacado de algún que otro apuro.

Sin poder evitarlo, pensó en Will. Últimamente lo hacía muy a menudo. En algunas ocasiones, su recuerdo le entristecía demasiado; otras, le arrancaba una sonrisa. Cuando se presentaba esto último, permitía que la nostalgia deambulara por su mente a sus anchas.

Se habían conocido en Afganistán por esas casualidades de la vida que nadie después llega a recordar. Al principio fueron saludos amables, nada destacables. Más adelante intercambiaron algunas frases cordiales, la mayoría de las veces relacionadas con el ajedrez. Quizá fue la pasión por este juego lo que les unió. Por último, esas frases se fueron enlazando hasta convertirse en conversaciones serias e incluso existenciales, porque en el ejército se hablaba más de la muerte de lo que uno suponía. Les encantaba cambiar impresiones y diseccionar las películas de *Star Wars*. Will era un fan incondicional de Han Solo y Chewbacca. Oliver, sin pretenderlo siquiera, se convirtió en un apasionado de la Estrella de la Muerte, la estación espacial ficticia de la saga.

Fue como si el destino hubiese pensado que unidos formaban un buen equipo, porque ellos no pudieron hacer u opinar nada al respecto. Habían aceptado su amistad sin más, sin demasiadas preguntas hasta que, tras uno de los permisos, Will regresó a la base hablando de Laurel. Oliver pensó que sería un encaprichamiento, algo pasajero. ¿Quién no venía saciado de sexo y enamorado tras un largo permiso de varias semanas?

Porque si había algo destacable en su profesión, era que las relaciones en el ejército solían ser efímeras, pero para sorpresa de ambos, no fue así. Laurel se afianzó en su día a día y su nombre solía salir a colación en algunas de las conversaciones que mantenían.

La reconoció por las fotos que Will le había mostrado. Laurel era una mujer atractiva, con una sonrisa bonita y, según su amigo, con los pies en la tierra. Decir que se alegraba por él era poco.

Will le contó que Laurel y él se conocían desde la infancia. Se podía decir que tenían un pasado en común, pero demasiado efímero. Laurel se había quedado viuda y, una vez más, el destino puso en marcha una de sus tretas. Según su amigo, juntos se encontraban cómodos, se entendían y tenían más cosas en común de lo que habían creído en un principio. Se habían reencontrado en el lago Elmore, donde ella vivía, una mañana que Will decidió ir de pesca. Ese mismo día le invitó a cenar. Al parecer, Laurel hacía unas tortillas de tomate y albahaca para chuparse los dedos. y debían serlo, si Will las alababa con tanta frecuencia.

Ahora la situación había cambiado. Will ya no estaba y la vida de Laurel, como la suya propia, nunca serían las mismas.

Condujo despacio, sin apartar los ojos de los espesos bosques caducifolios. El otoño había llegado para quedarse y muestra de ello eran los colores amarillos y rojizos brillantes que predominaban en la naturaleza. Will había sido parte de aquel pueblo y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo al imaginárselo corriendo por aquellos terrenos arbolados y pastizales. Paisajes espectaculares que se grababan, casi sin pretenderlo, en la retina.

La sola idea de que su amigo no regresara al hogar le encogió el corazón. Will, como el resto de los soldados caídos en combate, se merecía algo más que morir en la guerra, tan lejos de su hogar. Soltó un improperio sin ocultar su irritación. Él era un hombre afortunado, sin saber por qué la vida le había regalado una segunda oportunidad y, si algo tenía claro, era que no pensaba desaprovecharla.

Decidió no salirse de la carretera principal. Estudió durante unos segundos el mapa abierto que reposaba en el asiento del copiloto y descubrió que la casa de Laurel Mitchell no se encontraba muy lejos.

Como de costumbre se llevó la mano al corazón; allí, en el bolsillo interior de su anorak, se encontraba a buen resguardo la carta de Will. A pesar del poco tiempo transcurrido el papel estaba deteriorado y quebradizo. Siempre le estaría agradecido a Lisa Smith, la veterana enfermera amable y risueña que le había atendido durante su estancia en el hospital, por revisar su ropa y dejar a buen recaudo sus pertenencias hasta que él, ya más recuperado, se pudo hacer cargo de ellas.

Había leído la carta una infinidad de veces, conocía cada uno de los párrafos, incluso podía situar con los ojos cerrados las comas y puntos. Algunas palabras se encontraban borrosas. Al parecer la sangre las emborronó cuando resultó herido, pero lo que Will había querido plasmar en ese trozo de papel aún era legible. Lo aplastó contra su pecho

mientras soltaba al mismo tiempo un bufido hosco.

Por fin iba a conocer en persona a la mujer que había cambiado la vida a su amigo.

—No puede ser, Caleb.

—¿Pero por qué? —protestó el niño con gesto compungido—. Kendra me acompañará. Iremos a navegar al lago, no tardaremos demasiado, te lo prometo. En menos de una hora estaremos de vuelta en casa.

Laurel sintió que le fallaban las fuerzas. Si no tenía ya bastante con Kendra, Caleb se unía a otro de sus frentes. Cuando volviese a ver a la muchacha, le diría un par de cosas bien dichas.

—Hace frío —dijo Laurel, al tiempo que recogía algunas piezas de la maqueta de su hijo dispersas por el suelo—. Quizá mañana.

—Mañana dirás lo mismo —rezongó el niño—. Y tampoco me dejarás ir.

Laurel dejó la maqueta inacabada de un avión de la Segunda Guerra Mundial sobre el escritorio de su hijo.

—Deberías tener más cuidado con estas cosas. —Señaló el pequeño avión a escala—. Si pierdes alguna de las piezas ya no podrás terminar la maqueta y te enfadarás.

Caleb agitó las manos en el aire intentando llamar una vez más la atención de su madre. Al no conseguirlo, exclamó:

—¡Mamá! —Su voz estaba teñida de rabia.

Laurel se dio la vuelta y observó a su hijo. Se parecía tanto a su padre que nadie que no los conociera dudaría que Kendra y Caleb fuesen medio hermanos. Los ojos de su hijo tenían el color del otoño, su estación preferida. Su pelo era de un tono más claro que el de su hermana y para su edad también era un niño alto.

Josh medía alrededor del metro noventa y no cabía la más mínima duda de que sus hijos habían heredado sus genes. Pensar en su marido ya no la entristecía tanto. Le seguiría queriendo y siempre tendría un lugar en su corazón, de eso estaba segura. Pero, en algún momento de su vida, había pasado página y ahora se alegraba por ello, aunque los problemas financieros la asfixiaran tanto que, en ocasiones, no podía ni tan siquiera respirar.

El poco tiempo que había pasado con Will había sido increíble; le había devuelto la ilusión, las ganas de vivir y reír. Eso ya era mucho para una viuda con dos hijos a su cargo.

—Por favor, mamá —le rogó.

Laurel reconoció de inmediato el cambio de estrategia de su hijo, pero no le iba a dar ningún resultado. El lago podía ser peligroso, y más cuando su hermana seguía enfadada con el mundo. Como madre, no podía evitar sentir cierto temor. Sus hijos, aunque Kendra no lo quisiera creer, eran lo primero de su lista. Sin ellos estaría perdida. Ellos habían sido su brújula en todo el proceso que había vivido con Josh, desde el diagnóstico de su enfermedad hasta su muerte.

El paso del tiempo había restaurado una nueva rutina, otra forma de vivir, no mejor, pero sí aceptable. Pero ahora Laurel necesitaba un poco de paz antes de que Kendra y Caleb consiguieran volverla loca.

—No va a poder ser, Caleb. Lo siento de verdad.

Su hijo iba a protestar de nuevo cuando se escuchó en el exterior el ruido de un motor. El niño corrió a la ventana y apartó la cortina.

—¡Es un coche impresionante! —exclamó sin poder evitar que el cristal se empañase a causa

de su aliento.

La casa en sí era extraordinaria. Los grandes ventanales y la fachada se fundían con el paisaje. Estaba ubicada en un terreno boscoso, frente al lago Elmore: un lugar paradisíaco y lleno de vida. Los colores del otoño, igual que los árboles de ramas desnudas y el cielo plomizo, se reflejaban en las tranquilas aguas. Oliver no pudo evitar fijarse en el embarcadero de madera situado a la orilla del lago. Era una estructura sencilla, maltratada por el paso del tiempo y que necesitaba desesperadamente un poco de atención. Dos gruesas cuerdas amarradas en uno de los pilotes sujetaban un par de barcas que se mecían suavemente sobre las casi imperceptibles ondulaciones.

Eso fue lo que pensó Oliver nada más apearse de su Toyota Highlander. Resopló, impacientemente. No tenía ni idea de cómo hacer frente a la situación. Por primera vez en las últimas semanas dudó; quizá lo mejor era volver a meterse en el coche y regresar a Jacksonville. Si lo hacía nadie podría reprochárselo.

Acarició con la yema de los dedos su hirsuta barba. Le hacía falta un buen afeitado, pero habría que esperar, porque tenía otras prioridades en mente.

—*¡Wow!* Es un coche increíble.

Sobresaltado por aquella voz infantil y cantarina, se dio la vuelta. A su espalda se encontraba un niño que rondaría los doce años. Sus mejillas y nariz estaban salpicados por pequeñas motas de tonos marrones que le daban un aire travieso y divertido.

—Hola —saludó Oliver, sin poder ocultar su sonrisa.

Los mofletes del niño se inflaron y las pecas parecieron desplazarse por la piel. Cuando Oliver se alejó unos pasos del coche, los ojos del pequeño, ya grandes de por sí, se abrieron más. Una exclamación murió en sus labios.

La idea de que aquel niño fuese Caleb, el hijo menor de Laurel, le hizo sopesar seriamente algunas de sus opciones. Aún estaba a tiempo de retomar la carretera y regresar a puerto seguro. Pero en lugar de hacer eso, se apoyó en el coche, cruzó los brazos e intentó aparentar indiferencia.

—Es un Toyota Highlander, ¿verdad? —No esperó a que el desconocido respondiera a su pregunta—. A mí me gustan más los aviones, pero reconozco que este coche no está nada mal.

—¡Caleb!

Una voz de alarma hizo que el hombre y el niño dirigiesen la mirada, de forma simultánea, a la mujer que se encontraba en ese mismo momento en el porche con las manos apoyadas en la barandilla y el gesto intranquilo.

—Me llamo Caleb, ¿y tú quién eres?

Oliver no respondió. La pregunta del pequeño se diluyó y no pudo hacer nada para retomar la conversación. Su mirada acaparó la delicada figura femenina que lo miraba con cierto recelo desde el porche. No tenía la menor duda de que se trataba de Laurel. La reconoció de inmediato, pero en ese momento comprobó que la foto que le había mostrado Will no le hacía ninguna justicia.

—¿Cómo te llamas? —insistió Caleb impaciente, cansado de que le ignorasen.

Oliver centró de nuevo toda la atención en el chico.

—Oliver Shearman —respondió.

Caleb arrugó el entrecejo con aire pensativo, pero no dijo nada. Se limitó a observarle con

más atención, si cabe.

Laurel escuchó el nombre del recién llegado y su corazón dio un brinco bajo las costillas. Se ajustó más la chaqueta al cuerpo y observó con cierto interés al hombre que hablaba en ese momento con su hijo. Sabía quién era Oliver Shearman. Will le había hablado de él.

La cuestión era qué hacía él allí, en Wolcott.

Bajó las escaleras del porche y, con pasos lentos, se acercó al amigo de Will, que en ese instante invitaba a subir al coche a su hijo.

Oliver permitió que el chico se sentara en el asiento del conductor. Sonrió más abiertamente cuando Caleb, con ayuda de sus labios, imitó el ruido de un motor de gran potencia y sus dedos se deslizaron por el volante emulando que tomaba una curva sofisticada.

Caleb pensó que el recién llegado no era un hombre peligroso. A lo largo de los años la casa había recibido muchos turistas y él, casi sin pretenderlo, había aprendido a sacar sus propias conclusiones de una primera impresión.

—¿Hace mucho tiempo que lo tienes? —preguntó casi más interesado en el coche que en el desconocido.

Oliver fue a responder, pero sus palabras quedaron interrumpidas por la presencia de Laurel, que estaba a su lado y lo observaba con curiosidad.

—Soy Laurel Mitchell —le saludó ella, tendiéndole la mano.

Oliver tuvo el presentimiento de que ella también sabía quién era él. Aun así, decidió que lo mejor era presentarse.

—Soy... —comenzó a decir.

—Sé quién eres —le interrumpió Laurel.

Oliver, confundido, carraspeó. Su piel era suave y tibia, algo que él agradeció al estrecharle la mano.

—Bien. Eso nos ahorra tiempo y detalles.

Laurel era, como ya intuía, de estatura media; debía medir metro sesenta y cinco como mucho, su complexión era mediana, diría que atlética. Irradiaba carácter, y algo más que no supo definir en ese momento con exactitud. No cabía duda de que era una mujer muy atractiva. Oliver se fijó en que vestía informal, con unos jeans y una camiseta de cuello cisne de punto fino que marcaba cada una de las curvas de su cuerpo. Se protegía con una chaqueta de tricot, de suave pelo, que le quedaba demasiado grande, a su modo de ver. Restos de pequeñas astillas de madera pendían de las mangas. Era rubia, aunque no tenía muy claro si era su tono de pelo natural o el resultado de algún tinte. Sus ojos, color chocolate, le observaban con interés y cierta suspicacia, no se lo reprochaba.

En ese preciso instante descubrió qué fue lo que vio Will en ella. Estaba claro que su amigo tenía un gusto exquisito para las mujeres.

Laurel dejó caer la mano y se colocó el pelo detrás de las orejas. Esperó pacientemente a que el recién llegado dijese algo más. Percibió como él entrecerraba los ojos, era como si algún pensamiento incómodo le estuviese rodando por la mente en ese mismo instante.

Oliver volvió a centrar su atención en ella. El silencio que se instauró entre ellos no era para nada un buen comienzo. Quiso hablarle de Will y de la carta, pero por algún motivo que no llegó a entender, desistió.

Will le habría llamado cobarde entre otros apelativos y luego se habría echado a reír en su cara. Pensar en él le animaba o le destrozaba, según el momento. Ahora mismo no estaba siendo de gran ayuda.

Laurel se movió inquieta. A Oliver no le pasó por alto una sombra de duda en su hermoso rostro y sintió que su misión había fracasado antes de comenzar. Después de todo, no había sido una buena idea viajar hasta Wolcott. Como de costumbre, su madre tenía razón, pero él, como si se tratase ya de una norma no escrita, solía ignorarla. Ahora lo lamentaba.

—¿Has venido por Will?

Laurel se percató de que la tensa expresión de él se suavizaba. Le vio introducir las manos en el interior de los bolsillos de su pantalón. Aquel hombre la desconcertaba y la intrigaba al mismo tiempo.

—Will me habló mucho de vosotros durante nuestra permanencia en Afganistán.

No tenía ni idea de por qué había dicho eso en voz alta. Las ramas de un pino próximo a ellos se movieron por el viento y Oliver cayó prendido de aquella hipnótica danza que había nacido con el inicio de los tiempos. Había echado tanto de menos ese verde intenso en el desierto. Aquellos meses se habían convertido en una auténtica pesadilla. Aún le dolía recordar las largas jornadas lejos de su país, de sus costumbres.

Laurel ladeó la cabeza, como si quisiera ver más allá de esa mirada, una mezcla de tristeza y esperanza.

Era alto, aunque no tanto como Josh. Sus miradas se cruzaron durante un par de segundos, tiempo suficiente para un examen exhaustivo. Si bien su complexión era delgada, le daba la impresión de que debajo de esa cazadora de cuero había unos músculos fuertes. Sus hombros eran anchos, aunque en ese momento los tenía ligeramente inclinados hacia adelante. Llevaba el pelo muy corto, como solían llevarlo los militares. Era negro y liso.

Su mirada gris parecía inquebrantable y sobria, no así su boca, que era sensual y bien definida. Estaba segura de que muchas mujeres se habían perdido en esos labios voluminosos y bien esculpidos para luego suspirar de placer. Tenía un aire solitario y, en ese momento, parecía un hombre perdido, más que fuera de su entorno.

—Estás lejos de tu casa.

Una sonrisa afloró a la boca de Oliver, quizá por el hecho de que ella lo tuteara desde un principio.

—Supongo que así es.

Ella lo miró como si esperase una respuesta más larga y convincente.

—Tienes una casa preciosa —dijo Oliver mientras reparaba en la fachada y el lugar.

—Muchas gracias. Me alegro de que te guste —comentó ella. Le lanzó una mirada cautelosa. Si algo le había enseñado la vida durante ese tiempo era a no creer en las casualidades—. Tú, en cambio, has recorrido una distancia más que considerable con tu coche —instó.

Él se encogió de hombros sin dejar de sonreír. Bajó la cabeza y, con la suela de su bota de montaña, movió la tierra.

Laurel no sabía qué pensar. Will había muerto, y la forma de ver el mundo de muchas personas había cambiado con su muerte; debía reconocer que la suya también. Hacer frente al pasado le hacía daño, lo tenía más que comprobado, y por alguna treta del destino, Oliver Shearman, el mejor amigo de Will, se encontraba en la puerta de su casa. Se arrebujó en su chaqueta y, por primera vez en muchos días, ignoró el viento frío que venía de las montañas.

—¿Es una visita de cortesía?

La pregunta sonó más a advertencia que a invitación, pensó Oliver. Levantó la cabeza, la miró a los ojos y mantuvo un semblante impassible.

Caleb, ajeno a su conversación, seguía con las manos sobre el volante. Saltaba a la vista que le

encantaba el coche. Hizo de nuevo un ruido muy familiar con la boca y Oliver creyó que lo que intentaba era aumentar la velocidad. Reprimió una sonrisa. La imaginación podía llegar a ser muy poderosa.

Cruzó las piernas a la altura de los tobillos.

—Will me habló de estos parajes y quise comprobar por mí mismo si todo lo que decía era cierto. El muy capullo siempre me quería impresionar, pero en esta ocasión poco puedo decir al respecto. —Soltó un bufido perfectamente audible—. Le echo de menos, ¿sabes?

Ella se sintió aterida. En el fondo sabía que se estaba comportando como una mujer desconfiada y fría. Veía fantasmas donde no los había. Claro que Oliver echaba de menos a su amigo. Ella lo hacía a diario y se preguntaba si había sido sincera con Will, si le había dado todo lo que necesitaba. Ya nunca lo sabría, y eso en más ocasiones de las que querría reconocer, la desquiciaba.

La muerte de Josh la había convertido en una mujer práctica y reservada con respecto a sus sentimientos. Ella se sentía aún culpable porque creía que estaba utilizando a Will, su amistad, para pasar página, para dar por finalizado un duelo que duraba demasiado.

—Él hablaba a todas horas de ti.

Oliver no pudo evitar enarcar una ceja. En el fondo le sorprendía que Will hablase de él cuando tenía a su lado a una mujer tan bella.

—¿Quieres entrar? Aquí está empezando a hacer frío.

—¿Estás segura? No quiero molestar.

El nudo que ella notaba en la garganta se aflojó.

—No serás una molestia —dijo antes de girarse—. Caleb, sal del coche, por favor.

Oliver la vio alejarse y no pudo evitar tener pensamientos contradictorios. No cabía la más mínima duda de que Laurel era una belleza, pero también tenía la impresión de que era un hueso duro de roer. Se preguntó por enésima vez en los últimos veinte minutos qué hacía Will con una mujer como aquella.

—¿Hay algún hotel cerca de aquí donde pueda hospedarme?

Ella, a punto de subir las escaleras del porche, se detuvo y lo miró por encima del hombro.

—Aquí hay habitaciones de sobra. Eres bienvenido, si te apetece quedarte.

Laurel vio como la sorpresa demudaba los duros rasgos de Oliver. Tenía la impresión de que era un hombre solitario y huraño. No era excesivamente atractivo, pero sí se veía a las claras que tenía una fuerte personalidad.

Will le había hablado maravillas de su amigo, pero Laurel tenía sus reservas al respecto.

Por algún motivo que aún no alcanzaba a entender, Will parecía haber estado hablando de un hombre muy diferente al que en ese momento dudaba si entrar en la casa o subirse a su coche y salir corriendo de sus tierras.

No esperó respuesta alguna. Subió los peldaños, de uno en uno, a sabiendas que Oliver Shearman tenía los ojos clavados en su espalda. No pudo evitar sentir un escalofrío al cruzar el umbral.

La pregunta volvió a resonar otra vez en su mente.

«¿Qué diablos hace Oliver Shearman en Wolcott?».

La idea de que estuviese relacionado con Will la inquietó aún más.

Por primera vez en mucho tiempo, su corazón latió desbocado. Respiró hondo y se dejó embriagar por la fragancia de su hogar. Ese era el único lugar donde se sentía segura y el hecho de estar a punto de perderlo era una sensación horrible, un peso infernal, que cada día la hundía un poco

más.

CAPÍTULO 5

—¿Cómo es?

Laurel dejó la masa del pan a un lado y miró a Micaela. Estaba siendo una mañana difícil en muchos sentidos.

—Supongo que diferente; no sabría qué decirte. —Cogió la jarra de zumo de naranja recién exprimido solo con la intención de hacer algo útil. Era sábado y habría sido un fin de semana al uso si Oliver Shearman no estuviese durmiendo en una de las habitaciones del piso de arriba.

—¿Diferente en qué?

Esa era la pregunta que le había rondado a Laurel hasta bien entrada la madrugada. Las horas que había pasado en vela en contacto con la almohada no le habían dado la respuesta que ella esperaba. La llegada de Oliver Shearman, no sabía muy bien por qué ni cómo, la había alterado. Lo último que deseaba en ese momento era que Micaela la sometiera al tercer grado.

—Es un hombre normal —dijo después de verter una cantidad generosa de zumo en cada uno de los respectivos vasos.

Micaela entrecerró los ojos. Apoyó la cadera en el borde de la encimera e introdujo las manos en los bolsillos de su pantalón deportivo.

—¿Por qué tengo la impresión de que no estás siendo sincera conmigo?

Laurel dejó la jarra de zumo en la mesa y, después, su atención recayó en su vecina y amiga.

Micaela podía ser una mujer afable y simpática cuando quería, sin embargo, no era el momento más adecuado para que su amiga mostrase su lado más amable. Vivía en una granja, a cinco millas del lago. Estaba casada con Jesse, un hombre taciturno y tranquilo, amante de los animales y de su trabajo. El matrimonio se dedicaba desde hacía casi diez años a ofrecer a los turistas paseos con trineo tirados por perros. En los meses que no había nieve, los esquís de los trineos eran sustituidos por ruedas. Este hecho permitía que el matrimonio tuviese ingresos a lo largo del año.

—Ya te he comentado que era amigo de Will.

—Sí. Eso me lo has dicho al menos un par de veces. Esta en concreto sería la tercera, pero parece que tú no quieres salir de ahí —señaló con amargura—. Tiene que haber una razón concreta por la que haya decidido venir a Wolcott.

A Laurel le habría encantado conocer esa razón en concreto.

—¿No te ha dado ninguna?

—Ayer tarde, cuando llegó, apenas hablamos —respondió Laurel echando un nuevo vistazo al reloj. Eran las siete de la mañana y muy pronto Caleb y Kendra saldrían de sus camas con la única intención de llenar sus estómagos. Decidió centrarse en la conversación—. A decir verdad, no estuvo muy comunicativo, ni yo demasiado cordial.

Micaela sacó las manos de los bolsillos. Cogió la bandeja en la que estaba dispuesta la masa del pan y la metió en el horno. El hecho de que Laurel estuviese tan misteriosa esa mañana le daba que pensar. La noche anterior la había llamado por teléfono y comentado que Oliver Shearman, amigo de Will, se había presentado en su casa. Eso la extrañó. La última vez que comprobó la hora eran las cinco de la madrugada, no había dormido más de dos horas seguidas, ni había logrado obtener ninguna respuesta plausible a todas las preguntas que habían bombardeado su mente.

—¿Crees que sospecha algo?

Laurel miró a través del cristal de la ventana. Aunque el otoño solía ser su estación favorita, en esa ocasión se le antojaba demasiado triste. El tinte que estaban cobrando las nubes era de un tono anaranjado tirando a rojizo. Sabía que si salía tendría que abrigarse. El rocío persistía aún en las hojas de las ramas semidesnudas de algunos árboles. El lago parecía dormido, solo cuando dos patos se posaron en sus aguas dio la impresión de que lo despertaban de su letargo.

—Si te refieres al hecho de que estoy en números rojos: no. No creo que sepa nada, pero tampoco lo puedo afirmar con rotundidad.

—Will te prestó dinero.

—Un dinero que le devolví —respondió Laurel con voz dura, pero no cortante.

Micaela soltó un suspiro cansado.

—Sí. Eso es cierto. Aun así, no entiendo el porqué de su visita.

—Yo tampoco —repuso con firmeza Laurel.

El goteo incesante del grifo la molestó. Fue hasta él y lo abrió y lo cerró de nuevo, pero no dio resultado; siguió goteando.

—Este grifo me está volviendo loca.

Micaela ignoró el comentario.

—¿Curiosidad?

—¿Por qué o por quién? ¿Por nosotros? —inquirió interesada Laurel, dando la espalda al grifo una vez que se dio por vencida—. No lo creo. La madre de Will me dijo que él también había resultado herido en el ataque.

Los ojos azules de Micaela se abrieron como platos.

—Eso no me lo habías comentado —espetó sorprendida.

A sus cuarenta y tres años, los cabellos de Micaela ya desprendían destellos plateados. Era cinco años mayor que Laurel. Era una mujer robusta. Saltaba a la vista que su trabajo estaba muy relacionado con el esfuerzo físico. Dirigir un trineo, aunque algunos pensaran lo contrario, no era una tarea fácil. Pero en ese momento parecía una mujer frágil, a punto de padecer un colapso.

—No te lo había comentado porque no me pareció relevante.

—¿No te pareció relevante? —preguntó Micaela sin entender.

—Chssss... —la amonestó Laurel, a la vez que se colocaba el dedo índice en los labios, señal de que debía guardar silencio—. No levantes la voz, por favor.

—Está bien. Disculpa.

Laurel miró en dirección a la puerta. Algo más aliviada, se dispuso a calentar la leche para el desayuno.

—No quería ocultar ese detalle, ¿de acuerdo? —continuó—. La muerte de Will me dejó fría y confusa. Pensé en Oliver Shearman dos segundos, como máximo. En ese momento me preocupaban más Will y sus padres.

—Tú querías a Will.

Laurel supo en el acto que aquella frase no se encontraba entre signos de interrogación. Era una afirmación en toda regla.

—Le quería a mi manera.

Micaela observó a su amiga dos largos segundos. Laurel había sufrido demasiado a lo largo de los últimos años; ella había sido testigo de muchas de sus lágrimas y decaimientos. Kendra no se lo ponía fácil y Caleb echaba tanto de menos a su padre que su nombre salía a colación en cada conversación o anécdota. Will había llegado en el momento oportuno a su vida. Había sido como

un reconstituyente, esa bocanada de aire puro que tanto había necesitado Laurel para conectar otra vez consigo misma. Pero todo terminó casi antes de empezar. Will murió en Afganistán y, aunque Laurel no cayó de nuevo en la depresión, sus ojos se volvieron de nuevo tristes.

Esa mirada seguía ahí, era difícil no darse cuenta.

—Escucha, a mi modo de ver, creo que deberías ser sincera con Oliver —comenzó a decir Micaela. Alargó la mano y le tocó el brazo, como si con ello quisiera llamar su atención—. Dile lo que piensas o pregúntale, sin más, el motivo de su visita.

A Laurel se le dibujó un rictus amargo en la boca.

—Supongo que tienes razón.

—La tengo, Laurel. En más ocasiones de las que creemos somos nosotros mismos los que nos complicamos, no la vida. Habla con él, no tienes nada que ocultar.

Laurel retiró el cazo del fuego. Vertió la leche en dos tazas respectivamente. No hacía falta preguntarle a Micaela cómo quería el café: cargado y con una cantidad generosa de azúcar.

—Gracias —dijo Micaela cuando Laurel le ofreció la taza—. ¿Por qué no utilizas el microondas?

—Ha pasado a mejor vida. —Cogió su taza y se la llevó a los labios. El café caliente la reconfortó—. Me gustaría que los padres de Will estuviesen aquí. Creo que, si fuera así, la situación no parecería tan tensa.

Micaela tomó un sorbo de café sin dejar de observar a su amiga sobre el borde de la taza.

—Pero no lo están. Pasarán el invierno en Texas.

Laurel lo sabía, los Wallace se quedarían una temporada con su hijo Matthew. El hermano menor de Will llevaba años viviendo en Texas y era propietario de un rancho. A Laurel la idea le pareció maravillosa en su momento, ahora no tanto.

—Sí. Lo sé.

Micaela comprobó la hora.

—Tengo que irme o mi Jesse se enfadará conmigo. —Dejó la taza sobre la encimera—. Y bien sabe Dios que ya tengo bastantes problemas como para soportar el carácter huraño y gruñón de mi marido.

Laurel sabía que Micaela exageraba. Jesse no sería capaz de hacer daño ni a una mosca.

—Los primeros turistas llegarán en menos de una hora.

Laurel asintió y después bebió otro sorbo de café.

—Les diré que se pasen por aquí para dar un paseo en barca o para que fotografien el lago —sugirió—. Quizá una buena caminata les abra el apetito. —Guiñó un ojo a Laurel—. No quiero que te preocupes más de lo necesario, ¿de acuerdo?

—Sí. —Laurel esbozó una tímida sonrisa—. Gracias por todo lo que haces por nosotros.

—No hago nada, solo recomiendo tu tortilla de tomate y albahaca y la preciosa casa que está junto al lago.

—Pues por eso, gracias.

Micaela agitó las manos al aire, como si quisiera restar importancia al agradecimiento de Laurel.

—¿Tienes suficiente madera?

—Sí, Zachary ha cortado varios troncos.

—Es un buen hombre —dijo Micaela refiriéndose al vecino más cercano de la casa de Laurel.

—Otra de las personas a la que estaré eternamente agradecida.

—No digas sandeces. Aquí todos nos ayudamos.

Eso era cierto, todo el mundo por aquella zona tendía una mano cuando alguien la necesitaba. Laurel sabía con certeza que, de no haber sido por sus vecinos, los problemas se habrían multiplicado por mil. Durante los siguientes meses a la muerte de Josh, no le faltó un plato de comida casera, madera apilada en el cobertizo para el invierno o un hombro donde llorar sus penas. Micaela había encabezado esa lista de personas altruistas, y aún seguía haciéndolo, cosa que agradecía de corazón.

—Supongo que tienes razón.

—Siempre la tengo. Eso no lo dudas nunca.

Laurel no pudo más que sonreír ante el comentario.

—Dile a Caleb que se pase cuando quiera. Jesse disfruta del muchacho, y más cuando le echa una mano con los perros.

—Se lo diré, ya sabes que a Caleb le encanta ir a vuestra granja.

—Pues por eso. —Micaela ensanchó la sonrisa—. Kendra también es bienvenida.

Laurel reprimió un suspiro de frustración.

—Con Kendra todo es más complicado.

—Lo sé, pero siempre hay que dejar la puerta abierta; nunca se sabe cuándo querrá entrar —dijo bajando el tono de voz—. Por cierto, ¿sabes algo de Zane?

Laurel dejó la taza sobre la encimera, al lado de la de Micaela.

—No, y espero no saber de él en mucho tiempo. Ese muchacho me ha creado más problemas de los que quisiera tener.

—Recuerda, son hormonas con piernas.

—No hace falta que me lo recuerdes. La adolescencia puede ser el peor de los castigos para una madre. —Nada más decirlo se arrepintió. Micaela y Jesse no tenían hijos, y no porque no lo hubiesen intentado—. Lo siento.

—No hay nada que sentir, Laurel. Las cosas han venido así y así debemos aceptarlas —se lamentó con un ligero tono de reproche—. Las decepciones te obligan a pensar en el presente. Kendra es una buena chica. Dale tiempo, un poco de paciencia y se convertirá en una preciosa mujer de principios sólidos, ya lo verás.

A Laurel le habría gustado creerlo, pero no lo hizo. Kendra no se lo pondría nada fácil.

—Hola, Mic —saludó Caleb al entrar en la cocina.

Las dos mujeres interrumpieron su charla. Divertidas, miraron al niño. Ambas esbozaron una sincera sonrisa al verlo. Saltaba a la vista que Caleb había dejado la cama para correr hasta la cocina.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí! Al capitán en carne y hueso —exclamó Micaela.

Caleb se ruborizó, solo Mic lo llamaba así, y qué decir que a él le gustaba. Se acercó a la mujer y se dejó abrazar. Micaela lo despeinó más, como si eso fuera posible, porque el niño ya tenía el pelo alborotado. Se veía a las claras que no había visto un peine en muchas horas.

—Me gusta tu pijama.

Caleb se sonrojó. El pantalón del pijama era a cuadros azules y la camiseta tenía estampado un avión.

—Es mi favorito.

Micaela agachó la cabeza y besó al niño en la frente.

—Me lo imaginaba.

—Ha venido un amigo de Will, ¿lo has visto?

Laurel y Micaela cruzaron una mirada cómplice.

Caleb no dejó que Micaela respondiese a la pregunta.

—Tiene un coche increíble.

Caleb comenzó a enumerar todas las virtudes del coche tan rápido que Micaela tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para entender algunas de las palabras.

—Será mejor que desayunes —sugirió Laurel para que el niño dejase de parlotear—. Mic se tiene que ir.

—¿Con Jesse? —Los bonitos ojos castaños de Caleb, ya grandes de por sí, se agrandaron más.

—Así es. Ya le he dicho a tu madre que te pases cuando quieras.

La sonrisa del niño se ensanchó de oreja a oreja.

—Me encantaría. Gracias, Mic. —El niño rodeó con más fuerza la cintura de la mujer.

—¿Por qué no vas a llamar a Kendra para que baje a desayunar?

Caleb se separó de Micaela y miró con gesto hosco a su madre.

—Por favor —le rogó Laurel—. A mí me ignorará.

—¿Podremos dar un paseo en barca?

Laurel olió el chantaje a distancia.

—Ya veremos.

El niño se lo debió tomar con un sí, porque salió de la cocina a la velocidad del rayo.

—Ten cuidado, capitán —le advirtió Micaela—. No queremos que te lastimes.

No hubo respuesta alguna por parte de Caleb.

—Ese chiquillo tiene alas en los pies. —Laurel no pudo más que sonreír ante el comentario—. Ahora en serio: debéis tener cuidado, tú y los niños. La idea de que estéis aquí solos no me agrada en absoluto.

Laurel asintió. Sabía a qué se refería su amiga. Ese verano habían encontrado muerto en extrañas circunstancias a un excursionista. Esa era una de las muchas razones por las cuales Laurel tenía miedo de dejar a los niños pasear en barca por el lago o caminar solos por el bosque.

—Lo tendré, Mic.

CAPÍTULO 6

El olor a pólvora, el fuego consumiendo todo lo que encontraba a su paso y los gritos desesperados anegaron la mente de Oliver. En algún momento de aquella pesadilla escuchó hablar a Will. Se alegró de verlo, iba a decirle que se callara, que no tenían tiempo, que escuchara lo que tenía que decirle.

Estaban en peligro y tenían que salir de la tienda de una puñetera vez si querían sobrevivir. Pero su sonrisa se apagó demasiado pronto. Se le encogió el estómago y sintió náuseas cuando, de pronto, vio como las llamas salían de la nada y envolvían el cuerpo de su amigo consumiendo a una velocidad vertiginosa la tela que los rodeaba. El nauseabundo olor a carne quemada le provocó arcadas y después le sobrevino el vómito. Se limpió la boca con la manga del uniforme e ignoró la sensación de ingravidez que lo abrazaba. Intentó acercarse, pero el calor era tal que tuvo que retroceder para evitar resultar herido y ser también pasto de las llamas. Gritó su nombre a viva voz, el humo se aferró a su garganta, le quemó las mucosas, la tos le sobrevino de repente y los ojos acuosos le emborronaron la espeluznante escena. Will moría ante sus ojos consumido por las llamas y él no podía hacer nada para evitarlo. Era un mero espectador de una escena dantesca, digna del propio averno. Los gritos de desesperación le taladraban los tímpanos y se sintió impotente. El fuego avanzaba deprisa, las llamas bailaban una danza hipnotizadora que le anclaba al suelo; por más que lo intentaba, sus pies no respondían. Incapaz de moverse, abrió la boca una vez más, sin importarle la humareda, y un grito de furia explotó en la nada.

Abrió los ojos de repente y se sintió desubicado. No se encontraba en Afganistán, ni en ninguna de sus misiones, sino en una habitación desconocida. No hacía tanto calor como imaginaba, aunque las gotas de sudor impregnaban ya su frente y comenzaban a caer despacio como un reguero por sus sienes. Parte de las sábanas estaban hechas un gurrño dentro de sus manos convertidas en puños. Abrió la boca y el aire frío penetró hasta su garganta: el alivio fue inmediato. No había humo ni ningún incendio, pero eso no evitó que un escalofrío bajara por su espalda.

Estaba vivo.

Cerró los ojos de nuevo mientras intentaba ralentizar su respiración y los latidos de su corazón.

Will había muerto.

La cicatriz, como de costumbre, se hizo notar. ¿Por qué no había muerto él también? Esa pregunta rebotaba en su mente como una pelota de goma golpeando de forma incesante una pared.

Estando en el hospital y creyéndose a solas formuló la pregunta en voz alta. Lisa, su enfermera, se acercó a la cama. Él se sobresaltó, pero ella, sonriente, le tomó la mano y se la apretó con cariño.

—Aún tienes algo pendiente, sargento. Esa es la razón por la que no has muerto. —Con el dedo pulgar le acarició el dorso de la mano—. Hay una misión para ti, ahí fuera, y debes poner todo tu empeño en cumplirla.

Sin más, salió de la habitación. Nunca olvidaría a Lisa Smith. La alianza que llevaba en el dedo le dio a entender que estaba casada. A lo largo de muchas semanas sintió celos por aquel hombre, aún lo hacía.

Su mente volvió a Will.

—Tío, ¿dónde me he metido? —preguntó a la nada—. Espero que tú tengas más detalles sobre esta nueva misión, porque yo estoy perdido.

La sensación de vacío se intensificó.

Con los puños aún cerrados a ambos lados del cuerpo desterró algunas imágenes. Sintió cómo lo invadía la nostalgia y cómo los músculos se iban relajando. Aspiró con fuerza para soltar el aire muy despacio. Debía centrarse en el presente.

Escuchó voces en la planta inferior.

La voz de Caleb predominaba sobre las otras, y durante una fracción de segundo se permitió sonreír.

Lo mejor sería despegarse del colchón y afrontar el día. Echó las mantas y sábanas hacia atrás y se sentó en el borde de la cama. El cambio de temperatura se hizo sentir, pero él lo agradeció. Se frotó las manos en las rodillas antes de ponerse en pie.

Estaba amaneciendo.

Alargó el brazo y encendió la lámpara que sabía que se encontraba sobre la mesilla de noche y parecía salida del olvidado desván de la casa de una abuela. Abrió el cajón donde la noche anterior había guardado su arma. Comprobó que estuviera cargada, pero con el seguro puesto. Cerró el cajón y miró al techo con un gesto de cansancio.

La habitación en la que se encontraba no era muy espaciosa ni luminosa, quizá porque se trataba de una buhardilla. Pero la inclinación de su techo era un elemento destacable. Al estar ubicada en la parte más alta de la vivienda, estaba más expuesta al frío que el resto de la casa, aunque las vigas de madera aportaban calidez al ambiente. Las paredes estaban revestidas con un papel muy vistoso en verde y las telas y los complementos estaban elegidos en la misma gama. Se trataba, por tanto, de una estancia tanto masculina como femenina. Saltaba a la vista que Laurel tenía buen gusto para la decoración.

Anduvo algunos pasos y se dirigió al baño. Toallas limpias y algodónadas, algo que no le pasó inadvertido. Una ducha de agua templada y rápida era todo lo que necesitaba por el momento. El café debía esperar, porque no solo vendría acompañado de leche y azúcar. Laurel buscaba respuestas que quizá él todavía no podía darle.

Soltó una especie de bufido.

Volvía a estar en el presente, y eso era todo lo que necesitaba por el momento.

—No creo que sea buena idea, eso es todo. —Laurel hizo acopio de paciencia. Se volvió y dio la espalda a la adolescente. Se limitó a suspirar para no soltar una palabra malsonante.

Kendra se revolvió incómoda en la silla. No había tocado el desayuno, y aunque se estuviese muriendo de hambre no probaría ni un solo bocado.

—Solo quiero navegar por el lago, Laurel —protestó.

—¿Y luego? —preguntó dándose la vuelta y mirándola directamente a los ojos—. ¿Qué harás luego?

Kendra abrió la boca con la única intención de decir algo, pero la cerró de inmediato.

—Lo sabía. ¿Crees que me chupo el dedo? —preguntó Laurel con gesto adusto. Parecía ingenua cuando lo pretendía, pero no en esa ocasión.

Kendra soltó un bufido.

—Es peligroso, ¿lo comprendes?

Estaba harta de que todo el mundo le dijese lo que tenía o no tenía que hacer.

—Solo quiero seguir unas huellas —confesó al fin—. Seguir la pista a los alces.

Laurel dejó lo que tenía entre sus manos y prestó toda la atención a su hija. Biológicamente no lo era, sin embargo en su corazón, sí.

—Es peligroso —repitió, pero en esta ocasión con un tono de voz más apaciguador—. Ya sabes lo que le ocurrió a ese excursionista hace unos meses.

Kendra bajó la mirada y se topó con la taza de leche. Comprendía que Laurel se preocupase, incluso tenía que reconocer que, en ocasiones, le gustaba que alguien estuviese pendiente de sus necesidades. Pero ahora, no. Amaba la naturaleza como la que más. Le encantaba seguir la pista de los alces, los osos o los zorros rojos en su hábitat.

Su mayor pasión era pasear por el bosque y todo lo relacionado con él, ya fuera verano o invierno. Algún día tendría un título universitario que la avalaría para trabajar en esos mismos parajes con los que soñaba constantemente. Todo su afán era salvaguardar la fauna y poner más ahínco en las especies en peligro de extinción.

Toda esa pasión la había heredado de su padre, pero él ya no estaba. Su pérdida le dolía tanto que a veces la asfixiaba, pero si algo había aprendido hasta ese momento era que debía de sobrevivir, tal y como hacían los animales en estado salvaje. En lugar de decrecer su interés, con el paso del tiempo había ido en incremento, hasta tal punto que el próximo año iría a la Universidad Wesleyana, en Ohio, con la única intención de estudiar zoología.

Solo esperaba que la beca fuese suficiente para poder abarcar su sueño.

—Lo que le ocurrió a ese montañero fue un accidente.

Laurel se estremeció. Intentaba llegar a Kendra una y otra vez, pero parecía que nunca lo conseguía. Fuera accidente o no, aquel hombre estaba muerto y había una familia que aún estaba llorando su pérdida.

—Es posible —respondió Laurel—, pero nadie lo ha confirmado. Los primeros indicios señalaban que podría tratarse de un asesinato. —Alargó la mano y tocó con los dedos el antebrazo de su hija—. No quiero que te ocurra nada malo, ¿comprendes?

—Laurel, tendré cuidado, te lo prometo —rogó, algo que no hacía desde hacía mucho tiempo. El bosque era parte de ella, no podía explicarlo con palabras, pero lo necesitaba tanto como respirar—. Por favor.

El pequeño aro de la nariz de Kendra destelló cuando volvió la cabeza hacia la ventana. Sus ojos color avellana suplicaron.

Laurel le dedicó una mirada prudente.

—Si quieres ir, tendrá que ser con Jesse.

Kendra retiró de mala gana el brazo y la mano de Laurel cayó a plomo contra la mesa. La adolescente se levantó de golpe, lo que hizo que las patas de la silla arañasen el suelo y provocasen un gran estruendo. Laurel ignoró el pequeño estropicio al comprobar que la leche se había derramado por la mesa junto con el zumo. Al menos el tarro de mermelada seguía intacto, aunque muy cerca del borde. No se había caído ni hecho añicos.

—Jesse va con los perros y sus ladridos ahuyentan a los animales que pastan tranquilamente en el bosque —rugió—. ¿Es que no lo entiendes?

Laurel se vio envuelta de nuevo en aquel vendaval de ira y sarcasmo.

—Kendra, por favor... —No pudo terminar la frase porque la muchacha le dio la espalda—. ¿Podrías llevar a Caleb a la granja de Mic? Jesse y ella le esperan.

—Lo siento, ¡tengo que estudiar! —exclamó antes de alcanzar el primer escalón.

Kendra tuvo que apartarse para no colisionar con el hombre que en ese mismo instante bajaba por las escaleras.

—¿Y tú quién coño eres? —preguntó de mal talante.

Oliver se pegó a la pared para dejarle paso. Reconocía una rebelión de hormonas a muchas millas de distancia y sabía que debía mantenerse alejado de ellas y de la adolescente en cuestión. Los ojos de la chica estaban cargados de furia y sus hombros tensos por una frustración más que evidente.

—Soy Oliver Shearman —logró decir a duras penas.

Kendra lo observó con atención, pero no dijo nada al respecto. Claro que tampoco parecía importarle su identidad.

El parecido con Caleb era más que evidente. Así que Oliver supuso que debían compartir parentesco. Kendra pasó como una exhalación a su lado y continuó subiendo los peldaños de dos en dos, echando pestes sobre alguien llamado Jesse.

Cuando Oliver entró en la cocina se encontró con el campo de batalla.

—Por lo que veo no está siendo una mañana fácil.

Laurel se sobresaltó. No saludó. Se limitó a cerrar los ojos durante un par de segundos, respiró hondo y volvió a su tarea; siguió limpiando aquel desbarajuste con un paño húmedo.

—Imagino que has escuchado los gritos desde arriba.

Oliver se acercó a Laurel.

—Creo que buena parte de la discusión me ha pillado en la ducha —dijo sin darle demasiada importancia—. ¿Puedo ayudar?

—No, no es necesario, pero gracias.

Oliver comprobó como en los ojos de Laurel, de un tono parecido al de la corteza de los árboles, se reflejaba cierto pesar.

—Es mi hija, Kendra.

Oliver lo había intuido nada más ver a la muchacha. Le gustó que Laurel no aclarara que era hija de su marido ya fallecido.

—La adolescencia es una etapa dura.

Laurel aclaró el paño húmedo bajo el grifo, lo retorció con las manos para eliminar el exceso de agua y volvió a la mesa.

—La verdad es que yo no la recordaba así.

Oliver le sonrió con franqueza.

—Si te soy sincero, yo tampoco. Pero sería cuestión de preguntárselo a nuestros padres.

Laurel se esforzó por sonreír, pero no lo consiguió. Pasó de nuevo el trapo húmedo por la superficie y recogió los últimos restos de aquel desastre.

—¿Te apetece desayunar?

—No quiero ser una molestia.

Ella, que en ese momento sujetaba la taza de Kendra entre las manos, la acercó a su pecho.

—No es molestia. Es lo mínimo que puedo hacer tras esta escena.

Le gustó que ella le tutease nada más conocerse. Tenían en común mucho más que otros desconocidos; tenían a Will. Deslizó las manos en los bolsillos del pantalón, porque no tenía muy claro qué hacer a continuación. Carraspeó nervioso y se increpó por ello. Laurel dejó la taza y el vaso en el fregadero. Los enjabonó y aclaró con agua. La escuchó protestar cuando cerró el grifo. Su gesto ofuscado le pareció jovial, incluso divertido. Era una mujer hermosa en muchos aspectos,

y a la luz de la mañana, aún más. Si Will hubiese sobrevivido al ataque habría sido un hombre con suerte al lado de Laurel.

—¿Te gusta tu habitación?

Oliver parpadeó varias veces. Intentó centrarse en la conversación y, más aún, en la pregunta que le había formulado.

—Sí. Está genial. Te agradezco mucho tu hospitalidad —dijo él, a la vez que forzaba una sonrisa—. ¿Los turistas suelen quedarse aquí cuando vienen?

—No, la verdad es que no. —Se secó las manos con un paño limpio—. Están más de paso. Les suele gustar dar un paso en barca o adentrarse en el bosque para sentir la naturaleza en estado puro. ¿Té o café?

—Café, gracias.

—Bien.

Laurel puso la cafetera al fuego.

—Siéntate, por favor.

—Solo si tú lo haces conmigo.

A Laurel le sorprendió la invitación.

—Lo haré, te lo prometo, pero ante todo quiero ser una buena anfitriona. —Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y miró en dirección a la mesa. Le gustaba hornear y probar recetas nuevas. Josh siempre le decía que en una vida anterior debió ser la cocinera de un gran castillo. Ella ante ese comentario no podía más que reír, pero en el fondo le gustaba la idea de que eso fuera cierto—. ¿Dulce o salado? —Oliver la miró de forma inquisitiva—. ¿Huevos revueltos con beicon y tostadas? —aventuró.

—Bueno, yo... creo que no debería.

Ella lo miró con interés.

—Creo que no tienes opción.

El estómago de Oliver protestó. Llevaba demasiadas horas sin probar bocado.

—Los huevos revueltos estarán bien. Gracias.

Ella se puso manos a la obra. Sacó una sartén y la colocó en el fuego.

—Creo que ayer por la tarde no te causé una buena impresión.

Oliver se giró sobre el asiento de la silla.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó, confundido.

Ella rompió un par de huevos, tiró las cáscaras a la basura y comenzó a batirlos con ayuda de un tenedor. Saltaba a la vista que Laurel había realizado esa misma acción una infinidad de veces. Oliver se quedó prendado del movimiento de muñeca.

—La verdad es que no te esperaba.

Él esbozó una mueca, como si no fuera a conformarse con aquella respuesta.

Laurel vertió una pequeña cantidad de aceite en la sartén. Prefería el aceite, aunque fuera más caro, a la mantequilla. A continuación, echó los huevos, añadió una pizca de sal, pimienta, albahaca y orégano, tras condimentar, removió el contenido de la sartén con una espátula de madera. Tras los huevos fue el turno del beicon.

Oliver sintió que se le hacía la boca agua. El crepitar de la carne magra era todo un espectáculo para un hombre hambriento.

—La muerte de Will, supongo que como a todos, nos desarmó —continuó ella—. Sus padres quedaron destrozados y yo me quedé en shock. Me parecía estar viviendo de nuevo una pesadilla. —Retiró la sartén del fuego. Se volvió y miró a Oliver. No era un hombre atractivo, a esa

conclusión había llegado la tarde anterior, pero había algo atrayente en él. Por alguna razón sentía que podía confiar en él, sentirse segura a su lado—. Will hablaba mucho de ti y de vuestras partidas de ajedrez. Él siempre decía que le hacías trampas, que no podías ganar tantas veces seguidas.

Oliver pegó la espalda al respaldo de la silla, como si así se pudiera alejar de ella y de sus palabras.

Esa mañana Laurel llevaba el pelo suelto, le brillaba y se movía con libertad cuando ella caminaba o se giraba. Sus bonitos ojos, enmarcados por unas largas pestañas, lo observaban con atención, como si quisieran leer lo que él no expresaba con palabras. Una extraña e indescifrable expresión atravesó su atractivo rostro. Vestía muy similar al día anterior: pantalones vaqueros, camiseta de cuello cisne de diferente color y la misma chaqueta de lana, pero en esta ocasión sin restos de astillas en las mangas. Ese detalle le hizo esbozar una sonrisa.

—No soy un gran estratega, solo que Will no se concentraba en las jugadas. Parecía que siempre tenía la mente en otro lugar diferente al que se encontraba.

—Sí. Así era Will. —Laurel le acercó el plato de huevos revueltos y una taza humeante de café hasta la mesa—. Siempre tenía un proyecto que llevar a cabo sin haber terminado el anterior.

Aquel desayuno olía de maravilla.

—Gracias.

—No hay por qué darlas; lo he hecho encantada.

—¿Os conocíais desde niños?

—Aquí todo el mundo se conoce, quieras o no. Wolcott es un pueblo pequeño. Pero le perdí de vista hace muchos años. Él se fue a la universidad y tras sus estudios se alistó en el ejército. —Su tono de voz era sereno, incluso nostálgico—. Hace un par de años vino a pasar las Navidades con sus padres. Nos encontramos de forma casual en el pueblo y comenzamos a hablar, de nada en particular. Ahí conectamos de nuevo. —Se encogió de hombros—. El resto ya lo sabes.

Claro que lo sabía. Will hablaba constantemente de la casa del lago y de Laurel. Cogió el tenedor y pinchó los huevos revueltos. Se lo llevó a la boca y estuvo a punto de soltar un gemido de satisfacción. Aquel desayuno era fantástico.

Laurel sonrió tímidamente al ver degustar los huevos revueltos a su invitado. Le gustaban y eso era bueno, más que bueno, a su modo de ver.

—Esto está delicioso.

—Me alegro de que te guste mi desayuno. —Se vio en la necesidad de alejarse de él. Se había fijado en que los ojos de Oliver eran claros; grises, para ser más exactos. Le pareció ver en ellos el reflejo del mar en invierno—. ¿Lo viste morir? —preguntó de pronto ella.

Oliver dejó el tenedor en el borde del plato. Se pasó la servilleta por los labios antes de hablar y posó los antebrazos en la mesa. Recordaba cada segundo de aquella pesadilla; es más, hacía menos de una hora que se había levantado, agitado, sudoroso y en un estado de pánico que a ese paso creía que nunca podría vencer.

Tenía la impresión de que Will, al darle la carta, le había enviado a una última misión. Ese pensamiento hizo que mirara al techo con un gesto cansado.

Laurel apretó los labios y se sintió culpable de haber formulado esa pregunta. ¿En qué estaba pensando? Había oído hablar del trastorno postraumático de algunos militares tras haber vivido una experiencia difícil. Tragó saliva con dificultad, e iba a disculparse cuando la voz de Oliver sonó de nuevo.

—El teniente Broussard vino a buscarme a la tienda. Will y yo teníamos unas horas de

descanso —comenzó a explicar con la mirada perdida en alguna parte de la cocina—. Habíamos estado con otros compañeros unas horas antes, pero siempre dedicábamos un espacio de nuestra jornada al ajedrez, jugar nos aislaba de aquel sórdido lugar al que nos habían destinado. Durante ese intervalo de tiempo, hablábamos o reíamos sin más. A veces sacábamos a colación por enésima vez los recuerdos que nos importaban o, simplemente, guardábamos silencio. —Volvió la cabeza y sus ojos se posaron en Laurel—. Siempre me hablaba de ti, de este lugar.

Laurel se quedó muy quieta; aunque hubiese querido, no habría podido mover un solo músculo. Un escalofrío le recorrió la espalda, quizá porque sabía que lo que estaba a punto de escuchar no le iba a gustar. Will había sido un hombre importante en su vida. Lo había querido a su modo, pero siempre lo consideró más un amigo que un hombre con el cual compartir su cama y sus miedos. La voz de Oliver la devolvió al presente.

—Salí de la tienda. —Obvió el hecho de que llevaba en la mano la carta que le había dado Will unos minutos antes—. Luego todo ocurrió muy deprisa. —Laurel se percató de que la mirada de Oliver se perdía en el pasado. Aparecieron arrugas en su frente que no se disiparon en el acto—. Las imágenes vuelven como flashes y luego se van, dejando en mí una sensación extraña. Por un lado, me siento bendecido por haber sobrevivido a aquella masacre. —Su semblante se endureció—. Por otro, me siento culpable por no haber muerto con Will. ¿Me preguntas si le vi morir? No, no lo hice y me arrepiento cada día por ello. Debí estar a su lado y compartir su destino.

Un denso silencio se instauró en la cocina. Ninguno de los dos dijo nada, se limitaron a mirarse, a estudiarse mutuamente, como los dos desconocidos que eran.

—Mamá, Kendra me dice que no puede llevarme a casa de Jesse y Mic —protestó el niño, entrando en la cocina.

La voz de Caleb rompió aquella conexión íntima.

El niño miró primero a su madre y luego sus ojos se posaron en Oliver. La cocina estaba invadida por una atmósfera adusta que solo los adultos sabían crear.

—¿Pasa algo malo? —preguntó con timidez.

Su madre fue la primera en sonreír, algo que le alivió en el acto.

—Solo hablaba con Oliver.

Caleb miró de nuevo al lugar exacto donde estaba sentado el recién llegado. Estaba tenso, pero logró dedicarle una sonrisa. Parecía sincera; así que el niño se la devolvió.

—Kendra tiene que estudiar y yo no puedo llevarte a la granja.

Nada más oír eso, Caleb lanzó una dura mirada cargada de reproche a su madre.

—Puedo ir en bici.

—No.

La negación fue más de lo que pudo soportar Caleb.

—¡Pero me lo prometiste! —exclamó el niño, enfadado.

Laurel soltó un suspiro y bajó la mirada, claramente incómoda.

—Tengo que ir a Wolcott a resolver unos asuntos, cielo. No puedo llevarte, lo siento.

—Lo haré yo —se ofreció Oliver.

—¿En serio?! —profirió el niño con los ojos llenos de ilusión renovada.

—Siempre y cuando hagas de guía —comentó Oliver de mejor humor—. No tengo ni idea de dónde se encuentra la granja. —Tiró la servilleta sobre la mesa—. Pero antes voy a recoger mi taza y mi plato.

—Por favor, no es necesario. Te agradezco el ofrecimiento, pero no quiero... —comenzó a

decir Laurel.

—Me vendrá bien un paseo matutino —afirmó Oliver, ya levantándose de la silla.

—Pero tu desayuno... —señaló el plato. Estaba casi intacto.

—Mañana más y mejor —señaló Oliver—. Imagino que no tardaremos mucho.

—Oh, sí que tardaréis —apuntó Laurel, rodeándose con los brazos—. Más de lo que imaginas.

No sabes dónde te estás metiendo, Shearman.

Caleb se adentró en la cocina y cogió la mano de Oliver. Tiró de él.

—No le hagas caso, siempre es una exagerada.

Oliver sostuvo la mirada un momento a Laurel. Ella le sonrió y él no pudo más que responder de la misma manera.

Antes de salir de la cocina, Oliver miró en dirección a la mesa. No había recogido su desayuno.

—Disculpa.

—Buen viaje, forastero —le despidió ella con una enorme sonrisa en los labios.

Oliver no pudo responderle porque ya se encontraba cerca del vestíbulo. Lo último que escuchó decir a su hijo fue:

—Iremos en tu coche, ¿no?

Laurel se llevó una mano al hombro y se lo frotó.

Se alegraba de haber hablado con Oliver, pero él seguía siendo un misterio. Se recostó contra el borde de la encimera y pensó que ya era demasiado tarde para saber si podía o no confiar en él. Había permitido que acompañara a Caleb; así que ahí estaba la respuesta que tanto anhelaba.

CAPÍTULO 7

—Por el amor de Dios, Zane, ¿podrías guardar silencio al menos dos minutos?

Zane Murphy soltó un bufido de lo más audible, lo que hizo que se ganara otra mirada reprobatoria de Kendra.

—Silencio —le ordenó.

Kendra volvió la mirada al frente, se inclinó hacia adelante y colocó los prismáticos a la altura de sus ojos. Los alces pastaban tranquilos, ajenos a todo lo que sucedía a su alrededor.

—Dame la cámara —le pidió a Zane sin despegar los ojos de los prismáticos.

Zane no se hizo esperar, metió la mano en la mochila y se la tendió.

Kendra, con cuidado de no realizar ningún movimiento brusco, dejó los prismáticos en el suelo, atenta a los alces. Colocó la cámara en el ángulo adecuado y comenzó a hacer fotos a una velocidad insólita. Conocía a algunos ejemplares por sus marcas en el pelaje y hasta se había atrevido a ponerles un nombre. En ese mismo instante tenía en el punto de mira a Serena, una hembra tranquila que, como el resto, se encontraba pastando. La hembra en cuestión tenía una enorme cicatriz cerca del ojo izquierdo. Kendra estaba segura de que había perdido la visión de ese ojo, lo que la hacía aún más vulnerable.

—No sé qué ves en ellos —susurró Zane a su lado. —Son unos bichos enormes con patas largas y nariz grande. Desde mi punto de vista, solo se salvan los machos, con esas inmensas astas anchas y palmeadas.

—El alce es la tercera subespecie más grande de América del Norte —añadió Kendra. —Abarcan una extensión inmensa de bosques caducos del este de Canadá, Nueva Inglaterra y el norte de Nueva York, eso ya dice mucho de ellos, ¿no crees?

—Pareces una enciclopedia parlante.

Kendra restó importancia a la pulla.

—Alguien tiene que ocuparse de ellos, debido a la caza discriminada han estado en peligro de extinción —dijo sin apartar los ojos del grupo de alces.

—Solo digo...

—¡Chss! Calla. Los vas a asustar.

El hecho de que esos bellos animales hubiesen estado a punto de desaparecer la enfurecía y entristecía al mismo tiempo.

Zane, inquieto, se quitó la gorra, se pasó los dedos por el pelo castaño y se la puso de nuevo.

—Las hembras ya están preñadas. Es fantástico —observó Kendra.

Zane soltó todo el aire que contenían sus pulmones.

—Yo solo sé que nada será fantástico si Laurel se percata de que tú no estás en tu habitación estudiando, tal y como le has dicho que harías.

Kendra bajó la cámara y miró a Zane con desgana.

—Ser un poco más optimistas no nos vendría mal a ninguno de los dos.

Las cejas de Zane se juntaron.

—Me despellejará vivo si descubre que estás aquí, conmigo.

—Lo haría si se enterase, pero eso no va a ocurrir nunca. Ni tú ni yo vamos a contárselo.

Zane se limitó a mirar a Kendra. Era la chica más increíble que había conocido jamás. Era

preciosa, y desde que tenía uso de razón estaba locamente enamorado de ella. Le habría encantado enterrar las manos en esa maraña de cabello oscuro con tonos cobrizos, pero al instante supo que no sería buena idea. Nunca tendrían una cita, porque Kendra era demasiado inteligente para salir con un tipo como él. A sus veintiún años había vivido demasiado, y casi nada bueno. Los últimos seis años los había dedicado a trabajar duro para sobrevivir, puesto que su padre se pasaba más tiempo con una botella de ginebra en la mano que sobrio.

No le culpaba, cada uno debía lidiar con sus propios fantasmas.

Se podía decir que había crecido solo. La ayuda de los vecinos fue decisiva, siempre, de un modo u otro, parecían pendientes de él. Al principio, siendo niño, supo lo que era pasar hambre, pero eso había quedado atrás. Esa sensación alimentaba también su autoestima.

Hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que los estudios y él eran del todo incompatibles. Descartó la universidad desde el principio. A él lo que siempre le había gustado era trabajar con la madera. Crear, de un sencillo tronco, algo que dejase al mundo con la boca abierta. Y en eso estaba, hasta que el destino decidió darle un revés que aún no había podido encajar.

—¿Escuchas eso?

La voz de Kendra le sacó de su ensoñación. Agudizó el oído y, pocos segundos después, asintió.

Claro que lo oía. Alguien había pisado algunas ramas secas. Era extraño porque, por ese paraje y en la estación en la que se encontraban, eran pocos los excursionistas que lograban llegar hasta allí. En ese momento algunos alces levantaron la cabeza, se quedaron muy quietos, oliendo el aire. Parecieron descubrir que no estaban solos. Uno de los machos, seguramente el dominante, echó a correr y el resto, alertado por el peligro, le siguió.

—¡Maldita sea! —exclamó Kendra. Cerró su cuaderno de mala gana y lo guardó en su vieja mochila junto a la cámara de fotos. Ambas habían pertenecido a su padre, algo que para Kendra tenía un valor incalculable. Tenía la impresión de que esa mochila, de cuero marrón y desgastada por el uso y el paso de los años, creaba un vínculo inquebrantable con la persona que más había querido en el mundo.

«La soledad puede ser demoledora», pensó. Callar ese dolor se había convertido en una misión imposible.

—No he sido yo, si ni siquiera he levantado la voz —se defendió Zane.

Kendra se incorporó despacio y agudizó sus sentidos. Se deshizo de sus pensamientos. Solían hacerle daño y decidió centrarse en el aquí y ahora. Quizá Zane tuviera razón y no estuvieran solos. Finalmente se decidió y alargó la mano para coger los prismáticos que había dejado en el suelo.

—¿Se puede saber a dónde vas?

Alzó la mano en señal de silencio y le indicó con un gesto que se quedara donde estaba. Zane hizo caso omiso y la siguió.

—¿Qué pasa?

—No lo sé —respondió Kendra—. Algo no va bien. Los excursionistas, por lo general, hablan y hablan en voz alta sin prestar atención a lo que les rodea. Son demasiado ruidosos.

—Podría tratarse de un solo individuo —susurró Zane.

Kendra asintió, algo más convencida.

—Sí. Podría ser.

De nuevo escucharon pasos. Ambos se miraron. Lo que ella vio reflejado en los ojos de Zane

no le gustó. Ambos conocían el bosque como la palma de su mano. De niños habían jugado por aquella zona cientos de veces.

Se escondieron detrás de un tronco descortezado por un alce.

—Nos han olido y los hemos ahuyentado, eso es todo —comentó Zane con la única intención de restar tensión a la situación. En el fondo sabía que no era cierto. Había alguien ahí y eso lo podía jurar sobre una biblia.

—Sabes que eso no es cierto —objetó Kendra mirándolo con sus bonitos ojos color avellana.

Zane se quedó sin aliento. Confesarle su amor sería un error y de los grandes. Kendra se marcharía dentro de unos meses a la universidad. Allí conocería a otros tipos más inteligentes, y seguramente con más dinero y futuro que él. Fin de la historia.

La escuchó exhalar el aire. La conocía bien y sabía que estaba nerviosa. Se fijó en el pequeño aro que perforaba una de las aletas de su nariz. Se lo había hecho al poco de morir su padre. Laurel había puesto el grito en el cielo, pero él sabía que no era más que un acto de rebeldía. Estaba enfadada con su padre porque se había ido, y con el mundo porque la miraba y le hablaba con pena. Ese día, él solo le ofreció su hombro. Kendra había llorado hasta quedarse dormida entre sus brazos. Ese recuerdo quedaría grabado para siempre en su mente y era únicamente suyo, de nadie más.

Kendra bajó la mirada y fue entonces cuando lo descubrió. Había huellas, y no eran exactamente de alce.

—Lo sabía. Hay alguien más. —Señaló las pisadas de unas botas.

Zane realizó una frenética búsqueda. El terreno en esa época del año estaba blando y húmedo. Se acercó agazapado y tocó una de las huellas con la yema de un dedo: Kendra tenía razón. Sus sospechas ya eran una realidad.

—¿Crees que puede tratarse de un cazador furtivo?

—Los cazadores furtivos no cazan por la mañana, suelen hacerlo por la noche cuando saben que nadie puede verlos —aclaró ella, sin perder detalle al rastro.

—Puede que estuviese estudiando el terreno.

Se miraron y Zane rompió el contacto visual casi en el acto.

Kendra soltó un bufido, pero no dijo nada al respecto. Zane era su mejor amigo, la única persona en el mundo a la que le confiaría su vida. Desde hacía unos meses se sentía atraída por él, y no tenía ni idea de cómo gestionar sus sentimientos; así que había optado por mostrarse algo arisca y distante. Por el momento estaba funcionando, pero Zane no llevaba demasiado bien ese cambio. Aunque, a decir verdad, estaba siendo muy permisivo con ella.

—Será mejor que nos vayamos de aquí.

—Sí, supongo que tienes razón —comentó Kendra mientras se alejaba de la zona de peligro. Guardó los prismáticos y se colgó la mochila en el hombro. Sacó la cámara y fotografió las huellas.

—¿Crees que puede estar armado?

Zane se frotó la nuca con la mirada puesta al frente.

—Es posible, pero de ser así no creo que lleve un arma muy vistosa.

—¿Ves algo? —preguntó, inquieta, Kendra.

—No veo ni oigo nada fuera de lo común.

Kendra pensó que eso podía ser tan buena como mala noticia. Levantó los brazos, con los dedos se rastrilló el pelo y, con ayuda de una goma que llevaba en la muñeca, formó con su cabello una bonita y larga cola de caballo.

Él desterró todo pensamiento que en ese momento pasaba por su mente. Estuvo a punto de soltar un impropio, pero se abstuvo de ello.

—Será mejor que vaya en cabeza.

Zane alargó la mano e intentó detenerla, pero ya era demasiado tarde. Ella le sacó ventaja rápidamente. Más enfadado consigo mismo que con ella, la siguió.

—¿Por qué siempre eres tan impulsiva? —preguntó cuando le dio alcance.

Una seductora sonrisa afloró en la boca de Kendra. Zane se quedó sin aliento.

—Es una manera de asustar al intruso. Creo que, después de todo, se trata de un cazador furtivo, si fuese un excursionista ya habríamos tropezado con él, ¿no crees?

Zane pensó que tenía razón, así que se limitó a asentir.

Kendra volvió la mirada al frente.

—Me encantaría tener un perro.

Zane disimuló una sonrisa. Kendra adoptaría hasta un murciélago si cayese en sus manos.

—¿Y por qué no un gato?

Ella le miró como si le acabasen de salir cuernos en la cabeza.

—Voy a obviar tu pregunta. Me gustan los animales, todos los animales —aclaró por si hubiese alguna duda al respecto—, pero creo que los perros interactúan más con el ser humano.

Zane decidió no comentar nada al respecto. Observó como un par de crías de conejo, seguramente cerca de la madriguera, correteaban por los alrededores ajenas al peligro. Por un momento se sintió identificado con ellos.

—¿Has hablado con Laurel?

Kendra hizo una mueca.

—Lo he intentado, pero está insoportable últimamente.

Él asintió, como si aquello tuviera sentido.

—Supongo que aún sigue afectada por lo de Will.

Kendra ladeó la cabeza.

—Hasta lo que yo sé, Will y ella eran solo amigos. No dormían en la misma habitación cuando él se quedaba en casa, y nunca les pillé haciéndose arrumacos.

—El hecho de que tú no los vieras no significa que no tuvieran sexo.

—¿A dónde quieres llegar?

Zane pensó que lo mejor era guardar silencio. Contradecir a Kendra no le llevaría a buen puerto.

—Él quería algo más, eso era evidente.

Anduvieron un buen tramo en silencio. Ambos conocían al dedillo cada árbol, cada recodo de aquel bosque otoñal que en esa época les regalaba colores en tonos amarillos y rojizos.

—Creo que nunca fueron amantes, solo amigos.

La respuesta hizo que los dos se miraran con atracción sexual, pero él bajó rápidamente la cabeza, incapaz de mirarla a los ojos. Kendra era inalcanzable. Tenía que grabarse esa frase con fuego y no olvidarla nunca.

Kendra carraspeó y buscó algo que decir para romper el incómodo y tenso silencio que se había instaurado entre ellos. Últimamente les ocurría con demasiada frecuencia.

—Un tío que no conozco de nada se quedó a dormir anoche en casa —dijo de repente.

Zane la miró intrigado.

—Según Caleb, era amigo de Will. —Zane no dijo nada. Se limitó a asentir una vez más—. Debo reconocer que mi primera impresión no es mala.

—¿Qué quiere?

Kendra se encogió ligeramente de hombros.

—No tengo ni idea, pero no tardaré en averiguarlo.

Zane no dudó. Kendra llegaría hasta el fin de la cuestión, él lo sabía mejor que nadie. Nunca dejaba nada a medias. Era todo o nada.

—Respecto a Laurel... —La coleta de Kendra se balanceó en el aire. La sintió respirar hondo. Aquello no era buena señal—. Lo intenté. —Le sostuvo la mirada un momento—. Y lo seguiré intentando, te lo prometo. Sé que tú no fuiste.

Él no encontró consuelo alguno en esas palabras; por el contrario, se inquietó aún más.

Kendra se fijó en que el semblante de Zane se endureció, y se sintió más vulnerable que nunca.

Cerró los ojos una fracción de segundo, tiempo suficiente para que Zane volviese a recuperar su compostura habitual.

—¿Crees que en algún momento me dará la oportunidad de explicarme?

Kendra lo dudaba. Desde hacía semanas, Laurel estaba de un humor de perros y tenía la impresión de que no quería escuchar lo sucedido de su boca.

—No lo sé, pero yo seguiré dándole la vara. Al final tendrá que escucharme.

Zane la quiso más por eso. Así era Kendra: no paraba hasta conseguir lo que quería. Quizá por esa razón era una triunfadora, no como él, que se había conformado con lo que le había ofrecido la vida.

Sintió que se le encogía el corazón. Kendra cada vez se alejaba más de él, y eso le dolía. Media hora más tarde, salieron de la espesura. Zane miró atrás y no pudo evitar preguntarse si el bosque al fin se quedaría tranquilo, sin presencia humana. Algo en su fuero interno le decía que no.

CAPÍTULO 8

La granja tenía un encanto especial. Eso fue, al menos, lo que pensó Oliver. No desentonaba en absoluto con el paisaje. A través del parabrisas comprobó que estaba en un buen estado de conservación. Frenó el coche y, absorto, miró al frente.

—¿Hemos llegado?

Caleb sonrió de oreja a oreja.

—Sí. ¿A que es el lugar más bonito que has visto jamás?

Oliver iba a decir que la casa del lago era también digna de mención, pero su pensamiento no llegó a verbalizarse, porque en ese momento tres cachorros de husky siberiano salieron en tropel del cobertizo. Los tres parecían una maraña de pelo rodando por el suelo.

—Ahí están —gritó Caleb, entusiasmado.

Abrió la puerta. El niño salió tan deprisa del coche que no tuvo tiempo alguno de protestar.

Los cachorros, nada más ver al niño, en lugar de sentirse cohibidos por su presencia, movieron la cola con energía. Dos de ellos, quizá los más curiosos, se sentaron en el suelo y ladearon su testa a la espera de los próximos acontecimientos. El tercero, en cambio, corrió a su encuentro. Sus patas cortas y peludas abarcaron en pocos segundos la distancia que le separaba del niño.

Oliver sonrió ante la escena. Ahora comprendía por qué a Caleb le gustaba tanto ese lugar en concreto. Salió del coche y cerró la puerta. El niño parecía ajeno a todo lo que acontecía a su alrededor. Reía y hacía aspavientos con los brazos mientras los dos más rezagados, ya decididos, acortaban distancia. Los cachorros daban pequeños brincos e intentaban alcanzar sus rodillas a toda costa.

La risa de Caleb se propagó por aquel precioso entorno. La fachada de la casa era impresionante, cortaba la respiración, pero quizá lo que más llamaba la atención a Oliver eran las hectáreas de bosque que rodeaban la granja.

Del cobertizo salió una mujer. Su gesto era cauteloso, pero nada más ver al niño sonrió.

—Llegas tarde, capitán.

El niño sonrió al escuchar el apelativo cariñoso que solía dedicarle Mic.

—Ni Kendra ni mamá me podían traer; así que lo ha hecho Oliver.

Micaela dirigió la mirada al hombre que se encontraba apoyado en el capó de un Toyota. Su postura le indicaba que estaba relajado. Tenía los brazos cruzados bajo el pecho y las piernas a la altura de los tobillos. En ese mismo instante observaba a Caleb con una sonrisa espontánea.

«¿Así que un hombre normal, Laurel Mitchell?», se dijo a sí misma mientras recordaba las palabras que había utilizado su amiga para describir a su nuevo huésped. Dejó el cubo que tenía entre las manos y se acercó al recién llegado.

Oliver, nada más verla, se separó del capó.

—Soy Micaela Dawson, bienvenido. —Se restregó una de las manos en el pantalón antes de extenderla a modo de saludo.

Oliver le devolvió el saludo. No pudo verlos, pero supo que en alguna parte de la granja había más perros. Sus ladridos podían escucharse claramente. Debían proteger la propiedad, porque desde su llegada estaban inquietos.

—Oliver Shearman.

—El amigo de Will.

No era una pregunta, sino una afirmación.

—Así es.

—En Wolcott sentimos mucho su muerte. Era un gran hombre.

Oliver estuvo de acuerdo; por lo tanto, se limitó a asentir.

Micaela lo observó con atención, como si intentara leer su mente, ver más allá de esos ojos grises.

Oliver se sintió incómodo, pero no dijo nada al respecto. Estaba claro que era bienvenido, pero era un recibimiento prudente. Aun así, tuvo que reconocer que Micaela le cayó bien desde el minuto uno. Era una mujer robusta, que mostraba una sonrisa sincera acompañada de una mirada azul penetrante.

—Caleb, ¿por qué no vas a ver a los demás? Quién sabe, igual así se calman.

El niño recibió la orden con una sonrisa de entusiasmo. Cogió a los tres cachorros entre los brazos y con alguna que otra dificultad se dirigió a la parte trasera de la casa.

—Es comprensible que le guste esto.

—Sí. La granja cautiva a niños y mayores, siempre y cuando sean amantes de los perros — comentó Micaela con una pose relajada—. ¿Tu estancia va a ser larga?

Ahí estaba la pregunta. A Oliver no le pilló por sorpresa. Es más, la esperaba.

—No, aún no lo tengo decidido, pero no será larga, te lo aseguro. Will me habló de Wolcott y de la belleza del Parque Estatal de Elmore y quise comprobar por mí mismo si era cierto.

—¿Así que aquí tenemos a un hombre escéptico?

Oliver levantó las manos en un gesto de rendición.

—Es posible, no lo voy a negar.

A Mic le gustó la respuesta. Era sincera, y eso bastaba. Se podía decir que Oliver Shearman era un hombre rudo; no cumplía los cánones de belleza masculina, pero había algo en él, no sabría decir el qué, que le inspiraba confianza. Irradiaba franqueza, lealtad y compromiso. Tal vez habían sido esos tres factores los que le habían traído hasta Wolcott.

—Ven, te enseñaré el resto.

Oliver la siguió.

—La granja es magnífica.

Micaela lo miró con benevolencia.

—Muchas gracias. Supongo que Laurel estaba ocupada.

Oliver carraspeó.

—Me comentó que tenía que ir a Wolcott, pero no fue muy explícita.

A Mic no le hicieron falta más explicaciones. Sabía muy bien a dónde había ido Laurel. Solo le deseaba suerte.

Rodearon la casa y a Oliver casi se le para el corazón; lo que vio le dejó boquiabierto. Allí había más de veinte perros, la mayoría eran de la misma raza: huskies siberianos.

Nada más verle, Caleb levantó su brazo con entusiasmo.

—Ven, Oliver, te los presentaré.

Oliver miró primero a Micaela. Ella pareció darle su consentimiento con una sincera sonrisa.

Algo impresionado, se acercó despacio. No era un hombre temeroso de los canes, pero la verdad es que nunca había sido parte de una jauría.

—Mira, aquellos son Koda, Tundra y Zena. —Señaló a tres huskies de tonos grises y ojos azules que lo miraban con curiosidad mientras sus largas y rosadas lenguas colgaban de sus bocas.

—Y aquellas, Stella, Artemisa y Hera.

Oliver desvió la mirada a las tres preciosas hembras de pelaje más oscuro que los machos. Una de ellas, Hera, en concreto, tenía los ojos de diferente color, algo que le llamó poderosamente la atención. Parecían más inquietas y recelosas que los machos, pero en su mirada podía apreciar que no tenía nada que temer.

—Y aquellos son...

—Está bien, capitán —le interrumpió Micaela. Apoyó una mano en el hombro del pequeño. Caleb rápidamente sintió el calor humano por el contacto y, sonrojado, dejó caer la cabeza—. Creo que es mucha información para Oliver. Jesse te está esperando en el cobertizo. Es la hora de la comida.

Los perros comenzaron a aullar al saber que iban a llenar sus estómagos muy pronto. Eran unos animales muy inteligentes.

Caleb abrió la verja y todos los perros, excepto una hembra, salieron a tropel.

—Es Hera —le explicó Mic—. El nombre le viene al dedillo. Es la más desconfiada, y un poco envidiosa, pero tiene buen fondo.

Oliver acarició con los dedos el pelaje clarooscuro, liso y suave del animal. La perra, satisfecha, golpeó el suelo con la cola. Una de sus características más destacadas era su heterocromía: tenía un ojo color avellana y otro azul cielo.

—Realmente es preciosa.

—Sí que lo es —afirmó Mic—. Tiene su carácter, no te dejes engañar.

—¿Qué sería la vida sin un poco de carácter?

Micaela lo miró con curiosidad.

—Debo reconocer que me gustas, Oliver Shearman.

Él dejó de acariciar a Hera y la perra no pareció conforme con su decisión, porque comenzó a darle pequeños toques con el hocico en la pierna.

—Le caigo bien, al parecer.

—Yo diría que sí —comentó Mic con una media sonrisa.

—Vamos, Hera, Caleb y Jesse te esperan. —Dio un par de toques cariñosos en el lomo del animal.

La perra debió entender la orden, porque comenzó a alejarse, no sin echar un nuevo vistazo a Oliver.

—Creo que ha sido amor a primera vista.

Esta vez fue el turno de Oliver de sonreír.

—Tengo que confesar que el amor es mutuo.

Ante la respuesta, Micaela lo observó con atención. Se notaba que era un hombre con principios férreos y buen talante. Si no fuera así, Hera ni se habría acercado a él.

—¿Te apetece un café?

Al parecer por aquella zona todos se tuteaban; eso le gustó mucho a Oliver, porque daba la impresión —y esperaba no confundirse— de que lo aceptaban sin excesivo recelo.

—Me encantaría.

Se encaminaron a la casa. Entre ellos se instauró un silencio cómodo.

—¿Hace mucho que os dedicáis a este negocio?

—Diez años —respondió Micaela con la mirada perdida en el horizonte—. Al principio fue duro, pero siempre lo habíamos tenido claro. Ni Jesse ni yo nos veíamos trabajando para una gran empresa rodeados de tecnología. Somos almas libres. —Arrugó la nariz, un gesto que a Oliver le

pareció divertido—. Mi marido es de Oklahoma y yo de Nueva York. Un día el destino quiso que nos conociéramos, y aquí estamos.

La historia de Micaela cautivó a Oliver.

—¿Os conocisteis en Nueva York?

Ella le abrió la puerta de casa y él le dio las gracias, cuando le permitió el paso.

Los muebles eran sencillos, algo destartados, y saltaba a la vista que llevaban años haciendo bien su función. Había varios sofás dispersos por una de las estancias más grandes, y sobre ellos varias mantas sin doblar con restos de pelo canino, que cubrían buena parte de la tapicería. La impresión de Oliver fue que los perros también entraban en la casa.

Eran parte de la familia Dawson.

—No, no fue en Nueva York —comenzó a decir Mic con la cafetera ya en la mano—. A ambos nos encanta esquiar; así que se lo pusimos fácil al destino. Al parecer tuvimos la misma idea y nuestros esquís chocaron en Stowe Mountain, al norte de Vermont. Supongo que todo lo demás ya es historia. —Dejó la cafetera en el fuego—. Nos enamoramos de este lugar que estaba en venta, compramos nuestros primeros cachorros y decidimos convertirlos en perros de tiro.

—Me alegro de que todo saliera bien.

—Tiene su encanto, no te lo voy a negar, pero en el pasado no tanto —añadió con una sonrisa desenfadada—. Deberías haberla visto hace diez años. Era una ruina total, pero Jesse vio algo en todo ese amasijo de hierros y madera... —se interrumpió a mitad de la frase—. No se lo digas, pero al principio pensé que se había fumado algo. —Una leve sonrisa tensó la boca de Oliver—. Ese amasijo de hierro y madera se convirtió en nuestro hogar meses después. No tengo ni idea de cómo pudimos hacerlo. Trabajamos duro y supongo que el esfuerzo de nuestro sacrificio se vio recompensado. —Los ojos azules de Micaela Dawson brillaron—. Imagino que te estás preguntando de dónde sacamos el dinero para la reforma.

La expresión de Micaela se suavizó. No es que leyera la mente, pero llevaba años recibiendo excursionistas en su casa. Era una mujer observadora y, con el paso del tiempo, esa característica suya se había afinado considerablemente. Conocía los gestos y posturas que muchas personas adquirirían para salir airosas de una negociación.

—Mis padres me enseñaron a no preguntar más de la cuenta.

La sonrisa de Micaela se volvió más amplia y radiante.

—Aun así, ¿te lo estás preguntando?

Oliver pensó que lo mínimo era ser sincero.

—La verdad es que sí.

Ambos rieron al unísono.

—Lo sabía —dijo ella—. Jesse heredó una suma considerable de su abuela y decidió invertirla en este terreno. —Abrió un tarro y de él sacó varias galletas que dejó sobre un plato—. No son mías, sino de Laurel.

Oliver, algo incómodo por la conversación, decidió meter las manos en los bolsillos de su pantalón. Micaela Dawson le confundía; en realidad todos lo hacían. Tenía la impresión de que le trataban como si le conocieran de toda la vida, algo inconcebible en Jacksonville, Florida.

—Deberías sentarte.

Oliver sintió la necesidad de obedecer; así que se sentó en una de las sillas, muy cerca de la mesa de la cocina.

—¿A cuántas personas más les has contado esta historia?

—¿Aparte de Laurel y Josh? —Sonrió—. La verdad es que a nadie más.

Oliver arqueó las cejas, sorprendido. Iba a preguntar por qué había decidido compartir con él algo que parecía tan íntimo, pero en ese momento Micaela le interrumpió.

—Quiero pensar que el paso por esta casa saca lo mejor de la gente que la visita. —Mic colocó un par de tazas sobre la mesa—. No es un hotel de cinco estrellas, pero aquí somos felices a nuestra manera.

—Supongo que habéis encontrado la fórmula de la felicidad.

—Supongo que sí —respondió Mic—. Y tú, Oliver, ¿la has encontrado?

Él sopesó su respuesta seriamente. No tuvo que pensar demasiado para llegar a una conclusión: la felicidad, en sí misma, no existía. Él había llegado a la conclusión de que era esos momentos de paz y dicha que robabas a la vida. Un bonito atardecer con una cerveza en la mano, mezcolanza de risas y amistad empañadas en recuerdos de antaño, proyectos de futuro, algunos inalcanzables, o una preciosa mujer a tu lado con las sábanas aún enredadas en sus piernas tras una maratónica sesión de sexo. Esos instantes eran lo que él podía definir como felicidad. Aunque últimamente, debía reconocer que no había vivido muchos.

—Si la he encontrado, la he dejado escapar.

Micaela se quedó quieta y lo miró con una mezcla de intensidad y curiosidad. Durante un largo instante, no dijo nada. Se limitó a servir el café.

—Laurel no ha tenido una vida fácil —dijo al fin. Sabía que no estaba bien hablar de otros en su ausencia, pero se vio en la necesidad de ponerle sobre aviso. No necesitaba sufrir más. Aún no conocía a Oliver, pero sabía de antemano que era un hombre que podía llegar a ser peligroso para su amiga; no por el hecho de que usase la violencia, sino porque eran dos almas heridas y pérdidas en tierra de nadie.

—Por Will supe que se había quedado viuda.

—Así es. —Micaela dejó el azucarero sobre la mesa—. Caleb lo vive a su manera y viene aquí a menudo. Es su vía de escape. Con los perros es feliz y tanto Jesse como yo le recibimos siempre con los brazos abiertos. Kendra es otro cantar.

Oliver recordó a la adolescente que se había encontrado esa mañana en la escalera y no pudo estar más de acuerdo con Micaela.

—Los adolescentes raras veces son felices.

—Estoy de acuerdo. Laurel está haciendo un gran trabajo con ella, pero aún le queda un buen trecho. ¿Tienes hijos, Oliver?

—No. Supongo que no ha llegado la mujer ideal, ni el momento idóneo.

Por alguna razón pensó en su madre. Debía llamar a la residencia y preguntar por su estado de salud. Esa tarde lo haría sin falta, se prometió.

Mic endulzó su café con azúcar y lo revolvió con una cuchara, con aire distraído. Después bebió un sorbo.

—Esa mujer llegará y, cuando lo haga, hazme un favor: no la dejes marchar.

Una sonrisa afloró en la boca de Oliver. No estaba muy seguro de qué debía responder.

—¿Has estado casado?

—Podría estarlo ahora.

Mic sonrió esta vez.

—Créeme, no lo estás.

—¿Por qué estás tan segura? —quiso saber Oliver.

—Ninguna mujer enamorada dejaría que su marido se tomase unas vacaciones en solitario, ni que fuese solo a conocer a otra mujer —añadió.

—De acuerdo. Tienes razón. —Sonrió de una forma peculiar—. Soy soltero por convicción propia.

—Bien por ti. —Mic apoyó la barbilla en una de sus manos—. ¿Qué te parece Laurel?

Oliver, que en ese momento tenía el borde de la taza entre los labios, se atragantó con el café.

—¿Perdona? —logró decir a duras penas.

—Es una mujer muy atractiva.

—Y era la novia de mi amigo Will —aclaró sin saber muy bien a dónde quería llegar Micaela Dawson. De pronto le dio la impresión de estar pisando arenas movedizas.

—Yo no tengo muy claro que fueran novios.

Oliver abrió la boca para decir algo, pero un ruido le distrajo.

—Estupendo —dijo Micaela—. Caleb y Jesse acaban de llegar. Voy a hacer más café.

CAPÍTULO 9

«Ha sido la idea más estúpida que he tenido jamás», pensó Laurel mientras dejaba caer el bolso sobre el sillón.

Un segundo después tomó aire e intentó por todos los medios obviar esa carga de culpabilidad que la atenazaba. Como era de prever, no lo consiguió. Comprobó la hora. Eran más de las cinco y pronto tendría que preparar la cena. Cerró los ojos con fuerza, con el único deseo de meterse en la cama y hacer desaparecer de un plumazo buena parte del día.

Al abrirlos no pudo evitar pensar en Caleb y Kendra; les estaba fallando y no sabía cómo no seguir haciéndolo. Si las cosas seguían así, muy pronto no tendrían un techo bajo el que dormir.

La enfermedad de Josh había dejado unas facturas astronómicas que aún, dos años después, seguía pagando. Soltó un suspiro. El nudo que se le había formado en la garganta la ahogaba de tal manera que separó los labios intentando que el aire entrase de golpe en sus pulmones. Tenía la impresión de que la situación se le iba de las manos y no sabía qué opciones le quedaban para hacer frente al futuro más inmediato.

Al menos aún era su hogar, la casa que le había dejado su abuela en herencia. Estar rodeada de sus muebles y cosas cotidianas la hacía sentir segura. Los muros la aislaban de un mundo demasiado complicado. Se quitó el abrigo y lo dejó caer junto al bolso. Necesitaba, de forma desesperada, un café fuerte y solo.

La idea de ir a ver a Chad Jenkins le pareció buena en su momento, pero ahora sabía que era la peor que había tenido nunca. Chad había sido amigo de su padre y era propietario de uno de los restaurantes con más éxito de Wolcott. Era su segundo restaurante, ya que el primero que abrió se encontraba en Vermont.

Bien sabía Dios que no le había sido fácil pedirle un préstamo, pero no le había quedado otra opción. Estaba con el agua al cuello. Se podía decir que ya se estaba ahogando, porque Chad se había negado. No le culpaba, por supuesto que no. Pero había esperado una respuesta diferente por su parte.

Al parecer no era la única que tenía problemas económicos.

Entró en la cocina, se acercó a la cafetera y no pudo más que alegrarse al comprobar que quedaba suficiente café para llenar al menos una taza.

Lo calentó en un cazo y maldijo al microondas.

¿Por qué razón los electrodomésticos se estropeaban en el peor momento?

«A la mierda con la ley de Murphy». Encendió el fuego y esperó. No pudo evitar pensar en las personas que estaban de su parte; no eran muchas, pero más que suficientes para querer seguir luchando. No tenía familia, a excepción de Kendra y Caleb. Intentó esquivar el vacío que solía adueñarse de ella en momentos como ese, pero no pudo. Se quedó huérfana cuando sus padres y hermana murieron en un accidente de coche. Fue entonces cuando su mundo se paralizó.

Nunca, por muchos años que pasasen, podría olvidar ese horrible día. Las lágrimas empañaron sus ojos y sintió que se rendía. Aspiró con fuerza hasta llenar de aire sus pulmones. El café hirvió y eso hizo que dejara de lado sus pensamientos y problemas. Aterrizó en un escenario en el que no le gustaba vivir. Agarró la taza con ambas manos. Tuvo cuidado de no quemarse antes de llevársela a los labios con aire distraído.

Era difícil no distorsionar la realidad.

El ruido de un motor hizo que dejase la taza sobre la encimera y apartase la cortina de la ventana.

Oliver y Caleb habían llegado.

La puerta de la casa se abrió antes de que ellos bajaran del coche. Kendra entró como una exhalación.

Laurel dejó caer la cortina y volvió la cabeza de forma tan precipitada que uno de los músculos de su cuello protestó provocándola un dolor punzante.

—Kendra, creía que estabas estudiando.

—Pues ya ves que no —rezongó la adolescente a punto de alcanzar el primer escalón para subir a su habitación.

—Vuelve aquí, ¿dónde has estado? —preguntó sin contemplaciones.

Kendra sopesó las opciones que tenía, cerró los ojos con fuerza y optó por enfrentarse a Laurel. Desanduvo sus pasos, apoyó uno de sus hombros en la jamba de la puerta y estudió su gesto contrito antes de hablar.

—Por ahí.

—¿Por ahí? —preguntó Laurel, incrédula—. Esa no es una respuesta.

—Yo creo que sí.

A Laurel no le pasó desapercibida la mirada retadora de su hija. Iba a replicar cuando la puerta principal se abrió de nuevo: Caleb entró como un vendaval.

—Ya estamos aquí. Ha sido increíble —vociferó el niño con cara de entusiasmo—. ¿Qué pasa? —preguntó de pronto al ver a su hermana a punto de entrar en batalla—. ¿Has estado otra vez con Zane?

Aquello fue más de lo que pudo soportar Laurel.

—¿Has estado con él? —inquirió sorprendida. Al ver que Kendra no lo negaba, se le cayó el alma a los pies—. ¡Dios mío, no me lo puedo creer! —exclamó—. Te advertí seriamente que...

—¡Es mi amigo! —profirió la adolescente de gesto huraño—. Él no ha hecho nada malo.

Caleb, preocupado, tiró del chaquetón de Oliver. El aludido, algo incómodo, bajó la cabeza y lo miró expectante.

—Deberías hacer algo —dijo el niño en voz baja.

Oliver no tenía ni idea de cómo actuar. Lo mejor sería no entrometarse. Colocó las manos sobre los hombros del niño, sintiéndose como un intruso.

—Eso debería decidirlo yo, no tú —protestó Laurel.

—Deberías darle la oportunidad de defenderse. Él no destrozó tus estúpidas y feas barcas, te lo ha repetido hasta la saciedad.

Laurel dejó escapar un suspiro ahogado.

—Le vi, Kendra.

—Le viste al lado de las barcas —repuso con un tono hosco—. Y, como de costumbre, sacaste conclusiones precipitadas.

—Tenía un hacha en la mano y estaba a punto de dar el golpe de gracia a una de ellas. ¿Qué más pruebas quieres? —Laurel soltó el aliento de golpe. El corazón le iba a mil por hora. Creía que le iba a explotar de un momento a otro.

—Un hacha que encontró en el suelo.

—Mamá... —La voz de Caleb hizo que toda su atención se desviase a su hijo menor. Lo miró de forma inquisitiva—. Tengo hambre.

Caleb sintió cómo Oliver le presionaba suavemente los hombros.

Laurel se esforzó por moderar la situación. Levantó un poco la mirada y se encontró con los ojos de su nuevo huésped. En ellos no se veía ningún tipo de acusación, y eso, de algún modo, le hizo sentirse algo más segura de sí misma.

—Sí, claro, cielo. Ahora mismo hago la cena.

Kendra aprovechó la intervención de su hermano para desaparecer.

Laurel notó como la adrenalina la abandonaba y se sintió desfallecer.

¿Qué estaba haciendo mal?

—Mamá...

—Será mejor que vayas a lavarte las manos, cariño. En cuanto tenga la cena, te llamo, ¿de acuerdo?

El niño asintió y las manos de Oliver se quedaron vacías cuando Caleb siguió los pasos de su hermana.

Saltaba a la vista que lo que hubiera ido a hacer Laurel a Wolcott no había salido tal como ella esperaba. Estaba preciosa, eso era innegable. En lugar del atuendo sencillo que solía vestir, llevaba un vestido camisero estampado de flores con cuello redondo y cierre de cremallera en la espalda. Completaban el conjunto unas elegantes botas de ante que cubrían sus bonitas piernas casi hasta la rodilla.

—Lo siento —dijo Laurel. Negó con la cabeza—. No sé qué estoy haciendo mal. Me lo pregunto cada minuto, pero...

Oliver no pudo evitarlo; se acercó precipitadamente a ella y le rodeó los hombros con uno de sus brazos. Laurel era menuda y su cabello olía a flores silvestres. La acercó a su cuerpo con el único propósito de transmitirle un poco de calor humano, y lo habría conseguido si tenerla entre sus brazos no fuese la sensación más maravillosa que había experimentado jamás.

Se apartó rápidamente, como si creyese que estaba haciendo algo indebido.

—Tranquila, ¿de acuerdo? Solo buscas respuestas que no tienes. ¿Por qué no te sientas? — Laurel temblaba y no pudo evitar sentir lástima por ella. La escena no había sido en absoluto nada agradable.

Para sorpresa de Oliver, Laurel se sentó, entrelazó los dedos de sus manos sobre la mesa y dejó caer la cabeza. Tragó saliva con dificultad.

—Necesitas algo más fuerte que un café.

—En ese armario hay una botella de whisky. —Se acomodó en la silla y señaló el mueble en cuestión.

Oliver lo abrió y no tardó en encontrar la botella.

—¿Tienes hielo?

—En el congelador.

En uno de los cajones encontró una bolsa transparente de cubitos de hielo. Cerró la puerta del congelador y se puso manos a la obra. Dejó caer un par de piedras heladas en el fondo del vaso y vertió una cantidad generosa de licor.

—Deberías tomar un buen trago y dejar de pensar. Dicen que es el mejor remedio que existe.

—¿Beber whisky o dejar de pensar?

Oliver abrió la boca con intención de decir algo, pero se lo pensó mejor y la cerró de golpe.

Ella tomó el vaso entre las manos. El cristal estaba frío, pero no le importó.

—Ha sido un día desastroso.

Oliver se sirvió otro whisky.

—¿Quieres contármelo?

Ella sonrió a la nada.

—Haces que parezca sencillo.

Él tomó su vaso y se acercó a la mesa. Arrastró una de las sillas y se sentó frente a ella.

—Al menos he captado tu atención. ¿Quién es Zane?

Ella despegó la mirada del vaso y, por primera vez desde que se había sentado, lo miró a los ojos.

—Es el mejor amigo de Kendra. Es buen muchacho, o eso creía, hasta que le vi con el hacha en la mano cerca de las barcas.

—¿Qué pasó exactamente?

—Teníamos cinco barcas que los turistas solían alquilar para dar un paseo por el lago. —Se mordió el labio inferior. Ese gesto hizo que Oliver dejase de respirar—. Había sido una semana extraña. —Obvió el hecho de que habían hallado a un excursionista muerto. Si se lo decía a Oliver, se vería envuelta en un interrogatorio largo y exhaustivo—. Esa mañana, cuando me levanté, me dirigí a la cocina como suelo hacer. A través del cristal de la ventana vi a Zane con el hacha en la mano. Dos barcas habían desaparecido, otras dos estaban intactas y una tercera destrozada por completo. También faltaban los remos.

—¿Y crees que fue él?

—No lo sé, y supongo que nunca lo sabremos.

La mirada que le devolvió Oliver estaba llena de preocupación.

—¿No le preguntaste a Zane?

Laurel se removió inquieta en la silla.

—Oliver, eres mi huésped, ¿qué quieres saber exactamente?

—Lo siento si te he hecho sentir incómoda —comentó con tono inseguro. Verla tan abatida le partía el corazón—. Sé que no tengo ningún derecho a entrar en tu vida, pero...

—¿Por qué has venido exactamente, Oliver?

Él despegó el vaso de la mesa y bebió un trago de whisky. No era el mejor que había bebido, pero tampoco el peor. Sopesó decirle la verdad, pero supuso que no era el momento. Laurel, a su modo de ver, no necesitaba hablar de Will. Era mejor que los fantasmas del pasado quedasen fuera de la ecuación, al menos por el momento.

Él se encogió de hombros.

—¿Will y tú eráis muy amigos?

La pregunta sorprendió a Oliver. Al parecer sí que iban a hablar de Will.

Laurel descubrió en su semblante algo que no la dejó indiferente.

—¿Crees que éramos amantes? —preguntó Oliver. Se llevó de nuevo el vaso a los labios. El licor, a su paso por la garganta, le dejó un resquemor intenso, pero le hizo sentirse vivo—. Solo sé que Will estaba enamorado de ti.

Laurel se puso tensa al oír esas palabras.

El silencio entre ellos se dilató más de la cuenta, solo el goteo incesante del grifo se atrevió a interrumpir el momento.

Ella pareció salir de su estupor.

—Odio ese grifo. Te juro que lo arrancaré con mis propias manos, si pudiera.

Oliver miró en dirección al fregadero. Las gotas de agua caían de forma incesante, producían un goteo monótono y rítmico.

—Si te parece bien lo arreglaré mañana.

—¿También eres fontanero? —Nada más formular la pregunta, se arrepintió. Hizo un mohín con los labios—. Lo siento, ha sonado peor de lo que pretendía.

—No importa, no hay nada que disculpar. En el ejército aprendes algunos oficios. En muchas ocasiones ese aprendizaje te puede salvar la vida.

Ella se sintió aún más ruin.

—Lo siento, de verdad —se excusó—. Estoy cansada, eso es todo.

Oliver bebió un buen trago de licor antes de incorporarse.

—Vete a descansar, hoy preparo yo la cena.

Le guiñó un ojo de una manera que a ella la desconcertó.

—Respecto a las respuestas que buscas, puedo asegurarte que no soy gay; me gustan la fontanería y la carpintería —señaló con una sonrisa traviesa en los labios—. Y sé cocinar porque mis padres fueron propietarios durante muchos años de un restaurante en Jacksonville.

A ella la explicación le resultó algo incómoda. Lo cierto era que no tenía ni idea de hasta qué punto deseaba saber más sobre Oliver. Carraspeó, quizá con la única intención de interrumpir sus pensamientos.

—Bien. Al parecer ha quedado claro. —Se levantó de la silla más cansada de lo que se había sentado—. Te tomo la palabra. La cocina es tuya.

—No te arrepentirás.

Ella quiso decir algo, pero en el último momento se arrepintió.

—Por cierto, ¿qué te han parecido Jesse y Mic? —Se interesó Laurel.

—Son una pareja curiosa.

Los labios de Laurel dejaron entrever una sonrisa contenida.

—¿Jesse pronunció más de tres palabras seguidas?

Oliver pensó en el marido de Micaela. Apenas habían compartido quince minutos porque, según él, el deber le llamaba y no tenía tiempo que perder. Era un tipo alto y escuálido. Ojos azules, como los de su esposa. Pelo y barba con ese toque gris distintivo de la edad.

—Ahora que lo dices, creo que no. La conversación fue monopolizada por completo por Micaela.

—Me lo suponía. Ambos son maravillosos y les debo mucho. —Cogió una manzana, verde y jugosa, del frutero—. Jesse se entiende mejor con los perros. Deberías verle en el bosque con el trineo, se transforma. —Ella presionó su mano libre contra el hombro de él—. Hay asado en el frigorífico, solo hay que calentarlo. Es muy probable que, si yo no estoy, Kendra baje a cenar. Por favor, si lo hace, ocúpate de que se alimente bien. Hoy ni siquiera ha desayunado y no tengo ni idea de si ha metido algo en su estómago a lo largo del día.

—Por supuesto, no te preocupes.

—Una cosa más —dijo antes de abandonar la cocina—: gracias por no perder de vista a Caleb. Soy consciente de que puede ser agotador cuando está en la granja Dawson.

Él la miró por encima del hombro.

—Ha sido un verdadero placer. Es un gran chico.

No mentía. Lo decía en serio.

—Que busca, de forma desesperada, una figura paterna —añadió Laurel. Oliver ya se había percatado de ello, pero no comentó nada al respecto—. Gracias por visitar el lago Elmore.

Él aspiró con fuerza hasta llenar sus pulmones.

—Creí que era necesario.

—Pero aún no sabes el por qué, ¿verdad? —preguntó ella mientras frotaba la manzana entre

las manos.

—No.

—Me lo suponía. A veces esas cosas ocurren. De todas formas, bienvenido. Estás en tu casa.

Las arrugas alrededor de los ojos de Oliver se hicieron más profundas.

—Creí que desconfiabas de mí.

Ella dejó escapar una carcajada contenida.

—Caleb confía en ti, ¿no? —Al ver que él asentía, prosiguió—. ¿Por qué no iba a hacerlo yo?
Buenas noches, Oliver.

CAPÍTULO 10

Los dos días siguientes pasaron rápido. Oliver se ocupó del grifo de la cocina y de arreglar una pequeña fuga situada sobre el plato de la ducha. Le gustaba tener herramientas entre las manos y mantenerse ocupado. Esa misma mañana había vuelto a llamar a la residencia. Su madre seguía estable y no había razón de peso, según el médico, para que empeorase. La medicación estaba haciendo efecto. Eran buenas noticias, las mejores.

La buena nueva le permitió centrarse en su trabajo. Debía reconocer que le encantaba esa casa. Había algo en ella que no sabía describir, pero se sentía cómodo, quizá demasiado. Apartó el extractor de humedad a un lado y decidió que era el momento de sellar la zona en cuestión. Para ello utilizó un producto reparador. Comprobó que el sellado quedase uniforme. Una vez satisfecho, se quitó los guantes y se incorporó.

—¿Un café?

Oliver miró en dirección a la puerta. Laurel tenía un hombro apoyado en la jamba, en cada mano llevaba una taza. Ya no quedaba rastro de aquel bonito vestido. Había recuperado su estilo: vaqueros y cómodas camisetas de punto. Llevaba su habitual chaqueta de tricot dos tallas más grande que, aunque pareciera increíble, le sentaba de maravilla.

—No suelo decir que no a un café.

Ella estiró el brazo y le ofreció la taza.

—Sin azúcar y con leche.

—Muy observadora.

—Es lo mínimo que puedo hacer. El grifo de la cocina me estaba volviendo loca.

Oliver bebió un sorbo. Estaba muy caliente, pero lo agradecía. El día había amanecido fresco y gris.

—Me gusta mantenerme ocupado.

Su mirada se entrelazó con la de ella. Incómodo, carraspeó y sus ojos se desviaron a la pared.

Laurel intentó, por todos los medios, que esa inesperada atracción física que sentía por él se diluyera, pero no lo consiguió. La había pillado totalmente desprevenida. Siempre se había sentido atraída por hombres sencillos y afectivos; sin embargo, tenía la impresión de que Oliver no era ninguna de las dos cosas. Aun así, la atracción que sentía por él era incuestionable.

Él sonrió.

—Espero que no te vuelva a dar problemas —dijo haciendo referencia al grifo. Los ojos de Laurel se tiñeron de tristeza—. Te aseguro que he hecho un buen trabajo.

Ella se centró en el ahora y dejó de divagar. La casa muy pronto dejaría de ser suya. ¿Qué importaba si tenía o no fugas o si el grifo de la cocina goteaba? Miró a Oliver y vio que tenía una ceja arqueada. Debía haber intuido su estado de ánimo. Su marido siempre le decía que mentía fatal y al parecer era cierto. Decidió que lo mejor sería cambiar de tema.

—Los niños ya se han ido. ¿Sientes la paz?

Él no se dejó engañar; así que decidió no bajar la guardia.

—Caleb me comentó que el colegio no quedaba lejos.

—Así es, quince minutos en autobús, más o menos. A Kendra le lleva más tiempo llegar a la escuela secundaria.

Oliver asintió despacio.

—¿Qué ocurre, Laurel?

Se acercó hasta ella. Había una pequeña arruga de preocupación entre sus cejas y él se la alisó con el pulgar. Había sido un gesto sin segundas intenciones, sin embargo, una pequeña descarga recorrió su dedo. Dejó caer la mano casi de forma inmediata.

Ella lo miró con una expresión que él no supo descifrar. Bebió un poco de café antes de hablar.

—No puedo entender cómo, en tan poco tiempo, te has metido en nuestras vidas. Eso es todo.

—¿Eso es un reproche?

Ella tomó otro sorbo de café sin dejar de observarle.

El tiempo que tardó en responder le pareció eterno a Oliver.

—No, claro que no. Ahora comprendo por qué Will te escogió como amigo. —Laurel vio como la tensa expresión de él se suavizaba—. Nunca tuvimos nada serio —se vio en la necesidad de aclarar.

La mano de él se cerró con más fuerza en torno a la taza.

—Él parecía pensar lo contrario.

—Supongo —fue la respuesta de Laurel—. Solo éramos amigos, buenos amigos —aclaró.

—¿Por qué me cuentas esto, Laurel?

—No lo sé. Creo que necesitaba decírtelo.

Laurel metió la mano en uno de los bolsillos de su chaqueta y sacó un folio perfectamente doblado. Había encontrado la carta.

Oliver la reconoció de inmediato. La miró a los ojos y vio en ellos el reflejo de la duda. Se frotó el cuello e, incómodo, buscó algo que decir.

Esa misma mañana la había releído por enésima vez, con la única intención de entregársela a Laurel. En lugar de eso la dobló de nuevo y la dejó sobre la mesilla de su habitación. Era consciente de que no estaba actuando bien, pero había algo en esa mujer que lo cautivaba, que le arrastraba a un abismo donde se entremezclaban sentimientos contradictorios, incluso se atrevería a decir que peligrosos. No podía hacerse ilusiones, él tenía ya un trabajo y Laurel y los chicos no podían entrar en su vida. Punto final.

—¿Me lo vas a explicar?

¿Podía alguien enamorarse tan rápidamente? Supuso que la respuesta era que no. Lo que sentía por Laurel era deseo, nada más. Un deseo que no le dejaba conciliar el sueño y que le mantenía despierto hasta altas horas de la madrugada.

Todo aquello era una locura sin pies ni cabeza.

—Siento haber entrado en tu habitación —continuó ella al ver que Oliver no decía nada—. Solo quería comprobar si tenías toallas limpias. No debí ser tan curiosa y, por ello, te pido disculpas.

Él asintió despacio.

—Debería habértela entregado el mismo día que llegué.

—Pero no lo hiciste

—No.

—¿Por qué? —quiso saber.

Oliver dejó la taza sobre el lavabo y se apoyó en la pared. Puso los brazos en jarras, bajó la cabeza e intentó controlar esa sensación devastadora que lo dominaba desde hacía meses.

—En cuanto te vi, supe que quería saber más de ti. —Levantó la cabeza como un resorte, y se enfrentó a la mirada de Laurel. Ella lo miró con intensidad. Pareció sopesar la sinceridad de su

respuesta—. Will te quería —dijo Oliver, sin más. Necesitaba desesperadamente llenar los silencios.

—Y yo a él, pero no de la forma en que él esperaba que lo hiciera. —Notó que se ponía tensa e intentaba relajarse, pero no lo consiguió—. Josh dejó una huella muy profunda en mí. Creí estar preparada para dar el paso, sin embargo, me equivoqué. —No tenía ni la más mínima idea de por qué había dicho algo así. Lo lamentó de inmediato. Supuso que era su manera de negar la atracción que sentía por Oliver—. Lo siento.

Oliver no pudo articular palabra. Se pasó la mano libre por la hirsuta barba y sintió la aspereza contra la palma de su mano.

—Está bien —logró decir—. Soy yo quien siente todo esto. —Era el momento idóneo para recoger las herramientas que un día habían pertenecido al marido de Laurel y conectar con la realidad de una puñetera vez—. No sé qué más puedo decir.

—En esta carta me pide que me case con él.

Levantó la cabeza y la miró directamente.

—Así es.

—Mi respuesta habría sido no.

—Le habrías roto el corazón. Él estaba enamorado de ti —se atrevió a decir.

Laurel guardó la carta de nuevo en el bolsillo de su chaqueta. Tomó aire y no pudo evitar fijarse en como los vaqueros le marcaban los muslos a Oliver. Ese hombre era todo un misterio que ansiaba explorar. Había hablado con Mic y le había confesado que no estaba casado ni mantenía ninguna relación. No supo por qué, pero esa información la relajó.

Era cierto que no le debía ninguna explicación, pero en su fuero interno necesitaba hacerlo. Oliver había irrumpido en sus vidas y estaba dejando una huella inquebrantable en todos ellos. Incluso Kendra había hablado bien de él a la hora del desayuno. Al parecer su nuevo huésped cocinaba de maravilla.

—Podrías quedarte más tiempo.

Él negó con la cabeza.

—Eso solo complicaría las cosas. Lo mejor es que me vaya cuanto antes.

«Ahí está otra vez esa mirada», pensó Laurel. Una mirada que cualquier mujer reconocería de inmediato.

—Por favor, piénsalo.

Laurel sintió que se le encogía la garganta. Él se iría y dejaría un vacío enorme en sus vidas. Tensó los dedos alrededor de la taza.

Oliver cerró la caja de herramientas y sintió que había perdido algo antes de tenerlo. Era una sensación muy extraña y dolorosa. Tenía que desaparecer, volver a Jacksonville y olvidarse para siempre de ese estúpido viaje que no le había llevado a ninguna parte.

La puerta principal se abrió.

—¡Laurel!

La voz de Micaela hizo que los dos se pusieran en alerta. Parecía grave.

—¡Estamos arriba! —exclamó Laurel.

Los pasos de Micaela resonaron con fuerza en la escalera.

Oliver, nada más verla, se incorporó y se puso en tensión. Algo no iba bien.

—Ha vuelto a pasar. —Micaela tragó saliva a duras penas. Aún estaba temblando cuando abrazó a su amiga. Sintió el calor de Laurel, pero no le reconfortó en absoluto. Se distanció para poder mirarla a los ojos. Estaba tan nerviosa que no podía mantener las manos quietas y las

movía, sin poder evitarlo, de forma enérgica.

—¡Dios mío, Mic! Estás más blanca que esa pared. ¿Qué es lo que ha ocurrido? —preguntó Laurel sin saber si quería escuchar lo que su amiga estaba a punto de comunicarle.

—Han encontrado a Chad Jenkins muerto en el bosque. —Vaciló unos segundos, sin creerse aún sus propias palabras—. La policía estatal de Vermont viene hacia aquí en este momento. Jesse ha creído conveniente quedarse en la granja —contestó atropelladamente—. Vengo de casa de Zachary. Como supondrás, le he dejado muy intranquilo.

Aunque Laurel ya se imaginaba la respuesta, decidió preguntar.

—¿Ha sido una muerte natural?

—No. Lo han asesinado.

Laurel tuvo la sensación de que su corazón se detenía y le faltaba el aire. Soltó la taza, que impactó contra el suelo y se hizo añicos. El café se derramó: lo que hizo que Mic diese dos pasos atrás, sobresaltada. Sintió las manos de Oliver en sus hombros, pero no fue suficiente. Solo podía pensar en sus hijos y en la conversación que había mantenido con Chad Jenkins. Había sido de todo menos amistosa.

—¿Quién le ha encontrado? —quiso saber Oliver.

Micaela miró a ambos con los ojos anegados en lágrimas.

—Ha sido Jesse.

Oliver soltó un improperio.

—Hay un asesino suelto, Laurel —dijo Mic asustada y a punto de derrumbarse—. ¿Qué vamos a hacer?

CAPÍTULO 11

Oliver, con las manos apoyadas en la baranda del porche, intentaba dar sentido a toda aquella nefasta situación. La muerte estaba presente en todos los escenarios, de eso no cabía duda. Había dejado atrás un infierno y ahora se enfrentaba a otro. ¿Cómo era posible en aquel bosque que alguien hubiese perdido la vida de una forma tan violenta?

Inexplicablemente, se vio inmerso de nuevo en una tragedia. Dejó caer la cabeza y cerró los ojos unos segundos. Ignoró el viento frío y el hecho de que la temperatura estuviese bajando. Cuando abrió los ojos, respiró profundamente. El sitio era espectacular, rodeado de montañas y bosques frondosos. El lago era testigo silencioso, solo el sonido de la naturaleza parecía romper su calma. El susurro del viento mecía las hojas de algunos árboles. Muy pronto barrería las montañas y se llevaría los colores del otoño para dar paso al invierno.

Cambió el peso de una pierna a otra y la madera crujió. Miró hacia el suelo. Habría que cambiar algunas de las tablas del porche antes de que se pudriesen y hubiera que lamentar algún incidente. Ese pensamiento lo pilló desprevenido. Se dijo a sí mismo que la casa no le pertenecía, que nunca sería parte del paisaje que le rodeaba ni de Laurel ni los niños. Aun así, se sorprendió a sí mismo pensando qué tipo de madera tendría que comprar y cuántos listones.

La puerta se abrió y de la casa salió el inspector Wicker. Oliver se volvió e introdujo las manos en los bolsillos.

—Inspector...

—Sargento Shearman —saludó.

Oliver dejó a un lado las posibles hipótesis y se centró en el hombre que estaba frente a él. Era un tipo serio que sabía hacer bien su trabajo. Lo había comprobado cuando lo interrogó de forma exhaustiva, de eso hacía unos veinte minutos. Un hombre concienzudo y perseverante que no daba por válida ninguna respuesta que escapase a su control.

Le gustaba porque se parecía demasiado a él.

—¿Cómo se encuentra, Laurel?

Wicker no se dejaba engañar fácilmente. Había investigado las credenciales de Oliver Shearman y solo había encontrado buenas aptitudes. Había sobrevivido de milagro al último ataque perpetrado por los talibanes en Afganistán y ahora se encontraba de permiso, puesto que había sido herido de gravedad.

Sentía por el sargento un gran respeto, pues se trataba de uno de los héroes que luchaba por su país en suelo extranjero.

—La señora Mitchell aún está muy intranquila, pero el hecho de ver a sus hijos le ha templado de forma considerable los nervios.

Oliver se fijó en el aspecto del inspector. No era alto, pero sí corpulento. De tez morena, como si hubiese pasado las últimas semanas en un lugar tumbado en una hamaca y bebiendo daiquiris. De cabello oscuro, corto y con una calvicie incipiente que le hacía aparentar más edad de la que debía tener. Calculó que rondaría los cincuenta.

—Bien —fue lo único que pudo decir Oliver.

—Sargento Shearman, debo comunicarle que la señora Mitchell me ha mostrado la carta que escribió su amigo.

Oliver tragó saliva y asintió.

—Creí haberle hablado de esa carta.

—Por supuesto, pero verla con mis propios ojos ha sido ventajoso para usted.

Oliver sacó las manos de los bolsillos. Cruzó los brazos y se recostó contra la baranda.

—¿Intenta decirme algo? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—No, claro que no —respondió el inspector con prontitud—. Solo que me ha aclarado significativamente el motivo por el que se encuentra usted tan lejos de su hogar.

—Que yo sepa vivimos en un país libre.

—Que usted ha defendido con su vida —subrayó el inspector—. Motivo por el cual los estadounidenses nos sentimos agradecidos y en deuda con usted.

—Solo he hecho mi trabajo —respondió Oliver, incómodo—. Mi país me necesitaba y yo he respondido a su llamada, eso es todo.

Wicker asintió satisfecho por la respuesta.

—He hecho algunas llamadas y solo he oído buenas palabras sobre usted.

—Me alegra oír eso.

El inspector le entregó el móvil.

—Esto es suyo.

Oliver lo aceptó y, sin más, lo metió en el bolsillo trasero de su pantalón.

—La autopsia determinará a qué hora exacta se efectuó el asesinato. El forense nos ha dado una hora aproximada y debo añadir que en ese momento usted se encontraba en su coche, de vuelta de la granja de los Dawson. Los propietarios han corroborado su coartada.

—¿Han triangulado la señal de mi teléfono móvil?

—Así es.

—¿Soy sospechoso? —preguntó con sequedad—. Creí que el interrogatorio era una mera formalidad.

El inspector le sostuvo la mirada.

—De alguna manera, todos lo son —apostilló—. En este momento mi compañero, el inspector Ross, se encuentra en la granja de los Dawson interrogando al matrimonio.

Oliver arqueó ambas cejas, sorprendido.

—Jesse fue el que encontró el cadáver.

—Lo que no descarta que él tuviera algo que ver con lo sucedido.

Oliver, que había vuelto a cruzar los brazos, los dejó caer. Dio la espalda a su interlocutor, sin poder creerse lo que estaba escuchando. Apoyó de nuevo ambas manos en la baranda de madera.

—Por el amor de Dios, inspector. Jesse Dawson no es un asesino, solo hay que verle. Además —añadió—, como usted bien dice: yo estuve en la granja con ellos.

El inspector acortó la distancia que les separaba y se posicionó al lado de Oliver.

—¿Por qué está tan seguro? Jesse Dawson es un hombre que se mueve rápido y conoce el bosque como la palma de su mano.

El semblante de Oliver se endureció. Todo aquello carecía de sentido.

—Porque yo he estado cara a cara con un asesino y sé muy bien cómo es su mirada antes de matar y créame cuando le digo que Jesse Dawson no es el hombre que está buscando.

—Según tengo entendido, no conocía con anterioridad a Jesse Dawson.

—Así es.

—Reitero mi pregunta, ¿por qué está tan seguro de que no ha sido él?

—Se lo acabo de explicar.

El inspector no se inmutó. Se limitó a observarle con dureza.

—Suelen decir que los hombres que forman nuestro ejército están hechos de otra pasta, y ahora sé por qué.

Oliver dirigió la mirada al horizonte. Tenía demasiados secretos que no podían salir a la luz. Así que respiró hondo y dejó que se dilatara el tiempo.

—¿Cuánto tiempo tiene pensado quedarse?

A Oliver le habría gustado encontrar una respuesta a esa pregunta.

—¿Es relevante?

—Pues sí —añadió el inspector, despacio—. El asesinato se ha cometido cerca de la propiedad. —Levantó un brazo y señaló con el índice—. A muy pocas millas de aquí. Cruzando el lago.

Oliver se fijó en el lugar que Wicker le indicaba. Se encontraba muy cerca de la casa, de Laurel y los niños. Eso le enfureció. Levantó la mirada y observó como el atardecer teñía el cielo con pinceladas naranjas, rojas y amarillas. Era todo un espectáculo que, seguramente, en otro momento habría disfrutado más.

—¿Siguen alguna pista?

—Es posible —fue la escueta respuesta del inspector. —Oliver desvió la mirada hacia el hombre que estaba situado a su derecha—. Como bien sabe, no puedo hablar de los detalles, pero no estamos seguros de que esté relacionado con el asesinato del otro excursionista en este mismo bosque hace poco más de seis meses —le aseguró Wicker—. Aunque el arma homicida es también un hacha, bien afilada, debo añadir.

Oliver observó al hombre como si en ese momento le hubiesen salido dos cabezas.

—¿Quiere decir que ha habido otra muerte con anterioridad? —preguntó atónito.

—Así es.

Oliver no se lo podía creer. Se pasó la mano por la barbilla con gesto preocupado. Al momento, lanzó una mirada torva al inspector.

—Doy por hecho que no lograron dar con el asesino.

En esa ocasión fue Wicker quien intercambió una aviesa mirada con su interlocutor.

—Sabe mejor que nadie que ahí fuera todo es más difícil de manejar e interpretar. —Inspiró aire mientras su mirada se perdía en algún lugar concreto del bosque—. No me juzgue, sargento. Yo no le juzgo a usted. Está limpio y me alegro por ello.

Oliver sintió como la ira comenzaba a bullir en su interior.

Wicker se despegó de la baranda y se encaminó hacia las escaleras.

—Una cosa más —añadió antes de despedirse—. A mi modo de ver, debería pensar en quedarse algunos días. —Miró hacia la casa, un movimiento que no pasó desapercibido para Oliver. Un segundo después su mirada recayó de nuevo en él—. Pero si tiene que irse porque el deber le llama, debe notificárnoslo. Buenas tardes.

Oliver abrió la boca con la única intención de decir la última palabra, pero la cerró de inmediato. Inspiró hondo mientras observaba como el inspector se ponía tras el volante y arrancaba su coche.

Cuando el vehículo desapareció de su vista, su mirada volvió al bosque. Había un asesino suelto, alguien que mataba sin escrúpulos. Pensó en Chad Jenkins, propietario de dos restaurantes, un tipo, según decían, tranquilo y poco conflictivo. El hecho de que alguien hubiese acabado con su vida de una forma tan atroz, le revolvió el estómago.

Soltó un improperio en voz alta. Ningún ser humano debería arrebatarse la vida a otro, pensó. Lo

cual era irónico porque en eso consistía su trabajo si él, sus hombres o su país se veían amenazados.

La cena fue a base de sándwiches. Al parecer a nadie le apetecía ponerse tras los fogones y cocinar.

Laurel observó atentamente a sus hijos. Kendra, para sorpresa de todos, había decidido compartir mesa. Eso de alguna manera la tranquilizó. Untó otra rebanada de pan de molde con mantequilla de cacahuete y se la entregó a Caleb. Los ojos del niño relampaguearon.

—No te acostumbres a esto.

Caleb se encogió de hombros.

—No importa. Mañana pensaré en las verduras, pero hoy disfrutaré de la mantequilla de cacahuete.

Oliver sonrió y Laurel no pudo evitar hacer lo mismo. Caleb era ese punto de fuga que todos necesitaban para olvidarse de la cruda realidad.

—¿Qué te ha preguntado el inspector, Oliver?

El aludido miró al niño. Tenía mantequilla de cacahuete en la comisura de los labios. Su aspecto era divertido, lo cual hizo que esbozase una amplia sonrisa antes de contestar.

—Me comentó algunos detalles sin importancia —mintió. Caleb aún no necesitaba saber toda la verdad.

Laurel lo observó sin creer ni una sola palabra, pero no comentó nada al respecto. Se limitó a guardar silencio. Al parecer nadie sabía qué había hablado con Chad antes de que lo asesinaran, a excepción de Mic. Y ella, aún no sabía por qué, no se lo había mencionado a la policía.

—A mamá le hizo muchas preguntas y las respondió todas. Y yo también colaboré, ¿a qué sí, mamá?

—Cierto.

El pecho de Caleb se hinchó de orgullo.

—Ha sido como en las series de suspense de la televisión.

Laurel mordisqueó un pequeño trozo de queso antes de hablar.

—Sí. Muy parecido, pero he de decir que me gusta más que interroguen a otros. Al fin y al cabo, son actores y están representado sus papeles.

—¡Pero si has estado genial, mamá!

Oliver se fijó en Kendra. La adolescente fingía que comía, inmersa en sus pensamientos.

—Estás muy callada, Kendra.

La joven, al escuchar su nombre, levantó la cabeza y pareció salir de su ensoñación.

—¿Todo va bien?

Kendra dejó el sándwich sobre su plato y, con ayuda de una servilleta de papel, se limpió las manos.

—Esa tarde, yo estuve allí —dijo de pronto. Sentía la necesidad de contar la verdad. Quizá, solo quizá, ella y Zane habían estado muy cerca del asesino.

Tres pares de ojos la miraron fijamente.

Laurel ahogó una exclamación. Iba a decir algo, pero la mano de Oliver se posó sobre la suya.

—¿En el bosque? —preguntó Oliver.

—Sí —fue la escueta respuesta de la joven.

—¿Sola?

Kendra, antes de responder, miró con el rabllo del ojo a Laurel. Un segundo después volvió a mirar a Oliver. No sabía por qué, pero deseaba confiar en él.

—No, con Zane.

Laurel, asombrada, enarcó ambas cejas. Sintió como la mano de Oliver se cerraba en torno a la suya. Le estaba pidiendo, una vez más, prudencia.

—¿A qué fuisteis al bosque?

—A Kendra le encanta fotografiar los alces —respondió Caleb—. Tiene miles de fotos.

Oliver supo que tenía que andarse con pies de plomo si quería que la muchacha colaborase.

—¿Esa tarde Zane y tú hicisteis fotos? —Kendra asintió despacio con la cabeza—. ¿Visteis u oísteis algo fuera de lo común?

La adolescente se quedó mirando al vacío fijamente, como si allí estuvieran todas las respuestas que necesitaba.

—Es probable —dijo. Laurel ahogó un suspiro—. Pero no estoy del todo segura —añadió de forma precipitada.

—Está bien —fue la respuesta de Oliver—. ¿Cuántas fotos hicisteis?

Ella dudó durante una fracción de segundo.

—No te puedo dar una cifra exacta.

—¿Aún las tienes?

—Sí. Las he pasado a mi ordenador.

—Supongo que tienes una cámara digital.

—Así es. Fue un regalo de mi padre antes de...

—¿Puedo verlas? —la interrumpió Oliver a sabiendas de cómo iba a terminar la frase.

Kendra se mordió el labio inferior y se encogió de hombros.

—Supongo.

—De acuerdo. —A Oliver le embargó la preocupación—. ¿Podríamos verlas ahora?

Los labios de la chica se apretaron en una línea muy fina.

—Sí. —Se levantó sin reparar en nadie de la mesa—. Te espero arriba.

Cuando Kendra salió de la cocina, Laurel se atrevió a respirar.

—Oliver...

Él la acercó a su cuerpo, la abrazó de forma instintiva y la besó en el pelo.

Fue un acto impulsivo, quizá innecesario, sin embargo, había algo en Laurel que lo atrapaba, que lo dejaba sin aliento. Debía andarse con pies de plomo o saldría herido de esa misión que él mismo se había encomendado.

—Ella está bien, eso es lo que importa —comentó él a sabiendas de la vorágine de pensamientos nocivos que en ese momento se estaban adueñando de la mente de Laurel—. Caleb y tú deberíais quedaros aquí.

Oliver arrastró la silla hacia atrás y se levantó.

—Cuida de tu madre —le dijo a Caleb cuando pasó por su lado. Le revolvió el pelo, pero el niño ni siquiera se inmutó.

—¿Qué está pasando, mamá?

Con el corazón latiéndole de miedo, Laurel esbozó una tímida sonrisa.

—Todo saldrá bien —dijo más para sí misma que para su hijo—. ¿Quieres más mantequilla de cacahuete?

La sonrisa del niño fue todo lo que necesitó para introducir de nuevo el cuchillo en el tarro de

cristal.

La habitación de Kendra era un auténtico caos, como la de cualquier otro adolescente; un espacio donde aislarse del mundo. Oliver tuvo sentimientos enfrentados, le recordó un poco a su propia habitación, el lugar perfecto donde se incomunicaba cuando discutía con su padre. Volvió al presente y no pudo evitar fijarse en la enorme y desordenada cama repleta de cojines que presidía la estancia. Los muebles eran sencillos y daba la impresión de que habían sido pintados y decorados por la joven. La combinación de elementos tradicionales y contemporáneos irradiaba mucha fuerza y personalidad. Un pequeño banco contra el pie de la ventana se encontraba atestado de ropa desordenada y libros por doquier, sin duda, un reflejo de su propia existencia.

Las paredes eran de un tono neutro, nada de tonos rosas. Sobre el cabecero de la cama descansaba un letrero de neón en el que se podía leer: «Dulces sueños». En otra de las paredes colgaba una foto de gran tamaño, Oliver no tardó en deducir quién era el hombre que sonreía a su pequeña. Josh Mitchell tenía aspecto de haber sido un tipo interesante. Moreno, con nariz prominente y mandíbula fuerte, mirada clara y serena. Durante una fracción de segundo sintió una envidia sana por lo que había logrado construir en vida. Los niños y Laurel eran fantásticos. Él nunca formaría parte de esa familia. Sintió un dolor agudo en la boca del estómago y respiró profundamente.

—Aquí están.

Reparó en Kendra, que en ese momento se encontraba ocupada con el ordenador, y no pudo evitar sentir aflicción por ella. Crecer sin la figura paterna siempre era complicado. Él lo sabía mejor que nadie, aunque su padre hubiese estado siempre presente.

Se concentró en lo que había venido a hacer. Se acercó a la mesa de estudio y se sentó al lado de Kendra. En la pantalla había cientos de fotos. Observar cada una de ellas con detalle iba a llevar su tiempo. Era evidente que la joven sentía pasión por aquellos cérvidos de gran tamaño.

—Son unos ejemplares magníficos.

Kendra asintió orgullosa, con una sonrisa vacilante en los labios.

—Me encantan. Hay algo en ellos que no sé...

Oliver, sentado a su lado, la observó. En ese momento parecía abstraída con las imágenes que había en la pantalla. De pronto, comenzó a hablar.

—¿Sabes...? —Dudó unos segundos antes de continuar—. A mi padre le fascinaban. Nos pasábamos horas observándolos. Era nuestro momento, el único que compartíamos él y yo, porque Caleb aún era muy pequeño y solía quedarse en casa con Laurel. —Apretó los labios y su expresión se endureció—. No quiero decir...

—Sé lo que intentas decir, Kendra. Lo entiendo perfectamente. —La mirada que le devolvió la joven estaba llena de agradecimiento—. Zane forma parte de todo esto, ¿verdad?

—Es mi mejor amigo.

Lo dijo de tal forma que a Oliver no le quedó la más mínima duda de que así era. Zane era importante para ella.

—Bien. Lo mejor será que continuemos.

Se pasaron la siguiente hora estudiando cada una de las imágenes. Al cabo de ese tiempo, Oliver sabía más de alces que el resto de algunos de los mortales.

—Para los nativos americanos el alce es un espíritu guía. Como tótem animal de poder es la energía en equilibrio. Los guerreros que han recorrido el camino de la vida y han experimentado

muchas vivencias le toman como mediador. —Kendra se arrellanó en la silla—. Tiene una fuerza asombrosa y sus impresionantes cornamentas dan al alce gran confianza en sí mismo.

Oliver no despegó los ojos de la pantalla, corroborando por sí mismo lo que decía la joven.

—Conoces muchos detalles de la cultura de los nativos.

—Por mis venas corre sangre Pennacook —comentó con orgullo Kendra.

Oliver no necesitó preguntar más. La historia de su país siempre le había interesado. Por desgracia los Pennacook eran una tribu ya extinta. Había leído en alguna parte que la causa de que diezmará la mayor parte de la población nativa americana fue una plaga que les transmitieron los europeos a su llegada al Nuevo Continente.

—No tuvieron un final feliz.

Kendra le lanzó una mirada prudente.

—Así es. Los últimos que mantenían viva la lengua murieron en mil novecientos veinticuatro. —Volvió la mirada a la pantalla. No añadió nada más. Por algún motivo, quería zanjar ese tema—. Transmiten dulzura, ¿no crees? —preguntó haciendo referencia a los alces. No esperó ninguna respuesta por parte de Oliver, así que prosiguió—. El Alce tótem nos ayuda a no darnos por vencidos demasiado pronto. Nos enseña a mantenernos firmes y luchar por causas que valen la pena. Habla de compañerismo, lealtad y solidaridad. Es la suma de todos los guerreros antepasados que acuden a ti.

Esa última frase lo resumía todo. Oliver la miró y comprendió muchas cosas.

—Tu padre debió de ser un gran hombre.

Ella sonrió, pero su sonrisa no llegó a sus ojos.

—Era el mejor. —Kendra sintió que la invadía una paz que hacía mucho tiempo que no conseguía—. Nos pasábamos horas observándolos en silencio. Sobraban las palabras.

—Lo siento mucho, Kendra.

La joven tragó saliva. Se inclinó hasta apoyar un codo en la mesa.

—Sigo enfadada con él. —No tenía ni idea de por qué había dicho eso en voz alta. Oliver comprendía lo que intentaba decirle. Así que se limitó a asentir con la cabeza—. Ir al bosque, observar, catalogar y fotografiar a los alces es uno de los muchos recuerdos que me quedan de él. —Sus ojos volvieron a la pantalla y se anegaron de lágrimas—. Zane lo entiende y lo respeta. Laurel se equivoca: él no destruyó las barcas, no hizo nada malo —puntualizó—. Estaba en el lugar equivocado a la hora equivocada, eso es todo.

Oliver apoyó los antebrazos en las rodillas. No dijo nada, se limitó a mirar a la pantalla de nuevo. Era como tener entre las manos las piezas de un puzle que no encajaban.

—Al parecer, Laurel no te cree.

La joven soltó una especie de bufido, pero no comentó nada.

De pronto, algo llamó la atención de Oliver. Se acercó más a la pantalla y observó una de las imágenes con más detenimiento.

—¿Qué es eso?

Kendra, sorprendida, miró en la dirección que le indicaba.

—¿Puedes ampliar la imagen, por favor?

Ella lo hizo. Oliver levantó una ceja.

—¿Ves algo?

No estaba muy seguro, pero había algo ahí que le llamaba poderosamente la atención, aunque no sabría muy bien cómo definir lo que estaba viendo.

—Esa sombra, ¿la ves?

A Kendra se le dibujó un rictus en la boca. Tenía toda su atención puesta en el lugar que señalaba Oliver, pero solo veía claroscuros.

—No es muy nítido.

—No. Pero tengo la impresión de que es una silueta, y eso de ahí, lo que lleva en la mano, parece un hacha. Amplía más —le sugirió otra vez.

—La imagen perderá calidad —respondió ella, nerviosa.

—Intentémoslo.

Kendra lo hizo y el resultado la dejó perpleja.

—¿Estás viendo lo mismo que yo?

Ella asintió con la cabeza sin perder un solo detalle de la imagen que tenía ante sus ojos.

—¡Ahí está!

Kendra no se lo podía creer. No pestañeó hasta que los ojos comenzaron a escocerle. Distinguí una sombra difuminada con algún tipo de objeto en la mano. Bien podría ser un hacha, pero no podía estar del todo segura.

—¡Dios mío, Zane y yo escuchamos algo! Pero nunca imaginamos...

—¿Escuchasteis algo? —preguntó preocupado Oliver.

Ella lo miró y suspiró. Sabía que acababa de meter la pata hasta el fondo.

—Sí. Creímos que era un cazador furtivo. —Se encogió de hombros—. No me gustan. Es más, los odio con toda mi alma. Sin embargo, reconozco que no tengo suficiente convicción para enfrentarme a ellos.

—Haces bien en mantenerte al margen.

—¿Tú crees? Yo no estoy tan segura.

La expresión de Oliver se relajó.

—Mira... —comenzó a decir—, la violencia no se extingue con violencia. Haces bien al mantenerte alejada. Algún día tendrás las herramientas necesarias para hacer frente a la situación.

Oliver apretó los labios. Kendra y Zane podrían haber estado muy cerca del asesino. La intranquilidad se apoderó de él. Los chicos no tenían ni idea del peligro que habían corrido.

—Supongo que tienes razón. Algún día...

Oliver se ordenó a sí mismo tranquilizarse. Los chicos estaban bien, eso era lo más importante. Poner más nerviosa a Kendra significaría que lo poco que había logrado hasta ahora, se esfumaría como por arte de magia.

—De acuerdo —dijo al fin—. Envíamela. —Escribió con urgencia su correo electrónico sobre la hoja amarillenta de una vieja libreta que descansaba sobre la mesa—. No le contaremos nada de esto a nadie hasta que estemos seguros de lo que tenemos entre manos.

—¿Tampoco a Laurel?

—No. Ella tampoco debe enterarse, al menos de momento. —Kendra pareció relajarse—. ¿Me podrías llevar al lugar exacto?

—Sí, claro.

—De acuerdo. ¿Mañana sería posible?

—Sí. Cuando venga del instituto estaría bien.

—Vale. Otra cosa —comentó Oliver antes de levantarse de la silla—, quiero que venga también Zane.

—¿Por algún motivo especial? —quiso saber Kendra.

—Solo quiero conocerle, nada más.

CAPÍTULO 12

Laurel se prometió a sí misma que, dijera lo que dijera Oliver, ella iba a mantener sus nervios a raya. Había recogido la cocina, ayudado a Caleb a montar algunas piezas de su última maqueta y ahora, aunque sabía que no era de buena educación, se encontraba escuchando la conversación entre Oliver y Kendra. Llegó en el momento justo en que Oliver le pedía a su hija que le llevase al lugar exacto donde se había cometido el asesinato.

Cerró los ojos y pensó en Chad Jenkins. Aún no se podía creer que estuviese muerto. Tuvo que recurrir a toda su paciencia para no entrar y prohibir a los dos adentrarse en el bosque. Le parecía una verdadera locura. Se envolvió en su chaqueta y repasó mentalmente la conversación en la mesa. La idea de que Kendra hubiese estado en el bosque con un asesino la horrorizaba.

Sus sueños se daban de bruces con la realidad una y otra vez. Era una sensación devastadora. A sus treinta y ocho años poco había logrado de todo aquello que había escrito en su diario siendo una adolescente una noche de verano, cuando Evan Garrelson, el chico por el que la mayoría de las chicas del instituto suspiraban, le había dado su primer beso. Se había sentido la mujer más sexi, no del mundo, sino del universo. Desde ese mismo instante había creado su propio mundo de fantasía, su mundo perfecto. Tres meses más tarde, él la dejó por Candice Coleman, una mojígata sin escrúpulos que gritaba a los cuatro vientos su talla, una copa D, de sujetador.

¿Dónde quedó aquella joven ilusionada con ganas de comerse el mundo? Ahora se encontraba allí, escondida entre las sombras; huérfana, viuda, madre de dos hijos y escuchando una conversación ajena que le estaba poniendo el vello de punta. Se sintió culpable por no querer estar allí. Le habría gustado ir a la universidad, ser una gran periodista. Gritar la verdad al mundo. No obstante, todo aquello terminó antes de empezar.

Sintió lástima de sí misma.

La puerta, entornada, se abrió del todo. Conectó con la realidad y se sintió como una intrusa. Oliver, al verla, le sonrió y cerró tras de sí.

—¿Preocupada? —preguntó a media voz.

—Aterrorizada, diría yo —respondió en un murmullo—. ¿Todo bien?

Él la tomó delicadamente del codo y la alejó de la puerta de Kendra.

—Zane y Kendra me llevarán mañana al lugar exacto donde estuvieron sacando fotos.

Una tonta sensación de alivio se apoderó de ella por el simple hecho de que no le ocultase la verdad.

—¿Significa eso que no regresas a Jacksonville?

Oliver dejó que la pregunta flotase un momento en el aire. Todo había cambiado y no quería dejar a Laurel y a los niños solos. Tendría que hacer un par de llamadas, pero probablemente podría solucionarlo. Él aún estaba convaleciente y su madre se encontraba en buenas manos.

Ella bajó la mirada, claramente incómoda.

—Perdona, no debería haberte hecho esa pregunta. —Se colocó con nerviosismo el pelo detrás de las orejas y después cruzó los brazos a la altura del pecho. Se sentía como una estúpida.

—¡Ey! Puedes hacerme todas las preguntas que quieras. —La acercó a su cuerpo y sintió como ella temblaba. Con una mano acarició su espalda de abajo a arriba—. Es complicado, lo sé. Ella se dejó abrazar. No sabía cuánto lo necesitaba hasta que sintió los brazos de Oliver alrededor de su cintura—. Lo encontrarán, Laurel. Solo es cuestión de tiempo.

No había estado más asustada en toda su vida. Tiempo era lo que no tenía. Era muy consciente de que Oliver estaba allí de paso; pronto se marcharía, dejando solo su recuerdo. Ese pensamiento hizo que todas las emociones encontradas que había arrinconado comenzasen a bullir de nuevo.

Él dio un paso atrás. La luz era tenue, en el exterior ya había anochecido, solo una lámpara de pared de hierro forjado iluminaba el rincón donde se encontraban. Oliver trazó el pómulo de ella con el pulgar y comprobó que su piel era tan suave y cremosa como parecía. Lo que más deseaba en ese momento era mantenerles a salvo de ese malnacido, a ella y a los niños, y lo segundo que más ansiaba era besarla y comprobar su sabor; seguro que era maravilloso y delicioso. Recorrió su mandíbula con el dedo y sintió como ella temblaba.

—Eres perfecta. —Ella respiró hondo, sin saber muy bien qué decir a continuación. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando él posó la mirada en sus labios—. ¿Has pensado cómo sería tu vida conmigo al lado?, ¿si encajo en ella? —Al ver que ella permanecía en silencio, añadió—. No me conoces. Soy soldado, Laurel. Mi vida ahora pertenece al ejército y sé que empezar algo no es buena idea, pero aun así, me es imposible mantener las distancias contigo.

Laurel cerró los ojos, como si así pudiera reprimir ese viejo impulso que últimamente convivía a todas horas con ella.

—Supongo que a ambos todo esto no ha pillado por sorpresa.

Él asintió sin dejar de mirarla a los ojos.

—Deberíamos pensar en los daños colaterales antes de dar el siguiente paso —puntualizó él.

Ella soltó un suspiro nostálgico que a él no le pasó para nada desapercibido.

En algún momento, había dejado de acariciarle la espalda. Ahora sus dedos le recorrían la nuca y la hicieron suspirar de nuevo ante su contacto. Oliver esperaba que fuese de placer y la sola idea lo encendió.

Se acercó a ella, olió su pelo, que como de costumbre olía a flores, y le depositó un suave beso en la sien.

—¿No vas a decir nada? —susurró.

La atracción que ya sentía por él se intensificó. Estaba de acuerdo con Oliver: todo lo que estaban sintiendo podría acabar haciéndoles daño, por no hablar de los chicos; sin embargo, ella lo necesitaba con desesperación. La atracción física entre ellos era devastadora y parecía ir creciendo a medida que el tiempo transcurría. Por primera vez en su vida, creyó en el destino.

—La vida es demasiado corta... Aunque quizá tengas razón y nos estemos precipitando —dijo ella con la única intención de llenar el silencio.

Los ojos de Oliver relampaguearon, reprimió una sonrisa al ver como las palabras de ella contradecían sus gestos. Laurel tenía en ese instante los ojos cerrados y los labios entreabiertos; una invitación en toda regla. Colocó la mano en su nuca, la atrajo hasta él y saboreó su preciosa y tentadora boca. Ella abrió los labios sin timidez ni miedo y soltó un gemido cuando sus lenguas se encontraron. Oliver sintió que se perdía, que necesitaba con desesperación su dulzura, su cariño y su magnificencia. Lo quería todo ella, sin excepción.

—Oliver... —murmuró Laurel contra su boca.

Le pareció estar saliendo de una bruma espesa. Sintió como la culpa se adueñaba de nuevo de él. A pocos metros se encontraban las habitaciones de Caleb y Kendra. ¿Qué demonios estaba

haciendo? Se apartó de golpe y ella abrió mucho los ojos, con expresión de sorpresa. Laurel intentó calmar su agitado corazón, pero no le fue posible. Oliver estaba a solo un paso de distancia y tenía una expresión de culpabilidad en el rostro.

—Oliver —dijo alargando la mano.

—Lo siento, Laurel. Mi comportamiento ha sido del todo inapropiado. —Nervioso, se pasó la mano por el pelo. Sin mediar palabra se apresuró a marcharse antes de que ella pudiera decir algo más.

Laurel lo vio alejarse por el pasillo y se preguntó cómo era posible que la hubiese besado de esa forma apasionada y, de repente, le diera la espalda sin más.

Bajó la mirada hacia sus manos vacías y sintió como la desilusión la devoraba por dentro. No sabía ni cómo ni por qué, pero tenía la impresión de que Oliver encajaba en su vida, de que podría llegar a hacerla feliz.

Tenía que dejar de soñar, enfrentarse a la realidad, tal y como había hecho hasta el momento. Volvió a mirar al mismo punto en el que Oliver había desaparecido. Las sombras se lo habían tragado. Se secó las lágrimas. Lo más acertado sería dejarlo marchar, aun sabiendo en su fuero interno que iba a sufrir. Algo dentro de ella se terminó de romper, porque era *él*, el hombre al que había estado esperando para enamorarse.

CAPÍTULO 13

Oliver maldijo para sus adentros por enésima vez. No podía conciliar el sueño y, quizá por eso, se dio la vuelta sobre el colchón y dio un puñetazo a la almohada. Se sentía frustrado y furioso, conocía bien esa sensación y debía admitir que lo que sentía por Laurel no le iba a llevar a puerto seguro. Estaba enfadado consigo mismo por haberla besado, enfadado con ella por darle esperanzas, con Kendra por haber desobedecido a su madre, corriendo un riesgo innecesario para encontrarse en el mismo lugar que un asesino que podría haberle hecho mucho daño, si ella o Zane se hubiesen cruzado en su camino. Y, por último, estaba enfadado con Caleb por ser un chico tan estupendo y robarle el corazón a la primera de cambio.

El alba estaba despuntando y había luz suficiente en la habitación. No había pegado ojo en toda la noche, le dolían todos y cada uno de los músculos del cuerpo. Se levantó de la cama y fue directo a la ducha.

Veinte minutos más tarde salía de la casa con un único propósito: comprar los tablones suficientes para reparar el porche. En el exterior la temperatura era baja, tanto que se abrochó el chaquetón.

La luna se veía aún con total claridad en el cielo a pesar de que el día comenzaba a despertar. El canto insistente de las aves matutinas se escuchaba muy cerca y eso le envolvió en una paz que hacía mucho que no sentía. La noche anterior había llovido, estaba seguro, porque la lluvia había caído sobre el cristal de la ventana de la buhardilla de forma constante creando una balada triste y armoniosa; además, olía a tierra mojada. Miró al frente y se encontró con el lago; como de costumbre, parecía ajeno a todo lo que acontecía a su alrededor. Tras la línea de agua se alcanzaba a ver una arboleda, que a esas horas de la mañana parecía misteriosa y demasiado solitaria. No pudo evitar pensar en las dos personas que habían perdido la vida allí mismo. Una mezcla de ira y tristeza lo invadió.

Tenía la impresión de que la muerte le pisaba los talones.

Pensó en Laurel, pero no miró en dirección a su ventana. Se la imaginó acurrucada en su cama, bajo las sábanas y la colcha. Se preguntó si dormiría desnuda, con camión de encaje, o quizá con algo más sencillo como un pijama de algodón.

La furia lo consumió al darse cuenta de lo estúpido que había sido la noche anterior. Lo había fastidiado todo. Se subió al coche y arrancó el motor. Cuando se alejaba de la casa, en vez de sentir alivio, sintió la necesidad de volver y proteger lo que ya consideraba suyo.

«No te pertenecen», pensó.

Golpeó con fuerza el volante y soltó un impropio antes de incorporarse a la carretera.

—Deberías tranquilizarte. Tal vez debería hablar en plural. —Micaela soltó un suspiro. A continuación, se llevó la taza a los labios y bebió un sorbo de café.

Laurel posó su mirada en Mic. La había llamado a primera hora de la mañana, confusa y sin saber muy bien cuál era el siguiente paso que debía dar. Cuando se levantó, Oliver ya no estaba en casa y eso la angustió un poco más. Había guardado la compostura con los chicos a la hora del

desayuno, pero cuando se quedó sola, los muros de su hogar parecían querer asfixiarla. No tenía muy claro que lo de anoche fuese un error. Después de un par de horas debatiendo consigo misma y con la duda corroyendo su cabeza por si Oliver había decidido marchar sin despedirse, decidió llamar a Micaela.

—Lo sé. Me estoy comportando como una mujer insegura y dramática, soy consciente de ello.

Micaela dejó la taza de café y se acercó a su amiga, la abrazó.

—Todos estamos muy nerviosos.

—Sí —respondió Laurel contra su hombro—. ¿Qué tal está Jesse?

—Preocupado.

—Es lógico. —Laurel se apartó y se limpió las lágrimas—. Yo aquí preocupada por un hombre que hace un mes ni siquiera conocía, y tú consolándome, mientras tu marido intenta quitarse el peso de la ley de encima.

Micaela paseó la mirada por la cocina. Le encantaba esa estancia de la casa. Laurel le daba un sello muy auténtico a todo lo que tocaba, podía formar un hogar con dos cazuelas y una sartén. Los muebles aún estaban en buen estado, aunque saltaba a la vista que el estilo pedía a gritos ser renovado. Pero nada de eso importaba. El café en esa casa era un verdadero brebaje de los dioses y eso era lo realmente importante. Se encontraba más cansada de lo que quería reconocer. No había pegado ojo en toda la noche, pensando en el fatal destino de Chad Jenkins. Cerró los ojos y abrazó con más fuerza a Laurel. Ella era lo más parecido a una hermana que tenía y ambas se necesitaban.

—Jesse es inocente.

Laurel se apartó lo suficiente para estudiar a su amiga. Micaela intentaba aparentar fortaleza, pero no lo conseguía. Las sombras bajo los ojos y la tristeza de su mirada hablaban por sí mismos.

—Lo sé, Mic. No me tienes que convencer de lo contrario. —Laurel volvió a abrazarla—. Todo saldrá bien. Tiene que salir bien —aseguró.

—No nos damos cuenta de lo frágiles que somos hasta que algo o alguien irrumpe en nuestro mundo. —Sabía que Mic tenía razón. Notó el agotamiento, la decepción y la frustración que transmitía su cuerpo—. Tengo la sensación de estar dentro de una pesadilla y que voy a despertar de un momento a otro. —Quizá volvió la cabeza demasiado deprisa, pero el hecho fue que se mareó y tambaleó al hacerlo. Estuvo a punto de caer al suelo.

—¿Aún no has ido al médico?

—Estoy bien. Solo ha sido un mareo.

Laurel no la creyó.

—Llevas más de un mes así, ¿podrías estar embarazada? —Le ofreció un vaso de agua—. Deberías hacerte la prueba.

Micaela tomó aire antes de llevarse el vaso a los labios. Aún seguía mareada, pero lo peor de todo eran los malditos dolores de cabeza que parecían no querer abandonarla.

—Creo que se trata de un problema con la tensión.

—Eso no lo puedes saber hasta que no vayas al médico.

—Está bien. Tienes razón. —Dejó el vaso sobre la encimera, aún con la visión borrosa—. Te aseguro que si estoy embarazada a Jesse le va a dar un infarto. —Laurel la entendía perfectamente. Un bebé sería la mejor noticia—. ¿Has abierto el armario? —Laurel la miró sin entender—. El armario de la habitación donde se hospeda Oliver —aclaró—. ¿Lo has abierto?

—No.

—¿No? —preguntó sorprendida.

—No he subido a la habitación aún. Solo sé que su coche no está.

Micaela la miró de forma inquisitiva.

Laurel enderezó los hombros y su espalda se resintió al momento.

—No quería hacer nada hasta que los chicos se hubieran ido.

—Y ahora, ¿a qué esperas? Kendra y Caleb ya no están.

Laurel no quiso reconocer que esa sensación que bullía en su interior era miedo, miedo a demasiadas cosas.

—Lo haré luego.

—Laurel...

—Luego, Mic.

—Está bien, tú ganas. Pero te juro que no te entiendo. ¿Qué sabes de los inspectores? —preguntó Micaela con la única intención de dar un giro a la conversación.

Laurel se apartó de Micaela cuando creyó que su amiga comenzaba a recobrar el color. Subiría más tarde a la habitación. Por el momento no quería dejarla sola. Le preocupaba, y mucho, su estado de salud.

Negó con la cabeza, respondiendo a su pregunta.

—Supongo que, de una manera u otra, todos somos sospechosos. ¿Le has comentado a alguien que estuviste hablando con Chad?

—No.

—¿Por qué? —quiso saber Micaela.

Laurel se apoyó en el borde de la encimera.

—Chad regentaba una cafetería. Estoy segura de que habló con más gente.

—¿Cuándo hablaste con él, le notaste extraño?

—No, para nada. Me limité a pedirle ayuda y él a negármela, eso es todo.

—Lo siento.

—No hay nada que sentir, Mic. Solo su muerte. ¿Qué opina Jesse de todo esto?

—Ya le conoces, no es muy hablador, pero estoy segura de que su mente en este momento ha entrado en un bucle. Ya es mala suerte haber encontrado el cadáver —comentó sin poder evitar sentirse afectada—. Le conozco demasiado y sé que se está volviendo loco con todo esto.

—Debió ser espantoso.

—Doy por hecho que lo fue. Conozco a mi marido y nunca le he visto tan afectado por algo —fue la respuesta de Micaela—. Solo contesta con monosílabos a mis preguntas. —El motor de un coche hizo que Laurel mirase por la ventana—. ¿Es Oliver?

Laurel asintió. Su corazón latió de un modo vertiginoso y, por un momento, sintió alivio. Oliver no había regresado a Jacksonville. Seguía allí en Wolcott. Dejó escapar parte del aire de sus pulmones sin despegar los ojos de la escena que se desarrollaba en el exterior.

—No tengo ni la más mínima idea de cómo llevar todo esto.

—Está aquí, eso es una buena señal.

—¿Tú crees?

—Laurel, estás sonriendo.

Algo molesta por ser tan transparente respecto a sus sentimientos, cruzó los brazos por delante del pecho y enarcó una ceja.

—Eso no es cierto —protestó.

Micaela se acercó a ella y apoyó una mano amable sobre su hombro.

—A lo mejor no es una sonrisa en toda regla, pero se le parece. —Micaela miró a través del

cristal de la ventana—. Hay que reconocer que tiene un algo que vuelve locas a las mujeres.

—No te lo voy a negar.

—Y, según parece, besa bien.

Laurel parpadeó.

—No he sido muy explícita al respecto. ¿Qué te hace pensar eso?

Micaela frunció los labios.

—La forma en que lo miras es...

—¿Es qué? —quiso saber Laurel intentando no perder los nervios.

—Deseo, puro deseo.

Laurel le dedicó una mirada carente de amabilidad.

—Eso no es cierto —protestó.

Micaela le respondió con una vaga sonrisa.

—Dime una cosa, si la situación hubiese ido a mayores, ¿te habrías acostado con él?

Laurel decidió ser sincera.

—No lo sé —admitió más para sí misma que para su amiga. Pensar en el beso, en la forma en que Oliver la tocó y la acarició, la encendió de nuevo.

—¿En algún momento has pensado que Oliver pueda estar relacionado con la muerte de Chad?

Laurel dejó los pensamientos lascivos que pululaban por su mente y, extrañada, observó a su amiga.

—¿De qué estás hablando? —preguntó, atónita ante la pregunta.

—Lo siento —se disculpó Mic. Se dio la vuelta, dejando a su espalda la ventana y a su amiga. Sus ojos azules se perdieron en alguna parte de la cocina—. Estoy cansada.

—¿Realmente piensas que Oliver pudo matar a Chad?

—No, claro que no —se vio en la necesidad de responder Micaela—. De verdad, lo lamento. Mi cabeza no para de dar vueltas y saca las conclusiones más precipitadas y descabelladas.

—Quiero saber por qué piensas algo así, Mic —le exigió Laurel.

—Es soldado. Está acostumbrado a la violencia.

Laurel se sobrecogió.

—No puedo creer que hayas llegado a esa conclusión —respondió—. Además, está comprobado que Oliver no estuvo en ningún momento en el lugar del crimen.

Micaela la miró a través de las lágrimas.

—Lo sé, y lo siento —dijo—. Pero estoy confusa y, además, agotada.

—Mic... Tienes que ir al médico ya.

—Sí, lo haré. Perdona por lo que te he comentado, no sé dónde tengo la cabeza.

—No hay nada que disculpar. Es lo bueno de ser amigas, que podemos hablar con total libertad.

—Cierto.

Laurel dirigió su mirada una vez más a la ventana. Observó como Oliver sacaba varios packs de madera del maletero. A simple vista parecía un hombre tranquilo, ajeno a la realidad. Cargó algunos al hombro y los llevó hasta el porche. No se percató de lo que él intentaba hacer hasta que le vio sacar un metro del bolsillo de su chaquetón y extenderlo sobre el suelo.

—Disculpa un segundo.

Si Micaela se sorprendió, no lo pareció.

—¿Qué haces? —le preguntó.

Oliver dejó lo que tenía entre manos para mirar a Laurel. Estaba preciosa esa mañana, aunque

parecía inquieta, enfadada más bien. Lo miraba con cautela, como si quisiera asegurarse de lo que se traía entre manos.

—Me gustaría arreglar el porche... —dijo—. Sé que debería habértelo consultado primero.

Presas de la confusión, se ajustó la chaqueta al cuerpo sin saber muy bien qué decir. Además de sorprendida, estaba dolida por lo de anoche. Él la había dejado plantada sin ningún tipo de explicación, y ahora quería arreglar el porche. Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Los hombres podían ser los seres más incoherentes sobre la faz de la tierra cuando se lo proponían.

—Me gusta mantenerme ocupado...

Laurel puso los ojos en blanco.

—Pensé que te habías marchado.

Sin comprender lo que ella intentaba decirle, la miró largamente.

—¿Pensabas que había vuelto a Jacksonville? —No respondió. Se limitó a mirarle directamente a los ojos—. ¿Sin despedirme de ti ni de los chicos? —inquirió con un tono que ya dejaba entrever su mal talante—. ¿Me crees capaz de hacer algo así? —preguntó de nuevo cuando vio la respuesta implícita en su mirada. Procuró calmarse.

—Oliver, yo...—comenzó a decir Laurel. Tenía la necesidad de disculparse y no dar la impresión de estar despechada.

—Hola, Oliver.

La presencia de Micaela hizo que los dos se sobresaltasen.

—Micaela... —saludó Oliver, sin demasiado convencimiento.

—Puedes llamarme Mic. Aquí todos lo hacen.

Oliver, algo incómodo por la situación, asintió.

—Bien.

—Laurel hace el mejor café del mundo y he venido a tomar una taza. —Él permaneció en silencio—. Será mejor que me vaya. —Mic rozó a Laurel cuando pasó a su lado. Salió al porche—. Cuídate, ¿de acuerdo? —Le dio un beso en la mejilla.

—Lo haré. —Laurel le acarició el antebrazo—. Haz tú lo mismo.

—Lo haré, te lo prometo. —Volvió a poner toda su atención en Oliver—. Aquí tienes trabajo para varios días.

Él carraspeó. Con las manos en jarras, apoyó el peso en la otra pierna.

—Trabajo rápido.

Micaela le dedicó una sonrisa.

—Eso tengo entendido.

Oliver dejó caer los brazos y su mirada voló hacia Laurel. Ella estaba visiblemente incómoda, incluso creyó apreciar un leve rubor extendiéndose por sus pómulos.

—¿Jesse está bien? —preguntó él con la necesidad de desviar la conversación a otro tema.

—Ha tenido días mejores.

Micaela bajó las escaleras de madera. Parecía cansada y menos ágil que la última vez que se vieron en la granja.

—Lo siento. Lo siento, de verdad.

—Lo sé. —Micaela le palmeó el hombro al llegar a su altura—. Mi Jesse es un hombre bueno —alegó—. No es capaz de maltratar a uno de sus perros, mucho menos de coger un hacha y partir el cráneo en dos a un hombre.

Oliver inclinó la cabeza con gesto solemne.

—Si te sirve de algo, yo también lo creo.

—Bien. —Micaela, antes de marcharse, le dio un par de palmadas en el hombro—. Me caes bien. Estamos de acuerdo en muchas cosas y eso siempre es bueno. Cuídala, cuídalos —dijo en voz baja, de forma que Laurel no pudiese escuchar sus palabras—. No es tan fuerte como aparenta ser.

—Lo haré.

—De acuerdo. Pásate por la granja. Jesse y yo te lo agradeceremos —comentó—. Desde que ha aparecido el cuerpo no hay demasiado turismo por la zona.

Micaela comenzó a caminar, pero de pronto se detuvo y miró hacia atrás.

—Una cosa más, Oliver.

—¿Sí?

—Estoy segura de que matar no es una decisión fácil. ¿Por qué alguien haría algo así?

Oliver no tenía respuesta para esa pregunta.

—Estoy de acuerdo contigo, Mic. No es una decisión que un hombre tome a la ligera.

Ella curvó los labios, pero la sonrisa no llegó a formarse.

—Siempre tengo razón.

Oliver la vio marchar. Quedaba muy poco de la mujer que había conocido a su llegada. Micaela Dawson andaba como si llevase una cruz muy pesada sobre sus hombros. No pudo evitar sentir lástima por ella.

CAPÍTULO 14

La tierra estaba húmeda y había borrado la mayoría de las huellas.

—De aquí no se puede sacar nada en claro —dijo Oliver mientras observaba con atención el terreno—. La científica ya estará cotejando las pruebas.

—¿Qué esperabas encontrar?

La que habló fue Kendra. Se encontraba a su lado y, como él, miraba atentamente el suelo.

—No lo sé, pero quería cerciorarme de que no se les había pasado nada por alto. Nada más. Todo esto me parece demasiado extraño.

—¿Qué buscamos exactamente?

Oliver miró a Zane. El muchacho le había sorprendido, pero para bien. En el escaso tiempo que habían compartido, había llegado a la conclusión de que era inteligente e intuitivo. Si se lo propusiera podría llegar a ser un buen soldado.

—Algo —fue la escueta respuesta de Oliver.

Kendra, como si de repente recordase algo, abrió su mochila y sacó la cámara de su interior.

—Anoche seguí repasando las fotos. Me di cuenta de algo cuando te fuiste —comentó mientras, absorta, miraba la pantalla de la máquina—. Creí haber pasado todas las fotos al ordenador, pero no fue así.

Tanto Oliver como Zane la miraron expectantes.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Zane.

—¿Recuerdas que saqué fotos a las huellas que encontramos?

Él asintió despacio, como si estuviese buscando en su mente ese preciso instante.

—Sí.

—No las pasé al ordenador porque en las fotos no se veía ningún alce. Bien, pues aquí están. —Les mostró la pantalla de la cámara.

Oliver la cogió y observó la imagen.

El bosque nunca estaba en silencio, en él siempre había vida. Un águila planeó sobre sus cabezas durante unos segundos, tiempo suficiente para admirar su belleza y la elegancia de su vuelo. Muy cerca se escuchó el repiqueteo del pico de un pájaro carpintero contra el tronco de un árbol. El sonido hizo que Kendra entrase en sintonía con la naturaleza. Algunos pensaban que el otoño era una estación con poca vida, donde el entorno entraba en hibernación, pero se equivocaban. Ella sabía que no muy lejos de allí se encontraban los alces y esperaba que estuviesen siempre. Miró a Zane. Estaba tan concentrado como Oliver en la imagen. Era su amigo, la persona a la cual le confiaría su vida. Ese día iba vestido como de costumbre, con vaqueros, camisa de cuadros y chaquetón de pana. ¿En qué momento se había convertido en un hombre?

Zane tenía los ojos tan oscuros como la corteza de los árboles, y unas bonitas pestañas, incluso demasiado densas y alargadas para un hombre. Sin embargo, no le hacían parecer poco masculino, sino todo lo contrario. Le vio fruncir los labios y no le quedó más remedio que apartar la mirada. La universidad estaba a la vuelta de la esquina y no quería dejar ningún asunto pendiente en Wolcott. Quería comenzar una nueva vida lejos del lago Elmore, lejos de los recuerdos de su niñez.

—Podría tratarse de la pisada de un hombre corpulento. Es grande y pesada, pero no podemos

dar nada por hecho —adujo Oliver sin apartar los ojos de la pantalla.

—Podría ser un cazador furtivo, tal y como pensamos al principio.

Oliver soltó una especie de bufido.

—Sí, ¿por qué no? —Levantó la mirada y observó el entorno. El bosque se preparaba para el invierno. Los árboles recibían menos luz del sol, la clorofila iba desapareciendo poco a poco de las hojas y el color verde estaba siendo sustituido por amarillos y anaranjados. Aquel espectáculo de la naturaleza tenía su propia magia—. ¿Dónde encontraron el cadáver?

Zane estudió los alrededores.

—Hablé con Jesse esta mañana y, según sus indicaciones, fue en dirección norte, no lejos de aquí.

Oliver siguió con la mirada el índice de Zane.

—Veo que conocéis bien el bosque.

—Solemos venir a menudo —confesó Kendra.

—Entiendo. —Oliver no comentó nada al respecto. Los jóvenes buscaban su propio espacio. Parecía que entre la muchacha y Zane había algo más que amistad, pero no estaba del todo seguro —. Habladme del otro asesinato.

Tanto Kendra como Zane se miraron.

—¿Cómo te has enterado de eso?

Oliver miró las copas de los árboles.

—Os puedo asegurar que el inspector Wicker es un hombre que no deja nada al azar. Fue él quien me lo comentó.

Kendra soltó un suspiro.

—Fue el mismo día que ocurrió lo de las barcas.

Oliver centró toda su atención en la muchacha.

—¿Cómo dices?

—El excursionista fue asesinado el mismo día que Laurel acusó a Zane de hacer trizas las barcas.

Oliver, confundido por las palabras de Kendra, desvió la atención hacia Zane.

—Algo he oído al respecto. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

A Zane, Oliver le cayó bien desde el minuto uno. Daba la impresión de ser un tipo serio y correcto, que sabía lo que hacía. Además, era uno de los héroes que defendían a su país cuando la situación lo requería. Estar agradecido por su servicio era lo mínimo que podía hacer. Decidió ser sincero, puesto que le estaba dando la oportunidad de explicar lo que ocurrió ese día.

—No fui yo. —Oliver lo miró inquisitivamente—. Ese día, como de costumbre, llegué con la idea de realizar mis tareas —continuó—. Me fijé en que dos barcas habían desaparecido y otra estaba en mal estado. Por más que lo intentaba, no me explicaba lo que podía haber pasado. Estaba confundido, no entendía quién podría haber hecho algo así a Laurel. Miré al suelo y cerca de mis pies encontré un hacha; la recogí. No pertenecía a la casa y me sorprendió. Miré a un lado y a otro, pero no encontré a nadie ni nada fuera de lugar, a excepción del destrozo. —Tomó una respiración profunda. Oliver y Kendra lo observaban sin acritud, eso le dio ánimos para continuar —. En lugar de tirar el hacha otra vez al suelo, la clavé en la barca maltrecha. Ese fue el momento exacto en el que Laurel me vio a través de la ventana y, como era de esperar, se llevó una impresión equivocada de mí.

El muchacho parecía sincero.

—¿Qué tareas realizabas para Laurel?

Zane miró al suelo fijamente y se tragó una especie de bufido.

—Pues... —Se encogió de hombros. Dudó unos segundos antes de responder—. Desde cortar leña o el césped, a pasear a los turistas en barca o hacer de guía por el bosque, tal y como solía hacer el señor Mitchell antes de morir.

Zane miró a Kendra. No había ni una pizca de aspereza en ella, solo comprensión. Eso era lo que más le gustaba, que nunca había dudado de él.

Oliver asintió con la cabeza. Zane había sido una pieza clave para Laurel los últimos dos años.

—Y, ¿después de lo sucedido no ha habido más paseos en barca ni por el bosque?

—Que yo sepa, no —declaró Zane.

Oliver miró a la muchacha.

—¿Kendra?

—El verano ha sido más flojo que otros años y está claro que todo lo que está ocurriendo no ayuda en absoluto.

—Eso significa que los negocios de la zona se ven muy afectados —reflexionó Oliver.

—Más de lo que te puedas imaginar. Wolcott se va hundiendo lentamente y parece que nadie puede hacer nada al respecto.

La respuesta de Zane dio que pensar a Oliver.

—Laurel tiene un comportamiento extraño desde hace meses; no sé qué le ocurre —declaró Kendra—. Reconozco que yo no se lo pongo fácil, aun así...

Oliver decidió ser sincero.

—Como tú bien dices, no se lo estás poniendo fácil.

—En esta ocasión habría preferido que no me dieras la razón.

Oliver apoyó una mano firme sobre su hombro.

—Kendra, ser adolescente no es sencillo, sin embargo, tu manera de centrarte en lo negativo no ayuda. —La muchacha suspiró y se rindió ante la evidencia—. ¿Creéis que alguien de la zona podría matar a sangre fría? —Tanto Zane como Kendra negaron con la cabeza—. ¿Chad tenía enemigos?

—Ser propietario de una cafetería puede acarrear algún problema, pero que yo sepa, nada serio. Wolcott es un pueblo tranquilo y Chad era un tipo agradable —respondió Zane.

Oliver intentó buscar una lógica a todo aquello, pero no obtuvo resultado alguno.

Iba armado. Desde que había salido a la luz el asesinato de Chad, no había vuelto a dejar el arma en el cajón de la mesilla. Se percató de que Zane vio la culata que sobresalía de la cintura de su pantalón. No tenía intención de darle explicaciones y él parecía no quererlas. Bien por el muchacho.

—Vayamos al lugar donde Jesse encontró el cadáver.

—Está bien —respondió Kendra.

—¿Qué piensas de todo esto, Oliver? —preguntó Zane mientras seguía sus pasos.

—No lo sé. —Ignoró una corazonada—. Sin embargo, tengo la impresión de que alguien quiere llamar mucho la atención.

Oliver golpeó con fuerza el martillo contra el tablón. El clavo se ajustó con precisión en la madera. Muy pronto iba a anochecer, pero a él todavía le sobraban energías. El paseo por el bosque no había estado mal; no obstante, no había descubierto nada nuevo. Dos asesinatos en un

periodo de seis meses eran demasiadas muertes.

Pensó en Will y comprendió por qué tenía tantas ganas de regresar junto a Laurel. Cogió otro clavo y lo alineó con el tablón, con ayuda del martillo lo golpeó con fuerza hasta que los músculos de su hombro se resintieron.

Esa misma tarde había enviado por correo electrónico las fotografías al inspector Wicker. Su respuesta había sido corta, pero muy precisa.

Usted y yo tenemos una conversación pendiente.

Gracias por la información.

Un saludo.

«Al menos ha sido educado», se dijo.

Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Necesitaba sentirse ocupado y llenar vacíos, antes de su marcha. Esperaba hablar con el inspector muy pronto y notificarle su inminente regreso a Jacksonville.

El motor de una camioneta hizo que sus pensamientos y el martillo quedasen en el aire. Lo dejó caer despacio sobre el porche y estudió el vehículo del recién llegado. En ese preciso instante, Laurel abrió la puerta.

—¿Le conoces?

Ella suspiró y se apoyó en la jamba con los ojos clavados en la camioneta azul.

—Sí. Es Zachary Spencer, uno de mis vecinos.

Era evidente que Laurel aún se sentía incómoda ante su presencia. Pero no había más responsable que él. Se maldijo por enésima vez por haberla besado. De haber mantenido las distancias, ahora no tendría que estar lidiando con sus sentimientos ni con los de ella.

—Zachary Spencer —repitió Oliver en voz baja.

—Sí. Ha sido de gran ayuda estas últimas semanas. Ha cortado la leña que hay en el cobertizo.

—Da la impresión de que me encuentro frente a un buen samaritano.

Ella ignoró el sarcástico comentario de Oliver. Se despegó de la jamba y alcanzó las escaleras del porche.

—Nadie te ha pedido que arregles el porche.

Él se tragó la decepción.

—Me gusta mantenerme ocupado.

Laurel lo miró de una manera que no supo descifrar.

—Necesito que me digas cuanto antes el precio de los tablones y tu tarifa.

La expresión de Oliver se endureció. Fue a replicar, pero Laurel ya había bajado los escalones y se dirigía a la camioneta.

—Hola, Zachary. Me alegro de verte. ¡Vaya! ¿A quién tenemos aquí? —exclamó cuando comprobó quién era el hombre que acompañaba a su vecino.

—¿Recuerdas a Dexter?

Oliver se sentó en el porche y observó la escena entre sorprendido y divertido.

—Claro que sí. Aunque hace años que no le veo, recuerdo que es tu sobrino favorito. —Laurel lo abrazó, seguidamente le dio un beso en la mejilla.

—No tengo otro, así que sí, habrá que dejarlo en favorito.

—Vaya, mírate. La última vez que te vi, ¿cuántos años tenías?, ¿diez?

—Más o menos, señora Mitchell.

Laurel cerró los brazos por delante del pecho y suspiró.

—Dios mío, ¡cómo pasa el tiempo!

—Va a ser médico.

Laurel abrió la boca sorprendida.

—Impresionante. Tu tío debe estar muy orgulloso de ti.

—Eso espero. Está pagando mis estudios.

—Lo estoy, Laurel. Más que orgulloso.

Los dos hombres junto a Laurel se echaron a reír. Al momento, la conversación se tornó amistosa.

—Veo que tú también tienes invitados —dijo Zachary con los ojos puestos en Oliver.

Laurel se dio la vuelta y forzó una sonrisa que no pasó desapercibida para ninguno de los presentes.

—Zachary, Dexter, os presento al sargento Shearman, de Jacksonville, Florida. Amigo de Will y recién llegado de Afganistán.

Por una milésima de segundo Oliver creyó reconocer admiración en el tono de voz de Laurel. Se acercó a ellos. Antes de estrecharles la mano, se la restregó por los pantalones para eliminar cualquier rastro de suciedad o sudor.

—Muchas gracias por su servicio, sargento —dijo Zachary, con satisfacción—. Siento muchísimo la pérdida de Will. Era un gran hombre. Todos los que se juegan la vida por nuestro país lo son —añadió sin ninguna reserva.

Oliver se limitó a asentir con la cabeza.

—Sus padres quedaron destrozados tras la nefasta noticia —continuó Zachary—. Todos, de algún modo, quedamos conmocionados. Según se dice la situación no es fácil por aquellos lares.

—Los conflictos bélicos nunca son fáciles, señor...

—Zachary Spencer, pero tutéame, por favor. Por aquí no estamos acostumbrados a ser tan protocolarios.

—Zachary, entonces —dijo Oliver—. Dexter, buena elección la de médico.

El sobrino de Zachary Spencer no debía tener más de veinte años. A Oliver le recordó de inmediato a Zane. Solo que Dexter era rubio, de complexión fuerte y de menor estatura que el amigo de Kendra.

Oliver estudió a Spencer; debía rondar los cincuenta años. Medía aproximadamente lo mismo que su sobrino. Su excelente forma física y su piel rugosa y aceitunada eran indicadores de que pasaba muchas horas al aire libre. Para su sorpresa, apenas tenía canas y conservaba todo su pelo. Sin duda algo que agradecer a la genética.

—¿Os apetece pasar? Preparo algo en un abrir y cerrar de ojos.

—No, solo venimos de paso. —Alzó la mano y señaló al cobertizo—. Y a asegurarme de que tenías suficiente madera.

—Gracias a ti este invierno no pasaremos frío.

Si Oliver tenía dudas sobre el vecino samaritano, en ese momento se disiparon. El tipo estaba interesado en Laurel. Ella parecía no percatarse de la situación. Se mostraba tal como era y esa, a decir verdad, era su auténtica esencia. Algo que a él le estaba volviendo loco y que intentaba por todos los medios controlar. Mantenerse alejado de ella estaba siendo demasiado duro.

En ese instante los ojos de Zachary se toparon con la caja de herramientas.

—Por lo que veo, además de soldado, es usted un excelente carpintero.

—Se hace lo que se puede —contestó Oliver con aspereza.

Zachary ocultó su malestar tras una falsa sonrisa.

—¿Tiene pensado quedarse mucho tiempo, Oliver?

Laurel iba a responder a la pregunta, pero Oliver la interrumpió.

—Es complicado, pero me quedaré al menos dos semanas más —dijo de pronto, sin pensar y borrando de un plumazo su idea de regresar lo antes posible a Jacksonville.

Laurel lo miró como si hubiese perdido la cabeza en ese mismo momento.

—Me hirieron —aclaró Oliver— y necesito estar recuperado antes de volver a mi próxima misión.

—Lo lamento, sargento Shearman —comentó Dexter, impresionado—. ¿Fue grave?

Oliver no se sentía cómodo hablando de sí mismo, no obstante, entendía la curiosidad de Dexter. Al fin y al cabo, iba a ser médico.

—La herida me produjo un neumotórax.

—Vaya, eso son palabras mayores, sargento.

—Ya pasó. Es lo que importa. Si me disculpáis, quiero terminar el porche. —Se metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón. Estaba a punto de darse la vuelta cuando recordó algo—. Zachary, ¿quién le visitó, el inspector Wicker o el inspector Ross?

—Los dos estuvieron en mi casa.

—¿Al tiempo?

—Así es. Al parecer luego se dividieron. Tengo entendido que uno fue a casa de Jesse Dawson y el otro vino aquí.

—Wicker fue el que nos interrogó —concretó Laurel—. No fue la amabilidad personificada, que digamos.

Oliver ignoró el comentario de Laurel. Él tenía otras dudas.

—¿Cree que alguien de Wolcott pudo matar a Chad Jenkins?

Si a Zachary le molestó la pregunta, no lo dio a entender.

—Conozco a todos los habitantes de Wolcott, sargento. A unos más y a otros menos, pero lo puedo asegurar que ninguno de nosotros es un asesino.

El tono de voz de Zachary Spencer no dejaba lugar a dudas.

—Entonces, ¿cuál es su teoría sobre todo esto?

Pensativo, Zachary tardó unos segundos en responder.

—No lo sé y, si le soy sincero, no me paro mucho tiempo a pensar en ello.

—Usted maneja bien el hacha...

Todos, a excepción de Oliver, adoptaron una postura hierática.

—Oliver...—protestó Laurel.

—No importa, Laurel —señaló Spencer—. El sargento no nos conoce y, por lo tanto, es lógico que nos meta a todos en el mismo saco. —Se acercó y apuntó con el índice el pecho de Oliver—. Pero hay algo que le debe quedar claro, sargento: Wolcott no es refugio para ningún asesino.

Oliver lo retó con la mirada y Spencer dejó caer el brazo inmediatamente.

—Yo no estoy tan de acuerdo, Zachary. —Su nombre en labios de Oliver sonó devastador—. Quien lo hizo conoce bien el terreno y el bosque.

Los ojos de Spencer se redujeron a ranuras.

—Que yo sepa usted es soldado, no abogado ni fiscal. Por lo tanto, no puede defender ni juzgar a nadie.

Laurel supo que estaba aguantando la respiración cuando sintió que sus pulmones estaban a punto de explotar.

—Por Dios, Zachary, no se lo tomes en cuenta...

Los ojos de Spencer volaron a la mujer.

—No soy tonto, Laurel. Doy por hecho que no soy bienvenido en tu casa —apuntó con animadversión—. Tendrás que buscar a otro cuando necesites leña o cualquier otro favor. Dexter, a la camioneta.

Laurel sintió como la rabia comenzaba a consumirla.

—Por favor, Zachary, no saques conclusiones precipitadas...

—Tenemos que irnos, Laurel. Siento mucho que nuestra visita no haya sido del agrado de tu invitado.

Sin más, tío y sobrino se dieron la vuelta.

Laurel abrió la boca y la cerró de golpe. La camioneta de Spencer dio marcha atrás a una gran velocidad y de forma brusca. La siguió con la mirada hasta que se perdió por la carretera.

CAPÍTULO 15

—¿A qué demonios ha venido eso? —En lugar de entrar en casa, se dirigió al cobertizo, furibunda. Lo último que quería era que sus hijos la vieran en ese estado—. ¿Te has vuelto loco?! —exclamó. Varios patos que tranquilamente nadaban en el lago alzaron el vuelo de forma precipitada.

Oliver no se molestó en responder. Miró al cielo y observó la bandada en forma de uve. Por un momento deseó ser como ellos, extender las alas y volar lejos para salir de ese atolladero en el que, sin saber cómo, estaba metido. Sin embargo, por algún motivo que aún no conseguía discernir, sentía que Laurel y los niños podían estar en peligro. Los asesinatos se habían producido muy cerca de sus tierras y el hecho de que una mañana algunas de las barcas hubieran desaparecido y otra apareciera en un estado lamentable, no le daba buena espina. Ni él mismo se creyó lo que preguntó a continuación hasta que escuchó su voz.

—¿Hay algo entre vosotros?

Laurel no se lo podía creer. Aquello era ya demasiado. Iba a replicar cuando él la interrumpió, alzando ambas manos en un gesto apaciguador.

—Oye, mira, lo siento, ¿de acuerdo?

—¿Lo sientes? —Soltó una especie de carcajada rota e irónica—. ¿Qué sientes?, ¿haberle acusado de dos asesinatos o pensar que me acuesto con él?

A Oliver no le quedó otra opción que seguirla hasta el cobertizo si no quería que la conversación acabase ahí. Debía reconocer que se había dejado llevar por las circunstancias. El tal Spencer le había caído *como el culo*, pero no era nada personal, eso se decía para convencerse. Respiró hondo y expulsó el aire lentamente. Necesitaba tranquilizarse y controlar la situación fuera como fuera. Sin embargo, antes de poder gestionar todo aquel embrollo, un atisbo de duda dio lugar a que su mal humor se intensificase. ¡Y una mierda!, claro que era personal. Zachary Spencer se comía a Laurel con los ojos. Había algo en él que no le gustaba. Si algo había aprendido en el ejército era a distinguir a las personas con un simple vistazo, y ese tipo no era el buen samaritano que quería hacer creer que era a sus vecinos.

—Ese tipo no te conviene.

Laurel se volvió rápidamente. Sus ojos brillaban y no había compasión en ellos. Se apartó el pelo de la cara y lo retó con la mirada.

—¿Perdona? —Oliver cerró la boca de golpe. «Vale, tío, la has vuelto a joder»—. ¿Quién te crees que eres? —explotó—. Llegas a mi casa de improviso, con una carta que ni siquiera me muestras, y por el hecho de reír tus gracias y ofrecerte un techo donde cobijarte, ¿te crees con derecho de opinar sobre quién me conviene?

—Lo siento.

—¡Eso ya lo has dicho! —Furiosa, se envolvió en su chaqueta.

—Solo le comenté que era bueno con el hacha, eso es todo.

Ella le lanzó una mirada de advertencia.

—Es más que eso, Oliver. Has dado a entender que podría ser el responsable de dos muertes.

Se encogió de hombros, como si todo aquello no fuera con él. Así como había descartado a Jesse desde el minuto uno, con Zachary Spencer le ocurría lo contrario. No le gustaba, pero al

parecer Laurel no quería comprenderlo.

—De acuerdo, quizá lo haya hecho, pero no ha sido intencionado.

Observó como los ojos de Laurel se dilataban de horror y su boca se aflojaba.

—No puedes estar hablando en serio.

Oliver se pasó la mano por el cuello agarrotado. La situación se le iba de las manos. Al parecer Zachary Spencer le iba a levantar un dolor horrible de cabeza. Lo mejor era zanzar el asunto, pero en lugar de hacer eso, preguntó:

—¿Estás interesada en él?

—Eso no es importante.

—Sí que lo es.

—No te incumbe, Oliver.

Tragó saliva con dificultad. Lo que estaba empezando a sentir por Laurel no podía ser bueno para ninguno de los dos. Él regresaría a Jacksonville, o quién sabía dónde, y ella se quedaría allí, en la casa del lago. Tarde o temprano tendría que rehacer su vida. La sola idea lo dejó noqueado. Laurel tenía algo, algo muy especial que lo atraía de una forma desconocida. No había sido un hombre de relaciones serias y largas, quizá por su trabajo y sus prolongadas ausencias, pero aquello que empezaba a anidar en su interior era algo muy diferente a lo que había sentido nunca por ninguna mujer. Incómodo, buscó algo que decir.

—Supongo que tienes razón. No me incumbe.

—¿Supones?

Nervioso, se frotó el puente de la nariz. El hecho de estar allí, rodeado de toda aquella madera, le sacaba de sus casillas. Era el pago que había realizado Zachary Spencer para estar al lado de Laurel, para compartir momentos con ella. Reconocía un zorro nada más verlo.

—De acuerdo. No me incumbe.

Ella lo miró sin saber muy bien si creerlo o no.

—¿En serio vas a quedarte dos semanas? —Él no respondió—. Me lo imaginaba.

La desilusión en los ojos de Laurel fue más de lo que pudo soportar.

—Si por mí fuera me quedaría todo el tiempo que hiciera falta, pero no depende de mí. —Por un momento deseó hablarle de su madre, de su trabajo, pero por algún motivo, no lo hizo—. Le dije eso a Spencer porque fue lo primero que se me pasó por la cabeza. Créeme, Laurel, no depende de mí.

—No deberías mentir, ni mentirme.

—No lo hago. —Él se pasó la mano por el pelo con una frustración evidente—. Quería darle en qué pensar, no ponérselo demasiado fácil.

—¿Te estás escuchando?!

—Laurel, por favor...

—¿Por qué me besaste anoche?

Él ahogó un juramento.

—Oliver... —insistió—. ¿Fue un error?

—No, claro que no —respondió con prontitud.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

Podría largarse de allí y dejar la pregunta en el aire, pero pensó que hacerlo sería un error aún mayor.

—Lo deseaba.

Laurel pareció relajarse.

—Pero te fuiste.

No deseaba ahondar en esa cuestión, no obstante, ella se merecía una explicación.

—Hice una promesa a un hombre, a un amigo. Tengo la impresión de que le estoy arrebatando algo que es suyo y que a mí no me pertenece.

Laurel palideció al oír aquello.

—Ya te he repetido hasta la saciedad que entre Will y yo nunca hubo nada, solo una amistad que se iba afianzando con el paso del tiempo. Él creó sus propias expectativas y te juro que yo nunca le di pie a más. —Trató de encontrar más argumentos, sin embargo, no los halló—. Mira, Will era un buen hombre y te mentiría si te dijera que, en su momento, no me pensé si lo nuestro podría llegar a ser algo más, pero no sucedió nada porque no estábamos predestinados.

—Él no lo creía así.

—Will no está, Oliver. Ha muerto.

Ahí residía el dilema. Si Will estuviese vivo, él no estaría manteniendo esa conversación.

—Aun así, no creo que lo nuestro funcionara.

En los ojos color avellana de Laurel ardía una inconfundible llama de escepticismo.

—Bien. Pues creo que eso lo resume todo.

Oliver, que tenía las manos en el interior de los bolsillos, permaneció inmóvil, observándola. El cobertizo era un espacio acogedor, parecía tener su propia historia. Sus paredes eran rústicas, de madera recuperada, con dos grandes ventanas de cristal que, a su modo de ver, no debían proteger mucho del frío ni del ruido. Sin embargo, ¿qué importaba eso?, solo era un cobertizo, un lugar donde guardar leña y herramientas. Miró hacia el techo y reconoció un buen trabajo. Saltaba a la vista que todo en su conjunto estaba hecho con cariño y esmero.

Aspiró con fuerza y soltó todo el aire de golpe.

—Laurel...

—No hay más que decir, creo que has sido muy claro al respecto.

Cuando ella pasó por su lado, sacó las manos de los bolsillos y la agarró suavemente por una de las muñecas.

—Escúchame, por favor. —Laurel notó que la mano de él subía por su brazo, por su cuello y se hundía en su cabello—. Intento no pensar en ti, sin embargo, no lo consigo. Eres la misión más complicada que he tenido que llevar a cabo jamás.

Ella no se resistió, se refugió en él y descansó la frente en su pecho.

—Pues no dejes de pensar en mí.

Él se hundió un poco más cuando la rodeó con sus brazos.

—¿A dónde nos llevaría eso? —Enredó un mechón de pelo en torno a sus dedos—. El deber me llamará en cualquier momento, y lo más seguro es que mi destino vuelva a ser Afganistán. — Se detuvo incapaz de seguir hablando.

Laurel se apretó más contra su pecho. Sintió la necesidad de tenerlo cerca.

—¿Te gusta ser sargento?

—Sí. Me encanta, y a veces se me da bien. —Ella, de haber podido reír, lo habría hecho—. Tengo la impresión de que cuánto más tiempo estoy a tu lado, más te necesito.

—Estoy aquí, Oliver. Soy real, de carne y hueso, y tengo sentimientos.

Él descansó la mejilla contra su cabeza. En ese momento se dio cuenta de que no podría apartarse de ella; aunque lo intentase con todas sus fuerzas, no podría. Su cuerpo transmitía una calidez deliciosa y sus pechos firmes estaban apretados contra él. Enredó de nuevo los dedos en su cabello. Era un pelo suave y tenía el color del trigo. Recordó el sabor de su boca delicada y

dulce. Lo invadió un dolor difícil de definir, imposible de olvidar. Se rindió a todo aquello, sin condiciones, y enterró la cara en su pelo mientras buscaba una excusa para poder alejarse de ella.

—Lo sé, y esa es otra de las razones por las que me siento tan culpable. Si no fuera por Will nunca nos habríamos conocido, y eso me entristece.

—Eres demasiado duro contigo mismo, Oliver. Ni siquiera yo le encuentro sentido a todo esto.

Eso era cierto. El ejército, su país, le había moldeado hasta llegar a ser lo que era. Un hombre con pasado y presente, pero con un futuro incierto. De no haber discutido con su padre él se encontraría en ese momento en Jacksonville regentando un restaurante.

Negar sus sentimientos hacia Laurel estaba siendo agotador.

—Tú también lo sientes, ¿verdad?

—Sí, y estoy tan confundida como tú. Quiero más; lo quiero todo.

En su tono de voz había un matiz de desesperación, algo que hizo que Oliver quisiera reconfortarla. No sabía con exactitud lo que sentía por ella, pero allí había algo que lo atormentaba. Ella se apretó más contra él y, en respuesta, le volvió a acariciar suavemente la espalda.

Se rindió a la evidencia. Todos los muros que había construido a su alrededor cedieron de repente. La sangre le ardía en las venas y la excitación era brutal. Le echó la cabeza hacia atrás para devorarle la boca.

Laurel dejó escapar un suspiro de satisfacción. Su boca respondió al beso con un deseo primitivo. Nada ni nadie le había hecho sentir aquello, ni siquiera su marido. Era como estar en otra dimensión, en una realidad alternativa. Gimió, acercándose más a él, y se perdió del todo cuando Oliver le mordisqueó el labio inferior y sintió un escalofrío recorrerle la espalda y estremecerla.

Oliver siguió saboreándola e intentó reprimir todas las escenas eróticas que le habían atormentado al pensar en ella desde el momento en que la había conocido. Se centró en la sensación que era tenerla entre sus brazos. Sintió el frenético latido de su corazón cuando deslizó la mano bajo el jersey y alcanzó un pecho. Cerró los ojos y tensó la mandíbula. Con el pulgar acarició la tela del sujetador y frotó el pezón erecto.

Laurel no luchó contra esa sensación devastadora, jadeó al sentir las caricias de aquellos dedos en su piel. Las palmas de sus manos eran duras y callosas, la acariciaban con destreza y ternura mientras sus labios y lengua la besaban de forma brusca. No había suavidad en sus caricias, sino una necesidad demoledora. Su cuerpo musculoso, rígido y excitado, emanaba una mezcla de angustia y placer.

—Mamá...

Oliver soltó a Laurel de una forma tan inesperada y brusca que ella estuvo a punto de perder el equilibrio y tuvo que agarrarse a su brazo para no caer. Retrocedió un paso cuando vio a Caleb, con cara de asombro, en la puerta del cobertizo.

—Joder...

Laurel se recompuso de inmediato. Le dolían todos y cada uno de los músculos. Lo que había sentido hacía un momento era algo indescriptible, sin embargo, lo que sentía ahora era vergüenza.

—Caleb, cariño —dijo a duras penas.

El niño se los quedó mirando con una mezcla de enfado y rabia. Oliver tensó la mandíbula.

—Hola, Caleb —dijo con voz queda.

El niño no contestó, se limitó a salir corriendo, a alejarse de allí.

Laurel apartó la mirada de la puerta y se encontró con esos ojos grises que la miraban con pesar.

—Lo siento, Laurel. —Devastado, se pasó la mano por la cara.

Ella no respondió. Se limitó a salir del cobertizo y correr tras su hijo. Oliver aspiró con fuerza.

—Mierda —fue lo único que pudo decir.

Como única respuesta, la soledad y el remordimiento lo abofetearon con fuerza.

CAPÍTULO 16

Caleb arrastró las lágrimas que le resbalaban por las mejillas con la manga del jersey. Lo que había visto hacia un momento en el cobertizo no le gustó en absoluto. Corrió como si le fuera la vida en ello, avanzó a gran velocidad por el bosque sin considerar las consecuencias de su arriesgada aventura. Un búho ululó cerca de donde se encontraba, se sobrecogió porque nunca había escuchado uno tan cerca. Algunos sonidos desconocidos, venidos de la nada, le hicieron estremecerse. El bosque parecía guardar sus propios secretos.

Veloz y con la mirada puesta al frente, dejó atrás la casa y el lago. El desnivel del terreno no era ningún reto para él y las zarzas y rocas que encontraba en su camino tampoco eran obstáculos. Apartó con el brazo la rama de un árbol y se detuvo. Tenía la sensación de que los pulmones le iban a explotar de un momento a otro. Sentía un hormigueo constante por las piernas, y un calor intenso que, en lugar de resultar agradable, le provocaba dolor y calambres. Se había forzado al máximo, como si con eso pudiera olvidar la escena que no se podía sacar de la cabeza: Oliver y su madre besándose.

Todo iba mal. Desde que su padre había muerto, todo iba rematadamente mal y no tenía ni idea de qué hacer al respecto. Todos, sin excepción, incluido él, estaban siempre de mal humor. Kendra era la más insoportable por algo que su madre repetía continuamente, algo referente a unas hormonas, y Zane ya no venía por casa después del fatídico episodio de las barcas.

El corazón le bombeó con tanta fuerza que lo escuchó retumbar en sus oídos; se llevó la mano al pecho, como si así pudiera domarlo y ralentizarlo. Por supuesto, eso no ocurrió. Siguió latiendo a un ritmo acelerado, casi frenético. Tomó una bocanada de aire y el frío penetró en su garganta. En lugar de alivio, su aspiración le provocó dolor.

Estaba anocheciendo y ni siquiera se había percatado de ello. Volvió a aspirar con ímpetu, pero en esa ocasión no pudo evitar controlar las lágrimas. Tenía la impresión de estar en un laberinto, perdido en caminos enrevesados que no le permitían encontrar una salida.

Por un momento pensó que Oliver era diferente, que venía a ayudar, pero se equivocó por completo con él y ese pensamiento le hizo sentir aún peor.

Miró al cielo, la luna ya se encontraba allí, como única testigo de su rabia. Aún era pronto para ver las estrellas, pero no tardarían en hacerle compañía y sería entonces cuando comenzaría la magia: un manto oscuro salpicado de luces titilantes, puntos luminosos que parpadeaban a su antojo desde el inicio de los tiempos. Quiso que llegase el momento para pedir un deseo.

Se le había olvidado el chaquetón y comenzaba a tener frío. Con las manos, se frotó los antebrazos, tal y como le había enseñado su padre, pero de poco sirvió porque el entumecimiento no desapareció.

Miró a su alrededor, se quedó inmóvil y observó con atención. El pánico comenzó a hacer mella en él, porque no reconocía el entorno. Se fijó en los árboles que parecían más tenebrosos que a la luz del día, en los arbustos que le rodeaban y que no le eran familiares. Ya no temblaba solo de frío, sino también de miedo.

Comenzó a llorar, hipó con fuerza a sabiendas de que nadie se lo reprocharía. Era una de las ventajas de tener su edad. Se volvió y se topó con un paisaje desconocido de ruidos extraños y, quizá, peligrosos. Las lágrimas le impedían ver con claridad, pero parpadeó enseguida y respiró

profundamente un par de veces. Necesitaba calmarse y volver por donde había venido. Miró hacia el suelo y luego al horizonte, ni siquiera sabía cómo había podido llegar a esa parte del bosque.

Sintió que se le encogía la garganta al escuchar, unos pasos muy cerca de él. Su corazón retumbó de nuevo contra sus costillas, al oír que alguien silbaba. Intentó controlar su congoja, pero no lo consiguió. Había oído hablar de los asesinatos, sabía que en alguna parte del bosque, un hombre armado con un hacha se paseaba tranquilamente en busca de su próxima víctima. Las piernas comenzaron a temblarle, después les siguió todo el cuerpo.

El intruso que silbaba estaba cada vez más cerca. Era una melodía pegadiza, con ritmo lento y profundo. Apretó los dedos sobre la piel para comprobar si se encontraba dentro de una pesadilla o una realidad terrorífica.

Casi se desmayó cuando la segunda opción se confirmó: más pasos cercanos, la melodía más alta y clara.

Se dio la vuelta bruscamente y se quedó parado, muerto de miedo, sin saber qué hacer a continuación. Lo que vio le dejó sin respiración. Cerró y abrió de nuevo los ojos, y, aun así, no se lo podía creer: era un alce con sus impresionantes astas anchas y palmeadas. Le pareció que estaba tan perdido como él. El animal lo observaba atentamente con unos ojos grandes y saltones, pero no hizo movimiento alguno. Caleb creyó reconocer esos ojos que lo estudiaban con expectación.

Por una milésima de segundo, creyó distinguir la mirada de su padre en aquel enorme herbívoro. Puso un pie detrás del otro, despacio y con cautela por miedo a que el alce saliese huyendo, pero para su asombro, el animal no se movió un ápice. Llegó a su altura y contuvo la respiración, no pudo evitar fijarse en sus patas delgadas y largas, en sus pezuñas partidas en dos o en su largo y peludo cuello. Kendra tenía razón, los alces americanos tenían una nariz muy grande, según le había dicho, era para calentar el aire frío. Bajo la garganta tenía una especie de campanilla recubierta de pelo. Estiró el brazo lentamente para acariciarlo. Era inmenso, debía rondar los dos metros de altura. Sabía que no veían bien, que se orientaban por el oído y el olfato para moverse en su entorno. El animal ni siquiera se inmutó, pero su corazón bombeaba a una velocidad vertiginosa. Tras unos segundos, se limitó a mover la cabeza de arriba abajo, como si intentara mostrarle algo.

Su pelaje al tacto era tosco y de un tono que iba entre el marrón al rojizo. Pudo apreciar una gran mancha blanca en el lomo.

—Hola —saludó Caleb. El hocico largo y suave del herbívoro le tocó el hombro.

El crujir de una rama hizo que Caleb mirase en la dirección del sonido, y el alce, nervioso, levantase la cabeza como movido por un resorte.

Ya no había ninguna melodía, solo el rugir del viento hacía notar su presencia.

El alce se movió inquieto, la mano de Caleb resbaló por el duro pelaje y cayó a la altura de su cadera. El animal lo miró expectante, como si esperase algo de él.

—¿Qué pasa?

Como era de esperar, no obtuvo respuesta. El alce avanzó dos pasos y se detuvo, ladeó su largo cuello hacia atrás.

—¿Quieres que vaya contigo?

Un golpe sonoro hizo que Caleb se sobresaltase. Ahogó un gimoteo y, sin pensar demasiado las consecuencias, corrió tras el alce.

No supo el tiempo que estuvo corriendo ni el terreno que abarcó, pero se sintió especial, libre, como si todos sus problemas se diluyesen y desaparecieran. Tuvo la sensación de que, si pusiera

los brazos en cruz, podría incluso volar.

—¡Caleb!

Reconoció de inmediato la voz de su madre, eso le hizo detenerse, abrir los ojos al máximo y mirar en todas direcciones.

La magia del momento desapareció. Los problemas y los miedos volvieron a él de forma tan inesperada que no pudo evitar el pánico ni la respiración agitada y descontrolada

—¡Caleb!

—Caleb, ¿dónde estás?

Esas eran las voces de Kendra y de Oliver.

Sin saber por qué, sonrió abiertamente a la noche.

—Caleb, cariño, por favor, responde.

—Aquí, mamá. —Despegó los pies del suelo y barrió el aire con las manos—. Estoy aquí.

Silencio.

—Caleb, ¿eres tú?

—Sí, mamá. Estoy aquí.

—Kendra, Oliver, lo hemos encontrado y parece encontrarse bien. —La voz de su madre sonaba nerviosa, distorsionada, e incluso vacía.

—Estoy aquí —gritó con todas sus fuerzas.

De pronto y sin previo aviso luces de las linternas lo cegaron. Caleb colocó sus manos a la altura de los ojos.

—Caleb, cielo, por favor, dime que eres tú.

Dejó caer los brazos al oír la voz de su madre a una distancia corta. Corrió al encuentro de la luz y allí le recibió el cálido abrazo que tanto ansiaba.

—Lo siento, cariño.

—Mamá, he tenido miedo.

—De acuerdo, ya estamos aquí. Nada malo te puede suceder.

Caleb la creyó. Necesitaba creerla.

—¡Dios, qué susto nos has dado! No vuelvas a hacer esto, ¿de acuerdo?

Caleb se limitó a asentir con la cabeza. Enterró la nariz en el cuello de su madre y supo que había llegado a casa.

—Lo prometo —logró decir a duras penas.

—¿Estás bien? —Sintió las manos de su madre por todo el cuerpo, mientras la luz de la linterna seducía a las sombras de la noche. Supo, en ese preciso momento, que eso era lo que más deseaba en el mundo: un abrazo.

—¿Estás herido?

—No, estoy bien, mamá. De verdad —respondió.

Oliver y Kendra llegaron en ese instante.

—¿En qué estabas pensando, mocoso? —preguntó su hermana—. Nos has dado un susto de muerte.

El hecho de que su hermana estuviese preocupada por él le hizo sentirse importante.

Oliver se acercó y le despeinó con la mano.

—Lo siento, Caleb.

Él, a regañadientes, se apartó de su madre y levantó la cabeza. No podía ver la expresión de Oliver, pero su voz sonaba sincera.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

La pregunta de su hermana hizo que se volviera.

—Me ha traído él.

Tres halos de luz apuntaron a la dirección que indicaba Caleb.

Allí no había nada.

Caleb no salía de su asombro. Estaba seguro de que el alce seguía allí hacía un momento. Confuso, apartó la mirada.

Había desaparecido.

Por primera vez se preguntó si todo aquello había sido real o su imaginación le había jugado una mala pasada.

A pesar de encontrarse acompañado, se sintió más solo que nunca.

Oliver estaba demasiado nervioso como para irse a la cama. Acarició con la yema de los dedos su arma. Por nada del mundo iba a permitir que Laurel y sus hijos sufrieran algún daño.

Tenía la impresión de que no era una noche de otoño cualquiera. Soplaba una brisa fría, el suelo estaba cubierto de una alfombra de hojas muertas. La oscuridad no permitía distinguir la tonalidad, pero él sabía que era como contemplar un manto color fuego. El murmullo que provocaban cuando el aire jugaba con ellas era el presagio de que la tierra estaba a punto de dormirse para dar paso al duro invierno y a la nieve. El lago, de no ser por los chapoteos que se escuchaban de vez en cuando desde la orilla, parecía, a la luz de la luna, una masa plateada e inerte. Se sentía demasiado a gusto en Wolcott y, si alguien le hubiese comentado que Laurel se convertiría en lo más importante del mundo para él, jamás le habría creído. La idea de dejar la vida militar comenzaba a rondar su cabeza y no sabía si aquello era una buena o una mala señal.

Miró en dirección al cielo y observó la luna llena envuelta en un manto estrellado. Brillaba con fuerza y le dio la impresión de que, a pesar de estar rodeada de constelaciones y puntos luminosos, transmitía una inmensa sensación de soledad. Oliver entrecerró los ojos cuando vio al alce que, a pocos metros a su izquierda, olisqueaba el aire mientras lo observaba fijamente. Era un magnífico ejemplar, con unas impactantes astas anchas y palmeadas, y largas patas. Llenó sus pulmones sin dejar de admirar al imponente animal. Recordó lo que Caleb les había comentado esa misma tarde cuando le encontraron, que había sido un alce el que le guio hasta ellos cuando se perdió en el bosque. En ese instante, quizá por la tensión del momento o por el júbilo de haberle encontrado sin un solo rasguño, no dio importancia alguna a la explicación del niño, pero ahora tuvo la sensación de tener la prueba ante sí, de que todo lo que Caleb les había dicho podía ser cierto.

El alce, que en ese mismo instante tenía la mirada perdida en el horizonte, levantó su testa con orgullo y miró en dirección a la casa. Tenía una enorme mancha blanca en el lomo. Oliver creyó que observaba un punto concreto de la vivienda, una ventana específica. Parecía tranquilo, como si no temiera la conducta, a veces extraña y exterminadora, del ser humano. Era un animal solitario y bello, daba la impresión de que estaba marcando su terreno, protegiendo algo suyo. Oliver aferró con fuerza las manos en la baranda del porche mientras estudiaba al magnífico ejemplar.

Fue entonces cuando el alce ladeó su testa y lo miró con detenimiento, sin prisa alguna. Oliver se quedó sin respiración y sintió como la tensión se aferraba a su nuca y sus hombros. Los faros de un coche rompieron la monotonía y la lobreguez de la noche. Cuando Oliver volvió a mirar a su izquierda, el alce ya había desaparecido. En ese punto en concreto, solo había oscuridad.

—Inspector Wicker —saludó al recién llegado—. Es demasiado tarde para una visita de cortesía.

El inspector no se dejó amilanar, es más, sonrió ante el comentario. La puerta del coche quedó abierta. Se acercó al porche despacio, quizá con la mente en otra parte.

—Tengo entendido que el pequeño de los Mitchell se ha perdido hoy en el bosque.

Los faros del vehículo siguieron encendidos. Una ráfaga de luz se reflejó en la fachada de la casa y engulló buena parte de la penumbra.

—Así es, ahora duerme.

Wicker asintió despacio con la cabeza.

—Me alegro de que todo haya terminado bien.

Oliver no se dejó engañar por la imagen de serenidad que quería transmitir el inspector.

—¿Por qué ha venido en realidad?

—Quería agradecerle personalmente que me haya enviado las fotos que sacó Kendra Mitchell en el bosque.

—No hay nada que agradecer. Era mi deber.

—Es usted un hombre con honor, sargento, y eso me gusta. Han sido de gran interés, aunque no hayamos podido averiguar nada respecto a la sombra que se ve en una de las fotografías. Es una verdadera lástima. ¿Ha hablado con la muchacha?

—Sí. Como podrá imaginar, está alterada.

—Es comprensible. ¿Y con Zane Murphy?

—Los tres estuvimos en el bosque hace un par de días.

—Vaya, parece que les gusta jugar a policías.

—No hemos interferido en la investigación —se obligó a añadir Oliver—. El chaval es inocente.

—¿Usted cree?

—Sí. Lo creo.

—De acuerdo, voy a confiar en su instinto. —A Oliver no le quedó otra opción que creerle. Wicker subió las escaleras del porche despacio y con aspecto cansado—. ¿Tiene una cerveza?

Aun extrañado por la petición, Oliver decidió no hacer preguntas.

—Creo que en el frigorífico encontraré algo.

—Bien. Gracias.

Oliver se despegó de la baranda y se dirigió a la puerta. Estaba a punto de abrirla cuando el inspector volvió a hablar.

—¿La señora Mitchell duerme?

—Todos están en la cama. Ha sido una tarde intensa.

—Lo supuse cuando no vi ninguna luz encendida.

—Aun así, ¿ha decidido venir hasta aquí?

Oliver no pudo distinguir con claridad la reacción del inspector ante su pregunta.

—Por experiencia, sé que un soldado nunca duerme. No tendrá un cigarrillo, ¿verdad?

—No fumo.

—Bueno, nadie puede ser perfecto.

Oliver optó por no rebatir. Se limitó a abrir la puerta y entrar en la casa.

Wicker bebió un trago de cerveza, su sedienta garganta se lo agradeció. Había sido un día de mierda, como todos los anteriores, pero esa tarde el destino había decidido poner la guinda al pastel. Su cerebro necesitaba una buena dosis de nicotina, pero por recomendación médica había

dejado de fumar hacía un mes y eso era lo que verdaderamente le estaba matando.

—El inspector Ross se ha fracturado una pierna.

Oliver, que estaba a punto de tomar un trago, lo miró asombrado. No conocía al tal Ross en persona, pero debía ser importante para Wicker, porque se le veía afectado.

—¿Qué ha ocurrido?

—Una caída tonta y estúpida.

—Vaya, lo siento. —Oliver se acercó el botellín a los labios y bebió un trago.

—Es un buen tipo, el mejor con el que he trabajado, diría yo. —Apoyado en la baranda, Wicker miró en dirección al lago, pero no distinguió nada. Solo una suave neblina—. Y ahora me deja solo ante un caso que no va a hacer otra cosa que devanarme los sesos.

—¿Ha venido hasta aquí para decirme que su compañero se ha roto una pierna?

El inspector no respondió de inmediato. Se limitó a mirar el botellín que sostenía en la mano y luego a dar un trago.

—Me apetecía una cerveza —dijo al fin.

—Para ser inspector miente usted fatal.

Wicker esbozó una sonrisa.

—La verdad es que también me apetece un cigarrillo —dijo—. Estoy aquí, en parte, porque usted no es sospechoso —aclaró.

Oliver entrecerró los ojos.

—Soy todo oídos.

—Tengo la impresión, y no creo equivocarme, de que usted me podría ser de gran ayuda, no en vano es un gran estratega, observador. Lo han entrenado para hacer frente a situaciones complicadas y peligrosas. ¿Me equivoco? Sirve a nuestro país, eso es cierto, pero a un nivel superior de lo que nos da a entender.

—Me halaga, inspector. Pero solo soy un soldado que, como usted bien dice, sirve a su país.

—Además de lo dicho, es usted humilde. Déjeme decirle que eso le hace ser mejor persona.

Oliver estudió a su interlocutor, arrugó el ceño y se llevó el botellín a los labios.

—¿Qué le hizo escoger este trabajo?

Wicker sonrió.

—Debe llevar demasiado tiempo con uniforme para creer que tiene que haber un motivo.

Oliver se rio a medias.

—Está bien. Suelte de una vez lo que ha venido a decir.

—Esta tarde he hablado con el forense. Lo que voy a comentarle es confidencial, no quiero que salga de aquí. —Miró en dirección a la puerta y cuando comprobó que allí no había nadie, continuó—. Wolcott es un pueblo tranquilo, casi aburrido, diría yo, sin embargo, a veces estas cosas suceden y las consecuencias, como en cualquier otro lugar, pueden ser nefastas.

—¿Cuándo se dice «estas cosas» está refiriéndose a los dos asesinatos?

—Así es.

—Es una manera muy sutil de hablar de dos muertes.

El inspector no dio mayor importancia al comentario.

—Verá, pienso que todo ocurre por una razón. Siempre hay una conexión, aunque al principio vayamos a ciegas.

—Lo que ocurre es que usted no encuentra esa conexión.

—Así es. Como le he dicho, Wolcott es un pueblo pequeño. Hay rencillas, pero no hasta el límite de matar.

—Hábleme de Chad Jenkins.

Wicker respiró hondo antes de responder.

—Jenkins era un tipo corriente, divorciado dos veces, con tres hijos que, al parecer, no van a seguir sus pasos, aunque todavía viven del dinero de papá —soltó esta última palabra con una excesiva ironía—. Algunos le tachaban de huraño, pero yo no estoy muy seguro de ello. Existe otro negocio en Vermont regentado por una nueva amiga con derecho a algo más que un sueldo justo. Igual que el de Wolcott, no está pasando por uno de sus mejores momentos. Le gustaba el juego, quizá demasiado. —Se frotó la cara mientras hablaba—. ¿Sabe que Laurel Mitchell fue una de las últimas personas que lo vio antes de morir?

Oliver, con los antebrazos apoyados en la baranda de madera, no se dejó amedrentar por la pregunta. Se limitó a estudiarlo con atención.

—¿A dónde quiere llegar? Jenkins regentaba una cafetería, hablaría con mucha gente a lo largo del día.

—Cierto, pero la señora Mitchell y él hablaron en privado cuando la cafetería estaba cerrada al público. Al parecer, ella salió con las manos vacías y bastante disgustada del encuentro.

Los ojos de Oliver se perdieron en la noche. Miró en dirección donde había visto al alce, pero solo halló árboles y sombras. Un búho ululó muy cerca de ellos, como si quisiera hacer notar su presencia.

—¿Qué importancia tiene eso?

—Ninguna, si lo hubiese comentado en su momento, pero decidió guardar silencio cuando la interrogué.

Oliver, cansado, se frotó la nuca y se quedó mirando al lóbrego horizonte.

—¿La considera sospechosa?

—Todos, de una manera u otra, lo son —señaló el inspector—. ¿Sabe que la señora Mitchell tiene problemas económicos? Está a punto de perder la casa. —Oliver volvió la cabeza y lanzó una mirada inquisitiva a Wicker—. Su situación es delicada. Veo por su reacción que no está al corriente.

—Hace poco que nos conocemos.

—Pues ella parece confiar en usted, al menos en algunos aspectos.

—¿A dónde quiere llegar exactamente, inspector?

El aludido sonrió de una forma peculiar.

—Verá, como le he comentado antes, he tenido una charla muy interesante con el forense y ya me ha dado un informe preliminar. A Chad Jenkins le golpearon seis veces con un hacha, dos de los cortes están en el rostro, esa fue realmente la causa de su muerte. Esto da a entender que es muy posible que conociera a su asesino.

—Seis cortes son demasiados.

—Exacto, sargento. De ahí se deduce que la persona que llevó a cabo el crimen podía estar furioso en ese momento o padecer algún brote de violencia.

—Lo que no excluye algún tipo de droga.

—Sabía que usted era el hombre que necesitaba.

Oliver pasó por alto el comentario.

—Todo ello indica que entre víctima y asesino podría haber existido una relación conflictiva y complicada.

—Es bueno sacando conclusiones —dijo el inspector. Oliver dio un último trago de cerveza—. Toda la sangre es de la víctima —reveló el inspector a la vez que hurgaba en uno de los bolsillos

de su pantalón.

—Entiendo. Pero Laurel Mitchell es incapaz de levantar un hacha y matar a un hombre con ella.

—¿Pondría usted la mano en el fuego por ella?

Oliver no tuvo que pensarse demasiado la respuesta.

—Sí.

—Tarde o temprano, se quemaría. —Abrió un paquete de chicles y se metió uno en la boca—. Necesito nicotina de un modo u otro.

—¿Qué insinúa? —inquirió, de mal talante, Oliver—. No creo a mucha gente capaz de asesinar de una forma tan macabra.

—Lo dice usted, que lleva un arma siempre consigo y, si la situación lo requiere, no dudaría en apretar el gatillo. ¿Qué me sugiere, sargento?

Oliver se despegó de la baranda y se dirigió a la puerta. Agarró el pomo, pero antes de entrar a la casa, respondió:

—No le sugiero nada. Usted es el inspector.

Sin más, entró y se recostó sobre uno de los sillones del salón. A los pocos segundos escuchó pasos en el porche. El motor del coche rugió y las luces se alejaron de la casa.

—Joder... —fue lo único que pudo decir Oliver cuando la rabia comenzó a disiparse.

La casa estaba demasiado silenciosa y oscura. Subió las escaleras con las palabras del inspector aún resonando en su mente. Sabía que alejarse de allí no sería una idea del todo descabellada. Al día siguiente llamaría a la residencia y preguntaría por su madre. Se sentía dividido y demasiado indeciso para tomar una decisión en ese momento. Sus cejas se juntaron al pensar en Will. ¿Qué habría hecho él?

No lo sabría nunca, pero estaba seguro de que su amigo nunca habría abandonado a Laurel y a los niños. Llegó al pasillo y decidió no encender la luz. Se dirigió entre sombras a su habitación. A medio camino, algo llamó poderosamente su atención: la puerta de la habitación de Laurel estaba entreabierta y la estancia en penumbra, sin embargo, la luz de la luna que entraba por la ventana bastaba para que pudiera verla con claridad. Estaba acurrucada en un sillón. Tenía los ojos abiertos y la mirada perdida en algún punto de la habitación, parecía desolada, sin un ápice de energía.

Abrió un poco más la puerta y susurró su nombre.

—Laurel... —Ella no se movió. Se acercó con premura al no obtener respuesta—. Laurel —insistió—, ¿estás bien?

Ella lo contempló con tristeza. Oliver se acercó, se arrodilló y susurró su nombre.

—No puedo más.

Él tomó sus manos y las acarició entre las suyas. Laurel ni siquiera se había desvestido, seguía con la misma ropa que esa tarde.

—Vamos, Laurel, ¿qué pasa?

—Todo lo que toco se derrumba.

—No, eso no es cierto. No te hagas esto. Estás cansada, eso es todo.

—Mi pequeño, Oliver, ¿qué habría sido de Caleb si no lo encontramos?

Le acarició la mano.

—Caleb está bien. Sano y salvo en su habitación. Ya no hay de qué preocuparse.

Ella empezó a temblar. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas mientras se aferraba a él con todas sus fuerzas.

—Sigo teniendo miedo. No paro de pensar y sacar conclusiones estúpidas.

Él la abrazó.

—Es una respuesta normal al estrés. Necesitas descansar, mañana verás las cosas desde otra perspectiva.

Ella negó con la cabeza.

—Nada está bien —susurró—. Nada. No he sido del todo sincera contigo. —Por más que lo intentaba, no dejaba de temblar—. Estoy a punto de perder la casa —confesó—. Pedí ayuda a Chad Jenkins, y él me la negó. No le culpo, pero cuando tuve oportunidad, no se lo comenté al inspector.

—Buscaremos una solución.

—No pareces sorprendido.

Él, con cuidado, la apartó lo necesario para poder mirarla a los ojos.

—El inspector Wicker ha estado aquí.

—¿Era él?

—Sí.

—Siento que te hayas enterado así. De verdad que no quería... —Laurel fue incapaz de continuar y luchó por encontrar las palabras adecuadas—. Te conozco..., ¿desde cuándo? Apenas hace una semana —se respondió a sí misma— y nunca pensé que algo así me podría ocurrir.

Oliver deslizó los pulgares por su mandíbula y la besó en el pelo.

—Si te soy sincero, yo tampoco he planeado esto. Nunca creí que alguien podría importarme tanto en tan poco tiempo.

—Tienes una vida muy lejos de aquí, Oliver. —Laurel estaba rota de dolor. La desaparición de Caleb había sido una verdadera pesadilla para todos—. No deberíamos complicar esto.

—¿Esto?

—Lo que comenzamos a sentir el uno por el otro —aclaró Laurel—. Los dos sabemos que te irás tarde o temprano.

—No pienso mucho en el futuro, me gusta más centrarme en el presente. Es algo que he aprendido a lo largo de los años. Ahora estoy aquí, Laurel, y no me voy a ir a ninguna parte.

—Tenías razón cuando dijiste que si no fuera por Will nunca nos habríamos conocido. Me parece muy triste.

—Ven aquí. —Ella apoyó la cabeza en su hombro—. No hablaremos más de Will, ¿de acuerdo?

Él la notó asentir con la cabeza.

—Estoy muy cansada, Oliver, y ahora me doy cuenta de cuánto te necesito y, si te soy sincera, eso también me asusta. —Laurel soltó un largo suspiro—. Pensar en el vacío que vas a dejar, me duele.

Él la besó en la sien.

—Ahora estoy aquí. Centrémonos en eso. —La levantó en sus brazos y la depositó en la cama—. Deberías dormir —dijo apartando la colcha para tumbarla entre las sábanas.

—¿Crees que el inspector querrá hablar de nuevo conmigo?

—Es posible.

«Más que probable». Oliver estaba seguro. Wicker no dejaría pasar un detalle como ese. Lo quisieran o no, Laurel iba a ser considerada sospechosa y tratada como tal.

—¡Dios, Oliver! —se quejó ella.

—No tienes que preocuparte por nada. Eres inocente.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Lo estoy y punto.

Los ojos se le anegaron de lágrimas a Laurel.

—Respecto a Zachary...

—No hablemos de él, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Seguiremos con esta conversación mañana.

—No quiero que te vayas. —Hasta a ella misma le sonó a ruego y se amonestó por ello. Aun así, le imploró—: ¿Podrías quedarte conmigo?

Él, como respuesta, le acarició el pelo.

—De acuerdo, pero cierra los ojos. —Se acostó junto a ella y la abrazó. Dejó el arma sobre la mesilla. Si Laurel se percató del gesto, no dijo nada.

—Háblame de ti.

Oliver dudó, pero al fin cedió.

—Mi madre está internada en una residencia, en Jacksonville.

Ella no cerró los ojos en ningún momento, le escuchó atentamente. Se mantuvo despierta la siguiente hora mientras Oliver le hablaba de sus padres y del restaurante que había pertenecido a la familia.

Cuando por fin decidió cerrar los ojos, pensó que no era la única que luchaba contra los sentimientos, que no era la única que deseaba salir ilesa de su propia batalla interna.

CAPÍTULO 17

—¡Papá!

Zane zarandó a su padre con fuerza, pero este ni se inmutó, siguió durmiendo a pierna suelta mientras resoplaba con fuerza por la boca.

—¡Papá, despierta!

Loyd Murphy ni siquiera se molestó en abrir los ojos, gruñó algo inteligible y se dio la vuelta en el sillón para tomar una nueva postura.

—Papá, ¿qué es esto?

—¿De qué demonios hablas? —arrastró las palabras. El punzante dolor de cabeza no le dejaba pensar con claridad.

Zane, a punto de perder la paciencia, volvió a zarandear con más violencia a su padre. Le habría dado una buena patada en esa enorme barriga que tenía.

—De tu camisa.

Loyd abrió los ojos una fracción de segundo, tiempo suficiente para que la jaqueca se intensificara aún más.

—¿Qué le pasa a mi camisa? —rezongó mientras tomaba contacto con la realidad.

—¿Qué has hecho, papá?

Quizá fuera el grado de crispación en su voz lo que hizo que Loyd decidiera abrir de una vez por todas los ojos y enfrentarse a su hijo. Incorporado sobre un codo, lo contempló.

—¿De qué narices estás hablando?

—Tu camisa tiene sangre..., ¿lo ves? —le mostró la enorme mancha.

Loyd se pasó la mano por la cara con cierto pesar. Se había prometido dejar de beber, pero debió ser en otra vida, porque en esta le era del todo imposible. La cabeza estaba a punto de partirsele en dos, la boca la tenía seca y le dolía todo el cuerpo; era como llevar una losa encima.

—¿Has estado en el bosque?

Loyd se frotó de nuevo la cara.

—Es posible, no lo sé.

—¿No lo sabes? —inquirió Zane de mala gana.

Loyd Murphy se incorporó, no sin esfuerzo, y se sentó en el viejo y desgastado sillón. Se frotó las manos en las rodillas y frunció el entrecejo.

—Hago muchas cosas a lo largo del día.

—¡Lo único que haces es beber! —exclamó Zane—. ¿De quién es esta sangre?

Loyd aspiró con fuerza. Lo único que deseaba en ese momento era un trago de ginebra.

—Ya te he dicho que no lo sé. Puede que sea mía.

Zane le tiró la camisa a la cara.

—Estoy harto de toda esta mierda —profirió—. De que todo el día estés borracho. Tienes buen color para haber perdido tanta sangre. Si es tuya, ¿dónde está la herida?

Loyd se palpó el pecho, pero no encontró ningún tipo de corte ni rastro de sangre.

A Zane, en otro momento, la escena le habría resultado hasta divertida, pero ahora no. Había mucho en juego. Podían culpar a su padre de homicidio.

—Hago lo que puedo para mantenerme sobrio.

—¿Estás seguro? Porque yo no me creo ni una sola palabra —Inquirió Zane—. ¿Sabes que han asesinado a Chad Jenkins?

Su padre parecía sorprendido y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no volver a zarandearle.

—¿Chad ha muerto?

Aquello era todo lo que podía aguantar Zane. Salió del austero y desangelado salón y comenzó a rebuscar por la casa como un poseoso. Al ver las botas de su padre tiradas en un rincón, las recogió y reparó en las suelas de goma. Había restos de tierra seca y hojas.

—Joder, papá...

Las dejó donde las había encontrado y se encaminó al cubo de la basura. Allí estaba la prueba fehaciente de que su padre podría entrar en un coma etílico en cualquier momento. Contó hasta tres botellas de ginebra y más de seis latas de cerveza vacías.

Se dirigió de nuevo al salón. Su padre, como era de esperar, seguía sentado en el mismo lugar donde lo dejó. Tenía el codo apuntalado en el muslo y se sujetaba la cabeza con la mano. Desaliñado y sucio. La escena en sí daba pavor. No se creía lo que estaba a punto de preguntar, aun así, se armó de valor.

—¿Has matado tú a Chad?

—¿Yo? —Su voz flaqueó—. Claro que no. Puede que sea un borracho, pero no un asesino.

—¿Le debías dinero?

—No soy el único...

—Joder, papá. A este paso perderemos hasta los calzoncillos.

—La casa sigue siendo nuestra, ¿no?

—Si sigues así, no por mucho tiempo.

—Lo he hecho lo mejor que he podido —vociferó, pero al hacerlo la cabeza estuvo a punto de explotarle y se quejó.

—Pues no ha sido suficiente. ¡Mira esta casa! Me esfuerzo por mantener un mínimo de orden y, ¿qué me encuentro cada día? —inquirió con un marcado tono de reproche—. Botellas de ginebra y latas de cerveza por doquier.

—Ya te he dicho que me esfuerzo. —Zane dejó escapar una risa burlona—. Siento lo de Chad —arrastró las palabras. Se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo, pero no lo consiguió—. Chad era un buen tipo. —Se encontraba mareado y sin suficientes reflejos, pero no por ello pasó por alto la hosca mirada de su hijo—. ¡No soy un asesino!

Zane miró aquel despojo humano y, por primera vez en su vida, sintió asco. Un músculo tembló en su mandíbula tensa. Su existencia en sí misma era una verdadera pesadilla.

—Ya no sé qué pensar.

—¡No soy un asesino! —repitió al tiempo que se incorporaba. Se tambaleó violentamente y, de no haber sido por Zane, se habría dado de bruces contra el suelo—. Suelo pasear por el bosque de vez en cuando —arrastró esas últimas palabras antes de caer de nuevo en el sillón.

Zane lo volvió a sentar y arrugó la nariz.

—Apesta a ginebra.

—Hijo, yo no he matado a nadie —gimoteó—. Chad y yo éramos buenos amigos. Aún no comprendo por qué alguien querría acabar con su vida. Era un buen hombre.

—Era un buen hombre porque te proporcionaba ginebra.

—Era un buen hombre porque era amigo de sus amigos. Todos, en algún momento puntual de la vida, tenemos problemas.

—Los tuyos ya duran demasiado.

La rabia se apoderó de Loyd.

—Ten cuidado. —Le señaló con el índice—. Sigo siendo tu padre.

Zane observó a aquel esperpento que no tenía fuerza alguna para mantenerse en pie. A lo largo de los años se había estado convenciendo de que lo que necesitaba su padre era un trabajo y que alguien confiase en él. Pero no, Loyd Murphy tenía un serio problema con el alcohol y había destrozado su vida y, si no hacía algo al respecto, acabaría también con la suya.

—Te lo voy a preguntar por última vez, ¿qué hacías en el bosque, papá?

—No lo sé...

—¡Haz memoria! —gritó—. La policía ata cabos a una velocidad de vértigo.

—¿La policía?

Zane resopló con fuerza.

—La policía estuvo aquí, ¿recuerdas?

La mirada de Loyd se perdió en alguna parte de la estancia. Comenzó a sentir los primeros temblores y el malestar que le producía la ausencia de alcohol en su organismo.

—No lo recuerdo.

Zane exhaló un suspiro de derrota. Era una batalla perdida.

—Papá, no encuentro la caja de herramientas ni el hacha.

—¿Qué intentas decirme con eso?

—A Chad le mataron con un hacha.

—¿En serio? —Su voz apenas tenía fuerza. Comenzó a temblar de una manera violenta—. No lo sabía. Pobre hombre, qué muerte más perra.

La mirada de su padre dejó traslucir su desasosiego. Zane sintió lástima por él. Después de todo, no era más que un borracho aferrado a su botella de ginebra.

—¿Estoy en un lío?

Zane le sostuvo la mirada, quiso ver más allá, pero solo encontró el blanco de sus ojos teñido ya de un amarillo intenso y unas pronunciadas y oscuras ojeras más que evidentes. Igual que su piel flácida, seca y enrojecida, eran síntomas inequívocos de que su hígado estaba ya muy deteriorado. Su padre había tocado fondo y no tenía ni idea de si estaba relacionado con el asesinato de Chad Jenkins. Había encontrado la camisa sucia y arrugada debajo de su cama.

Tenía que tomar una decisión, sin embargo, no sabía cómo actuar. Al fin y al cabo, seguía siendo su padre.

—No lo sé, papá. No lo sé —respondió, pero Loyd Murphy no le escuchó; se había quedado dormido.

Oliver observó a Jesse, que en ese instante estaba dando de comer a los perros y parecía un hombre feliz haciendo su trabajo. Hera, una de las perras, lo miró con atención e hizo caso omiso a su plato de comida. Lo estudiaba casi con deleite mientras golpeaba el suelo con la cola. A un par de metros se encontraban los trineos, que todavía llevaban ruedas, en cuanto el tiempo empeorase y aparecieran las primeras nieves, las ruedas serían sustituidas por esquís.

—Sin duda, le gustas —dijo Jesse.

—Es preciosa.

—Sí que lo es, aunque no muy dócil.

—No sé, hay algo en ella... —respondió Oliver.

—Es encantadora cuando quiere. Tiene verdadera debilidad por los niños y viceversa.

—Quizá sea porque tiene los ojos de diferente color. Eso la hace especial.

—Es posible. —A Oliver le pareció que Jesse esbozaba una sonrisa, pero no podía estar del todo seguro. Ese hombre era un verdadero misterio—. He contratado a Zane.

—¿En serio?

—Sí. Ese muchacho necesita quemar energía y algo de dinero. Su padre es como un lastre.

Oliver estaba al tanto. El alcohol había hecho mella en Loyd Murphy. Había caído a un pozo sin fondo del que parecía no poder salir.

—Creo que os irá bien a los dos.

—Sí, yo también lo creo.

Esa mañana, Oliver había dejado a Laurel dormida en la cama. Había preparado el desayuno antes de que los chicos se despertasen. Una ducha rápida y las ganas de posponer la conversación pendiente con Laurel habían sido decisivas para poner rumbo a la granja de los Dawson.

—¿El chico está bien? —preguntó Jesse.

—Ha desayunado con ganas y le he tenido que quitar la crema de cacahuete de las manos. Así que sí, creo que está perfectamente.

—Toda una aventura. —En esta ocasión su sonrisa fue más evidente.

Jesse recogió del suelo el cubo vacío. Los perros comían de sus platos ajenos a la conversación que mantenían los humanos.

—Hasta que no llamó Laurel para decir que había encontrado al chico, Mic se subía por las paredes. —Hizo una pausa—. Estuvimos buscando por esta zona del bosque, pero sin ningún resultado. Que el chiquillo apareciese sin un solo rasguño es casi un milagro.

—Yo también lo pienso. —Era la conversación más larga que había mantenido con Jesse Dawson hasta el momento—. Jesse, ¿los alces suelen acercarse a las casas?

El marido de Micaela se limpió las manos con un paño antes de responder.

—Suelen bajar a beber al lago cuando anochece. ¿Has visto alguno?

—Anoche, muy cerca de la casa de Laurel.

—¿Macho o hembra?

—Macho.

Jesse se encogió de hombros.

—¿Hizo algo extraño?

—No, solo se quedó observando.

—La verdad es que es curioso, pero yo que tú no le daría ninguna importancia. A veces les gusta husmear entre las casas en busca de comida o restos de basura.

Oliver recordó al alce y tuvo la impresión de que se encontraba allí por algún motivo en concreto, sin embargo, no supo descifrar cuál. Desechó todas esas elucubraciones sin sentido y se centró en la conversación.

—No fue la única visita que tuve. —Jesse guardó el paño con el que se había estado limpiando las manos en el bolsillo trasero del pantalón y le prestó toda su atención—. El inspector Wicker...

Jesse no parecía impresionado por la noticia.

—Entiendo. Parece un perro de presa encabronado.

Hera dejó su lugar con la manada para acercarse a Oliver, que la rascó detrás de las orejas. La perra movió la cola con energía.

—Cree que el que mató a Chad Jenkins sabía lo que hacía.

Jesse respiró hondo.

—Mira, Oliver, Chad no era mal tipo, pero se comenta que estaba metido en algo turbio. Tenía problemas con el juego y ya sabes cómo suelen terminar las cosas cuando uno se mete en los bajos fondos.

—¿Y qué relación tiene con el excursionista?

Jesse chafeó la lengua.

—No lo sé. Eso es cosa de la policía. Yo solo sé que, sin pretenderlo, me encontré con el cadáver. En cuanto lo vi, di el aviso y eso me ha hecho parecer sospechoso. —Soltó una especie de gruñido—. No olvidaré esa puñetera escena mientras viva.

En ese momento, Micaela salió de la casa. Oliver se fijó en la figura de la mujer. Sus pasos no eran tan enérgicos como en días anteriores.

—Parece cansada.

—Sí, y me preocupa. Esa es una de las razones por las que no comento con ella nada relacionado con el caso. —Oliver recibió el mensaje alto y claro—. Necesito un par de brazos fuertes, por eso he contratado a Zane.

—¿A ella le parece bien?

—Al principio la idea no le gustó demasiado, pero en el fondo sabe que es lo mejor para todos.

—Es una gran mujer.

—Créeme que es la mejor. Se preocupa por todo el mundo menos por ella. —Micaela levantó la mano y saludó a Oliver, este respondió con el mismo gesto—. Se ha levantado mareada y parece que no tiene muchas ganas de hablar.

—No te preocupes. Tengo que volver con Laurel y los chicos.

Hera, a modo de despedida, sacudió de nuevo la cola y le lamió la mano.

—Tengo la impresión de que ya ha elegido —dijo Jesse.

Oliver arrugó el entrecejo.

—¿A qué te refieres?

—Sargento, aún te quedan muchas cosas que aprender de la vida.

Sin más, Jesse pasó por su lado y le despidió con una palmada en el hombro.

Oliver se quedó absorto, solo un lametazo de Hera en el dorso de su mano le devolvió a la realidad.

CAPÍTULO 18

—No puede ser.

Zane se enfrentó a la mirada perpleja de Kendra. Había transcurrido una semana desde que encontró la camisa de su padre ensangrentada y llevaba todos esos días volviéndose loco, pensando qué hacer al respecto. Eso, de alguna manera, lo convertía en cómplice, pero no sabía cómo lidiar con la situación; así que, a pesar de que lo último que quería era involucrar a Kendra, al final había recurrido a ella.

—La sangre puede que no pertenezca a Chad, podría tratarse de algún animal.

Kendra se recostó en la barca, cerró los ojos un par de segundos y sopesó la situación. Habían decidido mantener esa conversación lejos de todo y de todos, y había sido lo mejor, porque no tenía ni idea de qué hacer con la información que Zane acababa de darle. Era una mañana apacible, el sol asomaba entre las nubes y permitió que los tenues rayos bañasen su rostro. Las temperaturas no iban a ser altas a lo largo del día, pero la calidez del momento la reconfortó.

—Llevas dándole vueltas a todo esto desde hace días, ¿qué quieres que te diga, Zane?

—La verdad, no lo sé, pero sabía que tú me entenderías y entre los dos podríamos hallar una solución.

Kendra abrió los ojos y se sentó. La barca se balanceó con suavidad.

—Quizá podrías hablar con Oliver...

Zane paseó la mirada por aquel maravilloso paisaje. Adoraba esa tierra que lo había visto nacer, le encantaba pasear por el bosque y perderse en los laberintos que formaban los árboles. Él siempre lograba salir, incluso lo podría hacer con los ojos cerrados, porque aquel territorio era su hogar. Era allí donde huía cuando su padre se emborrachaba, cuando necesitaba consuelo, cuando gritaba a los cuatro puntos cardinales que amaba a Kendra. Notó la frustración invadirle y quizá por eso fijó la mirada en las montañas que se elevaban casi desde la orilla del lago. Era un lugar tranquilo y mágico. Tenía la impresión de estar dentro de un cuadro del que no quería salir nunca. Allí se sentía seguro, aislado de un mundo que parecía no comprender sus necesidades.

—Supongo que podría.

—Ey... —Kendra se acercó a él, lo que hizo que la barca se balancease con algo más de brusquedad—. Estoy aquí, ya sabes que siempre puedes contar conmigo.

—Así es. —Avergonzado bajó la cabeza.

Kendra le peinó con los dedos.

—Zane... —Él la agarró de la mano para detener aquel movimiento que lo estaba volviendo loco. Si seguía por ese camino, no tardaría en excitarse y ponerse en evidencia—. ¿Qué pasa?

—Deberías tener cuidado, Kendra. No todos los tíos son como yo —espetó.

Ella percibió una chispa de enfado en sus ojos.

—No estoy haciendo nada malo, solo te estoy consolando.

—No necesito tu consuelo ni tus consejos. —Atrapó los remos y los sumergió en el agua—. Lo mejor será que volvamos a casa.

Kendra lo miraba de hito en hito.

—¿Qué mosca te ha picado?

—A mí ninguna, ¿y a ti? —Sintió el corazón latiéndole a mil por hora y eso no era buena señal.

Había tenido una paciencia infinita con Kendra, pero ya no podía más. Lo quería todo—. Volvamos.

—Espera... —Preocupada por la reacción de su amigo, colocó su mano sobre la de Zane—. ¿Qué está pasando?

—Nada —respondió él—. Solo que por mis venas corre sangre, Kendra. No soy un títere que tú puedas manejar a tu antojo.

Uno de los remos chapoteó en el agua y Zane lo redirigió. Kendra ladeó la cabeza.

—Zane, mírame, por favor. —Él hizo caso omiso a la petición—. Soy yo...

—Sé quién eres, Kendra. Lo he sabido desde el primer día que te vi.

—¿Qué quieres decir con eso?

«Mierda». Lo había fastidiado todo. Luchó por evitar la mirada de Kendra sin conseguirlo. Podía ser muy testaruda cuando se lo proponía, la conocía demasiado bien. «Llegó la hora de poner las cartas sobre la mesa», pensó.

—Quiero... Necesito —rectificó— que te mantengas alejada de mí al menos una temporada.

La mirada que ella le devolvió estaba llena de preocupación.

—¿Pero se puede saber qué narices te pasa? —preguntó ella, incómoda.

—Me sigues tratando como a un niño, Kendra —le comentó con tono ominoso—. Y quizá no te hayas dado cuenta, pero he crecido...

—Soy consciente de que has crecido, Zane.

—Déjalo, Kendra, ¿quieres? —murmuró sombrío—. Volvamos a casa.

—No, de eso nada —replicó ella—. Quiero aclarar esto antes de pisar tierra y que salgas huyendo como un conejo asustado. —Agarró uno de los remos e impidió que Zane lo moviese.

Él soltó un juramento en voz baja. ¿En qué momento se había convertido en una mujer tan preciosa?

Sus rostros estaban muy cerca el uno del otro. Ella mantenía una pose desafiante, parecía muy segura de sí misma. No lo pensó, solo se dejó llevar por ese deseo que parecía consumirle cada vez que estaba con ella; así que agarró los remos y, con un rápido movimiento, los metió en la barca. A ninguno de los dos pareció importarle el chapoteo que ocasionaron los remos.

El ceño de Kendra se arrugó y él no pudo más que sonreír ante el huraño gesto. Tiró de ella con fuerza, con una necesidad imperiosa, y la besó.

Los labios de Zane eran increíbles, suaves y moldeables, su lengua era veloz. Sintió que caía a un pozo sin fondo. Un vértigo increíble hizo que su corazón latiese a un ritmo abrumador.

Zane, alterado por lo que acababa de hacer, se apartó bruscamente e intentó encontrar un sentido a todo aquello, pero no lo consiguió.

—Lo siento... Lo siento, de verdad.

Kendra, perpleja, lo observó. Aún sentía ese cosquilleo por todo el cuerpo. Se llevó los dedos a la boca. Sentía los labios inflamados y calientes. Quería sentir más.

—No hay nada que sentir, Zane.

—Yo creo que sí —respondió él, de mal humor—. Lo único que necesito es que nuestra amistad siga siendo la que es después de esto. Seguiremos siendo los mismos, ¿verdad? Tú y yo.

—¿Qué hay de malo en que te sientas atraído por mí?

Zane no se podía creer lo que oía. Cogió los remos, los introdujo en el agua y comenzó a remar, como si con ello le fuera la vida. Él no podía ofrecerle nada, ni siquiera un futuro estable, porque aún no había conseguido un trabajo decente, y ella se iría pronto a la universidad. Ese último pensamiento le atravesó como una lanza al rojo vivo. Cerró los ojos con fuerza y masculló

algo.

Trabajar para Jesse Dawson era un comienzo, pero de momento no era la solución.

—Zane, por favor. Hablemos —le rogó Kendra.

Pero él no respondió. Se limitó a remar a tal ritmo que Kendra pensó que los remos terminarían en el fondo del lago. Gracias a Dios no estaban muy lejos de la orilla. Cuando llegaron, Zane saltó de la barca y pisó tierra.

—Tengo que irme —dijo de forma aturullada.

—No pensarás dejarme así, ¿verdad? —preguntó ella atónita.

—Debo... Tengo que hacerlo. —Se giró nervioso, con un gesto brusco. Intentó ralentizar su corazón, sin embargo, fracasó—. Hasta pronto, Kendra. —Con esas únicas palabras se despidió.

No miró atrás. Grandes zancadas les distanciaron.

Kendra se quedó allí, sentada en la barca mientras Zane se perdía en el horizonte. Tuvo la impresión de que algo se despertaba y moría al mismo tiempo en su interior.

—Llevas unos días muy callado.

Oliver dejó el martillo en el aire y fijó su mirada en Laurel. Cada día que pasaba le costaba más alejarse de la casa y de ellos. No habían hablado mucho desde que durmiera acurrucado a su lado, y eso fue como un balón de oxígeno, al menos para él. Por como lo miraba Laurel, tenía la impresión de que había llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa. Dejó el martillo sobre uno de los tablones del porche y fue en busca de su cazadora.

—Has madrugado.

—Me gusta ver salir el sol —respondió Oliver.

—Oliver, tenemos que hablar.

—Lo sé.

Ella anduvo unos pasos y se sentó en las escaleras de madera.

—No podemos seguir evitándonos.

—¿Lo hacemos?

—Sabes que sí. —Laurel miró hacia las montañas y le gustó lo que vio. La luz del amanecer las bañaba en un espectáculo increíble.

—Laurel, no puedo ofrecerte nada, aunque he estado pensando que...

—No quiero tu dinero, Oliver.

—¿Desde cuándo lees la mente?

Ella dejó el paisaje a un lado y lo miró con atención.

—Vivir bajo el mismo techo tiene sus consecuencias, y esta es una de ellas: terminar la frase del otro.

—Laurel...

—¿Has llamado a la residencia? —Él asintió—. ¿Cómo se encuentra tu madre?

—Estable, según el médico.

—Bien. Me alegro. —Se arrebujó en su chaqueta de lana, cruzó los brazos y los apoyó en las rodillas—. Quiero pasar una noche contigo. Espero que no suene a proposición indecente. — Oliver se concentró en respirar. Se frotó la nuca y se quedó mirando a Laurel—. Estamos en el siglo veintiuno, las mujeres hablamos con libertad.

—Por supuesto, claro... —dijo él algo confuso—. Lo que ocurre es que...

—Déjalo. Creo que te he hecho sentir incómodo. Si es así, quiero que sepas que lo siento y, por favor, olvídalos.

Laurel estaba a punto de ponerse en pie cuando él habló.

—Ya hemos pasado una noche juntos.

Ella soltó una carcajada burbujeante y a él le pareció estar escuchando música celestial.

—Ya sabes a lo que me refiero...

—Debería ser yo el que intentara convencerte de que te acostaras conmigo.

Laurel se mordió el labio. Se sentía demasiado avergonzada con la conversación, pero ya no era una adolescente asustadiza, sabía lo que quería.

—¿Recuerdas lo que te acabo de decir sobre el siglo veintiuno, Oliver? Puedo pedirte que tengamos una noche de sexo, pero si te parece demasiado...

—No, no —la interrumpió. Laurel se removió incómoda—. Solo me ha pillado desprevenido, eso es todo.

—Los dos sabemos que eso no es cierto.

—Vale. —Bajó la cabeza y tomó aire—. Además de guapa, eres inteligente.

En el rostro de Laurel se dibujó una sonrisa de complacencia.

—Dicen que los buenos recuerdos son como una bonita canción, siempre tarareas su estribillo y nunca la olvidas.

—Pones el listón muy alto, pero he de reconocer que me he quedado sin argumentos.

Ella soltó de nuevo una carcajada.

—Creo que superarás mis expectativas con creces.

Oliver alcanzó el primer escalón.

—¿Qué me dices de los chicos?

Laurel abrió mucho los ojos.

—Ellos no son ningún problema. Podría caer una bomba sobre el tejado de esta casa y ni siquiera se enterarían. Más que dormir, hibernan.

Oliver sonrió. Se acercó un poco más.

—Entonces, será un verdadero placer.

Se acercó a ella, besó su cuello y saboreó la piel suave y delicada, ascendió por la mandíbula hasta toparse con su boca, y allí fue donde se perdió.

—¿Esto es un adelanto?

—Así es —respondió él a pocos centímetros de su boca. Se esforzó por sonreír, porque su excitación no le dejaba seguir con el curso de sus pensamientos.

—Esta noche, en mi cama —sentenció Laurel.

Iba a besarla de nuevo cuando unos pasos le hicieron volver la cabeza.

—Por mí no os cortéis.

Ambos, sorprendidos, miraron a Kendra.

—¿Qué ha sucedido? —quiso saber Laurel cuando se percató del rastro de lágrimas en la cara de la joven.

—Nada.

—Nada no es una respuesta.

Un portazo fue la única respuesta de Kendra.

—¿No decías que hibernaban? —preguntó él incómodo por la interrupción.

Laurel le acarició la mejilla con los nudillos.

—Hibernan de noche, por el día pueden llegar a ser agotadores.

—Tomo nota. —Le dio un beso rápido en los labios—. Voy en busca de Caleb, quizá le apetezca practicar un rato al béisbol.

Cuando se alejó, Laurel sintió una punzada en el pecho. No sería la única que iba a sentir el vacío que dejaría Oliver tras su marcha.

No se dejó llevar por el pesimismo, era una mujer adulta que hacía frente a situaciones complicadas, y aún seguía siendo una heroína para su hijo menor.

—Hablando de hijos —se dijo a sí misma en voz alta.

Se levantó y fue al encuentro de Kendra.

CAPÍTULO 19

Vale, estaba nerviosa, más de lo que podía imaginar. No podía retractarse, le había pedido a Oliver que le hiciese el amor. ¿En qué momento había perdido la cordura? Ahora sonaba extraño, incluso fuera de lugar, a algo más que no supo definir con exactitud. El corazón brincaba en su interior como si fuera una adolescente que iba a tener relaciones por primera vez. Se limitó a suspirar e intentar no salir corriendo de la casa. En el fondo estaba actuando como una tonta, era una mujer adulta y se suponía que sabía lo que anhelaban su cuerpo y su mente. Ahí estaba el verdadero dilema, en conjugar el verbo suponer y no salir herida.

Intentó relajarse, sin conseguirlo. Echó una ojeada a su alrededor y lamentó no haber elegido unas bonitas flores. Las flores siempre eran una buena elección. Suspiró sonoramente y su mirada se perdió en la cama.

De acuerdo. Sí, todo aquello sonaba a desastre total. Acarició la colcha e hizo desaparecer una pequeña arruga de la tela. Miró el reloj de su cómoda y se percató de que faltaban pocos minutos para que él llegase.

Ya era tarde para preocuparse de si era o no buena idea. Intentó convencerse de que debía ser consecuente con sus decisiones, además, era lo que quería y necesitaba hacer, ¿verdad? Escuchó pasos en el pasillo y se le detuvo el corazón. Para la ocasión había elegido un bonito camisón de encaje y tirantes, nada de lencería fina, pero era perfecto para un momento íntimo.

No pudo evitar compararse con la protagonista de *Nueve semanas y media*, la sola idea la puso más nerviosa y la hizo reírse de sí misma. La puerta se abrió y ella dejó de respirar.

—Mamá, no puedo dormir.

Soltó todo el aire de golpe y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para tomar las riendas de la situación. Otra noche todo habría sido diferente, pero eso Caleb no podía saberlo.

—Estás muy guapa —comentó el pequeño mientras frotaba uno de sus ojos con el puño.

Laurel se apresuró en buscar una bata y ponérsela.

—Quería probarme este camisón.

—¿Por qué?

Laurel pensó algo rápido.

—Lo tenía hace tiempo y quería ver cómo me quedaba. —El niño se encogió de hombros, en realidad no estaba interesado en ninguna respuesta en concreto—. ¿Has tenido una pesadilla? —preguntó Laurel mientras se ajustaba el cinturón de tela a la cintura.

El niño asintió.

—De acuerdo. —Laurel se acercó a su hijo y le besó en el pelo—. Yo te acompaño a la cama.

—Me gustaría dormir en la tuya.

—Va a ser que no, jovencito. A tu cama, ya mismo —le ordenó.

Caleb no insistió. Resignado, aceptó la mano de su madre y salió de la habitación.

—Estás muy guapa.

—Gracias.

—¿Por qué te maquillas para ir a la cama?

Laurel quiso que se la tragase la tierra. ¿Por qué los niños se fijaban en los detalles más insignificantes?

—Estaba a punto de quitármelo —dijo a bote pronto. Se elogió a sí misma por la rapidez de su respuesta.

Caleb la miró como si dudase, sin embargo, un segundo después se encogió de hombros.

—Vale —fue la pueril respuesta.

Casi una hora más tarde, Laurel salía de la habitación de Caleb. Estaba segura de que ya no quedaba nada de su bonito peinado y de que buena parte del maquillaje seguramente se había quedado impregnado en la almohada de su hijo. Cerró la puerta con cuidado y se sumergió en las sombras del pasillo. No pudo evitar pensar en Oliver y en cuál habría sido su reacción al comprobar que ella no estaba en su habitación.

—Pensé que no se dormiría nunca.

No tuvo tiempo de reacción. Laurel se encontró atrapada entre unos fuertes brazos.

—Oliver...

—No soy de los que pierden la paciencia, pero te juro que en esta ocasión he estado a punto de entrar ahí y rescatarte yo mismo —susurró.

Ella se mordió el labio inferior.

—¿En serio?

—No todos los días le hacen a uno una proposición indecente. —Depositó un beso suave en sus labios. Aquel comentario caldeó un poco más la situación—. No voy a tentar a la suerte. Vámonos de aquí. —La cogió de la mano, tiró de ella, y la arrastró hasta la habitación de invitados.

—Pensé que...

—Oh no, tu habitación queda descartada. No es territorio neutral. —Le acarició la mejilla con los nudillos—. Y bien sabe Dios que necesito estar contigo.

El deseo se apoderó de Laurel mientras Oliver le rozaba el hombro con los dedos y le hablaba al oído.

—Llevo pensando en esto desde el día en que llegué aquí, desde que te vi en el porche. —Cerró la puerta con cuidado de no hacer ruido, pero antes de que Laurel pudiera objetar algo, quedó atrapada entre la pared y él. La besó con suavidad en la sien.

—No te creo. Fui una borde y maleducada contigo. Desde el principio me pareciste demasiado atractivo —susurró con los ojos cerrados mientras sentía los labios de Oliver contra su piel.

—Y no dudaste en colocar las barreras pertinentes. —Frotó su nariz contra el cuello de Laurel—. No sé si te lo habré dicho, pero me encanta tu olor. —Ella, sin pretenderlo, se tensó, y él pareció adivinar lo que estaba pasando por su mente—. Estoy aquí, ¿de acuerdo? Y no vamos a hacer nada que tú no quieras.

Desató el cinturón de la bata y la abrió. La boca se le secó de repente y lo que vio le dejó sin respiración: era un camisón sencillo, pero de lo más sugerente. Sin poder resistirse más a la visión que tenía ante sí, se aproximó y su boca se movió lentamente sobre la de ella, profundizando en el beso. Laurel, apoyada contra la pared, tembló por la intensidad del intercambio. Cuando él se apartó, intentó que su voz sonara calmada.

—Estoy nerviosa, eso es todo. No suelo hacer esto muy a menudo.

—Pues eso habrá que remediarlo —le dijo mientras la acariciaba con la mirada. En ese momento deslizó la bata por sus sensuales hombros hasta dejarla caer al suelo.

—Eres muy hermosa, más de lo que cualquier hombre pueda desear. —Bajó las manos por el camisón y moldeó la tela al cuerpo de Laurel. Era exquisita en tantos sentidos que no podría enumerarlos. Acarició los finos tirantes de la prenda, los pasó por sus hombros con suavidad sin

apartar ni un segundo la mirada de ella. El camisón cayó sobre la bata—. ¿Todo va bien?

Ella tragó saliva con dificultad y asintió al mismo tiempo. Josh había sido su último amante, y de eso hacía ya un par de años. Cerró los ojos, como si así pudiera reunir valor suficiente para continuar con aquella locura que ella misma había iniciado. En ropa interior, se veía expuesta y demasiado nerviosa, pero en el fondo sabía que no quería estar en ninguna otra parte.

—Laurel, si quieres...

—¡No! —exclamó ella demasiado rápido. Se humedeció los labios e intentó que los nervios no la traicionaran—. Ya te he comentado que estoy un poco desentrenada, eso es todo.

Él la miró fijamente a los ojos, como si quisiera ver más allá de ella.

—¿Estás segura de que quieres seguir con esto?

No sabía qué hacer con las manos; así que enmarcó el rostro de Oliver y lo besó, tal y como él había hecho escasos minutos atrás.

—De acuerdo —respondió Oliver al ver que la expresión de Laurel comenzaba a relajarse a escasos centímetros de su rostro.

No protestó cuando él la llevó en brazos y la tendió sobre la cama, ni cuando las lágrimas empañaron sus ojos y la besó.

Oliver le moldeó los pechos con las manos y se prometió a sí mismo ir despacio, con calma, pero en el último segundo supo que no podría. Laurel era perfecta, maravillosa en todos los sentidos. Era la mujer que había estado buscando a lo largo de su vida. Ese fugaz pensamiento lo dejó perplejo.

Bajó la cabeza y acarició sus pechos con la lengua. Ella se arqueó y exigió más.

—Ahora —susurró, casi sin aliento—. Ahora, Oliver.

Le quitó las bragas y, tomándose su tiempo, se dedicó a mordisquear cada centímetro de su piel.

—He soñado con esto cada noche, cada minuto que he compartido contigo —susurró Oliver.

El cuerpo de Laurel era una delicia y él tenía toda la intención de explorarlo sin prisas. Se quitó los vaqueros y la camiseta mientras le recorría ávidamente con la boca el vientre, las caderas y las piernas.

Laurel deseó más, se arqueó con urgencia.

—Por favor, Oliver —le rogó. Llevaba demasiado tiempo sin sentir aquella necesidad; las caricias de un hombre.

—Mírame —le ordenó Oliver—. No es solo sexo, ¿de acuerdo? —Al ver que Laurel no respondía, le urgió pronunciar su nombre—. Maldita sea, Laurel, mírame. —Ella lo hizo, abrió los ojos y los fijó en él—. No es solo sexo —repitió. Al verla asentir, le abrió las piernas y la acarició entre los muslos.

Estaba mojada, húmeda, preparada para él, y aquello fue más de lo que pudo soportar. Buscó uno de los preservativos que guardaba en un bolsillo de su pantalón.

—Dame un segundo.

—Me gustan los hombres precavidos.

—Cierto, soy un hombre precavido, pero si algo me gusta realmente, es esto.

Laurel gritó cuando Oliver la penetró de una sola embestida, fuerte y fogosa. El orgasmo le recorrió todo el cuerpo y la dejó temblorosa. Igualó su ritmo durante varios minutos, zambulléndose en una sensación que la dejó aturdida. Al cabo de un tiempo que ella no pudo concretar y tras varios envites más, a cuál más fuerte y fiero, le escuchó pronunciar su nombre, tensarse y estremecerse.

Minutos más tarde, cuando ambos estaban recuperando aún el ritmo de su respiración, él consiguió hablar.

—Dios... Nunca imaginé...

—¿Qué? —a duras penas pudo decir ella, medio adormilada.

—Que pudiera existir algo así. —Laurel rio y abrió los ojos—. Eres magnífica en todos los sentidos.

—¿Me vas a decir que no has estado con más mujeres? Porque, de ser así, me veo en la necesidad de discrepar. Eres un amante excelente.

En ese mismo instante, él tenía el rostro entre su hombro y su cuello. Lo escuchó reírse.

—Has tocado mi ego masculino.

—¿En serio?

—Ajá.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

—¿De verdad, me lo estás preguntando? Aún estoy dentro de ti.

Cuando Laurel sintió que él se endurecía de nuevo, lo miró asombrada.

—No puede ser —dijo entre risas.

—Voy a demostrártelo.

Y él lo hizo, ¡vaya que si lo hizo!

CAPÍTULO 20

Kendra golpeó con rabia el libro de física y química que reposaba sobre la mesa. Era casi medianoche y en breve tendría un examen. No podía permitirse suspender o sus notas se resentirían y la idea de estudiar en Ohio podría desvanecerse como por arte de magia. Que odiaba la química era decir poco. En esa ocasión golpeó la mesa cuando notó que su paciencia flaqueaba; como resultado varios bolígrafos cayeron de forma precipitada y rebotaron contra el suelo. Soltó un improperio mientras arrastraba la silla hacia atrás. Recogió los malditos bolígrafos y los dejó de nuevo en la mesa.

Llevaba una semana sin saber nada de Zane, y eso le dolía. ¿Cuántas veces había repasado lo ocurrido en la barca? Miles le parecían pocas. Nada de aquello tenía sentido, ese rum rum en la cabeza la iba desquiciando poco a poco.

Escuchó cerrarse una de las puertas y soltó todo el aire acumulado en los pulmones. Si Laurel pensaba que se chupaba el dedo, se equivocaba. Imaginarse a Oliver, un tipo que no le caía del todo mal, y a Laurel manteniendo sexo, era una forma horrorosa de acabar el día.

Allí, de pie en su habitación, observó el libro con recelo. No sabía cómo, pero necesitaba hablar cuanto antes con Zane. Él no respondía a sus SMS y la evitaba a toda costa. Nunca estaba en casa cuando ella iba a verle, ni en el lago, y tampoco en el bosque, al menos en los lugares donde ellos solían encontrarse.

Suspiró por enésima vez y miró hacia la ventana. Solo se veía oscuridad, un cielo vacío, ya que las nubes ocultaban la luna y las estrellas, pero ahí fuera estaba Zane, y si algo tenía claro era que debía arreglar las cosas con él de una vez por todas.

En el momento en que la idea tomó forma en su cabeza supo que se trataba de una locura, sin embargo, Zane no le había dado otra opción. Cogió el abrigo que colgaba de su silla y guardó las llaves en el bolsillo. Como dijo Julio César antes de cruzar el río Rubicón: «Alea jacta est». La suerte estaba echada.

La historia la atraía más que la química inorgánica.

Cerró la puerta de su habitación con sumo cuidado. En penumbra y de puntillas se puso en marcha. Cuando pasó por la habitación de Laurel, aún a sabiendas de que ella no se encontraba allí, dejó de respirar. Avanzó despacio y, por una fracción de segundo, se preguntó qué pensaría su padre de ese plan. No buscó respuesta alguna, se limitó a alcanzar la escalera. Cuando estaba a punto de bajar el primer escalón, una voz la hizo detenerse.

—¿A dónde vas?

Kendra se volvió y frunció el ceño. Entre las sombras distinguió a Caleb. Llevaba puesto uno de sus estúpidos e infantiles pijamas.

—¿Qué narices haces despierto? —le espetó.

—Tengo sed.

Kendra alzó los ojos al cielo y resopló con fuerza.

—De acuerdo. Espera aquí.

—¿A dónde vas? —volvió a preguntar su hermano, restregándose los ojos con los dedos de la mano—. Es de noche.

—¿Quieres un vaso de agua o no?

—Sí.

—Pues entonces, nada de preguntas o dejaré que mueras de sed, ¿entendido?

Kendra no esperó que respondiera. Cuando regresó, Caleb seguía allí. Una de sus manos se aferraba a la barandilla mientras balanceaba en el aire una pierna.

—Toma. —Kendra le quitó el tapón y le ofreció el botellín de agua.

El niño bebió con ansias y suspiró profundamente al terminar.

—Y ahora, vete a la cama.

—¿Tú a dónde vas?

—Eso no es de tu incumbencia. Regresa a tu habitación —le ordenó—. ¿No me estás escuchando? —susurró cuando se percató de que su hermano no tenía la más mínima intención de moverse del sitio.

—Si me das diez pavos, quizás...

Kendra abrió los ojos como platos.

—Serás...

—Bueno, pues cinco.

—No te voy a dar ni un céntimo. —La voz de Kendra sonó cortante—. ¿Pero de qué vas?

—Está bien. —Caleb se encogió de hombros—. A mamá le encantará saber que te escapas por las noches.

Kendra soltó un improperio.

—Y que dices tacos. —Sonrió como lo haría un diablillo.

—Maldito renacuajo. —Resopló con fuerza. Metió la mano en uno de los bolsillos de su pantalón y sacó algunas monedas. Las contó antes de ofrecérselas a su hermano—. Dos dólares, ¿de acuerdo? Ni uno más.

Caleb se los arrebató y sonrió.

—Siempre es un placer hacer negocios contigo.

—¡Maldito niño! —rezongó con fuerza su hermana—. Eres un usurero.

—A mamá no le gusta que digas esas palabrotas —dijo el pequeño en tono burlón.

—Usurero no es un taco, idiota.

—Pero idiota sí que lo es.

Kendra dejó escapar un suspiro ahogado.

—¿A dónde vas? —insistió.

—Eso a ti no te importa. —Kendra pensó que los niños no se cansaban de repetir una y otra vez las mismas preguntas. Podían llegar a ser fastidiosos hasta decir basta. Se armó de paciencia y bajó un par de escalones—. Vuelve a la cama —le ordenó.

—¿Vas a ver a Zane?

—Es una de las muchas opciones que ahora mismo tengo en mente. —Cuando Kendra alcanzó la puerta, se dio la vuelta—. ¿Todavía sigues ahí? —susurró—. Ve a la cama o romperé tu estúpida hucha en forma de avión y te juro que me quedará hasta el último centavo.

La amenaza dio resultado y Caleb desapareció a la velocidad del rayo.

Antes de abrir la puerta, Kendra cogió las llaves del coche de Laurel. Salió y la noche la acogió con los brazos abiertos.

«Lo más difícil ya está», pensó nada más pisar el porche.

Qué equivocada estaba.

Zane escuchó los frenos de un coche desde su cama. Se irguió y apuntaló un codo sobre el colchón. Al apartar la cortina la luz potente de unos focos atravesó el cristal de la ventana e iluminaron la habitación. Comprobó la hora y soltó un resoplido. Se dejó caer de nuevo sobre el mullido colchón. La escena le hizo arrugar el entrecejo. Se pasó la mano por la cara y rezó para que no fuera la policía. Su padre no había llegado y, como era costumbre, le traían de regreso a casa. No era la primera vez que lo encontraban borracho o inconsciente en alguna cuneta.

Echó hacia atrás las sábanas y la colcha. Sus pies tocaron el frío suelo. Dejó escapar todo el aire que en ese momento contenían sus pulmones, se frotó los ojos con las palmas de las manos y se levantó. Al parecer iba a ser una noche larga.

Recordó que la camisa que había encontrado manchada de sangre estaba a buen recaudo. Por alguna razón que aún no había alcanzado a comprender, no la había lavado ni se había deshecho de ella. Escuchó unos golpes en la puerta. Alcanzó los arrugados pantalones que descansaban sobre la silla y se los puso, pero no los ató. La idea de ponerse una camiseta pasó por su mente, pero la desechó al escuchar que los golpes insistían.

—Ya voy —dijo nada más salir de su habitación. Echó un vistazo a su alrededor y se alegró de haber hecho limpieza esa tarde.

Encendió la luz y cuando abrió se quedó sin habla.

—¿Kendra...? —preguntó anonadado—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

Ella entró en la casa y pasó a su lado como una exhalación, como si temiera que pudiera cerrarle la puerta en sus narices.

—¿Ha ocurrido algo?

—Eso tendrás que explicármelo tú. —Su voz sonó cortante—. Llevo una semana intentando localizarte. Jamás pensé que podrías ser tan escurridizo o tan cobarde.

Zane, aturdido, se pasó la mano por el pelo.

—¿Sabes qué hora es?

—¿Una hora intempestiva?

—¡Maldita sea, Kendra! ¡Laurel me va a matar si descubre que estás aquí!

—Deberías cerrar la puerta o quien te matará será una pulmonía.

Él obedeció sin rechistar.

—¿Estás solo?

—¿No crees que es un poco tarde para preguntar eso?

Kendra se encogió de hombros. En realidad, no le importaba, ni siquiera había pensado en las consecuencias de su visita. Lo único que quería era hablar con él. Miró a su alrededor y descubrió una casa organizada y limpia; sin duda era obra de Zane. Se le encogió el corazón al pensar que alguien tan joven debía hacerse cargo de su padre y de las deudas que este ocasionaba. Sintió un atisbo de orgullo y eso la pilló por sorpresa.

—Supongo que tu padre no está, si no, no me estarías levantando la voz.

Él, avergonzado por su actitud, optó por guardar silencio. Si algo le había enseñado Josh Mitchell, el padre de Kendra, era a tratar a una mujer con respeto.

—Necesito hablar contigo. —Le observó detenidamente. Zane estaba a medio vestir y no era la primera vez que veía su torso desnudo. Se habían zambullido en el lago tantas veces durante los últimos veranos que había perdido la cuenta, pero en esa ocasión todo parecía diferente. Él era diferente. Estaba despeinado y sus ojos oscuros parecían querer acariciarla o matarla, no estaba del todo segura. Eso hizo que le recorriera un escalofrío por la espalda—. Estoy preocupada por

ti, por nosotros —puntualizó.

La tensa expresión de él se suavizó.

—Si es por lo que ocurrió en la barca...

—Esa es una de las razones.

Él tragó saliva. No pudo seguir mirándola a los ojos, así que apartó la mirada.

—Fue un error, Kendra. Lo lamento —se disculpó.

—¿Un error, dices?

Más desesperado de lo que suponía, metió las manos en los bolsillos.

El gesto no pasó desapercibido a Kendra. Los vaqueros estaban desatados y el cinturón colgaba lánguidamente de las presillas del pantalón. Un fina y delicada línea de vello recorría el musculoso abdomen de Zane y se perdía en la cinturilla elástica del calzoncillo. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para apartar la mirada y sobreponerse.

—Mira... —comenzó a decir Zane.

Ella conectó de nuevo con la realidad.

—¿Por esa razón no has contestado a ninguno de mis mensajes? Porque, para mí, ese es el error: dejar a una amiga en la estacada —replicó—. ¿Se puede saber qué te pasa?

«Tú».

—No me pasa nada. Necesito espacio, eso es todo.

—¿Espacio?

—Oye, ¿vas a repetir todo lo que yo digo?

—Solo quiero comprenderte —respondió, intentando no sentirse herida.

—Voy a llevarte a casa.

—No quiero ir a casa. Lo que quiero es hablar contigo. Aclarar, de una vez por todas, esta situación.

—No hay nada que aclarar, Kendra. —Zane se encaminó a su habitación con pasos fluidos y resueltos.

—Yo creo que sí —respondió ella, yendo tras él. El chico ahogó un juramento mientras rebuscaba una camiseta limpia en una de las baldas de su armario—. Zane... —insistió.

Él dejó lo que estaba haciendo y se volvió de mal humor.

—¡A la mierda con la camiseta! —exclamó enfadado—. ¿Todo esto es porque te besé? —Kendra no supo qué responder, se quedó sin palabras—. ¿Te ha comido la lengua el gato? —inquirió Zane arqueando una ceja.

—No seas vulgar, por favor —le rogó ella.

—Llevo una semana devanándome los sesos, sintiéndome culpable por una acción que no fue la más acertada —explotó el adolescente—. Pensando en cómo no perder a mi mejor amiga...

—Zane... —Kendra se acercó con cautela—. Estoy aquí.

—Ese el problema, Kendra, que no deberías estar aquí.

Ella dio un respingo y él se increpó por ello. Había malinterpretado sus palabras.

Kendra se obligó a tomar aire.

—Nuestra amistad es muy importante para mí.

Él la estudió un segundo antes de hablar.

—Los dos sabemos que no estamos hablando de amistad.

La chica ocultó su malestar tras una frágil sonrisa.

—Bien. Pongamos las cartas sobre la mesa. —Se cruzó de brazos. Comenzaba a sentir frío, a sentirse sola—. Y la solución para ti es romper lo que tenemos, el lazo que nos ha unido desde

que tenemos uso de razón.

Zane apartó la mirada, apoyó una mano en una de las baldas y dejó caer la cabeza. Durante un momento se concentró en respirar. Aquello era lo más difícil con lo que había tenido que lidiar en la vida. Se rindió ante la evidencia. Lo mejor era dejar zanjado el asunto aquí y ahora.

—Aún no he hablado con Oliver de la camisa de mi padre.

—De acuerdo. Puedes hacerlo mañana. Nadie te juzgará después de todo, es tu padre y tu deber es protegerle.

—¿Y si es un asesino? Debo ser consecuente con mis actos —añadió sin esperar respuesta.

—Mañana hablaremos con Oliver y le contaremos lo que ocurre, pero ahora hablemos de nosotros, por favor. —Kendra estaba a punto de perder la paciencia. Tenía la impresión de que Zane huía y eso la asustaba.

Aquellos bonitos ojos pardos buscaron los suyos para que le dieran una respuesta que no tenía. Así que optó por cambiar de estrategia. Que ella estuviera allí, en su casa, no significaba nada.

—Vas a ir a la universidad...

—Esa información ya la tengo. Gracias.

Él no se dejó amilanar. Se frotó el cuello y se enfrentó, una vez más, a su mirada.

—Ahora no te das cuenta, pero cuando vivas en Ohio tendrás una nueva vida lejos de Wolcott, de mí —añadió con cierto pesar—. No quiero ser una carga o una cadena para ti. Debes ser libre para ser feliz.

—Ahora estoy aquí.

—Yo soy más pragmático, pienso más en el futuro.

Ella dio otro paso. La distancia entre ambos se acortó.

—¿Y no podemos pensar en el presente?

—No, no podemos.

—¿Por qué eres tan testarudo?

«Porque, si no lo fuera y tu padre estuviera aquí, me mataría».

—Kendra, creo que está todo dicho. Tengo que llevarte a casa, por favor —añadió en el último momento mientras ella lo miraba con sus preciosos y grandes ojos color avellana.

Kendra se inclinó hacia él, con los ojos fijos en los suyos. En ese momento él comprendió el motivo de su visita, y ella se sintió aliviada.

—¿Y si te dijera que quiero que tú seas el primero?

Zane dejó de respirar. Cuando encontró fuerzas suficientes, negó con la cabeza.

—No es buena idea.

Las lágrimas empañaron los ojos de Kendra.

—Me besaste, y eso significa que me encuentras atractiva, ¿me equivoco?

Zane levantó el brazo y, antes de arrepentirse, le acarició la mejilla con los nudillos.

—Eres preciosa. —Se fijó en el *piercing* de su nariz. Pensaba que no enturbiaba para nada su belleza, al contrario.

—Vale. —Ella sonrió—. Un punto a mi favor.

Le acarició la cara y no se permitió pensar. Iba a saborear algo que sabía que era inalcanzable para él. El silencio se hizo otra vez entre ellos. La besó lentamente y se dejó llevar por esa sensación que había tenido bajo control en todo momento. Había sido una semana horrible, la peor de su vida. Pero ahora ella estaba allí, y eso era más que suficiente. Se apartó con su cara todavía entre las manos.

—Kendra...

Ella asintió, incluso le regaló una bonita sonrisa.

—Quiero que seas tú. Necesito que seas tú.

—Esto es una locura.

—Nuestra locura, y de nadie más.

Él asintió despacio, sin despegar la mirada de la suya. Apartó las manos y entrelazó los dedos con los de ella. Bien sabía Dios que él también la necesitaba.

—¿Estás segura?

Kendra no dudó ni un segundo.

—Sí.

—Laurel me va a despellejar vivo.

Ella soltó una carcajada tintineante que a él le sonó a música celestial.

—No tiene por qué enterarse. Esto es entre tú y yo. —Tomó aliento mientras un pensamiento fugaz atravesaba su mente.

—¿Qué? —preguntó Zane cuando vio el reflejo de la duda en los ojos de ella.

—¿Has... Has estado con otras chicas?

En ese momento parecía tan dulce e ingenua que dudó estar hablando con la Kendra Mitchell que él conocía.

—Con algunas. ¿Quieres saber los detalles? —Sonrió cuando la vio abrir mucho los ojos.

—No... Creo que no.

—Bien. ¿Realmente quieres esto, Kendra?

Ella se acercó tímidamente y le besó en la mejilla, cerca de la oreja.

—Nunca he estado tan segura de algo —le susurró.

—Aún puedo llevarte a casa y zanjar este asunto —dijo él con voz ronca—. Podríamos hacer desaparecer esta noche y volver a un terreno más seguro.

—Ya lo has dicho, pero ya no es cuestión de amistad. Algo cambió, pero no fue cuando me besaste, fue mucho antes —aclaró—. Los dos lo sabíamos y tratamos de ignorarlo de forma deliberada.

Zane la condujo hasta la cama y le acarició el pelo.

—Kendra, no hace falta que hagamos nada. Tumbarnos simplemente a hablar me parece bien. Lo único que deseo es que estés aquí. A mi lado. Y que me perdones o, mejor aún, que olvides esta última semana.

Ella notaba un nudo en la garganta. ¿En qué momento exacto se había enamorado de Zane? No lo sabía, no obstante, en algún momento de su existencia, había descubierto que no podía vivir sin él.

—¿Crees que no soy como las demás chicas?

—¿Por qué piensas eso? —preguntó él en un tono poco amigable.

—No soy delicada, no me voy a romper cuando me toques.

Sintió como él le apretaba los dedos.

—Sé que no has estado con otros chicos.

—¿Y eso es un problema para ti? —Al ver que él no respondía, continuó hablando—. Bésame, por favor. —Se puso de puntillas y le rozó los labios con los suyos.

—Joder, Kendra...

La empujó a la cama y la cubrió con su cuerpo. La escuchó reír y ese estallido de felicidad le atravesó el alma. Deslizó las manos por sus costados hasta llegar a sus caderas. Le separó las piernas y se instaló en el espacio que había entre ellas. La besó despacio, como si le fuera la vida

en ello. Aquello era como tocar el cielo. Kendra olía a primavera, era cálida y suave.

—Está también es mi primera vez —le susurró contra la boca. La vio arquear las cejas y sonrió—. Nunca he estado con una chica que...

—¿Qué?

—Que no haya estado con otro chico —explicó.

—No creo que haya mucha diferencia.

Zane se echó hacia atrás y comenzó a quitarle la sudadera.

—¿Tú crees?

—Estoy completamente segura.

—Solo Kendra Mitchell podría darme una respuesta así. —Tiró de la sudadera y luego de una camiseta en la que se podía leer: «La opinión es tuya, pero la vida es mía». Él sonrió abiertamente —. Me ha quedado claro. —Pero al bajar la mirada, la sonrisa desapareció como por arte de magia. Se encontró con un bonito sujetador de encaje. La miró a los ojos cuando se lo bajó y liberó sus pechos.

—Dios, eres más preciosa aún que en mis sueños. —Acercó la boca, sacó la lengua y lamió el pezón con suavidad.

Kendra dejó de respirar. Su cuerpo no se rebeló, se limitó a recibir cada una de las caricias por parte de Zane. Aquello era mejor de lo que había imaginado. Le desabrochó los pantalones y los bajó junto a las bragas sin apartar ni un momento la mirada de ella, que alzó las caderas para facilitarle la maniobra.

—¿Estás segura, Kendra? Aún estamos a tiempo.

—¿Vas a quitarte los pantalones o lo tengo que hacer yo? —Le dedicó una sonrisa lenta y soñadora—. Necesito estar aquí, contigo y ahora.

Él acató la orden de inmediato. La besó y no pudo resistirse a pasar la lengua por el *piercing*. Había deseado hacer aquello durante mucho tiempo. Ella pareció comprenderlo y su sonrisa se ensanchó.

La saboreó de arriba a abajo y le encantó hacerlo. Su corazón estaba desbocado, a punto de salirse del pecho. Se detuvo y lamió su ombligo y, a continuación, su vientre.

—¿Estás bien? —preguntó contra su piel.

—Creo que deberías dejar de hacer preguntas y pasar a la acción.

—Joder. —Zane lanzó un impropio antes de recorrer con su boca el monte de venus y deslizar la lengua entre sus muslos hasta llegar al clítoris.

Kendra, sorprendida por la intromisión, se arqueó y soltó un gemido que a él le puso todavía más duro. Estaba haciendo realidad una de sus fantasías y se sentía jodidamente especial. A tientas abrió el cajón de su mesita y sacó un preservativo. Rasgó el envoltorio y se lo colocó.

Kendra abrió los ojos como platos. No había visto nunca un pene duro y excitado. Pasó saliva con dificultad y se preguntó si *aquello* podía encajar en su... La palabra se volatilizó de su mente.

—Kendra...

Ella entrelazó su mirada con la de él.

—Todo irá bien, ¿de acuerdo? Y recuerda que podemos parar cuando tú quieras. Voy a intentar ir despacio. —Su voz sonó rota cuando alineó su sexo con el de ella—. Empujó un poco y luego un poco más.

Kendra sintió que se rompía por dentro, pero no era una sensación desagradable, más bien lo contrario. Indescriptible. Se movió y abrió más las piernas. Escuchó a Zane soltar un impropio y sintió la tirantez de sus músculos en el cuello y en la espalda.

—No te muevas, por favor. Dame un segundo.

Kendra respiró hondo y se lo concedió. Él estaba muy quieto, pero, de repente, empujó con fuerza y el dolor la paralizó. Cerró los ojos y rogó que desapareciera.

—Necesito que te acostumbres a mí. ¿Te he hecho mucho daño? —Kendra no podía hablar, se limitó a negar con la cabeza—. Mentirosa —le dijo.

—Estoy... Estoy bien.

—Mejorará, te lo prometo. Una vez que me mueva, no me detendré. No creo que pueda.

El dolor la invadió de nuevo y chilló. Él se detuvo y aguardó su reacción.

—Estoy bien —susurró.

—¿Seguro?

—Sí.

—Necesito moverme, Kendra.

—De acuerdo. —Intentó amoldarse a él, aunque no le resultaba fácil.

La verdad era que todo aquello no se parecía en nada a las escenas que leía en las novelas románticas. La realidad era bien diferente.

Él retrocedió y empujó con fuerza. Esta vez el dolor no fue tan intenso, fue incluso placentero.

—¿Te gusta?

Kendra se dejó llevar por una maravillosa sensación hasta ahora desconocida. Todo estaba siendo perfecto.

—Sigue. Es maravilloso.

—Pues lo mejor está por llegar.

Cerró los ojos y empujó, moviéndose de forma rítmica. Kendra subió las rodillas para darle mayor accesibilidad y le rodeó la cintura. Después de aquello ya no pudo pensar. Chilló cuando una oleada de placer la invadió y la hizo temblar. Se perdió en un mundo desconocido y se sintió, por primera vez en mucho tiempo, libre.

En ese momento descubrió que Zane le había devuelto algo que había perdido: la sensación de amar y ser amada.

CAPÍTULO 21

Zane escuchó un ruido fuera de la casa y, de inmediato, abrió los ojos. Se puso en alerta. Kendra dormía desnuda y acurrucada a su lado. Una leve y tonta sonrisa tensó su boca al verla allí, en su cama, entre sus sábanas. Había sido una noche increíble, especial en todos los sentidos. Recordaría ese instante hasta el mismo día en que diese su último aliento de vida. Pero ahora tocaba hacer frente a la realidad y presentía que no iba a ser una tarea fácil.

La puerta se abrió y se escuchó un portazo que hizo retumbar la casa.

Había amanecido y, por desgracia, su padre había regresado.

Cuando le escuchó tropezar con algunos de los muebles, supo que lo que le esperaba no iba a ser una tarea sencilla. El alcohol lo cegaba, le hacía ser otra persona, más egoísta y malhumorada, nada que ver con el padre que él había conocido siendo muy niño. El alcohol sacaba lo peor de él.

Se pasó la mano por la cara y arrugó el entrecejo. La necesidad de proteger a Kendra se hizo imperiosa. Así que, con cuidado de no despertarla, se deslizó por el colchón, tocó el suelo con los pies y se levantó. No pudo evitar fijarse en la mancha de sangre que impregnaba la sábana. Una extraña sensación le invadió, se sintió feliz y culpable al mismo tiempo. Se vistió y salió descalzo de la habitación en silencio, no sin antes echar una última ojeada a la mujer más hermosa sobre la faz de la tierra.

«Tío, estás bien jodido». Ese fue su último pensamiento antes de cerrar la puerta tras de sí.

Cuando llegó a la cocina, su padre se tambaleaba de un lado a otro mientras intentaba abrir la puerta de uno de los armarios.

—¿Dónde guardas la ginebra?

—¿No has bebido ya suficiente?

—Escucha, cabrón: yo soy tu padre y yo —Se apuntó con el índice en el pecho— soy el que da las órdenes aquí. Si te pregunto dónde hay una botella, tú me la das, sin rechistar, ¿entendido? —arrastró las últimas palabras antes de dar un traspies y tropezar con una de las sillas de la cocina, esta se tambaleó y estuvo a un tris de caer al suelo.

Zane lo miró con dureza, pero no dijo nada.

—¿Dónde están las putas botellas? —vociferó Loyd dando tumbos y portazos de un lado para otro.

—No es necesario que levantes la voz, te oigo igual.

—Vaya, el chaval nos ha salido gallito. —Sonrió de una forma malévola. Sus dientes amarillos quedaron a la vista y Zane sintió, de nuevo, asco por el hombre que tenía ante sí. La necesidad de encontrar una figura paterna le había hecho confiar una y otra vez en su padre, pero ahora lo comprendía: se había estado engañando. Nunca cambiaría. La situación iba de mal en peor.

Loyd Murphy dio un portazo y la puerta rebotó con tal brusquedad en la pared que el armario quedó abierto.

—Vete a la mierda.

Zane negó con la cabeza. El espectáculo era dantesco. Su padre olía fatal, incluso desprendía un hedor a orín que echaba para atrás, daba nauseas.

—Me voy —espetó sin ocultar su irritación—. Das asco.

Se dio la vuelta con la única intención de salir de la cocina y regresar junto a Kendra.

—¿De quién es el coche que está aparcado ahí fuera? —preguntó con aspereza. Se volvió a tambalear, pero en el último segundo se recompuso y recobró el equilibrio.

«Mierda, mierda, mierda. ¿Por qué narices no he pensado en el coche de Laurel hasta ahora?».

Incómodo por la pregunta buscó algo que decir.

—Supongo que de algún excursionista —dijo al fin.

Su padre le sostuvo la mirada. Parecía irritado. El silencio se hizo tenso.

—Mientes...

Zane aspiró con fuerza para soltar el aire muy despacio.

—Me voy. No voy a hablar contigo en ese estado.

Antes de que Zane diese un paso, Loyd le increpó:

—Tú no vas a ninguna parte hasta que me hayas dado una botella ginebra —le ordenó en un tono intenso que no dejaba lugar a dudas. Sonrió con maldad y el gesto ceñudo de antes se hizo más palpable—. Quizá tengas a una muñequita escondida por alguna parte. ¿Es eso?

Zane olió el peligro y supo que tenía que salir de allí lo antes posible y llevarse a Kendra muy lejos de las garras de su padre.

—Vaya, vaya... —Loyd pensó algo coherente que decir, pero su cerebro estaba bañado en alcohol. Así que desistió de hacer un juego de palabras—. Te veo diferente. —Logró decir al fin—. ¿Has echado un polvo? ¿Es eso?

Zane volvió a mirarlo con animadversión, pero no comentó nada al respecto. En el fondo sabía que todo lo que dijera a su padre lo utilizaría en su contra. Así había sido desde que tenía uso de razón.

—Lo digo porque pareces relajado. —El hombre dejó escapar una risa estrangulada—. El hecho de que haya bebido no significa que no me dé cuenta de ciertas cosas. —Se llevó el dedo índice a la sien y se dio pequeños toques en esa zona en concreto—. ¿Se trata de la hija de Josh Mitchell? ¿De esa que lleva un aro en la nariz, como si fuera una vaca? Tengo entendido que estáis muy unidos. —Sonrió de una manera provocativa mientras dejaba caer el brazo—. Reconozco que es una putilla muy atractiva.

Zane sintió asco de su propio padre, pero no se movió del lugar donde se encontraba. Tenía la impresión de que si lo hacía rompería la barrera que protegía a Kendra.

—¿Dónde está la ginebra, Zane? No te lo voy a preguntar más veces.

Zane tomó una bocanada de aire. La situación se estaba volviendo insostenible y él tenía que hacer algo al respecto.

—¿Dónde cojones está la ginebra? —gritó a todo pulmón Loyd, fuera de sí.

Zane soltó una imprecación entre dientes. Respiró hondo antes de responder.

—Ayer me deshice de todo el alcohol que había en la casa. —Nada más pronunciar esas palabras, se arrepintió. La mirada de su padre se volvió virulenta, amenazante. No se movió y esperó pacientemente el primer golpe, pero en esa ocasión bien sabía Dios que estaba preparado para devolvérselo.

—Eres tan inútil como tu madre —vociferó mientras se acercaba a su hijo con pasos vacilantes. Lo agarró por la camisa y lo zarandeó, pero Zane lo apartó de un empujón que le hizo dar un traspiés y bambolearse sobre sí mismo—. No tienes cojones de darme un derechazo y dejarme K.O. —Se acercó de nuevo, levantó el puño con violencia y estuvo a punto de estrellarlo contra la mejilla de su hijo, pero algo captó su atención y detuvo el golpe.

—Zane, ¿qué ocurre?

El chico, al escuchar la voz de Kendra, dejó de respirar y cerró los ojos con fuerza.

«El amor llega despacio». Eso fue lo que pensó Laurel mientras bebía su primer sorbo de café de la mañana y observaba, a través del cristal de la ventana de la cocina, la escena que se estaba desarrollando en el exterior de la casa. Lo que sentía por Oliver la había arrollado de tal manera que tenía la impresión de estar viviendo una vida que no le pertenecía, una vida prestada. Se había enamorado. Cerró los ojos durante un segundo, luego se llevó la taza de nuevo a los labios y pensó que ya poco podía hacer al respecto. Iba a sufrir, lo sabía de antemano. Oliver regresaría a Jacksonville y ella se quedaría allí lejos de todo y de todos. No era la vida que había elegido, pero sí la que le había tocado vivir.

Era sábado, un día tranquilo. Caleb, como de costumbre, se había levantado temprano. Kendra seguía durmiendo en su habitación y no tenía el menor interés en despertarla. Saboreó un poco de esa paz que le brindaba la mañana mientras esbozaba una sonrisa. Era un momento perfecto, un instante para guardar en la memoria y no olvidar jamás.

La pelota salió volando a tal velocidad que cayó directamente al lago.

Escuchó la risa de su hijo. Aún tenía el bate entre las manos. Oliver y él jugaban al béisbol o, al menos, el niño lo intentaba. El hecho de que Oliver tuviera una paciencia tan infinita como el Everest con su hijo hacía que ella se enamorara un poco más.

«Despierta. Se irá lejos y te dejará el corazón para el arrastre», se dijo a sí misma cuando abrió la puerta y salió al porche. El día había amanecido gris y nubes plomizas cubrían un cielo otoñal. Sintió el viento frío, pero lo ignoró y se acercó a la baranda. Pronto llegaría diciembre y, con él, las primeras nieves. La vida en Wolcott se complicaría, tal y como había estado sucediendo desde que el mundo era mundo. Suspiró y luego exhaló el aire despacio.

«Vive el presente. Por favor, no pienses en el futuro», se dijo.

—Está bien. Esa pelota la daremos por perdida —dijo Oliver mientras examinaba otra que tenía entre las manos—. Esta es la última; así que presta atención y estudia la dirección antes de golpearla.

El niño barrió el aire con el bate entre sus manos. Oliver hizo una mueca. Dejó su posición y se acercó a él.

—Bien, de acuerdo. ¿Eres diestro o zurdo? Porque yo ya no estoy tan seguro.

Laurel no pudo más que reír ante la escena. Oliver estaba situado a la espalda del niño. Le rodeaba con sus fuertes brazos mientras buscaba el ángulo correcto que debía tomar el bate. Lo giró varias veces entre las manos.

—Coge el bate. —Caleb hizo lo que Oliver le pidió—. Cámbialo de una mano a otra. —El niño obedeció—. Así, perfecto. ¿Con qué mano te quedas?

—Con la derecha —dijo Caleb más convencido que Oliver.

—Bien. De acuerdo, entonces. Ahora distribuye el peso en ambas piernas y batea todo lo que pase por tu lado.

—¿Todo? —preguntó el niño, atónito.

—Todo. —Oliver pareció leer la mente del chico—. Los pájaros no se atreverán a pasar por tu lado, te lo aseguro.

—Bien —dijo Caleb, no muy convencido—. ¿Así estoy bien? —Volvio a distribuir el peso entre las dos piernas, como si esa fuera una labor fácil.

—¿Preparado?

—Sí.

Oliver corrió a situarse frente al niño, a una distancia prudencial, y lanzó la pelota sin demasiada fuerza cuando vio a Caleb en posición. El niño golpeó con poca destreza y pelota y bate salieron volando, formando una gran parábola perfecta en el aire. Caleb, pasmado, abrió y cerró la boca y se miró las manos vacías. Boqueaba como un pez fuera del agua, como si cientos de preguntas sin respuesta pasaran por su mente a una velocidad de vértigo. Oliver se colocó la mano en la frente, a modo de visera, e hizo una mueca cuando vio que la pelota iba a correr la misma suerte que la anterior. El bate, al menos, no alcanzó el agua.

Laurel no pudo evitar soltar una carcajada ante tal espectáculo. Dejó la taza en la baranda y aplaudió cuando vio que Oliver se descalzaba y se dirigía hacia el lago. En ese momento, desvió la mirada hacia la derecha y se percató de algo que hizo que su sonrisa se desvaneciera en el acto.

¿Dónde estaba su coche? Juraría que lo había aparcado la tarde anterior junto al de Oliver.

La respuesta no llegó, porque en ese momento su teléfono móvil vibró y sonó en el interior de su bolsillo. Cuando observó el nombre que aparecía en la pantalla se quedó muda de asombro.

Las voces de Oliver y Caleb, que se escuchaban en segundo plano, desaparecieron por completo cuando descolgó y escuchó la voz de Kendra a través de la línea.

—Laurel, por favor, te necesito. Estoy en casa de Zane. Ven deprisa.

Oliver se había remangado los pantalones para rescatar la segunda y última pelota.

—Chaval, tienes que practicar más. El agua está helada y mis pies son ahora mismo dos cubitos de hielo.

Cuando tocó tierra firme miró en dirección a la casa. Su sonrisa se borró en el acto porque Laurel, con gesto abatido y teléfono en mano, corría a su encuentro.

CAPÍTULO 22

Cuando llegaron, la policía ya estaba allí, en casa de los Murphy.

Oliver retiró la llave de contacto y el motor se paró. Los tres ocupantes del coche se quedaron perplejos ante el inmenso dispositivo policial que veían a través del parabrisas. Laurel, sin mediar palabra, se apeó del vehículo con el corazón en un puño. Con las prisas se había olvidado el abrigo y ahora lo lamentaba. Al menos, Caleb tenía el suyo. Durante el corto trayecto se repitió una y otra vez que Kendra estaba bien. Había escuchado su voz, se la notaba nerviosa, pero su tono era firme.

Intercambió una mirada con Oliver cuando se fijó en que el inspector Wicker se encontraba también allí. Los coches de policía con las luces rojas y azules luminosas y parpadeantes contrastaban con el día frío y nublado. Aspiró una bocanada de aire y se ordenó a sí misma mantener la calma. No veía a Kendra por ninguna parte, pero eso no significaba nada, solo que no estaba y punto.

Oliver rodeó el coche, se quitó su chaquetón y se lo pasó por los hombros a Laurel.

—No lo necesito.

—Claro que sí. Toma.

Laurel se lo reconoció con una tenue sonrisa. Se ajustó el chaquetón al cuerpo y sus músculos se lo agradecieron de inmediato. Prestó atención a los pequeños detalles, a todos los que le pudieran dar una pista sobre Kendra, pero no obtuvo resultado alguno. Sintió como los latidos de su corazón resonaban en su interior, esa sensación ya la había vivido antes y no le gustaba nada. Se dirigió con paso tambaleante hacia la casa, pero un policía, al percatarse de su presencia, le interceptó el paso.

—No pueden pasar.

—Pero mi hija está ahí —protestó Laurel, sin saber muy bien qué hacer a continuación—. Se llama Kendra Mitchell y necesito saber si se encuentra bien.

—No puedo darle ninguna información por el momento —alegó el policía—. Lo lamento.

—¿Hay algún herido? —preguntó Oliver.

El policía no respondió. Se limitó a mirar a la pareja y a arrugar la frente.

—Entiendo —comentó Oliver—. No nos puede dar ninguna información. —El agente asintió con la cabeza—. Conozco al inspector Wicker y me gustaría hablar con él.

Como si el inspector hubiese escuchado su nombre, dirigió toda su atención al punto donde se encontraban Oliver y Laurel.

—Por favor, Dios, no permitas que le haya pasado nada malo —rogó Laurel.

No se dio cuenta de que había hablado en voz alta hasta que sintió que Oliver la estrechaba entre sus brazos.

—¿Dónde está Kendra? —preguntó Caleb, fascinado con la escena—. Se ha debido meter en un lío tremendo si hay tantos policías aquí.

—Vuelve al coche, Caleb —espetó Laurel sin ocultar su irritación.

El niño iba a protestar, pero Oliver le revolvió el pelo.

—Será mejor que obedezcas a tu madre.

Caleb, desolado y cabizbajo, optó por obedecer.

—Siempre me pierdo lo mejor. Vaya rollo —dijo, dándose la vuelta.

Laurel sintió como le reconcomía la culpa al ver alejarse a su hijo. Caleb no era responsable de todo aquel lío.

—Estará bien —dijo Oliver. Ella, de haber tenido fuerza suficiente, habría sonreído. En ese instante, Wicker levantó el brazo y le hizo una señal con la mano a Oliver—. El inspector quiere hablar con nosotros.

Wicker repitió el mismo gesto al agente.

—Pasen.

Oliver y Laurel se precipitaron a su encuentro.

—Inspector —le saludó Oliver.

—Bienvenidos a una pieza más de este rompecabezas.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Oliver.

—Kendra está dentro. Imagino que les gustará saberlo. Ahora mismo le están tomando unas muestras de ADN.

—¿Está bien? —preguntó Laurel, nerviosa.

—No está herida, si es eso a lo que se refiere.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber Oliver.

Wicker se tomó su tiempo antes de responder.

—Kendra llamó a la policía...

—¿Ella llamó a la policía? Pero, ¿por qué? —inquirió Laurel cada vez más angustiada.

—Al parecer Loyd Murphy no ha comenzado el día con buen pie. —Wicker observó durante unos segundos a la pareja que tenía ante sí. Saltaba a la vista que estaban preocupados, incluso desubicados. Laurel Mitchell miraba de un lado a otro, buscaba con desesperación a su hija, y Oliver Shearman analizaba todo lo que le rodeaba con detalle, con el ojo clínico de un buen soldado—. Esta madrugada se ha presentado en su casa borracho y la ha tenido con su hijo —continúo. Buscó en el bolsillo de su chaquetón un chicle, lo desenvolvió y se lo metió en la boca. Aún no había ganado la batalla contra la nicotina y dudaba de que alguna vez fuera a hacerlo—. ¿Sabía usted que su hija ha pasado aquí la noche?

Laurel, que en ese momento tenía la mirada fija en una de las ventanas de la casa, dio un respingo y prestó toda la atención al inspector.

—Lo he sabido hace escasos veinte minutos. Cuando me ha llamado al móvil —aclaró.

El inspector masticó el chicle despacio, sin prisas.

—Veinte minutos, ¿eh?

—Oiga, si está insinuando que soy mala madre, dígalo claro.

Laurel sintió la mano de Oliver sobre uno de sus hombros, eso la reconfortó. Dejó escapar un suspiro ahogado.

—Esa conclusión es suya, no mía, señora Mitchell.

Laurel, sorprendida por la respuesta, abrió sus ojos a la máxima expresión.

—¿Cómo se atreve...?

—¿Por qué no hace la pregunta que quiere hacer, inspector? —inquirió Oliver.

El inspector soltó el aliento de golpe.

—Verá, sargento... Hay hombres que cometen en su vida dos o tres errores. Loyd Murphy ha sobrepasado mis expectativas, su lista de errores es demasiado larga para pasarla por alto. Es borracho, violento, estúpido, y a mi parecer, poco inteligente. Si a todo eso le añadimos que hemos encontrado una camisa ensangrentada...

Oliver no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Qué intenta decirnos? ¿Qué Loyd Murphy es el asesino? —inquirió asombrado—. Según tengo entendido ese hombre se pasa buena parte del día con una tasa de alcohol en sangre más alta de lo permitido por la ley. No tiene reflejos ni equilibrio para andar en línea recta, mucho menos para coger un hacha y blandirla sobre otro ser humano.

La casa estaba algo más alejada del lago que la de los Mitchell, pero eso no impidió que Wicker se fijase en cómo una bandada de patos alzaba el vuelo y sobrevolaba la copa de los árboles.

—Su teoría no es mala, pero tampoco es perfecta —dijo con la mirada puesta en el cielo—. La cuestión es otra, sargento. —Se centró de nuevo en la pareja y, en esta ocasión, su voz sonó cortante—. Su hija, señora Mitchell, y Zane Murphy han descubierto una camisa con una inmensa mancha de sangre, que tiene toda la pinta de ser humana. Eso es lo que me ha comunicado la científica que ha examinado la prenda hace unos instantes. Pero esto no tendrá importancia alguna hasta que analicen la prueba con detalle y verifiquen si la sangre coincide con alguna de las víctimas. Es todo muy extraño, la verdad. ¿Dónde ha estado esa camisa todo este tiempo? Tanto Kendra como Zane declaran que la han encontrado esta mañana.

Laurel sintió que se perdía en un laberinto de conclusiones.

—¿Por qué no habla claro de una vez por todas, inspector? ¿Qué intenta decirnos?

Wicker respondió con otra pregunta.

—¿Qué piensan de Zane Murphy?

—Es un buen muchacho —declaró Oliver.

—¿Y usted, señora Mitchell?

Laurel se arrebujó en el abrigo prestado antes de responder. El inspector quería ponerla contra las cuerdas y ella tenía que andar con pies de plomo, si deseaba que Kendra saliera inmune de todo ese embrollo.

—Como dice Oliver, es un buen chico.

El inspector la observó con atención mientras su mandíbula masticaba con movimientos exactos y repetitivos.

—No es lo que he oído por ahí. —La voz del inspector era sombría—. Trabajaba para usted, sin embargo, lo despidió.

—Fue un malentendido.

—El malentendido que se ha extendido en el tiempo... —Laurel decidió no responder a la alusión—. Verá, señora Mitchell...

La frase del inspector fue interrumpida cuando la puerta principal se abrió. Kendra y Zane salían en ese preciso instante de la casa. Iban cogidos de la mano y su aspecto daba a entender que las últimas horas habían sido muy duras. Tras ellos hizo su aparición Loyd Murphy. Iba esposado y tenía toda la pinta de seguir ebrio. Su aspecto era desaliñado y, de no ser porque los agentes lo sujetaban, habría caído de bruces al suelo.

El viento se removió inquieto e hizo bailar en círculos a las hojas secas que se amontonaban por cientos en el suelo. El pequeño remolino que se formó indicaba que muy pronto podría haber tormenta. Pero no fue eso lo que a Laurel le llamó la atención. Incluso a esa distancia podía ver que algo había cambiado entre los dos jóvenes. Ya no eran solo amigos, eran amantes. Amantes jóvenes e inexpertos. Respiró el aire húmedo y pensó que la tormenta que estaba a punto de desatarse no iba a ser la única.

—¿Entiende ahora lo que intento decirle, señora Mitchell? —preguntó el inspector.

Laurel asintió sin dejar de mirar a la pareja. Kendra estaba triste, asustada y parecía fuera de lugar.

—Son tan jóvenes...

Dejó a Oliver y a Wicker y corrió al encuentro de su hija. Kendra, nada más verla, soltó a Zane y se arrojó en sus brazos.

—Lo siento, lo siento tanto.

Laurel la recibió y la envolvió en un abrazo. En ese momento, Kendra no era la adolescente malhumorada; más bien parecía una niña desolada y asustada.

—Ya pasó todo...

Laurel levantó la mirada y se encontró con la de Zane. El muchacho la miraba fijamente a la espera de ser juzgado. Tenía un buen hematoma en el pómulo izquierdo que muy pronto tendría un aspecto aún peor. Llevaba la camisa rasgada por la zona del cuello. Su pelo estaba alborotado y sus ojos solo transmitían tristeza. Laurel se apiadó del muchacho y le hizo una señal para que se acercara. Comprendió que había sido muy dura con él en el pasado.

Zane había estado esperando ese gesto demasiado tiempo; así que se limitó a poner un pie tras otro y acortar la distancia que los separaba. Al llegar a la altura de Laurel, esta le acarició la mejilla magullada. Él enrojeció por la vergüenza. Odiaba que lo vieran de esa guisa.

—Lo lamento, Zane. Espero que puedas perdonarme algún día.

Zane asintió despacio con la cabeza. Su mirada, durante unos instantes, se perdió en el suelo.

—No hay nada que perdonar. Todos cometemos errores, señora.

Laurel sonrió sin dejar de abrazar a Kendra.

—¿Quieres venir a casa con nosotros?

Zane dudó durante una milésima de segundo. La policía se estaba retirando y el coche que llevaba a su padre a Vermont estaba a punto de partir.

—Será mejor que lo acompañe.

Laurel miró en la dirección que Zane le señalaba.

—Eres un buen muchacho. Siento haber dudado de ti.

—Gracias, señora Mitchell.

Zane notó que parte de la tensión acumulada en sus hombros se disolvía. Miró a Kendra y supo que, por mucho tiempo que pasara, jamás podría dejar de quererla. Pero ella necesitaba algo más que lo que él le podía ofrecer en ese momento.

No hubo ningún roce, ninguna caricia ni despedida.

—Zane... —lo llamó ella. Kendra sollozó cuando lo vio alejarse. Insistió de nuevo, pero él no se volvió.

Wicker abrió la puerta para que Zane subiese a su coche. El ruido del motor fue lo último que Kendra escuchó antes de sumergirse de nuevo en el dolor. La voz de Oliver interrumpió sus pensamientos.

—Será mejor que volvamos a casa.

—¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó la muchacha, cansada.

—La vida no está trazada con líneas perfectas, Kendra, pero ten por seguro que ayudaremos a Zane en todo lo que nos sea posible —comentó Laurel.

La mirada de Kendra se posó en el coche que se alejaba. No pudo evitar sentir que una parte de ella se iba también con Zane.

CAPÍTULO 23

Un par de días más tarde, la noticia de la detención de Loyd Murphy había corrido como la pólvora. Los periódicos más importantes del país se habían hecho eco de su macabra historia y su rostro llenaba primeras páginas de la prensa escrita. Las cadenas de televisión se relamían con el aumento de las audiencias en las franjas horarias de *prime time*. Unos le tachaban de demente, mientras otros le creían una víctima más de la sociedad del siglo veintiuno, daban por hecho que el alcohol era el causante de tal carnicería.

Allí, en Wolcott, todos estaban conmocionados por el trágico desenlace. La muestra de sangre había coincidido con la del propietario de la cafetería, Chad Jenkins. Lo que significaba que Loyd iba a pasar el resto de su vida en la cárcel. La muerte del montañista, fuera autoría o no de Murphy, se la endosarían también a él. Era la manera que tenía la policía de dar carpetazo al asunto y lavarse las manos.

Oliver, con las manos embudidas en los bolsillos de su pantalón y con todos esos pensamientos bullendo en su mente, observó el lago desde la orilla. Desde su llegada, aquella inmensa masa de agua dulce le había cautivado y sabía que jamás podría olvidar esa imagen. Era un remanso de paz que daba vida a un entorno de gran belleza. Escuchó un golpe seco y su mirada se dirigió a las barcas que seguían amarradas por una gruesa cuerda a un poste del estrecho y deteriorado muelle de madera. El vaivén al que estaban sometidas por las pequeñas ondulaciones del agua le embrujó. Eran hipnóticas y perseverantes.

Zane y él habían estado hablando. El muchacho le había pedido consejo y no había dudado ni un segundo en darle su opinión al respecto. Esperaba de corazón que las personas que le querían no sufrieran demasiado por la decisión que estaba a punto de tomar.

Se esforzó por no caer en la autocompasión. Acababa de recibir una llamada telefónica desde Jacksonville. La salud de su madre había empeorado considerablemente en las últimas horas. Era el momento de regresar, de volver a su vida; pero, para su sorpresa, no estaba preparado para retomarla justo donde la había dejado. Pensó en el ataque, en la carta y en Will. Cerró los ojos durante un segundo, tiempo suficiente para escuchar como el viento silbaba y le arrojaba.

—Estás muy pensativo.

No se dio la vuelta. Despedirse de Laurel era una de las cosas que deseaba evitar a toda costa. Abrió los ojos y se dejó llevar por aquel paisaje que parecía llamarlo a gritos. Decidió ser sincero.

—Me han llamado de la residencia. Mi madre está en la recta final.

La escuchó suspirar y se le partió el corazón.

—¿Cuándo te marchas?

—Mañana, a primera hora. —Se volvió y sus miradas se entrelazaron de inmediato—. Lo siento.

Ella hizo un esfuerzo por sonreír. Se sentía el ser más despreciable del planeta. La culpabilidad le agujoneaba desde hacía horas y, por más que lo intentaba, no podía despojarse de esa lúgubre sensación.

—No hay nada que sentir. Somos adultos y tenemos que ser consecuentes con nuestras decisiones. El destino te trajo hasta aquí y ahora te lleva de vuelta. Debemos aceptarlo, sin más.

Le tomó la mano y le acarició suavemente los dedos, atrayéndola hacia él.

El viento se intensificó, como si quisiera hacer notar su presencia.

—No sé qué decir.

—Es mejor no decir nada o lo estropearás todo.

Oliver la abrazó.

—Gracias por estos maravillosos días —dijo.

Laurel respiró profundamente para darse fuerzas, pegó la nariz a su cuello y se dejó embriagar por ese aroma que, sin pretenderlo, había hecho suyo.

—Comprendo que vayas a ver a tu madre. —Se separó lo suficiente para mirarle a los ojos—. Yo no pude despedirme de los míos y eso siempre pesa.

—Nunca me has hablado de tus padres. —Le acarició el pelo. Esa tarde lo llevaba suelto, tal y como a él le gustaba. Una ráfaga de aire se lo revolvió ligeramente. Él atrapó un mechón entre los dedos y lo acarició. Al tacto, como él ya sabía, era suave. Lo soltó y permitió que el viento se adueñara del mechón nuevamente.

Los labios de Laurel dejaban ver una triste y contenida sonrisa.

—Ellos y mi hermana murieron en un accidente de coche. —Hizo una pausa y agradeció que él dejase que el tiempo se dilatara—. Estaban pletóricos, felices. Se suponía que era un viaje de placer, iban a ver a unos amigos, pero nunca llegaron a su destino.

Él mantuvo un semblante impassible. No pudo evitar pensar en el atentado producido un mes y medio antes en Nueva York y que había conmocionado al mundo. Muchas familias habían quedado rotas. Era y sería siempre una herida abierta para los neoyorkinos y el pueblo americano en general. Aún recordaba la tensión, las horas muertas y la incertidumbre a través de la pantalla del televisor. Él y Will se encontraban en Afganistán. Igual que el resto de sus compañeros se quedaron mudos y horrorizados ante la tragedia. Transcurrieron demasiadas horas antes de poder cerrar los ojos y desconectar de la realidad. A la mañana siguiente, tenía la impresión de encontrarse en un mundo muy diferente al que había conocido hasta aquel sombrío once de septiembre.

El mundo había comenzado su propia guerra contra esos pocos.

Demasiadas muertes, demasiado sufrimiento para nada. Recordó el ataque a su propio campamento militar. Después, oscuridad y más pérdidas humanas.

—Lo siento —dijo. La arruga de su frente se intensificó.

—Lo sé. —Laurel tragó saliva e intentó humedecer la boca. Oliver se acercó y enterró el rostro en su pelo.

—Nadie debería pasar por algo así.

—El paso de los años ayuda a sobrellevarlo.

—Tienes dos hijos maravillosos.

—Sí. Lo sé. Intento no olvidarlo. Me aferro a ellos como si fueran un puerto seguro, donde sé que voy a encontrar la calma y alejarme así de la tempestad.

Sintió el impulso repentino de besarlo, pero no lo hizo. Solo pondría las cosas más difíciles. Había sido una aventura, una relación exprés, solo sexo para calmar sus propias penurias. Eso era lo que se repetía una y otra vez; pero, en el fondo, sabía que se engañaba. Pasó la mano por su pecho. La lana del jersey le resultó reconfortante, pero aún lo sería más su piel. Dejó que esos pensamientos se diluyeran, no le hacían ningún bien. Podía ver en la mirada de Oliver la férrea decisión de alejarse de Wolcott. Lo había sabido desde el principio, sin embargo, no pudo evitar sentir como algo se resquebrajaba en su interior.

—Trajiste la carta y, sin saberlo, cumpliste con la misión que te encomendó Will —dijo a duras penas—. Sé que no es una carta como la que han recibido sus padres tras su muerte, aun así, siento que nos hemos podido despedir. Te lo agradezco.

A esas alturas debería sentirse cómodo a la hora de hablar de Will, no obstante, no era así.

—No sé qué voy a hacer ahí fuera sin ti. —Pasó su mano alrededor de la delicada mandíbula y le empujó suavemente la barbilla hacia arriba.

Daba la impresión de que la esperanza no se había esfumado del todo, sin embargo, Laurel intentó no aferrarse a ella.

—Luchar por lo que crees, tal y como has estado haciendo hasta ahora —respondió.

Oliver buscó su mano y trenzó los dedos alrededor de los de ella.

—Siempre he tenido la sensación de que si moría... —Al ver que Laurel iba a protestar, la besó en la frente— no dejaba nada atrás. Mi padre ya no está y mi madre, enferma como la dejé, no iba a llorar demasiado tiempo mi ausencia.

—No digas eso. —Le puso la mano en los labios—. Es tu madre, Oliver, y ella te quiere.

—Soy consciente de eso, pero no he sido el hijo que a ella le habría gustado que fuera.

—¿Lo dices por el restaurante?

—Lo que más deseaba es que siguiese los pasos de mi padre, pero ese no era mi mundo.

—¿Y el ejército lo es?

Él no tuvo que pensar la respuesta.

—Ya no estoy tan seguro.

El silencio se prolongó de manera insoportable.

Oliver ignoró ese sinfín de emociones contradictorias que lo apabullaban desde hacía días.

—Será mejor que vaya a hacer la maleta. —Se distanció de ella y, nada más hacerlo, se arrepintió. Comenzó a poner un pie tras otro. Cuanto más se alejaba, más sentía que estaba cometiendo un error. Sin embargo, ignoró ese pensamiento por su propio bien.

—Oliver...

Él se detuvo y se volvió.

—¿Eliges esa vida por obligación?

—Ella me elige a mí.

—¿Estás seguro?

—No es sencillo, Laurel. Tengo que irme —apremió.

—Estoy enamorada de ti. —Nada más pronunciar esas palabras Laurel se sintió más liberada. Él percibió una nota de impaciencia en su voz, se pasó la mano por el pelo y suspiró. No se lo estaba poniendo fácil.

—Ya tengo una vida, Laurel, y no puedo tirarlo todo por la borda. —Se sorprendió una vez más mirando a su alrededor e imaginando cómo sería vivir allí para siempre.

—No quiero crearte un conflicto, solo digo que hay otras opciones.

—Desde el principio los dos sabíamos cómo iba a terminar esto.

Laurel ignoró esa punzada de resentimiento que la sobrevino de repente.

—Necesito preguntarte algo. —Se armó de valor—. ¿Sientes algo por mí?

Oliver pensó que era la pregunta más complicada que le habían formulado jamás.

Ella levantó una de las manos, como si quisiera detener las palabras que aún no habían sido pronunciadas.

—Creo que te he hecho sentir incómodo. Si es así, quiero que sepas que lo lamento.

—Laurel...

—Gracias por todos esos momentos maravillosos —dijo ella, temblando—. Tienes que irte. Hazlo ya, por favor.

—Al menos déjame que te explique mis razones.

—No hables, ya te he dicho que lo estropearías. —No lo soportó más. Desanduvo los pasos que había dado para llegar a él. Cuando llegó a su altura, se puso de puntillas y lo besó en la boca. Fue un beso corto, pero intenso—. Dame un momento de eternidad, un momento antes de perderte para siempre.

Oliver la estrechó entre sus brazos y esta vez fue él quien la besó, como si le fuera la vida en ello. Cuando se separaron ambos respiraban de forma agitada. Le acarició la mejilla con el dorso de la mano. Laurel no era suya, solo había sido una treta del destino.

—Lo mejor será no retrasar el viaje. Parto esta misma tarde hacia Jacksonville.

Se miraron con atracción sexual y durante unos segundos ninguno de los dos se atrevió a decir nada. Ella bajó la cabeza, incapaz de seguir mirándolo a los ojos. Asintió, como si todo aquello tuviera sentido. Él abrió la boca para decir algo, pero la cerró antes de cometer un nuevo error.

Cuando lo vio alejarse, sintió que habría siempre un antes y un después de Oliver.

El viento cesó y las primeras gotas cayeron. La tormenta había llegado y tenía la impresión de que iba a quedarse para siempre.

Dejó que las lágrimas bañasen sus mejillas. Se abrazó a sí misma y esperó a que él se alejara.

Oliver detuvo el coche frente a la granja de los Dawson. Llovía a mares y no tenía pinta de que la tormenta fuera a cesar pronto. En breve comenzaría el mes de diciembre y llegarían las nieves, pero él no estaría ahí para verlo, para observar el lago helado o el bosque cubierto por un manto níveo. Seguramente, sería una Navidad blanca y tranquila, de esas que siempre quedan en el recuerdo por alguna anécdota graciosa o sentimental, de esas que él siempre había deseado y nunca, por un motivo u otro, había disfrutado. Se imaginó a Laurel con sus hijos y amigos sentados en una mesa repleta de viandas, ponche y dulces típicos. Reirían, cantarían villancicos, se gastarían bromas e igual, con un poco de suerte, saldría su nombre a colación durante la reunión. De eso último no podía estar del todo seguro. Por un momento, deseó no marcharse y echar raíces en aquel lugar. No era difícil, solo se tenía que dejar llevar por esa necesidad que le anclaba a aquella tierra. Cerró los ojos y, con las manos aferradas al volante, dudó. Cuando los abrió, se quedó allí sentado viendo como la lluvia golpeaba con fuerza contra el parabrisas.

«Lo mejor es terminar con todo esto cuanto antes», pensó con la mano ya en el tirador.

La cortina de agua casi le impedía ver la casa con claridad, aun así, decidió que era el instante perfecto para despedirse de Jesse y Micaela. Le habían acogido como a uno más y eso siempre era de agradecer. Salió del coche y, a pesar de las gotas frías, echó a correr. Cuando llegó a la altura del porche ya se encontraba empapado de pies a cabeza.

La puerta se abrió en ese momento y fue Micaela quien le recibió.

—Debe ser urgente para que nos visites con este tiempo.

—Necesito hablar con vosotros.

Micaela se echó a un lado y lo dejó pasar al interior.

—La chimenea está encendida, pasa.

—Hace un frío de mil demonios.

Oliver no se lo pensó dos veces. Atravesó el vestidor y llegó hasta el salón.

Sorprendentemente, no había ningún perro acomodado en el sofá.

—Jesse está en las perreras, no tardará.

—Bien.

Se quitó el chaquetón y lo colgó del respaldo de una de las sillas que formaban parte del comedor. La calidez lo arropó de inmediato y, como de costumbre, se sintió cómodo en aquella casa.

—¿Qué ocurre, Oliver?

No se anduvo con rodeos.

—Vuelvo a Jacksonville. —Metió las manos en los bolsillos porque no tenía muy claro qué hacer con ellas. Si Micaela quedó sorprendida por la noticia, no lo dejó ver—. Me han llamado de la residencia. Mi madre ha empeorado y debo regresar lo antes posible a su lado, si quiero despedirme.

—Lo siento de veras. —Más tarde, mientras conducía, Oliver se culparía de no haber prestado más atención a las señales, como, por ejemplo, la tristeza de Micaela o la inflexión de su voz—. ¿Es un viaje de ida y vuelta?

Sacó las manos de los bolsillos antes de responder.

—No. Solo de ida.

—Entiendo.

—No es fácil, Mic. —Vio la necesidad de justificarse.

—Por supuesto que no es sencillo. Siéntate, por favor. —Le señaló el sofá—. Te traeré una toalla para que te seques y una copa de coñac.

—No es necesario.

—Claro que sí.

Micaela desapareció y la mirada de Oliver recayó en el fuego. Pequeñas llamas lamían los leños dispuestos de forma estratégica en la chimenea. El crepitar de la leña le ayudó a relajarse. La idea de no volver junto a Laurel y los niños era algo inconcebible. Se frotó el labio superior mientras alejaba esos pensamientos que lo torturaban.

—Toma.

La voz de Micaela lo sacó de su ensimismamiento.

—Gracias. —Oliver cogió la toalla y se la pasó con movimientos enérgicos sobre la cabeza y los hombros.

—No habrá sido fácil la despedida.

Dejó la toalla sobre una de sus rodillas.

—No, no lo ha sido. Nunca pensé que Caleb se enfadaría o que Kendra se entristecería por mi partida.

Pensó en Caleb, su mirada cuando le vio bajar con la maleta. Sus ojos brillaron de frustración y rabia. Había pasado por su lado como una exhalación, lo había llamado, pero el niño le respondió con un portazo y un «te odio» que debió escucharse hasta en la otra orilla del lago.

—Déjalo —le había dicho Kendra—. Tiene derecho a estar enfadado.

—Kendra, yo...

—No gastes saliva. Todos sabemos que la vida puede llegar a ser una mierda. —Mientras hablaba arrugó un papel que aún tenía en la mano—. Los hombres solo pensáis con la polla. —Le había soltado así, sin más—. Buen viaje. —Kendra no subió las escaleras, tomó la dirección contraria y salió de la casa como una exhalación.

—Solo intentaba despedirme —dijo cuando se quedó allí solo, en aquella escalera de madera,

con la maleta en la mano.

Volvió a la realidad cuando escuchó una voz cercana.

—Perdona...

—¿Y Laurel? —preguntó de nuevo Micaela.

—Supongo que la he decepcionado, como al resto de los mortales.

Micaela se sentó en el sofá, muy cerca de su invitado, y le ofreció la copa de coñac.

—Bebe, lo necesitas. ¿Sabes lo que pienso? —No esperó respuesta alguna. Continuó hablando—. Los hombres van a la guerra en busca de algo. Si tú lo hubieses encontrado, no regresarías. — Los ojos de Oliver se convirtieron en ranuras—. No estás corriendo hacia algo nuevo, Oliver. Tienes miedo y estás huyendo.

—No entiendo por qué dices eso. —Bebió un trago y sintió como el coñac raspaba su garganta—. No huyo de nada ni de nadie.

Quizá fue en ese instante cuando se percató de que algo no iba bien. La tristeza arrojaba a la mujer que tenía sentada a su lado. Se la veía agotada, como si en los últimos días hubiese envejecido diez años de golpe. Echó la toalla a un lado y se centró en ella.

—¿Qué ocurre, Mic?

—Te van a necesitar. Jesse y Zane también —añadió.

La expresión de Oliver fue de total incredulidad.

—No entiendo. ¿Qué intentas decirme?

Micaela suspiró profundamente, enlazó sus manos y dejó que reposaran sobre su regazo.

—No estoy embarazada. —Cuando comprendió que Oliver no tenía ni idea de qué hablaba, decidió ser más explícita—: Me muero, Oliver.

—¿Qué...? —Su voz flaqueó.

—Esos dolores de cabeza, esos mareos son síntomas de un tumor cerebral —explicó con un susurro tenue—. Ha sido como un tsunami que llega a tierra y arrastra todo lo que se encuentra a su paso. Intento no pensar demasiado en ello, pero Jesse está enfadado conmigo, con la vida. En definitiva, con todo lo que le rodea. Solo sabe gruñir y responder de forma despótica. En fin, poco puedo hacer al respecto.

—Mic... —Dejó la copa en el suelo y cubrió sus manos con las suyas—. No encuentro palabras. Quizá si vieras a otro médico...

—No, Oliver. Las pruebas son claras y no dejan lugar a dudas.

—¿Laurel lo sabe?

—No. Y de momento no le diré nada. No puedo ni debo echarle un problema más a la espalda.

Oliver se sintió el ser más deplorable del planeta en ese mismo momento. Le sostuvo la mirada.

—¿Por qué me lo cuentas a mí?

Micaela superpuso sus manos a las de Oliver y las acarició.

—Es una manera de desahogarme. Espero que lo entiendas. Te irás y para ti será más sencillo que para el resto.

—¿Por qué piensas algo así?

—Desde la distancia las cosas se ven desde otra perspectiva.

Oliver se quedó mirando las manos de ambos, formaban un pequeño montículo sobre el regazo de Mic.

—¿Cuánto...?

—¿...tiempo me queda? —Tragó saliva antes de responder—. Calculan que unos seis meses.

—Oliver deshizo la unión, pegó la espalda al respaldo del sillón, echó la cabeza hacia atrás y exhaló un suspiro de derrota—. Pero puede ser hoy o mañana. La medicina no es una ciencia exacta, tal y como nos quieren hacer creer.

Frunció poco a poco el entrecejo hasta que su frente se arrugó por completo.

—¿Qué quieres realmente de mí? —preguntó mirando en dirección a la chimenea. Las llamas ya comenzaban a adueñarse de todos los leños.

—Ya te lo he dicho. Te van a necesitar, Oliver.

—No soy la Madre Teresa de Calcuta. —Nada más pronunciar esas palabras se arrepintió—. Mic... No quería.

Ella rio a medias.

—Lo sé. No te disculpes. Solo intento hacer lo mejor para todos.

—Joder, Mic... No puedes soltarme esto de golpe y pensar que nada va a cambiar.

Ella le acarició el hombro de forma amistosa.

—No quiero echarte más problemas a la espalda. Sé que llevas tu propia cruz a cuestas, sin embargo, soy de esas que creen en el destino.

—¿Tú...? —preguntó, asombrado—. Han puesto fecha a tu muerte. Disculpa si soy demasiado sincero, pero ¿cómo puedes decirme algo así?

—Solo me queda aceptarlo.

—Mic, tienes que luchar.

—¿Contra quién?

Oliver no se lo podía creer. Se recostó en el asiento.

—Contra el cáncer, ¿contra quién si no?

—La enfermedad ya ha ganado la batalla y no quiero tratamientos que me alarguen dos meses más la vida, deseo irme en paz, rodeada de los míos.

—¡No lo puedo creer!

—Tú huyes, ¿por qué no iba a hacerlo yo?

—No estoy huyendo, Mic.

—Entonces, ¿cómo le llamas a esto?

—Ahí fuera tengo una vida. —Sintió la necesidad de defenderse.

—Ahí fuera tenías una vida —rectificó Micaela—. Queramos o no nuestras vidas se entrelazan en algún momento. —Oliver se restregó las manos por la cara—. Sé lo que has hecho por Zane...

—Eso no tiene importancia.

—Claro que la tiene. A ese muchacho le has ofrecido una salida.

—Joder, Mic... —Se acercó a ella y la abrazó.

Micaela se estremeció ante el contacto. Oliver era un hombre en el cual se podía confiar, pero el problema era que él aún no lo sabía.

—Eres el nexo, el punto de unión de todos ellos.

—Esa eres tú —le dijo suavemente, muy cerca del oído.

—Te paso el testigo, Oliver. Te elijo a ti.

Ambos se separaron con lágrimas en los ojos.

—No puedo, Mic... —Negó una y otra vez con la cabeza. Se incorporó de golpe y sintió que las piernas le fallaban—. No me pidas algo así...

—Sé que tú la quieres, os he visto juntos y entre vosotros hay esa química especial que solo se produce una vez en la vida —comentó aún sentada en el sofá—. Y adoras a esos niños, solo hay que verte.

—No hagas esto, por favor.

—Está bien —claudicó Micaela—. No te quiero obligar. Solo te pido que lo pienses, ¿de acuerdo?

Oliver cogió al vuelo su chaquetón con la única intención de salir huyendo, pero al llegar a la puerta se dio la vuelta. Mic seguía allí sentada, con la mirada fija en el fuego. Las lágrimas brillaban en sus mejillas. En ese mismo instante despegó la mirada de la chimenea y lo miró a él.

—Creemos que podemos huir de nuestro destino, Oliver. Sin embargo, estamos muy equivocados, porque las circunstancias hacen al hombre. —Su voz era suave, casi monótona—. Será mi último otoño. Lo creas o no, es aquí donde está tu misión, no en tierras lejanas.

Oliver no dijo nada porque el nudo que tenía en la garganta no le dejaba hablar. Salió de la casa corriendo, demasiado deprisa. Estaba tan cegado que casi tropezó con Jesse.

—Por tu expresión, ya veo que lo sabes.

—Jesse..., no sabes cuánto lo siento.

El hombre bajó la cabeza. Rozó con la barbilla su pecho y, a pesar de que los segundos transcurrían, no pronunció una sola palabra más. Decidió entrar en casa después de limpiarse las lágrimas con el dorso de la mano.

Cuando se quedó solo, Oliver escuchó como el ladrido de los perros se intensificaba. Tenía la impresión de que ellos también sabían que muy pronto las cosas iban a cambiar.

Rodeó la casa y se acercó a la perrera y, como era de esperar, los perros se pusieron nerviosos. Los saludó y acarició a modo de despedida. Cuando llegó a la altura de Hera, se sentó sobre los talones y le frotó la testa.

—Os voy a echar a todos de menos, pero a ti más que a ninguno de tus compañeros. Sé buena y cuida de los Dawson, de Laurel y los chicos, ¿de acuerdo? —Le rascó detrás de las orejas y la perra, en respuesta, apoyó el hocico en el muslo de Oliver—. Quizá no nos volvamos a ver. Hay obligaciones que no puedo abandonar. —Cogió el collar de cuero y se lo colocó de forma que a la perra no le hiciese daño—. Siempre serás mi can favorito, ningún otro animal te podrá reemplazar.

Se incorporó y Hera, como si supiera lo que estaba a punto de ocurrir, comenzó a ladrar de forma insistente. Oliver corrió hacia el coche con el corazón en un puño, pero no miró atrás. La lluvia caía con más fuerza, si cabía. Era como si el cielo también llorase ante la inminente pérdida.

Micaela Dawson se confundía: su destino no estaba en Wolcott, sino lejos de allí.

Se metió en el coche y arrancó. Lo último que escuchó fue un aullido, una despedida canina. Ni siquiera se dignó a mirar a través del retrovisor, porque este solo reflejaba el pasado; miró a través del parabrisas, al horizonte.

Aceleró y salió de Wolcott para no regresar jamás.

CAPÍTULO 24

—¿No puedes dormir?

Laurel se removió en el sofá y miró hacia las escaleras. Allí estaba Kendra. Parecía una versión más madura de la adolescente.

—No. Supongo que son demasiados cambios en poco tiempo.

Kendra asintió con la cabeza.

—Sí. —Miró al televisor encendido—. ¿Desde cuándo ves el Canal Cocina?

Laurel volvió la mirada a la pantalla. En ella había un cocinero francés que se traía un buen trajín con varias sartenes.

—No me gusta, pero al menos aquí aprendo algo útil. Además, el acento francés tiene algo especial.

Kendra esbozó una sonrisa.

—¿Quieres helado?

Laurel miró hacia la ventana.

—Ahí fuera debe haber menos de cinco grados, ¿y tú quieres comer helado?

Su hija se encogió de hombros.

—¿Mejor un chocolate caliente?

Laurel sonrió. Al menos Kendra y ella estaban manteniendo una conversación civilizada.

—¿Con nubes de azúcar?

—Con cientos de trocitos de nubes de azúcar —respondió su hija.

Laurel se levantó del sofá y se acercó a Kendra. Le pasó el brazo por los hombros. El hecho de que no la rechazara hizo que se aventurara a preguntar:

—¿Estás bien?

—No —fue la taxativa respuesta de la joven.

—Vale, pues ya somos dos. Vamos a la cocina a hacer ese maravilloso, dulce y espeso chocolate.

—¿Oliver ya ha llegado a Jacksonville?

—No lo sé. —Ya en la cocina, Laurel sacó un cazo y vertió leche en él. Lo puso sobre el fuego—. No me ha llamado, ni creo que vaya a hacerlo.

—Pensé que entre vosotros había algo serio.

«Yo también».

—No. —Procuró buscar una expresión adecuada—. Digamos que ha sido un amigo con derecho a roce.

—Algo muy típico de los adolescentes.

A Laurel no le pasó desapercibido el tono irónico de su hija. Decidió pasarlo por alto. Por nada del mundo deseaba enturbiar el momento que estaba compartiendo.

—¿Y tú qué sabes de Zane?

Kendra tomó una bocanada profunda de aire.

—Me dejó una carta de despedida.

Laurel, que estaba a punto de añadir el cacao en polvo a la leche, dejó la cuchara en el aire.

—¿Se ha ido?

—Así es.

—¿A dónde?

—No lo sé. Pero según él necesita aislarse de toda esta mierda.

—¿Esa ha sido su expresión?

—No, pero sus palabras vienen a significar lo mismo.

Laurel mezcló el cacao con la leche y añadió una cucharada de azúcar. Las penas siempre eran más livianas acompañadas de azúcar. Revolvió el contenido del cazo con una espátula de madera.

—¿Por qué no traes las nubes y las tazas? —Para su sorpresa, Kendra obedeció sin rechistar. Se preguntó qué había sido de la adolescente que hacía una semana estaba enfadada con el mundo —. ¿Eso es todo?

Su hija suspiró. Tenía el pelo revuelto, como si hubiese estado dando vueltas y vueltas en la cama. Sobre uno de sus pijamas favoritos llevaba una bata que había pertenecido a su padre.

—Según él, quiere dejarme vía libre para que vaya a la universidad y pueda disfrutar de una vida fuera de aquí. —Resopló con fuerza—. Lo habría dejado todo por él, incluso habría elegido otra universidad para estar más cerca el uno del otro, pero, en el fondo, toda su carta son solo pretextos. —Sacó el tarro de nubes de uno de los armarios y lo dejó al lado de las tazas.

Laurel, en silencio, dio las gracias a Zane. Era un chico listo y ella le estaría eternamente agradecida por el hecho de que diera la oportunidad a Kendra de vivir su propia vida, lejos de Wolcott.

—Eres una chica inteligente y brillante.

—No tanto.

—Él solo quiere lo mejor para ti.

Kendra abrió el tarro de nubes, eligió una al azar y se la llevó a la boca.

—No estoy tan segura de ello, pero ya no importa. —El azúcar se deshizo en su boca y se sintió un poco mejor—. Él se lo pierde.

—Así habla una Mitchell. —Laurel dio un suave codazo a su hija cerca de las costillas.

Kendra se rio a medias.

—Me encantaría que papá estuviese aquí ahora con nosotras.

Laurel le sonrió abiertamente.

—A mí también.

—Oliver le habría caído bien.

—¿Tú crees? —Cuando la leche hirvió, Laurel repartió el cacao entre las dos tazas. Kendra lo adornó con las nubes de colores—. Me gustan las noches así.

—¿Nosotras dos ante una taza de chocolate? —preguntó Kendra.

—Sí. Hacía mucho que no pasábamos tiempo juntas.

—Todo lo que ha ocurrido me ha hecho pensar...

—¿En qué? —preguntó Laurel.

—En lo complicado que es todo. Es como si hubiese aterrizado de repente en un mundo desconocido.

—Bienvenida al mundo de los adultos.

—No tengo muy claro que me guste.

—Aprenderás a sobrevivir, es solo cuestión de tiempo.

—Se supone que el tiempo acompaña a la experiencia, ¿no es así?

—¿Ves cómo eres una chica brillante? La vida no suele ir tal y como la planeamos. —Observó un mohín de disgusto en los labios de su hija—. Sé por experiencia que cuando alguien te suelta

algo así, tienes la impresión de que vive en un mundo alternativo. —Kendra sopló el chocolate y se quedó pensativa—. ¿En qué piensas? —quiso saber Laurel.

La joven pareció despertar de repente.

—En mi verdadera madre.

Laurel vio como en los ojos color topacio de Kendra se reflejaba pesar.

—Poco puedo decirte de ella. Tu padre no solía tocar ese tema.

—Laurel, no pienso en ella porque la eche de menos.

—¿Entonces?

—Me gustaría decirle que mi padre eligió a la madre perfecta para mí. —Bebió un sorbo de chocolate.

Laurel sintió que se le agolpaban las lágrimas en los ojos. Le acarició la espalda.

—Eso que has dicho es muy bonito.

—No te lo he puesto fácil, lo sé. —Sonrió—. Sé que puedo hacerlo mejor.

—Creo que llevo queriendo escuchar esas palabras casi una vida.

La risa de Kendra se propagó por toda la cocina.

—Deberías verte la cara. No reconozco ese gesto, pero creo que es de orgullo maternal.

—Así es. Quizá no te lo haya dicho muy a menudo, pero quiero que sepas que estoy muy orgullosa de ti.

Kendra alzó los hombros y los dejó caer.

—¿Crees que Zane volverá?

A Laurel no le importó el giro que acababa de dar la conversación.

—Es posible, aun así...

—Siempre será diferente.

—Sí. Sin embargo, cuando le vuelvas a ver, no deberías ser muy dura con él.

—Era mi amigo. Es mi mejor amigo —rectificó.

—¿Amigo?

Kendra sopló con urgencia la taza humeante que tenía entre las manos.

—Venga, Laurel. Sé que lo sabes... Vi tu mirada cuando Zane y yo salimos de su casa. —Laurel iba a responder, no obstante, una mirada de advertencia por parte de Kendra fue suficiente para que cerrara de nuevo la boca—. Dicen que el primer amante nunca se olvida.

Laurel no estaba demasiado de acuerdo con esa teoría.

—Es posible, pero no siempre lo recuerdas para bien. —dijo Laurel. La muchacha le dedicó una mirada inquisitiva—. ¿Me lo vas a contar?

—Ni por todo el oro del mundo. —Kendra cogió su taza y se la llevó a los labios. Esbozó una sonrisa—. ¡Esto está buenísimo! Deberíamos comprometernos a pasar más veladas como esta.

—¿Me lo firmas con sangre?

Kendra rio ante la pregunta de Laurel. La mujer que tenía ante sí se había desvivido por ella. Por una niña que ni siquiera era su hija. Su padre había visto algo en Laurel que para ella había pasado inadvertido durante esos últimos años. Ahora parecía creer entenderlo y comenzaba a sentirse liberada.

—Debo parecerte la malvada bruja del oeste —dijo.

—Para mí siempre serás Dorothy —dijo Laurel haciendo referencia al cuento del *Mago de Oz*—. Con sus zapatos rojos. —Kendra soltó tal carcajada que tuvo que llevarse la mano a la boca para acallar el estruendo—. ¡Vas a despertar a Caleb!

—Lo siento.

Laurel se esforzó por ocultar una sonrisa.

—Has vivido en tu mundo de fantasía hasta ahora, que te has topado con la realidad. Hacerle frente nunca es sencillo.

—¿Si vuelve Oliver serás dura con él? ¿O seguirás tu propio consejo?

—No creo que regrese. Estaba muy decidido a marcharse.

—¿Siempre duele tanto?

Laurel tomó un sorbo de chocolate sin dejar de observar a su hija por el borde curvo de la taza.

—Sí, y antes de que me lo preguntes, el vacío que deja esa sensación no se llena con nada.

—Gracias, Laurel.

—¿Por qué? —preguntó la aludida.

—Por estar siempre ahí y esquivar mis zancadillas.

—Tengo que reconocer que no ha sido fácil, pero este momento lo compensa todo. —Laurel acarició el cabello de su hija y luego la abrazó.

Kendra y ella comenzaban a entenderse. Estaba claro que cuando la vida te arrebatara algo, te ofrecía a cambio otra concesión.

Oliver sintió que se ahogaba. Tenía la impresión de que las paredes se cernían sobre él y le arrebataban el poco oxígeno que parecía haber en la habitación. Su madre tenía los ojos cerrados, su respiración era más agitada de lo habitual, su pecho subía y bajaba a un ritmo que no presagiaba nada bueno. La tomó de la mano y la sintió fría y sin un gramo de grasa adherida a su arrugada piel.

—No me mires así.

Oliver levantó la cabeza y observó a la mujer que le había dado la vida. Seguía con los ojos cerrados y su voz era un murmullo ronco.

—Tienes los ojos cerrados, ¿cómo sabes que te estoy mirando?

Un esbozo de sonrisa asomó en los labios de la mujer.

—No has hecho otra cosa desde que has llegado. —Se ajustó las gafas de oxígeno a las fosas nasales con un gesto tembloroso.

—Mamá... —Observó la bombona de oxígeno y pensó que su madre, muy pronto, no la iba a necesitar. La idea lo consumió.

Nancy Shearman abrió los ojos. Los párpados le pesaban como si fuesen losas y no veía con demasiada nitidez. Observó detenidamente la figura borrosa que tenía ante sí. Se alegraba de tenerle a su lado. Sabía que no le quedaba demasiado tiempo y eso era lo único que le unía al maltrecho hilo de vida que estaba a punto de romperse.

—No pareces feliz.

Oliver desvió la mirada al suelo.

—Estoy bien. No quiero que te preocupes por nada.

—Mírame.

Oliver obedeció la orden y sintió como los tristes y apagados ojos de su madre se clavaban en él.

—Nunca has sabido mentir. —Tosió. Oliver se incorporó y le ahuecó la almohada—. Estoy bien, es solo un poco de tos —dijo demasiado fatigada.

—¿Tienes dolores?

Su madre negó con la cabeza.

—Solo estoy cansada.

La arropó e intentó que no quedase ninguna arruga en la sábana, tal y como le había enseñado la enfermera unas horas antes.

—¿Es guapa?

—¿Quién? —Quiso saber él antes de sentarse de nuevo en el sillón que estaba junto a la cama.

—La mujer de Wolcott.

—¿Laurel?

Nancy abrió la boca y tomó una bocanada de aire. De inmediato se sintió aliviada, aunque esa sensación no duró mucho, porque el sonido silbante volvió de nuevo.

—Tiene un nombre bonito. Y sí, debe ser muy atractiva, si ocupa tu mente.

—Mamá, no quiero hablar de ello.

—¿Y por qué no?

Oliver acarició los dedos artríticos de su madre y miró hacia la puerta. ¿Dónde estaban las enfermeras cuando se las necesitaba?

—No es el momento.

—No me quedan muchos; así que este es perfecto.

Oliver, de haber podido reír, lo habría hecho. Se rindió a la evidencia. Si su madre quería hablar de Laurel, lo haría.

—Vive en una casa preciosa, al lado de un gran lago —comenzó a decir—. Está rodeada de vegetación y es como estar lejos de todo. En otoño, una alfombra de hojas secas cubre la tierra. Predominan los tonos rojizos en el bosque y, con cada atardecer, los animales salvajes corretean a sus anchas por las extensiones colindantes y llenan de vida un ecosistema que no te cansas de admirar. Te da la impresión de vivir en una burbuja, de la cual te niegas a salir. —Acarició la mano de su madre. Al tacto estaba fría y rugosa, sin embargo, no le importó. Esas manos habían hecho mucho por él—. Laurel es una mujer fuerte que piensa más en los otros que en sí misma. Es hermosa y puede caldear tu corazón con tan solo una mirada. Tiene dos hijos, Kendra, ya adolescente, y Caleb, al que le encanta todo aquello que lleve motor. —Sonrió al recordar al niño—. Aunque es un apasionado de los trineos tirados por perros.

—Vaya, describes un lugar idílico. —La boca de Oliver se torció en una mueca—. Por favor, no tomes en serio lo que te he dicho. Solo quería escuchar tu voz. —Volvió a toser y, en esta ocasión, la tos fue más seca, como si no pudiera expectorar.

—No deberías hablar, hacerlo te agota. —Le acercó un vaso de agua. Nancy bebió con la ayuda de la pajita un pequeño sorbo y la tos pareció remitir—. ¿Quieres más?

—No.

—Deberías descansar.

—Quiero... —Tosió de nuevo, pero se quedó en un carraspeo—. Tu voz me relaja.

Entrelazó los dedos con los de su madre y elevó el brazo, dejando descansar la frente en el dorso de su mano.

—No me moveré de aquí.

—Lo sé.

Le besó la mano.

—Mamá, estoy hecho un lío.

—¿La quieres?

La respuesta no se hizo esperar.

—Sí.

—Cada hora que estás aquí es una hora que estás sin ella.

—Es más complicado que todo eso.

—Siempre te ha costado comprometerte, sin embargo, me iría feliz de este mundo si supiera que hay alguien que te está esperando ahí fuera, y que algún día podría darte un hijo.

Un grácil rayo de luz entró en la habitación a través del hueco de una de las cortinas, apenas era suficiente para distinguir el color de las paredes.

—No es tan fácil. Tengo la impresión de estar traicionando a Will.

—Debe ser una mujer muy especial.

—Es maravillosa.

—Me habría gustado conocerla y daros mi bendición. ¿Los niños son guapos?

—Mucho.

—Eso también me vale. No serán de mi sangre, pero tienen buena genética.

—¡Dios, mamá! —Su madre ladeó la cabeza, deshizo la unión existente y le acarició con gesto débil el pelo, como cuando era un niño.

—Estás luchando por algo que no puedes cambiar. —Dejó caer la mano sobre el colchón. Sus fuerzas menguaban a pasos agigantados, aun así, hizo un último esfuerzo. Necesitaba encaminar a su hijo, hacerle saber que tenía todo el derecho a ser feliz, a encontrar ese espacio y esas personas que él tanto parecía necesitar—. Debes aceptar los hechos y actuar en consecuencia.

Oliver trató de evitar las lágrimas.

—Siento no haberme hecho cargo del restaurante.

—Eso no es verdad. Nunca quisiste ese estúpido negocio y tu padre y yo fuimos unos testarudos. Nunca comprendimos que necesitabas vivir tu vida. —Se quitó las gafas de oxígeno.

—Mamá..., no hagas eso.

—Ya no tiene sentido. —Oliver se las volvió a colocar en su lugar—. Solo me quedan recuerdos, hijo. Y unos son mejores que otros. Necesito que el último sea maravilloso, anhelo irme en paz.

—Por favor, mamá... Te necesito. —Dejó caer la cabeza en su hombro—. No te vayas.

—Quiero que regreses junto a Laurel. A esa preciosa casa junto al lago, que seas feliz, que formes tu familia y que cuando me recuerdes siempre sea con una sonrisa en los labios. Necesito saber que estarás bien. —La fatiga la consumía. Un sopor lento y dulce la arropaba. Tenía tantas cosas que decir y tan poco tiempo—. Te quiero, hijo.

—Mamá...

—Prométemelo, Oliver.

—Por favor..., no te vayas.

—Te hemos dejado suficiente dinero para vivir una vida cómoda. —Su voz era casi inexistente. Oliver tuvo que levantarse y aproximar la oreja a su boca—. ¿Allí eras feliz?

—Sí.

—Prométemelo, Oliver —le urgió.

—Te lo prometo.

De repente, la respiración se hizo más acusada. Oliver, presa del pánico, dio un respingo y llamó con urgencia al timbre. Sacudió a su madre y la llamó a gritos cuando todo pareció detenerse, no obstante, fue en vano.

Nancy Shearman abrió la boca y exhaló su último y agónico suspiro.

CAPÍTULO 25

Laurel, en el porche, observó algunos de los tablones. Oliver había hecho un trabajo magnífico y, sin poder evitarlo, le afloraron sentimientos enfrentados. Pensó en él y eso logró desinflarla del todo. Ella mejor que nadie sabía lo que era perder a un ser querido. Buscó el teléfono en uno de los bolsillos de su chaqueta de lana y miró el aparato con dudas. Podría llamarle y preguntarle cómo iba todo, sin parecer demasiado desesperada. Acarició el teléfono con los dedos mientras buscaba ese empuje que parecía no querer llegar.

Faltaban dos semanas para Navidad. Casi sin pensarlo devolvió el móvil al interior del bolsillo. No tenía ningún sentido alargar la desesperación que sentía. Oliver había hecho su elección y ella debía respetarla y permitir que continuase con su vida en el punto donde la había dejado. Debía armarse de valor y pasar página, centrarse en sus hijos y en buscar una solución al problema económico que tenía entre manos.

Apoyó los brazos en la baranda y se dejó embriagar por el paisaje. Tenía una conexión con el bosque y con el lago; sin embargo, no sabía cómo conservar su casa. Josh se estaría removiendo en su tumba. La sola idea le produjo un escalofrío.

—Lo siento, lo estoy haciendo lo mejor posible.

Por supuesto, no hubo respuesta alguna. Josh estaba muerto y los muertos nunca regresan.

Como si se tratase de un presagio, el teléfono vibró en el interior del bolsillo. Lo cogió y sin siquiera mirar la pantalla, con la esperanza renovada, respondió.

—¿Sí?

Reconoció de inmediato la voz de Abraham Morris, el banquero, y se desinfló.

—Laurel... —Cerró los ojos con fuerza—. Verás, Laurel... —Aquel comienzo no era el mejor. Escuchó lo que Abraham tenía que decirle con toda la entereza que le fue posible reunir—. Lo siento, de verdad, pero me ha sido imposible convencer a mis superiores de que revisaran tu hipoteca.

Apoyó la mano libre sobre la baranda y se inclinó hacia adelante. Una embarcación cabinada navegaba en ese momento por el lago. Suspiró y luchó por evitar las lágrimas. Tenía la impresión de que un agujero inmenso se acababa de abrir bajo sus pies. Colgó sin dar la oportunidad a su interlocutor de despedirse.

Soltó un grito desgarrador.

«Mierda. ¿Por qué es todo tan complicado?», se preguntó. ¿Cómo les iba a explicar a Kendra y a Caleb que había fracasado estrepitosamente?

El motor de un coche interrumpió el hilo de sus pensamientos.

En ese momento no deseaba visitas. Quería estar sola, recriminándose todo lo que había estado haciendo mal para llegar a ese punto sin retorno. Aun así, optó por sonreír.

—No te dejas ver mucho, Laurel Mitchell —saludó la recién llegada.

Laurel se despegó de la baranda y fue a recibirla.

—Han sido días duros.

—Ni que lo digas —dijo Mic llegando al porche.

Una alarma se encendió en el cerebro de Laurel nada más ver el aspecto de su amiga.

—¿Qué ocurre? —preguntó con el corazón en un puño—. Parece que te ha pasado una

apisonadora por encima.

Mic apostó un pie en el primer escalón. A esa escasa distancia, miró a Laurel con gesto de cansancio.

—Tenemos que hablar.

El funeral fue un acto sencillo, pero la despedida no tanto.

Se sintió desubicado en el mundo. No le quedaba ningún pariente vivo, ni tíos, ni primos. Pensó en Will. Tampoco le quedaban amigos. Todos se habían ido de un modo u otro.

El sacerdote le tendió la mano y le dio el pésame, igual que las enfermeras y médicos de la residencia donde su madre había permanecido los últimos años. Después de eso, vacío. El mundo se seguía moviendo a la misma velocidad y nadie parecía darse cuenta de que su existencia ya no era la misma. Se sintió insignificante.

Paseó más de una hora con la mente en otra parte. Pensó en Laurel, en los niños y en la promesa que había hecho a su madre antes de morir.

—No puedo hacerlo, mamá.

Y era cierto, su vida estaba ligada a otras personas, a otro trabajo. Se sentó detrás del volante y condujo sin rumbo fijo por las calles de Jacksonville. Cuando frenó se dio cuenta de que lo había hecho delante del restaurante que habían regentado sus padres desde que él tenía uso de razón. La fachada del establecimiento había sido modificada, ahora tenía un aspecto más moderno. Se apeó e ignoró el ruido de la ciudad. Con paso decidido se acercó y pegó la frente a la cristalera. Observó que las mesas y sillas de antaño habían sido sustituidas por un mobiliario minimalista y la barra que tantas veces su padre lustró con un paño, ya no existía. Ahora había una más moderna, simulando una pared de ladrillos con el logotipo del restaurante. Las luces led le daban un aire íntimo, incluso acogedor.

No pudo evitar sentirse culpable, así que se alejó de allí lo antes posible. Volvió al coche, reencontrándose con espacios y edificios que le hacían volver una y otra vez al pasado. Había vivido los últimos años intentando borrar todo aquello de su memoria y ahora todos los recuerdos llegaban a él como ráfagas de luz que lo cegaban.

Tras más de una hora al volante, se detuvo ante una bonita casa. En el jardín jugaban dos niños, parecían hermanos, incluso mellizos, se atrevió a aventurar. En ese preciso momento se estaban peleando por quién de los dos se subía a una bicicleta roja que estaba apostada contra uno de los rosales. Sintió una mezcla de tristeza y alegría al ver su antiguo hogar.

Aparcó el coche y pisó de nuevo el pavimento por el que tantas veces había caminado siendo niño y adolescente.

Respiró hondo y pensó que aquel verde espacio había sido en más ocasiones de las que podía recordar su zona preferida de juegos. Aún conservaba algunas de las flores que su madre había plantado y cuidado con esmero. Pensó en las largas ausencias de su padre por causa del trabajo, y en el día en que abandonó la casa para siempre. Varias emociones le invadieron, entre ellas la rabia.

Cuando creyó haber visto lo suficiente y que los dos hermanos habían llegado a un acuerdo para el uso de la bicicleta, se dispuso a marcharse.

—No tan rápido. —Una voz desconocida a su espalda y el cañón de un arma presionando contra sus costillas hizo que arqueara una ceja y que el bombeo de su corazón se precipitase—. Sé

que eres un hombre inteligente y que no harás ningún movimiento que ponga en peligro tu vida.

Oliver no tuvo problema para distinguir el acento extranjero. El hombre que le apuntaba con el arma hablaba un perfecto inglés, pero estaba casi seguro de que su nacionalidad era árabe.

—Mete las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Qué quieres? —preguntó, haciendo lo que le pedían.

Sintió como una mano le cacheaba.

—No vas armado, eso no me lo esperaba.

—¿Qué quieres? —insistió, manteniendo los nervios bajo control. Había sido entrenado para ese tipo de situaciones y sabía que no había que dar ventaja al enemigo.

—Es una pregunta estúpida, ¿no crees? —arguyó el desconocido retirando la mano—. ¿Dónde está?

Oliver intentó mantener la calma y pensar qué hacer. La urbanización estaba tranquila. Calculó que debían ser las siete de la tarde, hora punta en la que la gente llegaba a sus hogares. Sin embargo, no podía estar del todo seguro.

—No sé de qué me hablas.

Sintió como el cañón presionó con más fuerza su costado.

—¿Dónde está el chip?

Oliver volvió la cabeza y vio a los dos niños. Estaban inmersos en otra disputa, en esta ocasión, el tema de disputa era un balón de rugby. Agradeció que ninguno de los dos se percatara de lo que estaba ocurriendo en la acera de enfrente.

Su atacante pareció estudiar la situación.

—Primero te dispararé a ti y luego los mataré a ellos. A ti te dejaré con vida para que veas cuáles son las consecuencias de tu silencio. —Oliver buscó una vía de escape. Conocía la urbanización como la palma de su mano. No obstante, cualquier movimiento por su parte podía ser peligroso—. Eres un tipo inteligente. —La voz sonó como un siseo muy cerca de su oreja. Le recordó a una serpiente a punto de atacar a su presa—. Ya me han informado de que contigo no debo bajar la guardia. Los tipos como tú, los que trabajan de encubierto para el gobierno, están hechos de otra pasta.

—¿Para quién trabajas tú? —quiso saber Oliver.

—Yo soy el que hace las preguntas. ¿Dónde está el puto chip?

Sopesó las diferentes opciones, no obstante, ninguna le pareció válida. Allí vivían muchos civiles, personas inocentes. Antes de actuar, debía medir bien las consecuencias de sus actos.

Su acechador pareció leerle la mente.

—Ni lo pienses.

Oliver le sintió reír. Su aliento le provocó náuseas. Sintió repulsión, sin embargo, no movió un solo músculo.

—En Wolcott hay una viuda preciosa con dos hijos. —Al notar que Shearman se removía inquieto, el asaltante hizo que sintiese de nuevo el cañón contra sus costillas—. En este momento hay una embarcación en el lago. No tendría más importancia si no fuera porque hay dos francotiradores apuntando directamente a la preciosa mujercita que te has estado tirando estas últimas semanas. Claro que nadie te lo cuestiona, la mujer en sí tiene un buen polvo. —La ironía hizo que se le helara la sangre en las venas. Le escuchó chasquear la lengua—. Te conozco, Shearman, y sé que debo tener los ojos bien abiertos. Además, hay un cambio de planes: Abdul se ha echado atrás y ahora me encargo yo.

—¿De qué te encargas tú?

—Te contrataron para estudiar y conocer cada mínimo detalle y los puntos débiles del heredero de Arabia Saudita. Tu gobierno es inteligente y sabe que la información es poder, pero el mío es más metódico. Te he investigado, Shearman: Fuerza de Defensa de los EE. UU., comando tres. En tu última misión hubo una explosión y todos murieron, excepto tú.

—Nuestro helicóptero se estrelló. Yo no tuve nada que ver. Cogí la información y hui solo. Falsificaron el informe para proteger la misión.

—¿Crees que me voy a creer esa patraña?

—Digo la verdad. Decidí no regresar a mi país y quedarme una temporada en Afganistán, hasta que las aguas volviesen a su cauce. Necesitaba una tapadera y la conseguí integrándome como sargento en las filas de mi ejército.

Oliver dejó de escuchar las voces infantiles. Vio que los dos hermanos ya no peleaban ni jugaban. Estaban muy quietos, como meros espectadores, y no perdían detalle de lo que acontecía en la acera de enfrente.

—Si disparas ahora, llamarás la atención.

Vehículos particulares iban llegando a sus hogares.

El desconocido debió sopesar la situación.

—Camina —le ordenó. Oliver hizo lo que le pedía—. Eres un hombre escurridizo, Shearman. Hacerte salir del agujero no ha sido fácil. Primero tuvimos que bombardear vuestra base, eso fue pan comido. Sigue caminando. Y luego, Alá nos iluminó con esa estúpida carta que escribió tu amigo. La información es poder. Algunos de los tuyos te han traicionado por un fajo de billetes. —Rio—. ¿Te ha gustado nuestra puesta en escena? El once de septiembre será una fecha para recordar para ambos bandos. Nosotros lo celebraremos por todo lo alto. La cuestión es qué vais a hacer vosotros. Supongo que llorar a vuestros muertos y lamentaros por no haber podido detenernos.

Oliver se tensó y forcejeó.

—Sois unos hijos de puta.

—Cuidado —le advirtió—. Soy yo el que va armado y te podría volar la cabeza en mil pedazos.

Oliver hizo oídos sordos a la amenaza. El tipo le necesitaba, era evidente.

—Los Estados Unidos no se van a quedar de brazos cruzados; os despellejaremos vivos y os haremos pagar por lo que habéis hecho.

Una vez más, Oliver intentó zafarse. La tensión entre ellos era palpable.

—Tus amenazas son solo eso: amenazas.

—No estés tan seguro.

—Los americanos tenéis un punto débil, y es el corazón. Tarde o temprano la gente tiene que morir, Shearman —dijo con sarcasmo.

—Eran personas inocentes, joder. Habéis destrozado familias enteras —estalló.

—No trates de hacerme sentir culpable.

Oliver intentó liberarse con más ahínco, pero solo consiguió que el cañón se hundiera más en sus costillas.

—Yo que tú me lo pensaría mejor —le sugirió—. Vayamos al tema que nos concierne. Nuestro primer plan era matar a Will cuando regresase a casa. Tú saldrías de tu escondite para indagar, para esclarecer lo ocurrido —aclaró—. Eres demasiado incauto cuando se trata de los tuyos. —Salieron de la urbanización y se apostaron contra uno de los árboles que embellecían el paisaje urbano—. Matar al excursionista fue pan comido, una forma de llamar la atención. Digamos que

un cebo y una cortina de humo al mismo tiempo. Lo divertido fue acabar con la vida del tío que regentaba la cafetería —se mofó cuando sintió que Oliver comenzaba a procesar la información—. Eres demasiado previsible. Como era de suponer, te quedaste a proteger a la viuda y a sus dos hijos. Y todo eso regado con el mejor sexo. Lo dicho, eres un tipo inteligente, pero aún no ha terminado todo. Hay algunas sorpresas más por descubrir, Shearman, y será divertido ver cómo te las arreglas.

—¿A qué te refieres?

—Si te lo dijera ahora lo echaría todo a perder, y déjame recordarte que nos encanta jugar con vosotros, los americanos.

Oliver sintió hervir la sangre en sus venas. Ese tipo tenía poca intención de colaborar, así que buscó otra estrategia.

—Chad Jenkins era inocente, como el primer hombre al que matasteis.

—Nadie es inocente del todo.

Oliver necesitaba procesar lo antes posible toda esa información y buscar una salida airosa al asunto que tenía entre manos.

—¿Loyd Murphy también es culpable?

La respuesta no tardó en llegar.

—Digamos que ese tarado haría cualquier cosa que se le pidiese por varias botellas de ginebra. Es un pobre desgraciado. El trabajo sucio lo hicimos nosotros, sin embargo, necesitamos un culpable y el borracho del pueblo nos vino como anillo al dedo. Y ahora ya está bien de cháchara. —El cañón esta vez apuntó a la nuca de Oliver—. ¿Dónde está el puto chip?

—Hay algo que me gusta hacer: observar e improvisar.

—¿De qué cojones hablas? —preguntó el hombre que estaba a punto de perder los nervios y disparar.

—Por tu forma de coger el arma veo que eres zurdo. Podría matarte ahora mismo. Es imposible que dispires antes de que yo te asfixie, te reventaría el corazón. Te robaría la cartera y el mundo se creería que te has cagado de miedo —arguyó sereno.

—Eres un estúpido si crees que...

Antes de que terminase la frase, Oliver sacó las manos de los bolsillos con una celeridad que desconcertó al desconocido. Se giró a una velocidad pasmosa, le lanzó un derechazo que lo dejó aturdido y lo desarmó. Hizo que la espalda del imbécil chocase con el tronco del árbol y le rodeó el gáznate con las manos.

—Así mejor, ¿no crees? Sin testigos. Nunca has tenido ninguna ventaja sobre mí. No tengo ni idea de quién eres, sin embargo, quiero que sepas que tienes un serio problema en este momento. —Apretó con más fuerza, hasta que sintió que aquel cabrón dejaba de respirar—. ¿Quieres un poco de oxígeno? Pues da la orden de que se retiren los francotiradores. —Rebuscó en los bolsillos del pantalón y encontró un móvil—. ¡Ahora! —ordenó. Aflojó la mano sobre la garganta lo suficiente para que entrase aire. Lo sintió respirar con una necesidad imperiosa—. Si te equivocas, juro que serás alimento para los cerdos. —El hombre, nervioso, no perdió el tiempo. Lo incorporó, pero no lo soltó—. Cuidado con lo que dices, te recuerdo que estás en clara desventaja.

Oliver sintió que una paz inmensa lo invadía cuando escuchó la orden de retirada en árabe.

—Ya está.

—Bien. —Cogió el teléfono y se lo guardó en su bolsillo.

—¿Ahora me dejarás ir?

—Por supuesto que sí, irás con Alá. ¿No es eso lo que deseas? —Los dedos se clavaron en su garganta—. No soy de los que dejan cabos sueltos. —Apretó con más fuerza la faringe hasta que percibió que el individuo que se había atrevido a amenazarle dejaba de respirar y de luchar—. Craso error amenazarme a mí o a los míos —susurró muy cerca de su oído. Antes de dejarle caer como un saco de patatas al suelo, cogió la cartera y toda la documentación que encontró.

Estaba muerto.

Arrastró el cuerpo hasta una zona ajardinada, una barrera visual que delimitaba las zonas comunes de la urbanización. Lo escondió entre arbustos y árboles de copa frondosa. La vegetación había cambiado desde que él y sus padres no vivían allí. La zona era aún más elitista de lo que recordaba.

Miró a su alrededor y agradeció que no hubiera testigos. Limpió las huellas que hubiese podido dejar con un pañuelo y con la suela de su zapato barrió el rastro. Guardó el arma a su espalda, la sujetó en la cinturilla del pantalón. Se largó de allí en busca de su coche, no obstante, antes debía realizar algunas llamadas; la primera era la más importante para él.

Se alegró de que los niños ya no estuviesen en el jardín. Abrió la puerta de su coche y entró en él. El corazón le bombeaba con fuerza entre las costillas. Matar nunca era una elección, sino una necesidad. Eso lo había aprendido a lo largo de los años. Marcó en el teléfono el número que tenía en mente.

—¿Sí?

La voz de Laurel fue como un bálsamo de paz. La echaba tanto de menos que el vivir sin ella estaba siendo una condena.

—Laurel, necesito que mires por la ventana y me confirmes que no hay ningún tipo de embarcación en el lago.

—¿Oliver..., eres tú?

—Sí.

—No entiendo...

—Tú solo hazlo, ¿de acuerdo?

Silencio.

—¡Laurel! —apremió.

La voz que tanto ansiaba llegó y le tranquilizó de inmediato.

—Es curioso —comenzó a decir—. Hace días que una embarcación ronda por aquí, pero ahora no hay rastro de ella.

—Bien.

—Oliver, ¿qué ocurre? Me estás asustando.

—¿Tú y los chicos estáis bien?

—Sí... Sí. Mic está aquí, conmigo.

Enviarle recuerdos a Mic estaba fuera de lugar. Arrancó el motor y salió de la urbanización a una velocidad mayor de la legal. No se permitió sentir. No tardarían en descubrir el cadáver si no se daba prisa y tomaba las medidas pertinentes.

—Tu madre...

—Escúchame, Laurel —la interrumpió—. Es complicado de explicar y ahora no tengo tiempo, pero debes tener especial cuidado, ¿me entiendes? Desconfía de cualquier desconocido que se te acerque. —Pensar que Laurel y los chicos estaban en el punto de mira le aterrizzaba.

—¿De qué hablas? ¿Qué está pasando, Oliver?

—Ahora no puedo darte detalles. ¿Harás lo que te he pedido?

Se unió al denso tráfico al incorporarse a la vía principal.

—No entiendo...

—Laurel, por favor —le rogó—. No puedo ser más explícito.

—Está bien. Tengo la impresión de que, si acepto, tú estarás más tranquilo —claudicó—. Pero quiero que sepas que no sé de qué va todo esto y que me estás asustando.

—Algún día, Laurel. Confía en mí.

No dio lugar a réplica. Cortó la llamada e hizo otra antes de que el semáforo cambiara de ámbar a rojo.

Marcó otro número de teléfono.

—Necesito un equipo de limpieza —dijo cuando escuchó una voz al otro lado de la línea. Facilitó la dirección y aceleró.

En ese preciso momento tomó una decisión que cambiaría para siempre su vida.

CAPÍTULO 26

El avión militar había despegado hacía dos horas del aeropuerto. Iba rumbo a la provincia de Helmand, Arabia Saudita. Uno de los soldados estaba muy nervioso para cerrar los ojos y dormir. Eran las tres de la madrugada y aún quedaban demasiadas horas de vuelo. Pensar que podía morir lejos de casa y no volver a ver a los suyos, le robaba el sueño.

No pudo evitar fijarse en el hombre que estaba sentado frente a él. No había pronunciado una sola palabra desde que la tropa se reunió. Murmullos de conversaciones se acoplaban a los que producía la aeronave de hélice.

Una turbulencia hizo que el aparato botase en el aire. Los soldados se miraron los unos a los otros en busca de calidez humana. Todos menos uno, que cabizbajo miraba al suelo, como si allí estuvieran todas las respuestas que parecía necesitar.

Quizá fuera empatía o la necesidad de entablar una conversación para olvidar todo aquello que dejaba atrás lo que hizo que el soldado preguntase:

—¿Es tu primera vez?

El hombre no se dio por aludido, siguió inmerso en sus pensamientos, con la mirada puesta en las lustradas botas.

—Para mí lo es y estoy cagado de miedo. —Hizo una mueca con los labios cuando se percató de que había captado la atención del silencioso soldado—. Si te soy sincero espero volver a pisar suelo estadounidense muy pronto —continuó hablando, quizá para llenar ese silencio, ese miedo que comenzaba a apoderarse de él y colapsaba su sistema nervioso—. Esos hijos de puta pagarán caro habernos atacado. Por cierto, me llamo Steve Clifford. —Le tendió la mano.

Para sorpresa del soldado, su compañero levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Respondió al saludo.

—Mi nombre es Zane Murphy.

Nunca pensó que volvería tan pronto a Wolcott, sin embargo, ahí estaba.

Un manto nevado lo cubría todo. Los copos de nieve se movían en remolinos por el cielo plomizo y sombrío y se derretían cuando tocaban el parabrisas del coche. Era un paisaje nuevo, como estar en el interior de esas bolas de cristal con nieve.

Respiró hondo y siguió conduciendo. Su primera parada fue en Vermont. Había concertado una entrevista con Abraham Morris. Tras el pertinente saludo, otros veinte minutos de conversación y la operación bancaria, Laurel Mitchell ya era, de nuevo, propietaria de la casa del lago. Él había pagado todas sus deudas y no se arrepentía en absoluto.

Aceleró y tuvo la extraña sensación de regresar a casa, a su hogar. Pensó en su madre y en la promesa que había quedado en el aire, en el vacío. Sonrió al creer que, estuviese donde estuviese, estaría orgullosa de sus decisiones. Era el momento de poner el punto y aparte, de dejar atrás el riesgo.

Habían transcurrido varios días desde que abandonó Nueva Inglaterra para regresar a Jacksonville. No fueron días buenos, más bien fueron nefastos. Había enterrado a su madre junto a

la tumba de su padre, firmado y recibido en el despacho de abogados todo el papeleo burocrático concerniente a la herencia, y había matado a un hombre. Demasiadas cosas para hacer en tan escaso tiempo.

Sin embargo, aún no podía finiquitar el asunto. Un contacto le esperaba para terminar su última misión.

«Mi última misión», murmuró con la mirada fija en los limpiaparabrisas que se movían a un ritmo constante de un extremo a otro, barriendo los copos de nieve que se depositaban en el cristal.

Frenó y aparcó nada más llegar a la casa. Salió del coche y un silencio denso, que no presagiaba nada bueno, lo recibió. Miró hacia el lago y lo descubrió helado, como si fuera un enorme espejo que reflejaba un cielo melancólico cargado de grisáceas nubes. Todo el bosque estaba cubierto por un enorme manto blanco, un bellissimo paisaje que quedaba grabado al instante y de forma inexorable en la retina. Cerró la puerta y se dirigió con paso decidido a la casa. Durante el trayecto había escuchado por la radio que las temperaturas habían bajado en picado en las últimas horas, y este era el resultado. Cada paso que daba, dejaba una huella inconfundible en la gruesa capa de nieve que revestía todo el entorno. Los árboles ya estaban despojados de sus hojas, solo las coníferas cubiertas de nieve embellecían la época fría de Wolcott. Por el camino encontró el bate de Caleb, tirado en el suelo. Lo recogió y lo acarició con la yema de los dedos. Le quitó la fina capa de nieve que lo cubría. Decidió llevarlo consigo y dejarlo en uno de los postes del porche. La puerta estaba cerrada a cal y canto. Allí no había nadie.

La desilusión lo abrazó con fuerza cuando no recibió respuesta alguna al llamar.

«¿Esperabas que te recibieran con los brazos abiertos?», se preguntó con lástima mientras una nube de vaho salía de su boca. Chasqueó la lengua y no se atrevió a pensar en un futuro inmediato.

Se volvió y observó el paisaje que tantas veces había visto al amanecer. Su boca se curvó en una triste sonrisa. Todo era diferente, pero igual de bello. El destino le había llevado allí y no era nadie para contradecirlo. Todo lo que necesitaba para vivir, para ser feliz, estaba en aquel paraje de ensueño que le había cautivado desde el momento en que puso un pie en aquella tierra. Para ser feliz solo necesitaba a las personas que habitaban en esa enorme y preciosa casa. Había sido una dura y cara lección de aprender.

Sacó el teléfono de su bolsillo y llamó a Laurel, pero la monótona e impersonal voz del contestador automático fue lo único que escuchó a través de la línea.

Entrar en una casa sin ser invitado era una descortesía; así que tomó una decisión. Bajó los escalones del porche y desanduvo el camino hasta su coche, lo arrancó y puso rumbo a la granja. Quizá Mic o Jesse le pudieran decir dónde estaban Laurel y los chicos.

Pocos minutos después se apoderó de él la misma y nefasta sensación al llegar a la granja de los Dawson. Allí tampoco había nadie, ni siquiera el ladrido de los perros rompió el tenso silencio.

La casa, igual que la de Laurel, parecía no tener vida, incluso las contraventanas estaban cerradas. Se dirigió a las perreras y allí encontró a los animales, taciturnos, acomodados en sus casetas. Le miraron con cautela, sin embargo, no se movieron ni le recibieron con la algarabía que solían montar nada más verlo. Distinguió a Hera; se encontraba tumbada junto a su jaula. Se acercó a ella. La perra lo recibió con entusiasmo, le lamió la mano varias veces, pero no hizo ademán de levantarse.

—Hey, preciosa, ¿qué sucede?

El animal clavó su mirada en la del humano y, como respuesta, gimió.

A Oliver le pareció distinguir un lamento.

—¿Qué ocurre?

Hera no se inmutó. Se limitó a apoyar el hocico en el muslo de Oliver mientras se dejaba acariciar.

—No vas a darme ninguna pista, ¿verdad?

Oliver tomó el collar entre las manos y miró el reverso. Buscó y allí encontró lo que había dejado antes de partir a Jacksonville: el chip por el que tantas personas habían muerto. Lo guardó en una pequeña caja que llevaba en el bolsillo.

—Sabía que serías una guardiana de primera. —Le acarició el pelaje oscuro y se dejó llevar por esos ojos de diferente color—. Gracias por tu ayuda. Sin ti no lo habría logrado.

Hera volvió a tumbarse. Dejó caer la cabeza sobre sus patas delanteras.

—Te debo una.

Antes de marchar, llenó los comederos de agua y pienso.

La idea de que algo no iba bien cogió más forma en su mente. Dio un portazo cuando se subió al coche, pisó el acelerador y derrapó al dar la vuelta.

Había llegado el momento de terminar de una vez por todas con todo aquello.

—Así que esta es la casa. —Oliver no miró atrás. Se limitó a sacar la caja de su bolsillo y a dejar a Laurel y los chicos fuera de esa conversación—. ¿Cómo es posible que por algo tan pequeño muera tanta gente? —comentó su interlocutor cuando Oliver la abrió.

—No es por muerte natural.

El comandante observó detenidamente a Oliver. No era la primera vez que se veían. Habían trabajado juntos en un par de ocasiones y formaban un buen equipo. Ambos lo sabían, quizá por esa razón se tomaban la libertad de hablar sin tapujos.

Oliver sacó de su otro bolsillo una bolsa de plástico. Contenía la cartera y el teléfono del hombre al que había matado en defensa propia.

—Bien. Lo analizaremos.

—Eso espero.

—¿Te arrepientes? —preguntó el comandante a la vez que guardaba en el interior de su abrigo lo que Oliver le había dado.

—No, aunque no me siento orgulloso de algunas cosas. —Se quedó mirando la caja—. Gracias a este trabajo he conocido buenos amigos.

El hombre, que en ese mismo instante lo observaba, sonrió. Daba por sentado que Oliver le hacía partícipe de su más íntimo círculo. Esa era otra de las razones por las que se encontraba allí, tan lejos de todo.

—¿Estás seguro de que quieres dejarlo?

—Mi lealtad a mi país está asegurada.

—De eso no tengo la más mínima duda.

—Ahora mismo mi trabajo no es mi máxima prioridad. —Hizo una pausa—. Tengo la impresión de que han quedado cabos sueltos. Necesito estar aquí y protegerlos. No me lo perdonaría si les pasara algo.

El comandante asintió con la cabeza, como si comprendiera.

—Si te sirve de algo, no creo que vuelvan. A estas alturas sabrán que ya te has desecho del

chip.

—Es posible, pero necesito un paréntesis lejos de mi pasado y todo lo que lleva consigo.

—Siempre has sido muy exigente con las misiones y contigo mismo. Si necesitas un tiempo, tómallo, pero no abandones.

Oliver se limitó a cambiar el peso de una pierna a otra.

—Nunca se me pasó por la mente dejar atrás todo esto. Sin embargo, tengo la sensación de que algo ha cambiado en el transcurso de estas últimas semanas.

—He visto a muchos hombres en tu misma posición. La muerte de Will Wallace y la de tu madre han sido un duro golpe para ti. Quizá solo necesitas tiempo, si es así, el departamento lo comprenderá.

Oliver resopló con gesto malhumorado. Observó el manto blanco y helado que se extendía por el bosque y las colinas. Por algún motivo que no llegaba a comprender, se sintió parte de él, como si en otra vida hubiese estado en ese maravilloso paisaje.

—Tómate tu tiempo, Shearman.

—Y después, ¿qué...?

—Algunos retoman su trabajo, otros encuentran el camino que han estado buscando a lo largo de una vida y jamás regresan.

—Espero ser de los últimos.

—Oírte decir eso, aunque no te lo creas, me tranquiliza. No morirás de un balazo, sino de viejo. —Ambos rieron—. Ahora en serio, culparte de la muerte de Will no tiene ningún sentido.

—En parte soy responsable —masculló Oliver.

—¿Por qué? ¿Por utilizar esa base como tapadera mientras esperabas otra misión? —inquirió con sequedad—. Hay muchos hombres como tú repartidos por el mundo, que luchan por su país. El poder no se da, se toma. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Debí buscar otra tapadera u otro refugio —farfulló.

—Si crees que habría sido diferente, te equivocas. Somos vulnerables, Shearman, y los daños colaterales siempre estarán ahí y tú mejor que nadie lo sabes. Querían sacarte de tu agujero a toda costa y lo consiguieron. No olvides que eres de los buenos.

Oliver cerró la caja y se la tendió. El comandante la recogió.

—¿Están los planos?

—Así es.

—¿Y el lugar exacto donde se encuentran las bombas de fósforo blanco?

—Lo encontraréis todo ahí. —Metió las manos en los bolsillos—. No puedo creer que haya gente que quiera utilizar ese tipo de armas, incluso en los conflictos bélicos está prohibido.

—Lo prohibido es lo que mejor sabe —le recordó—. Cuando me comentaste que nos viésemos aquí, creí que estabas loco, pero ahora comprendo por qué quieres echar raíces en este lugar. —Hizo un gesto con la barbilla—. Es maravilloso y, en el fondo, te envidio.

—Tú podrías hacer lo mismo.

El comandante rio.

—No estoy tan seguro, tengo algunos años más que tú y las costumbres, a estas alturas de la vida, se hacen leyes. Es el momento de sentarme en el banquillo y ver el juego desde la barrera. —Sonrió mientras le tendía la mano—. Espero que encuentres lo que buscas, Shearman —dijo a modo de despedida.

—Yo también.

—Mucha suerte —se despidió el agente, guardando la caja en el bolsillo de su abrigo—. Y

recuerda: habla con ella. Parece una buena mujer, lo entenderá.

—Espero que no hayas sido demasiado curioso.

—Digamos que no me he fijado en el negligé que guarda en el segundo cajón de su cómoda.

—Nunca cambiarás, ¿verdad?

—Creo que no. Cuídate.

—Lo haré.

—Un consejo más, es gratis —añadió al ver el rostro ceñudo de Oliver—: libérate de tu rabia. Es autodestructiva.

—Intentaré seguir tu consejo. —Alzó la vista—. ¿El muchacho está bien?

—Cuidaremos de él, no te preocupes.

—¿Me mantendréis al corriente?

—Te importa, ¿no es cierto?

—Le han hecho daño y lo peor es que cree que él ha hecho más.

—Esa cruz la llevamos todos a costas, algunos hasta el fin de nuestros días.

—Sí. Lo sé.

—Cuando sea preciso, sabrás de él. Lo cuidaremos, si es eso lo que realmente te preocupa. Ahora tengo que marcharme. —Comenzó a alejarse, pero tras dar varios pasos, se detuvo y se volvió—. Imagino que estás al corriente, aun así, te lo diré. —Hizo una pausa—. Las personas a las que quieres están dando su último adiós a Micaela Dawson en el cementerio.

Oliver cerró los ojos. De pronto se vio sumergido en un silencio absoluto, roto tan solo por el murmullo del viento helado.

Ahora todo cobraba sentido.

CAPÍTULO 27

Laurel frenó el coche. Sus hijos, aunque pareciera increíble, debían haber llegado a algún tipo de acuerdo, porque estaban sumidos en el más absoluto silencio. Ninguno de los dos había pronunciado una sola palabra desde que salieron del cementerio.

Imaginarse una vida sin Mic era demasiado duro. Ya la echaba de menos y solo llevaba unas pocas horas sin ella. Echó la cabeza contra el respaldo del asiento y se acarició la frente.

No tenía ni idea de cómo iba a soportar ese giro del destino. Estaba más cansada de lo que quería reconocer y le faltaban las fuerzas necesarias para encauzar de nuevo su vida. Cerró los ojos un par de segundos, tiempo suficiente para respirar y sentir los latidos de su corazón.

—Será mejor que salgamos o nos helaremos aquí —sugirió mientras recogía el bolso del asiento del copiloto e intentaba dar un poco de sentido a su vida.

—¿Ese es Oliver!? —exclamó Caleb, entusiasmado ante la idea de volver a encontrarse con el hombre que le había enseñado a jugar al béisbol y que hacía sonreír a su madre.

Laurel se percató de que había dejado de respirar cuando tuvo que tomar una profunda bocanada de aire.

—Tengo la impresión de que viene a suplicarte perdón —farfulló Kendra antes de salir del coche, sin siquiera quitarse los cascos que cubrían sus orejas.

Laurel no se podía mover del sitio. A través del parabrisas observó como su hijo corría a los brazos de Oliver y este le levantaba del suelo, con una enorme sonrisa en los labios, mientras lo abrazaba con entusiasmo. Kendra pasó por su lado como una exhalación, aunque tuvo la delicadeza de saludarlo antes de entrar en la casa.

—¡Has vuelto! —escuchó decir a su hijo.

Oliver lo despeinó con cariño antes de abrazarlo de nuevo.

«¿Por qué no me he fijado en que hay un coche aparcado?», pensó. Acababa de enterrar a su mejor amiga, se encontraba agotada y rota de dolor. Cuando lo vio acercarse dio al traste con la idea de guardar las distancias. Decidió salir del coche; así que soltó el volante al que se estaba aferrando.

—Laurel... —la saludó al llegar a su altura.

—Oliver.

Solo había transcurrido una semana, sin embargo, le veía distinto. Igual que ella, tenía un aspecto cansado.

Le escuchó carraspear.

—Siento muchísimo lo de Micaela. —Ella no pudo más que asentir. Pensar en que su amiga ya no estaba allí con ella ni la volvería a ver más, la destrozaba. El mundo era muy injusto con las personas buenas—. Pensé que le quedaba más tiempo.

—¿Sabías lo de su enfermedad?

—Sí. Me lo dijo antes de irme. ¿Qué ocurrió?

Laurel tragó saliva antes de responder.

—Un aneurisma cerebral. —Cerró de un portazo el coche—. Quizá haya sido mejor así. Verla consumirse por el cáncer habría sido... —Se interrumpió. Los nervios y la pena formaban una combinación nauseabunda en su estómago. Sujetó el asa de su bolso con fuerza—. Lo siento —

farfulló.

Oliver hizo acopio de valor para acercarse a ella.

—Siento no haber estado aquí.

—Tú tenías tus propios problemas.

Las palabras de Laurel brotaron en un tono leve, pero Oliver conocía muy bien a la mujer que en ese momento se encontraba a su lado. Sintió las lágrimas antes de que aparecieran.

—Ven aquí.

—Estoy bien.

—¿Seguro?

—¿Y a ti qué más te da?

Oliver pensó que se merecía la pregunta y el desprecio.

Las lágrimas empañaron los ojos de Laurel.

—¿A qué has vuelto? —preguntó mientras se las limpiaba e intentaba mantener la compostura.

Oliver se sintió más vacío que nunca cuando ella dio un paso atrás.

—A pedir clemencia. —Una dura mirada cargada de reproche lo atravesó—. Me dijiste que estabas enamorada de mí. —Lo intentó de nuevo—. Creí que encontraría a la mujer que dejé en el embarcadero.

A Laurel le costaba respirar y entender todo aquello.

—Oliver, acabo de enterrar a mi mejor amiga.

—Lo entiendo, disculpa. —Levantó ambas manos en el aire, en señal de paz.

—Además, tú me dijiste que no podías tirarlo todo por la borda. Pensé que no te iba a volver a ver más —espetó a toda prisa, antes de arrepentirse de decir todo lo que sentía.

—Me equivoqué.

—¿Perdón?

—No me lo vas a poner fácil, ¿verdad?

—Me limito a repetir lo que tú me dijiste. —Se acercó y le apuntó con el dedo en el pecho—. ¡Maldita sea, Oliver! No puedes acercarte o alejarte a tu antojo. Mis sentimientos también cuentan.

Hacía un frío de mil demonios, no obstante, Oliver no se atrevió a pedirle que entraran en casa. Se limitó a pasarse la mano por el pelo.

—¿No quieres saber si te he echado de menos?

Ella tomó una bocanada de aire. Se le heló la garganta, por lo cual cerró la boca de golpe.

—¿Y tu trabajo? —quiso saber.

—He dejado el ejército.

—Nadie cambia de opinión tan deprisa, no te creo.

—Pues es cierto. Sopesé las opciones y tú ganaste.

—Ya me tuviste una vez, Oliver, pero me dejaste. No me diste ni una pizca de esperanza...

—No debí marcharme así. Lo siento. Si pudiera volver atrás, no lo haría. —Laurel soltó una especie de quejido acompañado por una inmensa nube de vaho—. He venido para pedirte perdón.

Ella miró hacia el lago. Era una mujer madura, sofisticada, pero al parecer, poco experimentada.

—De acuerdo, te perdono. Ahora vete por dónde has venido.

—Laurel, por favor...

—Tengo el corazón hecho añicos. —Laurel se apartó un poco e intentó deshacer el nudo que tenía en la garganta—. No puedes hacerme esto, Oliver. —Se arrebujó en su chaquetón, hacía

mucho frío—. Aparecer y desaparecer como por arte de magia y luego esperar que yo te perdona. A lo largo de estos días he esperado una llamada tuya diciendo que me echabas de menos, que me comentases cómo estaba tu madre o el tiempo que hacía en Jacksonville. Sin embargo, me llamas para que mire por la ventana para comprobar si hay alguna embarcación en el lago. ¡Bien sabe Dios que le he dado mil vueltas a esa estúpida conversación! —espetó.

—Te lo explicaré, pero ahora estás temblando. Déjame entrar y estar contigo, Laurel.

Dejó que el bolso se deslizase desde el hombro hasta su mano.

—No es tan fácil, Oliver. Dejarte entrar de nuevo en mi vida puede resultar doloroso, no solo para mí, sino para mis hijos también.

—No voy a irme a ninguna parte, te lo prometo. —Miró al cielo y respiró profundamente, como si necesitase insuflarse valor. Estaba gris y auguraba nieve—. He sido un estúpido. Debería haberte dejado entrar en mi mundo —dijo mirándola de nuevo.

—Pero no lo hiciste.

—No.

—Ahora puedes ir a cualquier parte del mundo, ¿por qué eliges quedarte aquí?

—Porque estoy enamorado de ti —confesó, a sabiendas de que todo era verdad. Se había enamorado de ella desde el primer instante en que la vio. Confiaba en que le creyese. La necesitaba más que nunca y sabía que ya no podía vivir sin ella. Si lo rechazaba estaba en su derecho, pero le urgía decirle todo lo que pensaba. Llenó sus pulmones y expulsó todo el aire antes de continuar—. Porque me gusta tu familia, tus amigos, que ahora son los míos. Quiero enterrar mi pasado muy hondo. No volver a mirar atrás, solo al frente.

Laurel claudicó. Sabía de antemano, desde el mismo instante en que lo vio, que no lo rechazaría. Sin saber cómo, Oliver se había hecho un hueco en su vida y la había cambiado. Pero antes necesitaba saber algo.

—¿Por qué me pediste algo tan extraño?

—¿Que mirases por la ventana? —Ella tenía todo el derecho a hacer esa pregunta. «No más secretos», se prometió a sí mismo. —Trabajo... Bueno, trabajaba —se corrigió— para el departamento de la Armada y estaba encubierto en Afganistán. Los hombres que estaban en esa embarcación querían tomar represalias. —Ella permaneció inmóvil, observándolo—. Pero quiero que sepas que nunca habría permitido algo así.

Laurel abrió los ojos a su máxima expresión. Tuvo que hacer un esfuerzo para no largarse de allí y dejarlo solo.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente.

—No puede ser —musitó Laurel con el pulso acelerado—. ¿Eres un espía o algo por el estilo? Él arqueó ambas cejas e hizo una mueca con la boca.

—Era algo por el estilo, sí.

Ella lo miraba incrédula, sin poder creer lo que le estaba confesando.

—Debes mantenerlo en secreto.

Oliver parecía incómodo y poco resuelto, pero no por ello se amilanó.

—¿Has dicho era? ¿Eso significa que ya no lo eres?

—No.

—¿Por qué?

—Mis prioridades han cambiado.

Dejó escapar una risotada desganada.

—No entiendo ni una sola palabra.

—Estoy siendo sincero.

—¿Y se supone que no puedo hablar con nadie de esto?

—Eso es. Si lo haces me pondrías en peligro a mí y al Departamento de Defensa de los Estados Unidos de América.

—¿Se supone que mis hijos y yo somos una especie de misión secreta?

Oliver se pinzó el puente de la nariz con el pulgar y el índice.

—Puedes burlarte de la situación todo lo que quieras, no obstante, sabes que te estoy diciendo la verdad.

Ella necesitaba creerle.

—No somos una misión secreta —continuó—. A partir de ahora no habrá más secretos entre nosotros. Me conoces bien, sabes cómo pienso. Eres la única persona que ha llegado a mi vida y me ha tocado el corazón. —Él seguía mirándola con una mezcla de cautela y esperanza—. Bien. Si no va a haber más secretos entre nosotros, quiero que sepas que voy a perder la casa. —Miró a su alrededor con el corazón encogido—. El banco se va a quedar con todo.

—No lo creo.

—¡Es cierto! —se vio en la necesidad de rebatir.

—Está todo solucionado.

La vio fruncir el ceño y le pareció un gesto precioso. Se alegraba de que Laurel no tuviese que preocuparse nunca más por una hipoteca.

Laurel ató cabos y se sintió derrotada.

—¿Tú...? —No pudo terminar la frase.

Él le acarició el pelo. Esbozó una sonrisa capaz de derretir los polos.

—¿Por qué has hecho algo así? No soy una damisela en apuros, no tienes que rescatarme de nada.

—No pienso ni por un solo instante que deba rescatarte de nada. Es más, tú eres la que tiene que rescatarme a mí.

Ella se quedó sin argumentos.

—Tenía un trabajo muy bien remunerado. —Se encogió de hombros al hablar en pasado—. Soy un hombre ahorrador, sin demasiados vicios. Bueno, solo uno: tú. Además, he cobrado una herencia. —Supo que Laurel intentaba leer la verdad en su mirada—. Me he enamorado de la casa y de la propietaria. Poco más puedo hacer al respecto.

—No sé qué decir...

—No digas nada, solo acéptame tal y como soy —le imploró.

—¿Por qué debería hacerlo? —contraatacó—. Te devolveré hasta el último céntimo. No sé cuándo, pero lo haré. El hecho de que hayas pagado mis deudas no significa que...

—No me debes nada, solo quiero tu amor, si tú decides dármelo. Tú, mejor que nadie, sabe que nos pertenecemos. —La estudió un segundo antes de retomar la palabra—. Fuiste mía desde el momento en que te vi.

Pudo haber dudado, sin embargo, no lo hizo. Estaba cansada de ser infeliz. La vida le regalaba otra oportunidad y ella no iba a despreciarla. Lo amó desde el momento en que lo vio apearse de su coche, desde el mismo instante en que sus miradas se cruzaron. Dio un paso y luego otro. Lo abrazó. Enterró el rostro en su pecho. Oliver tenía razón, de alguna manera inexplicable se pertenecían. Dejó escapar un largo suspiro.

—No me puedo creer que hayas estado trabajando encubierto. Ha debido ser duro.

—Ese tipo de trabajo requiere no tener familia, que nada ni nadie te importe. —Oliver dio gracias por tenerla a salvo entre sus brazos.

—No tener puntos débiles.

—Eso es.

—Estoy asustada...

—Jamás permitiré que os suceda nada malo.

—Más te vale —la escuchó decir.

Él sonrió.

—Te elijo a ti, Laurel. Hoy y siempre.

Ella dio un paso atrás y depositó un suave beso en sus labios.

—¿Me lo prometes? —preguntó, sintiéndose a salvo y querida después de mucho tiempo—. No creo que pueda sufrir otra decepción más en mi vida.

—Os elijo a vosotros, a ti, a Caleb y a Kendra, si ellos me aceptan.

—Ya lo han hecho.

—¿Tú crees?

—Ya tienes su cariño, lo que ocurre es que ellos aún no lo saben.

—Me alegra saberlo. Lo he intentado, pero ya no sé vivir sin ti. —Dejó reposar su frente en la de ella.

—En el fondo nunca dejarás de ser un soldado.

Deseaba besarla, hacerla suya una vez más. La besó profundamente.

—¿Por qué dices eso? —inquirió él, con una ceja levantada y excitado, a escasos centímetros de su boca.

—Porque acabo de descubrir que los soldados se quedan y luchan por aquello en lo que creen y que quieren.

FIN

REGRESO A WOLCOTT

CAPÍTULO 1

Había leído en alguna parte, no recordaba dónde, que el alma tiene rincones internos donde nadie puede entrar y, al parecer, era cierto.

Ese pensamiento hizo que los ojos de Kendra miraran en dirección al anillo que llevaba en el anular. Lo acarició con la yema de los dedos de la otra mano y sonrió. Era de titanio, sin embargo, ese no era el detalle a destacar. Paul se lo había regalado un instante antes de entrar por la puerta de embarque, en el momento exacto en el que se iban a decir un adiós temporal, no definitivo. Porque si algo tenía claro era que iba a regresar a Sudáfrica junto al hombre que le había devuelto la sonrisa y las ansias de amar de nuevo. Lo de ellos se podía describir como un amor pausado, sin altibajos ni sorpresas. Era un puerto seguro donde descansar sin correr riesgo alguno. Paul la había besado y deseado buen viaje y ella le había devuelto el beso y lo había abrazado con una promesa en los labios, la de regresar sana y salva a su lado. Se preguntó por enésima vez en el transcurso de esas largas horas de vuelo y tediosas esperas en aeropuertos, en qué preciso momento el cariño se había convertido en amor. Fijó su mirada de nuevo en el anillo, no era propiamente una alianza de compromiso, sino un recordatorio de que dejaba a alguien muy importante atrás, en otra parte del mundo.

Horas más tarde, a través de la pequeña y ovalada ventanilla, observó un denso mar de nubes. Daba la impresión de que el avión se deslizaba con suavidad sobre el celaje. Allí arriba, a tantos kilómetros de tierra, los problemas parecían estar a años luz. Tras seis largos años regresaba a Wolcott, su hogar, y eso la reconfortó y la incomodó al mismo tiempo. Caleb, su hermano, había sufrido un accidente con un caballo. Solo de pensarlo el corazón se le aceleró a un ritmo alarmante. En el mismo momento en que Laurel se lo comunicó supo que tenía que regresar, comprobar con sus propios ojos que su hermano se encontraba bien, fuera de peligro. Laurel le había jurado y perjurado que, tras un par de días en el hospital, algo adormilado por la medicación para evitar riesgos mayores, Caleb ya volvía a ser el mismo muchacho dicharachero de antaño. Según Laurel, nunca había perdido las fuerzas ni las ganas de luchar, un hecho muy positivo.

Aun así, tenía que comprobarlo por sí misma. Pensar que podía haber perdido a su hermano para siempre le había creado un vacío inmenso en la boca del estómago, llevaba días sin apetito y la culpa la traspasó como una lanza arrojadiza. No estaba preparada para perder a nadie más. Ese pensamiento fugaz la entristeció. Años atrás había perdido a su padre y aceptar que no volvería a su lado hizo que su adolescencia fuera un verdadero infierno para ella y todos los que la rodeaban. Se colocó los cascos en las orejas e ignoró de esta forma el parloteo de su acompañante de asiento con la persona que tenía a su lado. La música la envolvió, cerró los ojos y se dejó arrastrar por el cansancio hasta que el sueño la atrapó.

Kendra cogió al vuelo su maleta en el mismo instante en que la vio en la cinta de equipaje y sintió alivio de verla intacta, sin ningún rasguño.

Llevaba casi treinta horas en el aire. Había realizado varias escalas, una en el aeropuerto más cercano al Parque Nacional Kruger: Hoedspruit, después en Johannesburgo, el más transitado de África. Otra en Nueva York y, tras un viaje agotador e interminable, por fin se encontraba en Burlington, Vermont.

El aeropuerto era acogedor, más pequeño y personal, nada que ver con los anteriores. Agradeció que fuera así. Se dirigió al mostrador de alquiler de coches. Pasaría varias semanas en la casa que la vio crecer, junto a los suyos. Tenía unas ganas inmensas de abrazar a su hermano, a Laurel y a Oliver. Debía admitir que los había echado mucho de menos; llevaba demasiado tiempo fuera del hogar. No se había atrevido a preguntar por Zane y su nombre no había salido a colación cuando llamó por teléfono para interesarse por la salud de Caleb. Y así era como debía ser. Zane salió de su vida seis años atrás y nunca más supo de él. La esperanza de recibir una carta o un mensaje se diluyó tras el transcurso de un año. Después de ese tiempo, decidió que lo mejor era dejar el pasado atrás, pero lo cierto era que nunca había dejado de pensar en él.

Se deshizo de esos pensamientos y sonrió. Hacía demasiado tiempo que no pisaba suelo estadounidense. Después de terminar la carrera de zoología se había dedicado a viajar por el mundo, primero a Perú, después estuvo varias semanas por Costa Rica, y los últimos años en Sudáfrica. Estos últimos meses en el Parque Nacional de Kruger había sido una de las experiencias más increíbles de su vida. Leopardos, rinocerontes, leones, búfalos..., todos ellos habían formado parte de su rutina diaria y había sido como vivir un largo sueño plácido e increíble.

Salió al exterior y sintió la necesidad de correr, de estirar los brazos y que el viento la meciese, pero en vez de eso decidió respirar una inmensa bocanada de aire y llenar los pulmones. Allí, en Vermont, no había que luchar contra las altas temperaturas ni contra los mosquitos, algo por lo que se sentía agradecida. Casi había olvidado las ventajas de vivir en Nueva Inglaterra. Con las llaves del coche en una mano y la maleta en la otra se dirigió al parking del aeropuerto.

Junio era uno de sus meses preferidos, quizá por esa razón lo había elegido para hacer el largo viaje de regreso. Sus ojos se dirigieron al cielo y descubrió que el sol brillaba en lo alto, entre esas nubes en las que ella había estado flotando escasos momentos antes. Con los pies en la tierra, las cosas se veían de diferente manera.

Encontrar el coche de alquiler no fue complicado. Dejó el equipaje en el maletero y se sentó frente al volante. Antes de arrancar sacó su móvil del bolso y envió un SMS a Paul. Sonrió al leer el texto que había en la pantalla, no era demasiado sentimental, pero tampoco demasiado formal. Seguro que a Paul le gustaría.

Giró la llave y arrancó, el motor rugió dándole la bienvenida. En poco más de una hora llegaría a casa y allí escribiría un nuevo capítulo de su vida. Pondría fin a una etapa y le daría la bienvenida a otra.

Se sentía feliz, y eso nadie podría arrebatárselo.

Salió del aeropuerto y accedió a la autopista interestatal.

—Allá vamos, Kendra Mitchell —dijo antes de conectar la radio y dejarse llevar por la melódica canción que en ese momento sonaba.

Laurel le había comentado que podía hospedarse en la casa de los Murphy durante su estancia. Había sopesado los pros y los contras. Los recuerdos se amontonaban en su cabeza y en aquella

casa había perdido algo más que a su amigo del alma. Sin embargo, al final decidió aceptar. Sería una buena manera de afrontar lo que sucedió, de pasar página. Además, no sería solo un viaje de placer, pasaría unas semanas en familia y tenía la intención de escribir una breve guía de la vida autóctona de Wolcott, en especial de los alces, esos fantásticos e increíbles herbívoros que habían marcado su vida desde edad muy temprana. Solo de pensar en ello una oleada de satisfacción la invadió.

Señaló con el intermitente su próxima bifurcación e intentó relajarse, sentirse feliz por regresar a sus raíces. Se dejó llevar por la melodía de *El guardaespaldas* de Whitney Houston, que en ese momento envolvía la atmósfera en el interior del coche. Cuando la música se diluyó, no pudo ahuyentar el vacío que le provocaba un intenso dolor en la boca del estómago. Ella también había sentido un amor así, un amor que había marcado su vida. Recordar a Zane no le hizo demasiado bien. Se había pasado muchas noches en vela pensando en qué era lo que estaría haciendo, si se habría casado, si tendría hijos, si sería feliz.

«Demasiadas preguntas sin respuesta».

Antes de darse cuenta se encontró con el letrero que le daba la bienvenida al pueblo que la había visto crecer. Frenó el coche, suspiró profundamente y dejó caer la cabeza contra el respaldo del asiento. Ya no había vuelta atrás: su pasado le daba la bienvenida.

*Espero que te haya gustado este fragmento
del próximo volumen de la serie que se
publicará en mayo de 2020.*

Próximamente novelas de la serie:

- Regreso a Wolcott.
- Un refugio en Lake House.
- Nuevos tiempos.
- Promesas rotas. ´

(Todas las novelas de esta colección son autoconclusivas)

Agradecimientos

Para los que me conocéis, ya sabéis que esta es la parte más complicada para mí. Mi mayor temor es olvidarme de alguien o no estar a la altura de las circunstancias, pero creo que es muy necesario porque si algo he aprendido en esta vida es que ser agradecida es una sensación maravillosa porque siempre recibes más de lo que das.

Son muchas las personas que me rodean, que avivan mis sueños y que de una manera u otra siempre están ahí. Son ellas las que me hacen sentir que mi siguiente paso es más seguro y las que me enseñan que si me equivoco es solo una cuestión más que asumir.

A mi abuela, María, a la que adoro. Que aunque el Alzheimer le ha robado la memoria y los recuerdos, yo la recuerdo siempre que es como una segunda madre para mí.

A mis padres por ofrecerme la herencia más increíble, una mente intuitiva y creativa.

A mi marido y mi hija Carla, mi mayor inspiración.

A Patricia García, mi inseparable amiga, que roba tiempo a su familia para estar conmigo y dar así más forma y consistencia a mis sueños.

A Mary Ann por su gran apoyo a la hora de releer una y otra vez la novela y darme sus puntos de vista. Me encantan los comentarios que me va dejando en cada capítulo, son de lo más inspiradores.

A Inés Bueno, mi encantadora librera, y a su marido Javier, por recibirme siempre con una enorme sonrisa en su preciosa librería, ya mi segunda casa.

A Silvia peón López por ser una mujer tan fuerte. Por ser una amiga que no se pierde en el tiempo.

A Mar Fernández porque siempre encuentra un minuto para mí.

A Tina, porque aunque no la veo todo lo que gustaría, sé que siempre está ahí. Gracias por tanto.

A Teresa Fernández por tantos momentos increíbles compartidos.

A Ana Silva, gracias por no emperezar nunca a la hora de venir a verme.

A Mayte Toral, siempre estás presente en mi vida.

A Araceli Campos Peral, por estar siempre tan cerca.

A Rosa Balbontin por mostrarme toda la variedad y arte que englobaba la costura. Tus creaciones son maravillosas.

A Clemente y Rocío, por todo su cariño. Grandes amigos que a pesar de los reveses de la vida, salen victoriosos de la gran batalla. Os merecéis lo mejor y prueba de ello son vuestros amigos, familia y trabajo.

A Consuelo Fernández, gracias por ser y estar.

A Montse Lombilla, por compartir sus preocupaciones conmigo y ser tan buena amiga y persona. Todo va a salir bien, ya lo verás.

A Carol y su marido, José. Por apoyarme y regalarme una sonrisa cada vez que me ven.

A Emi y Óscar, por su apoyo incondicional y estar siempre que los necesito.

A Elena Soberón, que hace que su hermano, Jaime, se involucre con cada una de mis publicaciones. Eres muy especial, no lo olvides nunca.

A Marta, mi prima. Me encanta ser tu madrina.

A Javier Granda, editor de Alter ego, gracias por responder a mis dudas. Gracias por estar siempre ahí.

No me quiero despedir sin agradecer a Aurora Coterillo, presidenta de la Asociación Oteando de Nueva ciudad II, su ilusión, sus ganas por hacer de este mundo un lugar mejor. Gracias por creer en mí e incluirme en tus fantásticos proyectos y presentarme a personas increíbles. Gracias por ser como eres.

A mis lectoras incondicionales, a las que siempre tienen la palabra perfecta, a las que me saludan por la calle o vienen a verme a actos o presentaciones. A las que saludo cada mañana por Facebook. A todas ellas, gracias porque vosotras sois el motivo de que continúe por este sendero, que engrandece mis sueños.

A mi tierra, Cantabria, el lugar más bello de la faz de la tierra.

A todos...eternamente agradecida.

Yolanda Revuelta

Yolanda Revuelta



Nació un 17 de enero de 1973 en Cantabria.

Cuando la lectura infantil pasó a formar parte de su baúl de recuerdos de pequeña, otro tipo de obras llegaron a sus manos, más acordes con la adolescencia por la que estaba pasando. Así conoció a los protagonistas de *Tempestad Salvaje*, de la autora Johanna Lindsay, donde se perdió entre los rincones del Oeste. Desde ese momento se convirtió en una voraz lectora del tan maravilloso género de la romántica, viajando y compartiendo adorables momentos, sintiendo mayor afinidad por las historias ambientadas donde los ranchos y el sol llenan el campo con sus características.

Y así continuó escribiendo también en la adolescencia, plasmando sus ideas en sus ratos libres, volcando sus pequeñas historias de amor producto, a veces, de sus propias experiencias y

sus hormonas revolucionadas por la etapa por la que estaba pasando. Y ya nunca dejó de hacerlo.

Cree fervientemente en el proverbio Un amigo es un tesoro, por lo que disfruta de hablar, reír y divertirse enormemente con los suyos.

Hoy vive su propia historia de amor junto a su esposo, con quien ha tenido a su mayor inspiración, su hija Carla.

La mente de esta autora seguirá deleitándonos con bellas historias, pues en ella el bullicio que los cientos de personajes crean con sus diálogos nunca dejará de sonar.

Su lema Los sueños se cumplen si no los abandonas es el que la acompaña incansablemente, y es el que le da fuerzas en este camino del mundo de las letras.

Otros títulos de la autora

Preludios del pasado.

Donde me lleven tus sueños.

Y de repente, un extraño.

El país de los vientos fríos.

Un instante eterno.

Trilogía Clan MacKinlay:

- Caricias del destino
- Caricias del poder
- Caricias del ayer

Bilogía Skye:

- La sombra de una mentira.
- La promesa de no olvidarte.

Colección Delicatessen:

- Noches en la niebla.
- Alma entre brumas.
- El vuelo de las mariposas.
- Mentiras legales.

Me puedes encontrar en;

Instagram, Twitter, google, Facebook

Y en mi página Web;

www.yolandarevuelta.es